





**EL EXPERIMENTO BOLIVARIANO**  
LIDERAZGO, PARTIDOS Y ELECCIONES



ALFREDO RAMOS JIMÉNEZ

---

EL EXPERIMENTO  
BOLIVARIANO

LIDERAZGO, PARTIDOS Y ELECCIONES



CENTRO DE INVESTIGACIONES  
DE POLÍTICA COMPARADA

Título: **EL EXPERIMENTO BOLIVARIANO**  
*Liderazgo, partidos y elecciones*

1ra edición, 2009

© Alfredo Ramos Jiménez, 2009

Esta edición contó con el apoyo del  
Consejo de Estudios de Postgrado y  
Asociación de Profesores de la  
Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito Legal  
ISBN

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley.  
No puede ser reproducida, ni registrada o transmitida  
por cualquier medio de recuperación de información  
sin el permiso previo, por escrito, del autor o de los editores.

Maquetación interna y diseño de portada:  
**Reinaldo Sánchez Guillén. Edikapas C.A.**  
Fotolito e impresión:  
**Producciones Karol C.A.**

Impreso en Mérida, Venezuela

# ÍNDICE

PRÓLOGO .....	11
INTRODUCCIÓN. EN EL LABORATORIO DE LA POLÍTICA VENEZOLANA .....	15
Por una política interpretativa .....	19
La política en la Venezuela realmente existente .....	23
<b>1 • ANTIPOLÍTICA Y DESENCANTO DEMOCRÁTICO:</b>	
LA ILUSIÓN NEOPOLULISTA .....	27
La política: Una forma de gobierno entre otras .....	32
La política: ¿Una técnica de gestión pública? .....	38
La búsqueda de un nuevo liderazgo .....	38
Antipolítica y liderazgo plebiscitario .....	39
<b>2 • LIDERAZGO POLÍTICO Y CALIDAD DE LA DEMOCRACIA .....</b>	<b>45</b>
La difícil construcción del liderazgo democrático .....	52
¿Un nuevo liderazgo para la transición venezolana? .....	58
Más allá de la izquierda y la derecha .....	70
<b>3 • EL LIDERAZGO PLEBISCITARIO EN EL FENÓMENO CHÁVEZ .....</b>	<b>73</b>
Rechazo del pasado y nuevo comienzo .....	80
Un liderazgo popular mesiánico .....	85
Un liderazgo “pacíficamente” revolucionario .....	99
La legitimidad del liderazgo plebiscitario .....	106
¿Hacia una democracia plebiscitaria? .....	111

4 • SOBREVIVIR SIN GOBERNAR O COMO GOBERNAR SIN CONSENSO .....	119
Una ruptura plebiscitaria .....	124
Entre el autoritarismo y el desgobierno .....	128
5 • PARTIDOS Y SISTEMAS DE PARTIDOS: LA CONSTRUCCIÓN Y DECONSTRUCCIÓN DE UN SISTEMA .....	139
Génesis y desarrollo de una democracia bipartidista .....	142
Formación del duopolio partidista .....	148
El ocaso del bipartidismo (1989-1998) .....	156
Clivajes sociales y actores políticos .....	163
El sistema de partidos en la democracia plebiscitaria (1998-2000) ..	169
¿Hacia un nuevo sistema de partidos? .....	179
6 • EL MOMENTO ELECTORAL BOLIVARIANO: FORMACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE UN AUTORITARISMO ELECTORAL .....	183
Una cuestión de método .....	187
La construcción del autoritarismo electoral .....	192
Génesis del <i>momento electoral</i> bolivariano: Las elecciones presidenciales de 1998 .....	196
El proceso constituyente de 1999 .....	198
La relegitimación de los poderes en el año 2000 .....	202
El Referendo Revocatorio Presidencial de 2004 .....	205
Autoritarismo electoral y democracia plebiscitaria .....	215
Consolidación del autoritarismo electoral: Las elecciones presidenciales de diciembre de 2006 .....	218
¿Un triunfo político en medio de un revés electoral? .....	221
7 • CHÁVEZ REELEGIDO Y SU FALLIDA BÚSQUEDA DEL PODER TOTAL .....	225
¿Sobreestimación del liderazgo presidencial? .....	231
El proyecto de reforma constitucional .....	233
8 • DEL PROYECTO DE “SOCIALISMO DEL SIGLO XXI” AL POPULISMO REALMENTE EXISTENTE .....	247
Del populismo tradicional al “populismo del siglo XXI” .....	250



Neopopulismo y antipolítica .....	254
Neopopulismo y videopolítica .....	255
El proyecto de “socialismo del siglo XXI” como “nuevo proyecto histórico de Hugo Chávez” .....	259
¿Constituye el chavismo un populismo revolucionario? .....	266
BIBLIOGRAFÍA .....	271



## PRÓLOGO

Cuando en la segunda mitad de la década de los 90, los investigadores venezolanos comenzábamos a advertir el derrumbamiento del edificio democrático, pocos observaron el advenimiento de soluciones autoritarias, con innegable contenido antidemocrático. Y es que en esos años eran manifiestos y evidentes los signos indicadores del ampliamente buscado *cambio de régimen*. En un primer texto, publicado por la revista *Nueva Sociedad* (nº 161, mayo-junio 1999), me propuse identificar aquellos eventos que, bajo la forma de aspiraciones y demandas colectivas, amenazas y peligros, representaban significativamente el “ocaso de una democracia bipartidista”, desplazada desde entonces por el nuevo liderazgo en nuestro país.

Para la época, en nuestro centro de investigaciones, estábamos ocupados en asuntos más abstractos y “esotéricos”. La cuestión de la nueva modernidad reflexiva (U. Beck y T. Giddens) y las transformaciones de la política en el mundo globalizado constituían los temas marco de nuestros escritos sobre la democratización latinoamericana, los partidos políticos, la participación política y los modelos alternativos de democracia. Pronto nuestro principal interés se orientó decididamente al estudio de la especificidad de la transición venezolana en el contexto cambiante de la política del fin de siglo (libro colectivo publicado en 2002). De modo tal que nuestra vocación comparativa se fue alimentando con los primeros

avances y retrocesos de una “nueva forma de hacer política” en lo que se ha convenido en llamar la “Venezuela de Chávez”.

La premisa de aquello que Guillermo O’Donnell ha denominado *democracia despolitizada*, en la movida política de los tres primeros años del *experimento bolivariano*, está en el origen de las grandes dificultades confrontadas por los investigadores locales y foráneos, en el intento sostenido, personal o colectivo, por alcanzar la interpretación correcta del fenómeno. En nuestro país, los historiadores, con mayor o menor fortuna, se han ocupado hasta aquí de establecer las regularidades y excepcionalidades de la experiencia de Chávez y del chavismo en el poder; los economistas se han detenido en el estudio de los encuentros y desencuentros de un Estado rentista que se hizo poderoso con la bonanza petrolera de los años recientes; los sociólogos en sus escritos han destacado los niveles y extensión de la pobreza, la violencia y las desigualdades sociales; los psicólogos han observado las consecuencias de la baja en la autoestima del venezolano y las características de una extendida actitud de sumisión del personal político; los comunicadores y periodistas, por su parte, nos han puesto al tanto del día a día en la práctica de los principales actores sociales y políticos. En fin, corresponde a nosotros, politólogos, la tarea de detenernos en la recolección de ese amplio material para proceder al estudio y análisis de la “nueva” relación de poder que, en el presente trabajo, me propongo abordar a través de tres principales elementos institucionales del sistema político venezolano actual. A saber, el *liderazgo*, los *partidos* y las *elecciones*.

Este libro se apoya en materiales inéditos y publicados en los años recientes. El capítulo 1 fue preparado especialmente para este libro a partir de pequeños textos aparecidos en diversas publicaciones periódicas. El capítulo 2 recoge parte del texto publicado en la revista *Reflexión Política* (Bucaramanga, n° 13, 2005) y en el libro colectivo de J. M. Cadenas (Ed.), *Debate sobre la democracia en América* (Caracas, 2006). El capítulo 3 se apoya en mis primeras reflexiones sobre el liderazgo plebiscitario, publicadas en el libro colectivo de A. Ramos Jiménez (Ed.), *La transición venezolana. Aproximación*

*el fenómeno Chávez* (CIPCOM, 2002). El capítulo 4 desarrolla las ideas de un texto publicado originalmente en *Nueva Sociedad* (nº 193, septiembre-octubre 2004). El capítulo 5, sobre los partidos y sistema venezolano de partidos, fue publicado originalmente en el libro colectivo de Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina, h. (Eds.), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal* (Rosario, Argentina, Homo Sapiens, 2002). El capítulo 6 reúne textos sobre las elecciones publicados en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (Paris, EHESC, 2007) y ampliados en el libro colectivo de C. U. Santander y N. Freire Penteadó (org.), *Os processos eleitorais na América Latina (2005-2006)* (Brasilia, LGE, 2008). El capítulo 7 fue preparado para este libro a partir de materiales y entrevistas aparecidos en varias publicaciones periódicas. En fin, el capítulo 8 reproduce el texto publicado en *Politeia. Revista de Ciências Políticas* (Caracas, nº 40, 2008).

En la redacción definitiva del presente trabajo he contado con la colaboración de mis colegas y amigos del CIPCOM-ULA. Luis Madueño, José Antonio Rivas Leone, Jesús Rondón Nucete, Francisco García Samaniego, y los recién llegados Filipp Rodríguez y Néstor Uribe, todos investigadores del centro. Roberto Chacón, Pedro Velázquez, Luis Montilla y Alirio Carrero, visitantes asiduos de nuestra biblioteca, han conocido y discutido conmigo unas cuantas proposiciones de este escrito, que fue tomando cuerpo en los ambientes universitarios del centro en los pasados diez años. Asimismo, mis alumnos del pregrado y postgrado de Ciencias Políticas de la Universidad de Los Andes, en clase o en talleres, foros y seminarios, escucharon mis conceptos e ideas presentadas, en la mayoría de las veces, en forma apasionada. Ellos se enteraron de primera mano y por adelantado de mi comprensión personal del fenómeno. A todos ellos mi reconocimiento.

Como en mis trabajos anteriores, he contado con la diligencia y compañía inteligente de mi esposa Ewa y con la paciencia y comprensión de mis hijos en esta etapa que nos ha tocado vivir y compartir. Y, en la medida en que la política de nuestros días “ya no es lo que fue”, todo ejercicio intelectual, de una a otra disciplina,

debe asumir las consecuencias de las acciones e intervenciones en la política de todos los días. Este es el reto, para quienes, imbuidos de cultura democrática y espíritu crítico, hemos asumido desde hace algún tiempo, la tarea de interpretar y explicar las realidades del mundo político que nos ha tocado vivir.

Mérida, noviembre de 2008.

# INTRODUCCIÓN

## EN EL LABORATORIO DE LA POLÍTICA VENEZOLANA

*Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y que les han sido legadas por el pasado.*

KARL MARX

*No es que yo sea un hombre indispensable para un pueblo, sólo que hay momentos para la vida de un pueblo y en este momento histórico, a mí me cuesta decirlo, pero la presencia del líder de la revolución es indispensable (...) Aquí no estamos ante un hombre que manda y un pueblo que obedece, sino ante un pueblo que manda y un hombre que obedece, que soy yo.*

HUGO CHÁVEZ, 3-12-2008.





Mis reflexiones y planteos sobre la política venezolana actual se inscriben en una línea de investigación comparativa que me ha ocupado en los años recientes. A medida que la investigación política se fue diferenciando cada vez más en dos principales campos, vinculados con las diversas estrategias establecidas para la búsqueda de explicación de los más diversos fenómenos de la vida social, las perspectivas de trabajo se fueron alineando, sea en la pista de quienes se proponen el descubrimiento de las regularidades, procesos y “leyes” de las realidades sociales, o bien en la de quienes, por el contrario, se han propuesto descubrir lo único, lo contingente e irrepetible, lo “excepcional” de los casos estudiados. La primera, se apoya en la tradición comportamentista (*behavioral sciences*), insistiendo en la utilización de determinadas técnicas matemáticas y estadísticas de medición –muy desarrolladas en la economía política– a fin de alcanzar un nivel aceptable para alcanzar la explicación.

Por el contrario, el segundo tipo de aproximación se propone la evaluación cualitativa, ubicando los fenómenos en estudio dentro de su respectivo contexto, con el convencimiento de que los llamados patrones generales de comportamiento no existen en la realidad. En tal sentido, el examen y análisis deben orientarse a la historia particular y específica del objeto de estudio, a la constelación de acontecimientos singulares, incluyendo el significado, motivaciones

e intenciones de los actores políticos.<sup>1</sup> La primera aproximación se ha venido identificando en el ámbito académico como “científica”, frente a la segunda, “interpretativa”, más orientada hacia evaluaciones cualitativas.<sup>2</sup>

En todo caso, lo que en nuestros días distingue a las diversas aproximaciones al mundo de la política siempre ha estado vinculado con las diferencias de enfoque, niveles, esquemas y categorías de análisis, que aquí y allá sirven para dar cuenta de los procesos, estructuras y resultados, relacionados con los orígenes, distribución, uso y control del poder político en la sociedad.

Esta preocupación intelectual ha estado presente en mi trabajo desde el momento en que —hace unos ocho años— me ocupé, por primera vez, de discutir y establecer estrategias para abordar lo que, en un primer análisis, se había convenido en denominar “fenómeno Chávez”. Así, conforme fui avanzando en la tarea de describir tal fenómeno, debí hacer frente a un desafío doble, subjetivo y objetivo a la vez. Por una parte, mis convicciones democráticas me impulsaron desde el principio a asumir con pasión la tarea de comprender un proceso que se nos estaba escapando de las manos. Asimismo, debí

- 
- 1 En la pista de investigación abierta por el *verstehen* de Max Weber (1964), que consiste en imaginar y entender al actor por el lugar que ocupa en el despliegue de la acción social (comprensión empática), la interpretación asume el reto de dar cuenta de todos los elementos que intervienen en tales acciones con arreglo a fines determinados por los actores.
  - 2 Un gran debate ha comenzado a tomar cuerpo en la ciencia política actual en torno a la ya tradicional distinción ciencia/interpretación, en la medida en que las voces de la inconformidad han ido delineando las principales posiciones del investigador frente a la política como objeto de estudio específico (qué es y cómo entender la política). Para el politólogo británico Adrian Leftwich, es preciso distinguir la “política” (con minúscula), de la Política (con mayúscula), en la medida en que la primera constituye una actividad específica y la segunda, una disciplina académica, encargada de estudiar todo lo concerniente al poder político en la vida social. De aquí que en la expresión “ciencia política”, la palabra “ciencia” queda sobrando (Cf. 2004: viii; Schram y Ceferino, 2006: 1-13. Véase también la poco conocida querrela en torno a la búsqueda de una “nueva ciencia de la política”, en los textos de Voegelin, 2006 y Kelsen, 2006).

asumir el hecho de que la politología en nuestro país y en la época reciente se fue “politizando” cada vez más –polarización social y política de por medio–, debido en buena parte a la presión social por entender, sea la lógica subyacente de los diversos fenómenos políticos, o bien la naturaleza conflictiva de la política de todos los días. En ese intento, los investigadores debimos tomar partido, como nunca antes, frente a lo que se piensa, se dice, se omite o se permite, desde las alturas del poder, como lo que se piensa, demanda o espera desde el mundo de los gobernados.

En el plano objetivo, las exigencias de concisión y claridad en la presentación de los resultados de nuestras indagaciones no reducen en modo alguno la necesidad de conceptos, teorías, tipologías, esquemas y categorías de análisis para acceder a la interpretación de los hechos, que se espera de nuestro trabajo. De aquí que en la exposición de mis premisas y conclusiones he tenido siempre presente el hecho de que, desde el comienzo, las mismas se inscriben en el debate que, de una a otra escuela de pensamiento, es preciso señalarlo, utiliza las teorías, conceptos e ideas para entender, explicar o interpretar los hechos, así considerados *políticos*.

## POR UNA POLÍTICA INTERPRETATIVA

A medida que la discusión sobre las estrategias de investigación fue avanzando, la “querrela” explicación contra interpretación se fue imponiendo en las orientaciones de los principales centros de investigación. Y es que una tal querrela se remonta a los escritos de Alexis de Tocqueville sobre la “nueva ciencia política” en la primera mitad del siglo XIX: “tratándose de los fenómenos políticos y sociales –ha observado Raymond Boudon en escrito reciente– ciertos análisis dan en efecto la impresión de proponer *explicaciones*, otros *interpretaciones*. La diferencia consiste en que una explicación se pretende convincente y única, tiende a descalificar a sus competidoras, en tanto que una interpretación acepta por principio ser una entre otras. *Una explicación se asume verdadera. Una interpretación*

*se asume acertada*. Las ciencias naturales tienden indiscutiblemente a la explicación” (2005: 65-66. Las cursivas son mías).

Como veremos más abajo, la búsqueda incesante de explicaciones ha retardado hasta ahora el avance de nuestra disciplina. Y las críticas no se han hecho esperar. A partir de la irrelevancia de unos cuantos trabajos de la ciencia política neoutilitarista –*rational choice* de por medio– unos cuantos espíritus más informados han comenzado a alimentar la sospecha sobre la inutilidad de otras tantas explicaciones, pretendidamente científicas (*Cf.* Hoeber Rudolf, 2005: 12-20).

En esta perspectiva, la construcción de una disciplina *interpretativa*, desde los precursores hasta los clásicos contemporáneos, se asume como actividad *política*, en el sentido de que vive en la convicción de que sus proposiciones y descubrimientos siempre tendrán consecuencias. Y la cuestión de saber porqué los investigadores en los años recientes han preferido la expresión menos conocida de *politología*, no ha recibido hasta aquí una respuesta consistente. Porque si admitimos el hecho de que en el pasado reciente esta última expresión ha representado una distinción lógica, –“razonable” para la “tribu politológica”–, la diferenciación entre la política como “actividad científica” y la política como “actividad profesional” está en el origen de unos cuantos equívocos, estrechamente vinculados con las preferencias e inclinaciones de quienes asumen la política como una actividad crucial, a medio camino entre la ciencia y el saber, por una parte, entre el arte y la eficiencia, por otra (*Cf.* Schemeil, 1994: 29-30).<sup>3</sup>

Asimismo, una relectura crítica de las célebres conferencias de Max Weber sobre la ciencia y la política, como dos vocaciones profundamente divergentes –la primera requiere *modestia* y *disponibili-*

---

3 Para Giovanni Sartori, representante connotado de la comparatística actual, la investigación política debe asumirse como “teoría intermedia”, en la medida en que esta última resulta más efectiva y fecunda. En tal sentido, toda investigación política requiere de “una teoría vinculante en la cual las ideas son verificadas por los hechos y, viceversa, los hechos son incorporados en ideas. Una ciencia pobre de teoría y enemiga de la teoría es simplemente una ciencia pobre” (1992: 9).

*dad del espíritu* y, la segunda, vive la contradicción entre la *ética de la convicción* y la *ética de la responsabilidad*—, debería aportarnos, hoy en día, una base firme para la incorporación en nuestros estudios y análisis de unos cuantos matices interpretativos.

En este sentido y en la medida en que la actividad del político profesional demanda, conjuntamente con su responsabilidad personal, la posesión de buen juicio, sensatez y estoicismo, tanto como el despliegue de gran energía y resistencia, aquella no debería estar separada de la “política como ciencia”. A ello se debe que el gran sociólogo alemán haya tenido el cuidado de distinguir, en su reflexión sobre la política, “vocación” y “profesión”, destacando el hecho de que la *ética de la responsabilidad* (del político, que advierte y asume las consecuencias de su acción) no necesariamente está separada de la *ética de la convicción* (del científico, que se propone alcanzar la verdad) (Cf. Colliot-Thélène en Weber, 2003: 17-29).

Ahora bien, si en los años recientes, asistimos a una más que evidente *mediatización* de nuestro trabajo, al parecer se han ido superando las barreras y divergencias insalvables entre la política, como práctica de la investigación científica y la política, como intervención sobre la práctica social. De aquí que tanto el ciudadano común como el político profesional, que se habían acostumbrado a observar de lejos las “lecciones” del investigador científico como algo ajeno e inaccesible —lenguaje esotérico de por medio— si no “fuera de lugar”, las asuman y tomen en cuenta cada vez más en sus decisiones y acciones de todos los días. Es por ello que, en nuestros días, resulta imperativo en las tareas de la investigación política proceder a una significativa reorientación de nuestras observaciones y reflexiones, a fin de superar, sea el ya tradicional malentendido entre los practicantes de la disciplina, o bien el marcado escepticismo de sus “consumidores” naturales.<sup>4</sup>

---

4 La cuestión de la ciencia política como disciplina *interesada* no es ciertamente nueva. Cuestión destacada hace cierto tiempo como “la tragedia de la ciencia política”. Cf. Ricci, 1984: 3-25; Zolo, 1994: 42-48 y Lowi, 2005: 45-52.

Si la ciencia política actual resulta cada vez más política, ello se debe principalmente al hecho de que el diálogo con los políticos resulta imprescindible hoy en día para avanzar en nuestras explicaciones e interpretaciones. Y es que en el despliegue de nuestra actividad de investigación, actuamos como políticos, en otras palabras, también somos políticos: ¿cómo desentenderse de la política tal como la viven los políticos? o ¿es que nuestras investigaciones están definitivamente disociadas de la política como acción?

Si nos detenemos a observar los progresos recientes de la disciplina, aquellos que arrancan en la última década del pasado siglo, es preciso destacar una mayor presencia de la primera en el debate público, que, ciertamente, se extiende más allá del ámbito académico. Porque a medida que nuestros conocimientos, experiencias y valores se han ido incorporando significativamente a la lucha política, los politólogos o *politistas* hemos debido reorientar una buena parte de nuestros empeños y esfuerzos en la tarea de explicar y dar cuenta de la realidad “tal como es”. Y esta reorientación se inscribe en la búsqueda —encaminada en nuestro caso hace cierto tiempo— de un *realismo* políticamente *distinto*.

Asimismo, si asumimos el rol y función del politólogo en la sociedad democrática actual como el quehacer que corresponde a un *intelectual* político, dispuesto a intervenir en el desenvolvimiento de los tiempos democráticos, debemos concluir que, definitivamente, ya no somos extraños al mundo de la política, desde el momento en que, por nuestra formación y conocimientos, tenemos mucho que decir en la tarea ineludible de evaluación y análisis de las estructuras, procesos y resultados de la vida política.<sup>5</sup>

La ciencia política de hoy debe superar también aquella “política desencarnada y desprovista de pasión”, presente en los escritos de unos cuantos cultivadores “neutrales” de la disciplina. Porque

---

5 Sobre el rol y función de los intelectuales en los procesos de transición y de construcción de la democracia, véase, Ramos Jiménez en Hofmeister y Mansilla, 2003: 107-125. También Bobbio, 1998 y Bourdieu, 1999. Cf. Del Águila, 2003: 3-23; Ortiz, 2004, p. 135-165.

la obsesión metodológica, tanto como la ideología científicista y la pretendida neutralidad valorativa, ya no ocupan, como en el pasado, el primer lugar en nuestras preocupaciones, más cercanas éstas a ese “realismo político distinto”, que inspira ciertas concepciones alternativas de la política en nuestros días.<sup>6</sup> Y es que el ejercicio de la investigación política, como aproximación *realista*, necesariamente debe ir en beneficio de la comunidad, de una comunidad que en nuestros países ha elegido vivir en democracia.

## LA POLÍTICA EN LA VENEZUELA REALMENTE EXISTENTE

El desarrollo del experimento bolivariano, desde fines de la década de los 90, con todas sus consecuencias, no habría sido posible sino en contextos dominados por la antipolítica. El desencanto y desengaño de ciudadanos identificados con la democracia representativa y competitiva terminó aportando unos cuantos elementos que, en nuestro país, dieron vida en la década de los 90 al despliegue de ambiciones clandestinas y desplantes militaristas que, a su tiempo, contribuyeron en el desarrollo creciente de expectativas y aspiraciones colectivas, un tanto extendidas en vastos sectores de la población (cap. 1).

En el contexto de tal despliegue, como lo demostraremos en el contenido de este trabajo, tres principales causas concurren en la configuración del *experimento bolivariano*, un experimento *sui generis* que, en la última década, ha representado en nuestros países la fórmula política innovadora y alternativa en más de un sentido.

---

6 Como lo observara Angel Flisfisch hace cierto tiempo: “Cuando el mundo político y social de que se trata no admite ni la identificación sin ambigüedades relevantes de posibilidades *ex ante*, ni ese ejercicio típico de poder que presupone el *paradigma del príncipe*, no se es realista en política si se la hace a partir de una concepción que la ve como empleo de poder para realizar un deber ser social juzgado con antelación como posible. En esas condiciones, otorgar al paradigma en cuestión un valor político práctico constituye una equivocación.” (1991: 49. Cf. Magallón Anaya, 2003: 106-117 y Strasser, 2004: 23-35).

En primer lugar, el surgimiento e imposición de un *liderazgo carismático y plebiscitario* que, encarnado en la persona del “gran desarticulador”, se encaminó desde el comienzo hacia la realización de las tareas requeridas para el desplazamiento de la clase política tradicional, identificada con el modelo de una *democracia de partidos* inconclusa. Y es que el “fenómeno Chávez” se manifiesta ante todo como la fórmula providencial con la que comienzan a identificarse los “desheredados” de la Venezuela rentista, por una parte, y los últimos relegados del bipartidismo, por otra (caps. 2, 3 y 4).

En segundo lugar, el *desmantelamiento institucional* de la democracia bipartidista, que va a desembocar en el debilitamiento y desarticulación de los partidos y sistema de partidos, resultado de un proceso de deconstrucción, en el que intervienen equipos dirigentes venidos a menos con sus respectivas clientelas, fácilmente receptivas del mensaje neopopulista y a la expectativa de nuevas oportunidades de asalto al poder del Estado petrolero. De aquí que la debilidad de las sucesivas oposiciones al “nuevo régimen” está en el origen de unos cuantos fracasos, en su intento por reconstruir el sistema de partidos, recuperando sólo en parte las posiciones perdidas (cap. 5).

En tercer lugar, la formación y consolidación de un genuino *autoritarismo electoral*. Con este fin, el chavismo en el poder procedió a la instauración de una estructura electoral autoritaria, con capacidad para mantener bajo control todas las actividades y contiendas en las que se juega la legitimidad del sistema “revolucionario”, de cara a su reconocimiento y aceptación a nivel interno y exterior, preservando en todo momento la estabilidad de una democracia plebiscitaria, con fuertes connotaciones autoritarias (caps. 6 y 7).

En fin, el proyecto manifiesto de un “socialismo del siglo XXI”, desmentido en la teoría y en la práctica de la “revolución bolivariana”, que ha servido hasta nuestros días como “seña de identidad” de una política de poder neopopulista, constituye un esfuerzo sostenido —alentado desde el liderazgo plebiscitario— por recuperar el terreno perdido por las dinámicas huérfanas de una izquierda latinoamericana de corte reaccionario (cap. 8).



El experimento bolivariano no sería tan relevante en nuestros días si no fuera por el hecho de que ha servido en los años recientes de modelo alternativo para unas cuantas experiencias, particularmente en las “democracias andinas”, portadoras de soluciones autoritarias antidemocráticas, soluciones híbridas que incluyen en el mismo proyecto político los rasgos característicos del tradicional populismo y del execrado militarismo, todo dentro de un nuevo producto, que se exhibe sin rubor en el mercado de la oferta política local y regional. Su estudio y análisis, como el que aquí someto al juicio de los ciudadanos, constituye un reto intelectual y político que es preciso enfrentar con las “armas de la crítica”.



1 •

---

ANTIPOLÍTICA  
Y DESENCANTO  
DEMOCRÁTICO.

*La ilusión neopopulista*



*Una teoría de la guerra o una teoría de la revolución sólo pueden ocuparse, por consiguiente, de la justificación de la violencia, en cuanto esta justificación constituye su limitación política; si, en vez de eso, llega a formular una glorificación o justificación de la violencia en cuanto tal, ya no es política, sino antipolítica.*

HANNA ARENDT, 1963

*La política, identificada con la democracia participativa de Atenas, con un poder sin democracia en los siglos siguientes, es hoy necesariamente democrática; para decirlo mejor, el papel de la política es la búsqueda de la democracia más perfecta posible. Esto significa también que el proyecto político podía ser nulo en Atenas —pues la sociedad era homogénea y estable—, impuesto antiguamente a una nación heterogénea pero sin comunicación, mientras que hoy cumple el rol de soldar a una comunidad disemejante y comunicante. Dicho proyecto será político en el sentido de que su esencia será inscribir en cada uno de nosotros la naturaleza global, comunicante, del mundo en que vivimos.*

NICOLAS TENZER, 1991.



Un fantasma recorre América Latina, es el fantasma de la *antipolítica*. Rechazo de la política en todas sus formas; rechazo de los profesionales de la política, en fin, desafección hacia quienes viven “de” y “para” la lucha por el poder en las sociedades democráticas, tales son las manifestaciones exteriores de este fenómeno, que aparece en nuestras sociedades siempre vinculado con una suerte de “fatiga cívica”, que se ha ido extendiendo entre ciudadanos desencantados con la promesa democrática.<sup>1</sup>

En su *Defensa de la política*, el politólogo británico Bernard Crick (2001: 183-188) incluyó en lugar destacado lo que él mismo entendió como una *nota al pie de página para convencer a los profesores de ciencias políticas*. Partiendo de una observación inicial, según la cual “los que rechazan u odian la política entienden mejor la es-

---

1 La cuestión de la antipolítica fue originalmente planteada en nuestros países dentro del contexto de la así llamada tercera ola de la democratización en la década de los 80. En la década de los 90, la cuestión fue vinculada con el fenómeno de los *outsiders* y de la *mediapolitics*. En su investigación sobre el *neopopulismo* en tres países (Bolivia, Perú y Brasil), el politólogo boliviano René Antonio Mayorga se detuvo en la observación de “la política de la antipolítica”, en el entendido de que la misma “se desarrolla como una forma de hacer política que pretende no sólo prescindir de los partidos políticos, sino también poner en cuestión las pautas predominantes del quehacer político de los partidos y gobiernos democráticos” (Mayorga, 1995: 33).

pecificidad y la importancia del sistema político que los que dan por supuesta su existencia”, el autor termina afirmando el hecho de que, con mayor frecuencia de la que se podría pensar, “uno se encuentra con muchas personas para quienes la primera prueba de inteligencia que puede darles un recién llegado es su desprecio por la política, los políticos y el pensamiento político” (Crick, 2001: 186. Edición original 1962).

Dentro del clima enrarecido en nuestro país, las observaciones del profesor Crick resultan ciertamente relevantes, en el sentido de que conservan su vigencia original y parecen encaminadas hacia una revalorización de la política, como actividad crucial para el mundo que nos ha tocado vivir. Ahora bien, cuando en nuestros días, el “malestar con la política” se ha ido extendiendo peligrosamente en el tejido social, el mismo pasa a formar parte de aquello que en adelante comienza a ser considerado como lo “políticamente correcto”. Ello tiene un significado específico dentro de nuestros intentos por entender los encuentros y desencuentros de una política que se ha ido alejando de lo que una fórmula simplista, al alcance de políticos improvisados o de ocasión, nos ha vendido a buen precio como “lo que la gente quiere”.

## LA POLÍTICA: UNA FORMA DE GOBIERNO ENTRE OTRAS

Desde una perspectiva, dotada de profunda originalidad, Bernard Crick nos recuerda, cuarenta años después, el contenido y alcance de su conocida definición de la política: “la política es una forma distintiva de gobierno en la cual el pueblo actúa conjuntamente mediante procedimientos institucionalizados para resolver sus diferencias, para conciliar los diversos intereses y valores, y para hacer que las políticas públicas persigan propósitos comunes. *Como la única forma de gobierno, la política se distingue de otras formas de gobierno como la autocracia y el totalitarismo. La guerra y la violencia representan la quiebra, no la extensión de la política*” (Crick, 2004: 67. La cursiva es mía).



Si bien es cierto que la contraposición de intereses entre el ciudadano común y el político profesional, que dice representarlo, se ha venido incrementando en los años recientes, a punto tal que toda conexión del primero con el mundo de la política siempre la encontramos cargada de pesada sospecha –si no de abierto desprecio hacia las elites de poder–, no lo es menos el hecho de que las actitudes, creencias y sentimientos hacia todo aquello que, de cerca o de lejos, tiene que ver con las luchas por el poder, conllevan la idea de “actividad degradada”. Y es que la política, como lo ha destacado Adrian Leftwich recientemente, más que un *proceso*, constituye una *arena*, es decir, el lugar o el *foro institucional* donde aquella se despliega (Cf. Leftwich, 2004: 13).

En esta perspectiva, no faltan razones para afirmar las características específicas del drama que viven y han vivido nuestros partidos políticos, unos y otros definitivamente desconectados de las demandas y expectativas de ciudadanos “correctamente” despolitizados. Situación que ha sido la fortuna que descubrieron unos cuantos aventureros y demagogos, recién llegados al mundo de los desacuerdos y consensos, con capacidades y destrezas innatas para el ejercicio de la manipulación y la duplicidad, condiciones que, de tiempo en tiempo, les permiten aquí y allá hacerse valer como los nuevos líderes de sociedades en situación de crisis.

En efecto, “los políticos son populares en tiempos heroicos –ha observado Giovanni Sartori– pero pocas veces lo son en tiempos rutinarios, cuando la política de la democracia se convierte en un confuso y ordinario esfuerzo diario” (1994: 161). En tal sentido, el *desencanto* y desilusión por la política no es un fenómeno nuevo y hasta debe considerarse general en la experiencia de las democracias occidentales. De hecho, la “depuración” de la política resulta en nuestros días una demanda prioritaria de los ciudadanos desengañados por la promesa incumplida de la democracia: “Si la desconfianza en los políticos es general –agrega Sartori– (aunque no siempre justificada), y si los partidos como tales pierden su prestigio, entonces entramos en un juego en que faltan algunas piezas. El desencanto y la desilusión igualmente pueden conducir a la apatía, al retiro de la política, a lo que en los

años cincuenta se llamó la “despolitización”. Pero el rechazo de la política que tanto aumenta en la actualidad, no es de ninguna manera pasivo, sino activo, participante y vengativo. En tanto que el ciudadano apático hizo muy fácil la política, el ciudadano vengativo y enérgico puede hacerla muy difícil” (*Ibid.*: 163-164).

La cuestión de la despolitización de las democracias contemporáneas también ha sido vinculada con una suerte de “dictadura del número”. En estas sociedades, de acuerdo con Nicolas Tenzer, ese número está en el origen de una distancia necesaria entre el representante y el representado: “a medida que esta distancia aumenta, el poder se autonomiza. El caso extremo es el del régimen totalitario, donde se efectúa la desestructuración pura y simple del representado, no siendo el representante más que puro poder” (1991: 16. *Cf.* Revault D’Allonnes, 1999: 12-16).

En sus *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, John Stuart Mill se detuvo en la reflexión sobre aquello que, según él, sería “la mejor forma de gobierno”, distinguiendo a los ciudadanos en activos y pasivos. Para Mill (2001: 72-94), los gobernantes prefieren a los segundos (los pasivos), porque les resulta más fácil tenerlos controlados, como súbditos dóciles e indiferentes. Ello contrasta con la necesidad imperiosa de los primeros (los activos) en toda democracia. De aquí que Mill haya propuesto la “ampliación del sufragio a las clases populares”, a fin de educarlas y hacerlas conscientes de la vida en comunidad (Mill, 2001: 181-204). Este habría sido el remedio, según Mill, para acabar con una cierta “apatía política”, que conducía directamente a la autocracia, poniendo en peligro el ideal democrático. Ello contrasta con el hecho de que “la tendencia natural del gobierno representativo, así como de la civilización moderna, es la de ir hacia una mediocridad colectiva”. En tal sentido, el gobierno representativo puede, en un buen número de casos, reducirse a la “tiranía de la mayoría mediocre”, que se impone cuando el “ambiente democrático” de las sociedades no cuenta con la práctica de valores intelectuales y morales (*Cf.* Mellizo, 2001: 13).

En nuestros días, una tal apatía parece haberse vuelto más “activa”, en la medida en que los ciudadanos son llamados perió-

dicamente a expresar sus intereses mediante el voto: la pasividad se convierte en abstención, en unos casos, o promueve el así llamado “voto castigo”, en otros. Allí radica la etapa previa para el advenimiento de una profunda actitud antipolítica, de desafección hacia todo aquello que tenga algo que ver con la política, entendida, sea como la lucha individual o colectiva por el poder, o bien como la búsqueda del buen gobierno.

Ahora bien, no es extraño que en el ámbito académico, a partir de ejercicios y ensayos de *crítica* de la política se llegue con relativa facilidad a la promoción de un “gran rechazo” de “la política tal como es”, a fin de abrir los espacios de “una política como debe ser”. Y, en este intento, lo *positivo* va siendo desplazado por lo *normativo* (Lanz, 1994; Ron Pedrique, 1997). Aunque las voces de la inconformidad intelectual, en nuestros países, también han asumido posiciones coherentes con la necesidad de “hacer política” en el contexto de la democratización de las formas políticas (Garretón, 1995, Mansilla, 1997).<sup>2</sup>

En su concepción de la “democracia mínima”, Norberto Bobbio observó el hecho de que la misma siempre presupone ciudadanos educados en la “virtud”, que consiste en el “amor a la cosa pública”. Por consiguiente, las actitudes de “apatía”, “indiferencia”, “desinterés” y “rechazo” hacia lo público, constituyen peligrosos

---

2 Ello resulta relevante en más de un sentido. Agapito Maestre nos recuerda, en la presentación de su libro sobre el poder, hasta que punto es preciso terminar con la “asepsia” que adoptan unos cuantos practicantes de la disciplina politológica cuando abordan el terreno de la vida política de todos los días: “Este libro –afirma– arremete de la manera más civilizada posible contra ese ‘espíritu’ o ‘moralina’ despolitizante y despolitizadora del individuo, e intenta abrir algunos resquicios que faciliten el paso al *compromiso* con un complicado horizonte de dudas, aciertos y grietas, de falsas soluciones y posibilidades abiertas que aparecen por doquier en un “sistema político mundial”, otrora inamovible, con el ánimo suficiente para que una nueva *inteligencia política* se haga cargo de la dignidad de lo político como lugar “creador” de intereses no exógenos a la política, de acciones con finalidad, de instituciones generadoras de libertad e igualdad, de individualidades autónomas y, sobre todo, creador de identidades colectivas de corte universalista y democrático” (1994: 24-25).

predisposiciones, que socavan las posibilidades reales de vivir en democracia (Cf. Bobbio, 1986: 13-31). Otro tanto ocurre con el individualismo reinante en nuestra época, la de la globalización. Y es que, la idea de que la política y lo político constituyen un intruismo intolerable que es preciso resistir o mantenerlo a distancia, se ha ido extendiendo peligrosamente en nuestros días (Cf. Beck, 1998: 51-85; Bauman, 1999: 9-53)<sup>3</sup>.

En la medida en que la política no se agota en la reflexión, si bien la presupone en quienes dedican la mayor parte de su actividad a las luchas por el poder, la misma debe asumirse siempre como una *oportunidad*. De aquí que, “entender la política como discernimiento inteligente de la oportunidad supone alejarla del doctrinarismo que trata de imponer unos esquemas rígidos a un mundo complejo. La política no comienza con un plan exacto, un contrato social originario o una plataforma de consenso. No existe un ideal político independiente de la práctica y de la experiencia, que es siempre limitada, escasa, finita y posibilista” (Innerarity, 2002: 31).

Si aceptamos el hecho de que la política es disenso y conflicto, la tendencia a rechazarla o condenarla resulta *natural* en quienes la conciben, sea como el mundo del orden, del contrato fundador, o bien del consentimiento activo o pasivo. Por consiguiente, la tradicional diferenciación de *lo político*, como el mundo de la acción colectiva con arreglo a fines que conciernen a toda la comunidad, con respecto a *la política*, como el mundo de las luchas por el poder, debe situarse en la base misma de toda política de la vida.<sup>4</sup>

---

3 El rechazo de la política, particularmente como “política de poder”, y de los “profesionales de la política”, ha encontrado en el generalizado clima de desencanto en nuestros días unas cuantas razones “cívicas” para desentenderse del mundo de la política. Los valores democráticos, expresos en los *ideales* de la tolerancia, la no violencia y la fraternidad, a los que se refiere Bobbio, no parecen haberse impuesto en las sociedades occidentales, de allí que la democracia se despliegue como una gran “promesa incumplida” para la masa de ciudadanos desengañados (1986: 30-31; Cf. Zolo, 1994: 131-143).

4 En su lección inaugural en el Collège de France, Pierre Rosanvallon nos advierte: “Al hablar sustantivamente de *lo político*, califico también de esta manera a una

Si bien es cierto que en el pasado reciente, algunos autores europeos vincularon la antipolítica con el *leadership* neopopulista y reaccionario de los Le Pen, Berlusconi, Haider y Bossi en el ámbito europeo, no faltan elementos para afirmar que el fenómeno se ha revelado fuertemente enraizado la cultura política de nuestras sociedades latinoamericanas, a partir de la década de los 90, cuando la “forma partidista de hacer política” entró en franco retroceso. Cuando el modelo de la “democracia de partidos”, que se había impuesto en las diversas transiciones postautoritarias de los 80, fue cediendo su lugar a una incipiente “democracia de opinión”, ampliamente dominada por los medios masivos de comunicación (Manin, 1998: 237-292. Cf. Meny y Surel, 2000: 58-84; Ramos Jiménez, 1997: 58-72).

Así, los ensayos gubernamentales de corte tecnocrático en América Latina, que se materializaron desde fines de los 80, como en los casos de la Venezuela de Carlos Andrés Pérez, la Nova República brasileña de José Sarney, el segundo gobierno de Paz Estenssoro en Bolivia, el Ecuador de Durán Ballén y, *mutatis mutandis*, ya en los 90, el primer período de la experiencia fujimorista en Perú y de Carlos Saúl Menem en Argentina —curiosamente todos identificados con el neoliberalismo económico y político, propugnado por el Consenso de Washington— dejaron abonado el terreno para experimentos políticos de nuevo tipo, propugnando desde la cima del poder un extendido intento desarticulador del pasado, de reducción del Estado y de desmantelamiento de los partidos políticos, todo dentro de una política de reformas de corte neoliberal.

---

modalidad de existencia de la vida comunitaria y a una forma de la acción colectiva que se diferencia implícitamente del ejercicio de *la* política. Referirse a lo político y no a la política es hablar del poder y de la ley, del Estado y de la nación, de la igualdad y de la justicia, de la identidad y de la diferencia, de la ciudadanía y de la civilidad, en suma, de todo aquello que constituye a la *polis* más allá del campo inmediato de la competencia partidaria por el ejercicio del poder, de la acción gubernamental del día a día y de la vida ordinaria de las instituciones” (2002: 19-20).

## LA POLÍTICA: ¿UNA TÉCNICA DE GESTIÓN PÚBLICA?

Los sistemas partidarios en los países latinoamericanos fueron entrando en declive profundo, particularmente en la segunda década de la democratización (los 90), cuando las estructuras de participación resultaron considerablemente debilitadas y desplazadas por coaliciones heteróclitas en el gobierno, incluyentes de grupos tecnocráticos ligados a la gran empresa, la fuerza armada y los intereses transnacionales. Cabe advertir entonces que, como en el pasado, esta reducción de la política a un conjunto de técnicas de gestión de los recursos, centralizados en el aparato burocrático de los Estados, se apoyó siempre en la deriva presidencialista de los sistemas políticos latinoamericanos y, por lo tanto, siguió patrones de movilización social fuertemente personalistas que, a la larga, dejaron abierto el camino para el surgimiento de fórmulas antipolíticas y neopopulistas, cargadas de amenazas y peligros para la construcción de la democracia en nuestros países.

## LA BÚSQUEDA DE UN NUEVO LIDERAZGO

Debido al fracaso de los ensayos tecnocráticos en los diversos países ya se advertía la presencia de demandas de cambio sobredimensionadas en no pocos países, muy pronto canalizadas por el surgimiento de un autoproclamado y efímero “nuevo” liderazgo extrapartido, expreso en la promoción de hábiles prestidigitadores, *outsiders* carismáticos, al parecer “incontaminados” con la política, entendida entonces como actividad social degradada: el empresario azucarero Collor de Mello en Brasil, los empresarios de los medios y la cerveza, Carlos Palenque y Max Fernández respectivamente en Bolivia, el abogado sin oficio conocido Abdalá Bucaram en Ecuador, cantantes exitosos y muy populares como “palito” Ortega en Argentina, Rubén Blades en Panamá, Johnny Ventura en Dominicana y, en fin, el rector Antanas Mockus en Colombia, todos se sintieron tan motivados como calificados para competir y desplazar de los puestos

de dirección a los integrantes de una tradicional “clase política” muy venida a menos, dominada entonces por los partidos. Unos y otros, en sus campañas y denuncias pusieron muy en claro, tanto el fracaso de los políticos y de sus partidos como el extendido clamor popular de cambio, comprometiéndose públicamente —con la ayuda extendida de los medios de comunicación— en la lucha contra la corrupción y en la búsqueda de mejores niveles de vida para la población.

Curiosamente, todos y cada uno de estos presidenciables, en su mayoría “empresarios exitosos”, consolidaron sus ambiciones de poder con el recurso a la creación de su respectivo “partido”, reuniendo en su seno a todo el conjunto de dirigentes incondicionales, con capacidad para la movilización de la masa disponible de electores sin identificación política conocida. De aquí que en sus programas de gobierno no se encuentre identificación ideológica o doctrinaria alguna, puesto que los mismos sólo se proponían encarnar y encauzar la legítima reivindicación popular, que vive el desencanto provocado por la promesa incumplida de los primeros gobiernos democráticos.

## ANTIPOLÍTICA Y LIDERAZGO PLEBISCITARIO

El liderazgo antipolítico nace y se desarrolla con mayor frecuencia en contextos caracterizados por una amplia marginalidad social, manifiesta en el crecimiento, aparentemente “fuera de control”, de la economía informal. Y en cuanto liderazgo plebiscitario, se inclina a favorecer la personalización de la decisión política en contextos de movilización desideologizada, vinculando las ejecutorias y capacidad articuladora del candidato o *presidente personal* con un voluntarismo extremo, portador de la reivindicación del pueblo movilizado, que desplaza y sustituye la lógica de la competición democrática (Ramos Jiménez, 2002: 38-39. Cf. Rivas Leone, 2002: 241-268)<sup>5</sup>

---

5 En su concepción del *presidente personal*, Theodore Lowi advierte: “El gobierno presidencial empezó como un esfuerzo para resolver el problema de la efectividad (...) Pero al igual que ocurre con las situaciones más complejas, la solución de

En tal sentido, el fenómeno de la antipolítica constituye el producto de un nuevo ejercicio de legitimación y, por paradójico que parezca, no resulta extraño en modo alguno al régimen democrático-representativo. De aquí que, reformistas o “revolucionarios”, los candidatos o gobernantes antipolíticos comparten los vicios del tradicional liderazgo partidista latinoamericano, llevándolos a situaciones exacerbadas o extremas. Y es que a diferencia de las experiencias de gobierno de partido en nuestros países, el paternalismo y clientelismo, tanto como la frenética búsqueda de un “nuevo orden”, resultan encubiertos bajo la forma de demandas populares inaplazables y delegadas en la autoridad personal del líder de turno.

Asimismo, no debe sorprender el hecho de que en el discurso de unos cuantos líderes partidistas de cuño democrático, aquellos que precedieron a los experimentos antipolíticos recientes —piénsese en los Caldera, Uribe y Toledo, entre los más representativos—, encontremos el reflejo de actitudes antipolíticas, netamente perceptibles en ciudadanos desencantados con la promesa democrática. Los Chávez, Gutiérrez, Humala, Morales y Correa, son los campeones de la antipolítica latinoamericana reciente, y resultan impensables fuera de los escenarios previamente establecidos por un liderazgo democrático, errático e incompetente para responder a las exigencias y demandas de electorados frustrados y desengañados.

Asimismo, el liderazgo antipolítico y plebiscitario se alimentó siempre de la denuncia encendida de la así llamada *partidocracia*. Y, en la medida en que el declive partidista acompañó en todas partes

---

hoy tal vez sea el problema de mañana; de hecho cuando menos cinco problemas del gobierno presidencial han sido ya identificados. El primero es la concentración del gobierno en la presidencia. Junto a este problema está el reenfocamiento de las esperanzas de las masas en la presidencia, en realidad en la persona del presidente. Un tercer problema relacionado con los anteriores es la redefinición de democracia como liberación. Y el cuarto es el debilitamiento del tipo de grupo que existió entre el gobierno y las masas: los partidos políticos.

Al ser empujados los partidos hacia la periferia de la política ahora podemos ver el quinto problema: el vacío que dejaron los partidos ha sido ocupado por lo que se ha llamado «grupos de problemas especiales» y por las masas” (1993: 125).



a los primeros intentos por adelantar cambios sociales y reformas de los aparatos estatales, tales cambios y reformas exigieron la presencia de una clase política innovadora, diferente a la tradicional de los partidos y no han faltado razones para que este tipo de nuevo liderazgo sea considerado en los estudios comparativos como un “liderazgo en transición” (Ramos Jiménez, 2005: 116).<sup>6</sup>

Si admitimos el hecho de que en los primeros años de la Venezuela de Chávez, todas las condiciones estaban reunidas para la condena y castigo electoral del tradicional bipartidismo, al chavismo en el poder no le costó mucho recuperar y monopolizar las expectativas de un electorado significativamente ganado para la causa antipolítica. Tentativa sectaria y despolitizadora, rápidamente disociada del experimento democrático anterior –los cuarenta años de “democracia corrupta”–, anclada en una peligrosa y desestabilizadora “política de resentimiento”, que cerró el paso por tiempo indeterminado a las propuestas alternativas de corte democrático.<sup>7</sup>

- 
- 6 De acuerdo con Isidoro Cheresky, la diferenciación de los nuevos candidatos y líderes políticos resulta cada vez más circunstancial: “los individuos de la política tienen adscripciones cambiantes, los alineamientos dependen crecientemente de los intereses de carrera y del potencial electoral de cada uno (...) La circulación de los liderazgos incluye también la introducción de quienes vienen desde fuera del ámbito público y que con frecuencia son los más proclives o perceptivos en la renovación de los lazos de representación. La puja entre los líderes puede incitar a la transgresión del consenso.” (1999: 26).
- 7 Sobre el impacto político de la extendida denuncia de la corrupción en nuestros países, Fernando Mires ha observado en reciente escrito: “En ningún caso, empero, la corrupción en una democracia supera a la de las dictaduras. Las dictaduras, de por sí y por definición, son corruptas pues usurpan o roban un poder que no les corresponde. Además, las dictaduras tienden a corromper tanto el carácter como las facultades racionales de los ciudadanos. Por de pronto, al no permitir la libertad de opinión, inhiben la capacidad de pensar. Al no permitir las libertades de reunión y de asociación, inhiben las posibilidades comunicativas. Pero aún en el sentido de la corrupción tradicional, que es la venalidad, las dictaduras militares son corruptas. La diferencia es que en una democracia los casos de corrupción son más visibles. Los de una dictadura se conocen mucho después de que los dictadores han abandonado el poder” (Mires, 2007: 37).

Asimismo, la *mediatización* de la vida política, que se ha producido a partir del incremento del rol de la prensa escrita, radio y televisión en la asignación de valores y posiciones en la estructura del poder, redujo dramáticamente el rol de los partidos en su función de correa de transmisión entre el poder político de la tradicional “clase dirigente” y la masa del pueblo gobernado. Y ello en circunstancias tales que el liderazgo antipolítico, muy hábil en el manejo de los medios, particularmente la televisión, cultiva la *videopolítica*, llamada a desplazar a la política tradicional de los partidos. En tal sentido, es cada vez más frecuente la identificación del liderazgo antipolítico con una suerte de *política-espectáculo*, llamada a desplazar las formas representativas de la política democrática. Constituye, por consiguiente, todo un conjunto de acciones destinadas a descalificar y condenar todo acto de gobierno rutinario, hasta desembocar en lo que P. A. Taguieff ha descrito como la “demagogia de la edad democrática”.<sup>8</sup>

Asimismo, la deriva militarista del “nuevo régimen” chavista, configura en el caso de Venezuela, como había ocurrido en la segunda etapa del fujimorismo peruano (fines de los 90), una variante específica del neopopulismo criollo que, alimentándose de creencias, sentimientos y actitudes antipolíticas, ha logrado construir para América Latina un modelo acabado de polarización social, aparentemente destinado a durar en el tiempo.<sup>9</sup>

---

8 De acuerdo con Taguieff, una tal demagogia consiste en la consideración del pueblo, por parte de sus líderes, como una categoría social que corresponde al dominio de *lo sagrado*, convirtiéndose en “objeto de culto”: “Como demagogo cínico, el líder populista no tiene más que una causa, la suya, pero para defenderla él vuelve ostensiblemente suya la causa del pueblo” (2007a: 10-11).

9 Tanto el populismo como el neopopulismo, ha observado el mismo Taguieff, deben entenderse, “como un estilo político susceptible de poner en forma diversos materiales simbólicos y de fijarse en múltiples lugares ideológicos, tomando la coloración política del lugar de recepción. Se presenta también, e inseparablemente, como un conjunto de operaciones retóricas puestas en funcionamiento por la explotación simbólica de ciertas representaciones sociales” (2007b: 21-22).

Y es que, en un buen número de casos, la instauración del “partido militar”, oculto tras la fachada de partido único, representa el órgano del poder personal del presidente, constituyendo en los dos casos mencionados la condición *sine que non* para su permanencia en el poder. Fujimori en Perú se mantuvo diez años en el ejercicio del poder vertical, sin oposición aparente. En Venezuela, Chávez reafirmó el camino militarista a partir de su protestada victoria electoral de diciembre de 2006. Y no le han faltado discípulos: Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador reproducen casi al pie de la letra el guión neopopulista, desplegado en la década del chavismo en el poder.

Esta militarización del poder, que se acompaña de la instauración de un genuino *autoritarismo electoral*, ha resultado crucial para el vaciamiento de la política democrática y, por lo mismo, ha sido determinante para el funcionamiento del neopopulismo en Perú y Venezuela. Y es que hoy en día, la antipolítica venezolana vuelve por sus fueros: las razones son desplazadas por las emociones y las grandes movilizaciones ciudadanas son ya cosa del pasado, todo dentro del contexto caracterizado por la inviabilidad política de partidos reducidos y dirigentes sin ideas, definitivamente desconectados de un electorado desencantado con la promesa democrática.

No debe sorprender entonces el surgimiento de liderazgos carismáticos, anclados en un sentimiento generalizado de frustración de las expectativas populares que, fomentando el rechazo de una política que ya “no importa” –recuérdese la fórmula extremista del “que se vayan todos”–, formulan y canalizan prácticas y actitudes autoritarias, que van a desembocar en acciones y decisiones rutinarias, caracterizadas por la legitimación extendida del “autoengaño” en la masa cautiva de la población.

Si bien es cierto que el chavismo de base comparte con su jefe indiscutido la convicción de vivir toda una revolución, no lo es menos el hecho de que su adhesión retórica a la democracia se constituya en un asunto meramente formal. De aquí que, con el disfraz bolivariano, primero, y el de un indefinido “socialismo del siglo XXI”, después, se haya impulsado desde las posiciones del po-

der hegemónico chavista el despliegue de una actitud antipolítica en vastos sectores de la sociedad.<sup>10</sup>

La cuestión no sería tan grave si no fuera por el hecho de que esa política del “autoengaño” se fue convirtiendo en desengaño masivo –promesas incumplidas de por medio– desencadenando en la sociedad los demonios del autoritarismo criollo. Autoengaño, desengaño y frustración, en los años del declive bipartidista fueron abonando el terreno de las fórmulas autoritarias de corte militarista, particularmente en los países andinos. De aquí que el necesario retorno a la política, en un buen número de países latinoamericanos, se encuentre condicionado por el surgimiento firme de alternativas democráticas, en ruptura con las conocidas promesas antipolíticas del liderazgo plebiscitario de corte militarista.

La antipolítica, por consiguiente, ha sido eso, la plataforma en la que se armó la trampa que nos tendieron unos cuantos aventureros de la política, proclives a la arbitrariedad y autoritarismo, en nuestros países. Y para fortuna de los ciudadanos demócratas sus nombres ya nos resultan conocidos e identificados en todos y cada uno de nuestros países.

Como alternativa política ante el fracaso de las democracias representativas en nuestros países, la antipolítica no se ha constituido en modo alguno en la fórmula que nos llevará definitivamente al camino un tanto abandonado de la construcción democrática. Se trata más bien de un ensayo colectivo orientado hacia soluciones mistificadoras que casi siempre termina en frustración y desengaño. En este sentido, la fórmula antipolítica reviste características de una ilusión colectiva, de la ilusión neopopulista.

---

10 En su introducción a un trabajo colectivo reciente, Jean-Pierre Rioux, observa la experiencia del chavismo en el poder como una forma de populismo, en la cual, “artificialmente protegido por el alza del precio del petróleo, se ha impuesto con el presidente Chávez en Venezuela, sazónando sus recetas gastadas de postcastrismo y neobolivarianismo, federando a todos los ultras de la derecha como de la izquierda, dejando dilatar el culto de un nuevo ‘padrecito’ del pueblo.” (2007: 12-13).

2 •

---

LIDERAZGO POLÍTICO  
Y CALIDAD  
DE LA DEMOCRACIA



*Cuanto más grande se vuelve una comunidad menos parece respetar a una asamblea y más es atraída por un individuo. Un presidente atrevido que sepa que lo apoya una mayoría del país, tal vez se sienta tentado a atropellar la ley y a privar a la minoría de la protección que le da la misma. Puede volverse un tirano, no contra las masas, sino con las masas.*

JAMES BRYCE, 1889





¿Constituye el liderazgo un factor decisivo en la determinación de la calidad de la democracia? Si nos detenemos a observar las relaciones tensas y conflictivas entre el gobierno y la oposición en lo que se ha convenido en llamar la “Venezuela de Chávez”, sobran elementos para advertir que en el origen de los encuentros y desencuentros en el seno de la clase política la “cuestión del liderazgo” ocupa un lugar prominente.

Si bien es cierto que la mayor parte de los estudios y reflexiones sobre el problema de la democracia, en los años recientes, abordan el fenómeno partidista, como factor crucial en la transición y construcción de la democracia en el ámbito latinoamericano, hoy en día, el debilitamiento de los partidos tradicionales y la falta de enraizamiento de los nuevos partidos, del gobierno y la oposición, forman parte de lo que hemos venido considerando como el *déficit democrático* del sistema político venezolano (Ramos Jiménez, 1997 y 2008).

Ahora bien, en el centro de ese déficit deberíamos ubicar la cuestión del liderazgo político, como dimensión significativa de la situación de crisis de los partidos y, por lo mismo, de crisis de la democracia. De modo tal que la naturaleza y práctica del liderazgo pasan a constituirse en elementos determinantes para la evaluación de la calidad de la democracia en nuestros países.

Dentro de la teoría de la democracia, impulsada y desarrollada en la época reciente por autores, que han superado el trayecto que lleva desde el liberalismo individualista hasta el socialismo, destaca la contribución seminal del politólogo italiano Giovanni Sartori, quien en uno de los pasajes centrales de su construcción teórica llega hasta preguntarse si debemos aceptar de una vez por todas el hecho de que la democracia como sistema de gobierno ha dejado sin resolver la cuestión problemática de la relación entre mayorías y minorías: “¿cómo es que el dominio de la mayoría acaba por ser el gobierno de la minoría?”, en otras palabras, puesto que la democracia produce minorías (en plural), no una minoría (en singular), aquéllas no autorizan en modo alguno a un gobierno fuerte (autocrático), sino más bien uno débil. Este último, según Sartori, denota el término de liderazgo, constituyéndose este último en la cuestión crucial para la determinación del origen y desempeño de todo gobierno democrático.<sup>1</sup>

En efecto, el liderazgo político —lo que entre los autores anglosajones se ha venido identificando como el *leadership*, fórmula muy extendida en el lenguaje del *management*, luego incorporada al *marketing político*—, asumido en la sociología política como el conjunto de actividades que aseguran la *dirección* o conducción que ejerce la elite gobernante sobre la masa de gobernados, debe asociarse con la búsqueda colectiva de bienes comunes y objetivos compartidos, significando por lo mismo todo el esfuerzo colectivo resultante de una agregación efectiva de voluntades.

En esta perspectiva de análisis, el liderazgo constituye siempre un *fenómeno relacional*, que incluye, además de las elites, un ámbito de dominación política en el cual los líderes aparecen siempre vin-

---

1 Cf. Giovanni Sartori, 1988: 168-169. En su proposición sobre las “falsas promesas” o desengaños de la democracia, Norberto Bobbio ya había advertido, hasta qué punto, “la presencia de elites en el poder no borra la diferencia entre regímenes democráticos y regímenes autocráticos”, siguiendo en ello a Joseph Schumpeter, para quien, la característica distintiva del gobierno democrático no es la ausencia de elites sino la presencia de muchas elites que compiten entre ellas por la conquista del voto popular. (Cf. Bobbio, 1986: 20-21).

culados con las expectativas de sus seguidores, todo dentro de un juego de percepciones e influencias mutuas.<sup>2</sup> Y es que “el liderazgo no solamente remite a la relación que se establece entre el líder y los otros –sean éstos ciudadanos o no, que interactúan directa y regularmente con el líder–, sino también a una relación que se desarrolla dentro de un determinado contexto institucional y en una situación histórica dada.” (Leiras, 2008: 49).

En tal sentido, difícilmente podría incluirse al gobierno dictatorial en la noción de liderazgo. Sin embargo, las transformaciones recientes del *liderazgo democrático*, nos permiten avanzar la hipótesis sobre el surgimiento de “liderazgos en transición” que, en la experiencia latinoamericana reciente, afecta decisivamente el funcionamiento y la calidad de la institucionalidad democrática.

Ahora bien, los estudios sobre el fenómeno del liderazgo insisten en el rol crucial que juegan las cualidades personales o “dotes excepcionales” del líder en la relación social que se establece entre gobernantes y gobernados. En su clásica reflexión sobre las tendencias oligárquicas de los partidos políticos, a comienzos del siglo XX, Robert Michels se detuvo a observar lo que, según él, constituye la *metamorfosis psicológica* de los líderes: “En la mayor parte de los casos, y sobre todo al comienzo de su carrera, el líder está sinceramente convencido de la excelencia del principio por el que aboga (...) En muchos casos el líder, al principio nada más que una simple molécula de la masa, se desprende de ella involuntariamente, sin preguntarse siquiera hacia dónde lo lleva su acto instintivo, sin motivo personal alguno (...) En el líder la conciencia de su valía personal, y de la necesidad de guía que siente la masa, se combinan para inducirlo a reconocer su propia superioridad (real o supuesta) y suscitan, además, ese espíritu de mando que existe en germen en todo hombre nacido de mujer. Con esto comprendemos que todo poder humano procura aumentar sus prerrogativas. Quien ha adquirido poder se esforzará siempre por consolidarlo y extenderlo, por multiplicar las murallas que defien-

---

2 Cf. Natera Peral, 2001: 55.

den su posición, y por sustraerse al control de las masas.” (1979, vol. 2: 9-10).

Si bien es cierto que las crisis recurrentes de la política democrática en nuestros países deben atribuirse ciertamente a la naturaleza y calidad del liderazgo que ha prevalecido en las diversas experiencias históricas, particularmente en la etapa de transición y construcción de la democracia, que se extiende desde principios de la década de los 80 hasta nuestros días, no lo es menos el hecho de que las dificultades y obstáculos encontrados en las diversas *transiciones democráticas* en los países andinos, tienen mucho que ver con el surgimiento de *liderazgos plebiscitarios y carismáticos* que, en uno u otro país, se han desplegado bajo la forma de alternativas válidas frente al desmontaje del liderazgo de la clase política tradicional.

Si asumimos el hecho de que en los sistemas democrático-representativos, la formación de un genuino *liderazgo de partido* pasa por la fundación y mantenimiento de los partidos y sistemas de partidos, estos devienen en *partidocracia* cuando el interés general, que les corresponde asegurar y defender, resulta desplazado por un interés particular, privado, corporativo de los equipos dirigentes (Cf. Ramos Jiménez, 2008: 127-143).

## LA DIFÍCIL CONSTRUCCIÓN DEL LIDERAZGO DEMOCRÁTICO

El ascenso de Chávez y del chavismo al poder en 1999 marcó para Venezuela el comienzo de una etapa de cambios cruciales, políticos y sociales, cargada de significativas repercusiones para el futuro. Una etapa que, de acuerdo con el discurso de los principales actores, habría de comprender un doble proceso: el del desplazamiento de los actores hegemónicos del sistema político precedente, por una parte, y la modificación sustancial de las reglas del juego político, por otra. Este proceso, innovador si no “revolucionario” para el nuevo liderazgo, constituye una base suficiente para sostener, en un primer análisis, la hipótesis del derrumbamiento o caída del régimen

democrático-bipartidista inaugurado en 1958 y su sustitución por un “nuevo régimen”, que incorpora unos cuantos ingredientes de corte autoritario y neopopulista.

Los cambios propuestos por el nuevo liderazgo político implicaron desde el principio todo un conjunto de reordenamientos en la tensa relación entre el Estado y la sociedad civil y, al parecer, estuvieron orientados hacia la superación de la etapa histórica de las así denominadas “democracias pactadas”, aquellas que caracterizaron desde los años 80 a las transiciones postautoritarias de la democratización latinoamericana, dejando atrás al modelo tradicional de las “democracias de partidos”.

Ahora bien, el despliegue del proceso de innovación política presuponía, de entrada, la conformación de una nueva clase política, con capacidad para impulsar social y políticamente el rescate de una institucionalidad bloqueada, debido al declive profundo del bipartidismo y, lo más significativo, debía afincarse en la tarea de reestructuración del sistema de partidos, que ya en los 90 había perdido los espacios conquistados en las décadas precedentes, poniendo en peligro con ello la estabilidad del Estado democrático.<sup>3</sup>

Asimismo, el crecimiento y despliegue de actitudes antipolíticas entre los ciudadanos está en el origen de un peligroso clima de desencanto con la democracia, si no de “fatiga cívica”, que dejó abonado el terreno para el advenimiento de soluciones políticas alternativas de cuño personalista, providenciales y provisionales en más de un sentido, portadoras de la promesa populista, “redentoras” en su discurso y plebiscitarias en la forma de participación de los ciudadanos que propugnan.

En la experiencia venezolana de la segunda mitad del siglo XX, el liderazgo democrático buscado y propuesto por las elites, se fue conformando como *duopolio partidista*, con AD y COPEI controlando la mayor parte del electorado, por una parte, y sin necesidad del recurso a coalición política alguna en el ejercicio del gobierno,

---

3 Sobre lo que consideramos el “ocaso de la democracia bipartidista”, véanse mis principales planteamientos en Ramos Jiménez, 1999: 35-42.

por otra. Y es que el ensayo democratizador de los orígenes –fines de los 50– fue derivando, ya en la década de los 80, en una *partidocracia*, políticamente excluyente, reñida con la promesa democrática de sus fundadores.<sup>4</sup>

Ahora bien, la referencia a una sociedad civil desencantada tuvo mucho que ver con la evidente desmovilización social que, a fines de los 90, preparó el camino en nuestro país, como había ocurrido en el pasado en otros países latinoamericanos, a las andaduras mesiánicas y autoritarias. De hecho, los encuentros y desencuentros de una clase política muy venida a menos, forman parte en nuestros días de una “política de transición”, un tanto específica dentro del contexto latinoamericano, a punto tal que el proyecto de sociedad, impulsado por los dos principales partidos políticos desde su fundación a fines de los 50 y concebido por el liderazgo postautoritario, venía enmarcado dentro del modelo de una *democracia de partidos* que, en la práctica gubernamental y de oposición, resultó abandonado, debido a las tendencias duopólicas del liderazgo de los dos principales partidos.<sup>5</sup>

La deriva partidocrática del liderazgo democrático-partidista también debe destacarse como el elemento desencadenante de soluciones antipolíticas y personalistas que, en el mediano y largo plazo –con la entrada en escena de *outsiders* políticos o líderes sociales extra-partido–, se constituyeron en las portadoras naturales de la promesa plebiscitaria y neopopulista.<sup>6</sup>

---

4 Cf. Ramos Jiménez, 1999: 35-42; Véase Rey, 1989; Kornblith, 1998; Hidalgo Trenado, 1998: 63-100; Penfold Becerra, 2001: 36-51; Levine, 2003: 21-40.

5 Sobre el modelo de democracia de partidos o “forma partidista de hacer política”, véase Ramos Jiménez, 2008: 127-143 y 163-178. También, parte del debate latinoamericano en Garretón, 1995; Martínez, 1997 y Osorio, 1997. Esta discusión, aparentemente superada en nuestros días, ha resurgido en las investigaciones recientes sobre los partidos y sistemas de partidos en las neodemocracias latinoamericanas. Véase el libro colectivo de Isidoro Cheresky e Inés Pousadela, 2001.

6 La degradación de los primeros ensayos políticos latinoamericanos, aquellos que desembocaron en experiencias extremas de las “democracias presidenciales”, tan inestables como inconclusas, ha sido un fenómeno generalmente advertido en

Cabe aquí señalar el hecho de que la decadencia de los partidos políticos venezolanos está en el origen de un fenómeno general que afectó significativamente a la vida política en las democracias occidentales. Y es que el declive partidista ha sido destacado en el pasado reciente por algunos investigadores, dentro del contexto de la creciente profesionalización del personal dirigente de los partidos, resultado de la necesaria especialización de las elites, inscrita esta última dentro de las propuestas políticas de corte modernizante (Cf. Offerlé, 1999: 7-35)

Ahora bien, una tal profesionalización corresponde solamente a los cuadros y equipos dirigentes de los partidos y no a todos los miembros de la armazón partidista. De aquí que los primeros, más que los segundos, se inclinen decisivamente hacia la construcción de estructuras especializadas en el seno de los partidos, las mismas que terminaron por ponerlos de espaldas al electorado y hacia la sociedad en su conjunto.

Debido a la lógica política de los intereses, que se impone cuando las ideologías se van desdibujando, los partidos —de acuerdo con la acertada observación del politólogo italiano Paolo Flores D'Arcais— pasan a convertirse en “organismos autorreferenciales”, que viven bajo impulsos oligopólicos, lo que les impide concentrar sus esfuerzos en la competición política. Los partidos devienen entonces *corporaciones privadas*, que tienden a crear y manejar “sus” propios intereses (corporativos) y, en la medida en que van abandonado definitivamente el “interés general”, dejan de alimentar o sustentar la democracia representativa: la democracia de partidos deviene entonces en partidocracia.<sup>7</sup>

---

unas cuantas aproximaciones sobre el tema. Véase Couffignal, 1994; Ai Camp, 1997; Dabène, 1997; López y Mainwaring, 2000.

7 Cf. Flores D'Arcais, 1995: 49-50. Véase el apartado “Cultura democrática y forma partidista de hacer política” en Ramos Jiménez, 2008: 127-143. En su conocido texto, Angelo Panebianco ya había identificado entre los cambios profundos de los partidos el hecho de que “el profesional de la política es simplemente aquel que dedica toda, o una gran parte de su actividad laboral a la política y tiene en ella su principal medio de mantenimiento” (1990: 419). Y para Flores d'Arcais,

Este fenómeno ya había sido advertido por el politólogo alemán Klaus von Beyme, tal vez el primero en advertir sobre la vinculación práctica entre la crisis generalizada de los partidos con el cambio de sus funciones más específicas, manifiesto este último en unas cuantas “transformaciones críticas” de las formas partidistas de hacer política. Así, en la medida en que, según la observación de von Beyme, aceptemos el hecho de que “los partidos deberían reinventarse si no existieran”, bajo ciertas condiciones, derivadas de las situaciones de crisis, los primeros constituyen respuestas naturales o normales a estas últimas que, en el caso de Venezuela, estuvieron caracterizadas por una menguante capacidad organizativa de los partidos en lo interno, por una parte y por la reducción de su capacidad para asegurar la representación e identificación de cara a los ciudadanos electores, por otra.<sup>8</sup>

En nuestra perspectiva, el advenimiento del liderazgo plebiscitario a fines de los 90, en el caso de Venezuela, representó en todo momento la llegada “providencial” de un portador natural del “gran rechazo” social de la democracia de partidos, desembocando, como había ocurrido en el pasado reciente en unos cuantos países latinoamericanos, en soluciones autoritarias y antidemocráticas. En efecto, en la experiencia venezolana de la última década, las formas políticas plebiscitarias, innovadoras y revolucionarias para sus portadores, fueron desplazando a las formas representativas del gobierno democrático, desde el momento en que la primacía asignada al principio mayoritario —quien gana las elecciones pretende llevárselo todo— reduciendo en la práctica las posibilidades de realización de los intereses de las minorías.

Por otra parte, el surgimiento de nuevos líderes, *outsiders* y alternativos, ha sido destacado, en las investigaciones recientes, en el origen de un fenómeno extendido de la experiencia latinoamericana

---

“el único oficio para el que ha sido entrenado (el político profesional) es para obtener consenso y distribuir recursos. Sabe de comités, de componendas, de manejo de asambleas y del *do ut des*”. (*Ibid.*: 56. Las comillas son mías).

8 Cf. Von Beyme, 1995: 46-47.



de la “tercera ola” de la democratización. De modo tal que estos nuevos líderes fueron identificados en más de un caso como los grandes “desarticuladores” de la política democrática del pasado. Piénsese en los casos de Carlos Saúl Menem en Argentina, Alberto Fujimori en Perú, Abdalá Bucaram en Ecuador y, en fin, de Hugo Chávez en Venezuela, como los más representativos del fenómeno.<sup>9</sup>

En base a tales experiencias y dentro de su proposición de la “democracia delegativa”, Guillermo O’Donnell ha destacado el fenómeno de la personalización del poder en los sistemas políticos latinoamericanos, como la premisa según la cual, “la persona que gana la elección presidencial está autorizada a gobernar como él o ella crea conveniente, sólo restringida por la cruda realidad de las relaciones de poder existentes y por la limitación constitucional del término de su mandato. El presidente es considerado la encarnación de la nación y el principal definidor y guardián de sus intereses.”<sup>10</sup>

Desde esta perspectiva, cabe aceptar asimismo el hecho de que la configuración del populismo latinoamericano, como movimiento social alternativo frente a los ensayos democráticos, corresponde ciertamente a aquella “forma patológica producto de la insatisfacción de los ciudadanos en las democracias representativas caracteri-

---

9 Cf. Carina Perelli, 1995: 163-164.

10 O’Donnell, 1997: 293. Si bien es cierto que en este trabajo, O’Donnell destaca el hecho de que la “democracia delegativa” no es ajena a la tradición democrática occidental, la base empírica para su conceptualización se apoya en el estudio de las diversas experiencias latinoamericanas de la democratización. El modelo de la “democracia delegativa”, por consiguiente, es “en realidad más democrática, pero menos liberal, que la democracia representativa. La DD es fuertemente mayoritaria. Consiste en producir, por medio de elecciones limpias, una mayoría que autoriza a alguien a convertirse, por cierto número de años, en la exclusiva corporización e intérprete de los más altos intereses de la nación. (...) Las elecciones en las DD son un acontecimiento sumamente emotivo, en el cual las apuestas son muy altas: los candidatos compiten por la oportunidad de gobernar virtualmente exentos de todo tipo de restricción salvo las impuestas por las relaciones de poder desnudas, no institucionalizadas” (p. 294).

zadas por una débil participación cívica”<sup>11</sup> y, por lo mismo, se inscribe dentro del proceso de democratización de nuestros países, como una etapa crucial, en algunos casos traumática, siempre marcada por la incertidumbre.

## ¿UN NUEVO LIDERAZGO PARA LA TRANSICIÓN VENEZOLANA?

Como hemos visto más arriba, la degradación de la clase política, encarnada en los equipos dirigentes de los dos principales partidos y, *last but not least*, el surgimiento de un liderazgo más personalizado como la única alternativa política, configuraron una solución inédita y, al parecer, sin precedentes en la historia política de Venezuela.<sup>12</sup> Se

---

11 Taguieff, 2002: 25. Con la excepción de ciertos casos residuales, ha observado Guy Hermet, “los populistas acarician raramente la visión utópica de una democracia “popular” en pleno sentido y rara vez son portadores de proyectos de extensión de los procedimientos de democracia directa.” (1996: 46). Hasta aquí, resulta generalmente admitido que la indefinición del populismo latinoamericano se ha debido principalmente a la ambivalencia, ambigüedad y a un equívoco generalizado en la literatura política que aborda el fenómeno (*Cf.* Weyland, 2004: 9-50).

12 La mala prensa del bipartidismo venezolano en la década de los 90 minó definitivamente la base misma de su enraizamiento social. Teodoro Petkoff lo ha resumido así: “Los dos grandes partidos que dirigieron a Venezuela, AD y COPEI, desde finales de los 70 comenzaron a ser percibidos por el país cada vez con mayor desdén. Estos partidos, cuyas dirigencias se tornaron sumamente mediocres, no tenían nada que ver con los padres fundadores de ambos. Transformados en un grupo de operarios electorales, en máquinas pragmáticas de carácter estrictamente electoral, habían dejado de pensar el país, de pensarse a sí mismos, y de pensar el sistema político. Gerenciaban –para usar esa palabra– las instituciones del Estado de un modo que al venezolano empezó a lucirle cada vez más incompetente y cada vez más corrupto.” (2000: 75-76). Por su parte, Carlos Blanco ha observado el hecho de que los partidos de la época “dejaron de pensar, dejaron de concebir procesos de transformación progresiva de la sociedad, cesaron en su exploración de los conflictos y de las estrategias para afrontarlos, se convirtieron en dispositivos electorales, lo que les permitía colocarse en mejor circunstancia para seguir siendo –o lograr ser– agentes de redistribución del ingreso” (2002: 47).

produce entonces una transición desde el liderazgo partidocrático, caído en desgracia e institucionalmente desmantelado, hacia un nuevo liderazgo que, para el momento, reviste aquellas características plebiscitarias, un tanto cercanas a las destacadas por O'Donnell en el caso de los presidentes electos de las democracias delegativas.

Si admitimos el hecho de que en la experiencia latinoamericana de las transiciones democráticas todo cambio de régimen integra por principio un realineamiento de las preferencias políticas y electorales de los ciudadanos, tanto como el reordenamiento de las formas de articulación y agregación de los intereses, entonces, la nueva relación de fuerzas en la década de los 90 escapó al control, que por largo tiempo —algo más de 40 años— venía ejerciendo el liderazgo partidocrático (Cf. Mansilla, 1997: 74-75).

Cuando en trabajos precedentes identifiqué al nuevo tipo de liderazgo, prevaleciente en la “Venezuela de Chávez”, como resultado de la instauración en la práctica de un liderazgo *plebiscitario*, ello estaba fundado en el hecho, hasta hoy no desmentido en la teoría y en la práctica, de que el primero reunía aquellas características constitutivas del fenómeno plebiscitario, de acuerdo con la propuesta sociológico-política de Max Weber.<sup>13</sup>

En ello debemos destacar hasta qué punto este tipo de liderazgo no es nuevo en América Latina, puesto que el tradicional liderazgo nacional-populista, que fue tomando cuerpo en los diversos sistemas políticos a partir de los 40, reunía también las características del modelo weberiano de autoridad carismática. Así, junto al marcado carácter personal, la demagogia paternalista y la relación clientelar, tanto como la capacidad del líder para despertar en sus seguidores confianza y lealtad, se convirtieron en elementos cruciales del tradicional liderazgo populista.

---

13 Cf. Ramos Jiménez, 2002: 15-46 y 1999: 198-202. Véase el apartado “La política como vocación”, en Max Weber, 2001: 80. Nótese que Weber distinguió los dos casos idealtípicos de la “democracia caudillista”, en la que median los caudillos, por una parte, y la “democracia sin caudillos”, en la que median los “políticos profesionales”, carentes estos últimos de las “cualidades íntimas y carismáticas que forjan al caudillo”, por otra: (*Ibid.*: 59).

En tal sentido, el incipiente liderazgo democrático, que no sin grandes dificultades se fue construyendo en la etapa de la transición postautoritaria de los 80, tuvo al parecer todo en su contra en la arena electoral, particularmente cuando le tocó enfrentar las embestidas de políticos carismáticos, curtidos en el manejo o manipulación de la política de masas. Los ejemplos abundan en la historia política latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Así, dejando de lado los casos de Juan Domingo Perón en Argentina y de Getulio Vargas en Brasil, como los dos casos prototípicos del nacional-populismo latinoamericano, las experiencias menos conocidas, de Velasco Ibarra en Ecuador y de Arnulfo Arias en Panamá, vencedores estos últimos en no menos de cinco elecciones –no necesariamente sucesivas–, reunían aquellos elementos básicos del liderazgo plebiscitario, destacados por Max Weber en su visión comparativa de la política moderna.<sup>14</sup>

La política del liderazgo plebiscitario resulta aún más determinante en las experiencias latinoamericanas del neopopulismo, aquellas que se desplegaron a partir de los 90. En tal sentido y con innegables ingredientes militaristas, el liderazgo de Chávez, como antes el de Menem y Fujimori, radicalizó la inclinación autoritaria de la figura presidencial, siempre renuente esta última al apego de las formas democráticas de participación.<sup>15</sup> Así, la búsqueda de

---

14 Sobre la etapa del nacional-populismo latinoamericano hemos adelantado algunos planteos, particularmente sobre su vinculación con la génesis de los partidos de la familia popular. Cf. Ramos Jiménez, 2001: 237-262.

15 A una pregunta de la socióloga chilena Martha Harnecker, sobre la “especificidad” de su formación militar, Hugo Chávez responde: “Mira, otra de las cosas que influyó en mí fue el estudio que como militares hacemos de la técnica del liderazgo, es decir la técnica de cómo conducir grupos humanos. Uno aprende cómo levantarles la autoestima, la moral a la gente. Yo recuerdo hasta la matriz del liderazgo, porque además fui instructor durante muchos años.” (Harnecker, 2003: 22). En la misma entrevista, Chávez deja entrever su admiración por los gobiernos militares de corte populista, de Omar Torrijos en Panamá y Juan Velasco Alvarado en Perú. (*Ibid.*: 24-25). No deja de ser curioso el hecho de que en la entrevista concedida a un periodista amigo de la causa chavista, el presidente haya obviado totalmente lo afirmado a la investigadora chilena. Así, todo lo re-

“todo el poder” y el desprecio por el “gobierno de las leyes” han formado parte significativa de un fenómeno recurrente en este tipo de liderazgo. Puesto que el mismo se inclina a un particular “estilo de hacer política”, caracterizado por la arbitrariedad de un presidente, que se asume él mismo como el “jefe único”, “jefe supremo” o “líder indiscutible”, contando para ello con los medios o recursos que le permiten hacerse aceptar como tal por sus seguidores.

En efecto, con el ascenso del liderazgo chavista se fue conformando una clase política nueva o “emergente” que, originalmente, recuperó un amplio sector de las clases medias excluidas del sistema bipartidista, integrándolo dentro de una ciertamente sofisticada reivindicación popular, autoproclamada pacífica y revolucionaria. De modo tal que, tanto la manipulación de las expectativas del pueblo desposeído, como el impulso de políticas revanchistas, obedecieron en todo momento a la necesidad de canalizar un bien determinado y estudiado “odio de clase”, el mismo que pasó a convertirse en la respuesta popular al desprecio de las elites. Pierre-André Taguieff ha observado hasta que punto tales respuestas representan uno de los esquemas fundamentales del fenómeno populista, dejando casi siempre sin explicación la cuestión de saber si el movimiento se orienta hacia posiciones uniformes, es decir, ¿en nombre de quién o de quiénes?, ¿por qué causa? o, en fin, ¿en vista de qué o para qué?. Indeterminación que desemboca en la negación de una cierta “presunción de unicidad” del fenómeno.<sup>16</sup>

---

lativo a sus primeras lecturas y a los procesos latinoamericanos de cambio, que despertaron su vocación de poder militarista, es sustituido por el anecdótico extraído de su pasado juvenil de aspirante a jugador de las grandes ligas del béisbol. (Cf. El apartado “Quería ser como Chávez”, en Díaz Rangel, 2002: 31-38).

- 16 Si en los orígenes modernos de la democracia política se ha tomado ligeramente a la masa de desposeídos como “instrumento de los alborotadores”, su movilización en el caso latinoamericano por líderes ambiciosos, con capacidad para encarnar la legítima indignación moral del pueblo, casi siempre desembocó en el ascenso a las posiciones de poder de un “personal” inescrupuloso y extravagante. En el caso de Venezuela, la clase política “emergente” encontró enormes obstáculos en su carrera hacia el poder, provocando con sus acciones y decisiones el menosprecio de los privilegiados y el temor de las clases medias. Por paradójico

Asimismo, la nueva relación que se establece entre el líder plebiscitario y sus seguidores o colaboradores conduce fácilmente al primero hacia posiciones de fuerza, incluyendo en el mismo movimiento la negación de toda oposición. En cierto sentido, la política del líder plebiscitario traduce la “política de la antipolítica” y, como tal, canaliza las aspiraciones de las fuerzas antipartido. Y es que la política del neopopulismo deja de ser una “política de adversarios”, como en una democracia real, y se inclina definitivamente hacia la “política amigo/enemigo”, fórmula que se ha impuesto en las prácticas autoritarias del gobierno.<sup>17</sup>

---

que parezca, las políticas del chavismo no contaron en momento alguno con el apoyo sustantivo de los intelectuales y alimentaron en todas partes la voracidad de un personal oportunista y resentido con el bipartidismo (Cf. Ramos Jiménez, 2003: 107-125). En la historia política latinoamericana, la “revolución bolivariana” debe considerarse como la primera propuesta social transformadora que se realiza sin el concurso de los intelectuales y de la clase obrera. Como lo ha destacado K. Roberts: “en contraste con figuras clásicas populistas como Juan Domingo Perón, Getulio Vargas, Lázaro Cárdenas y Víctor Raúl Haya de la Torre, Chávez no ha sido capaz de usar el movimiento laboral como la organización pilar de su militancia popular” (2003: 91).

- 17 Observemos aquí cómo para el teórico favorito del pensamiento antiliberal autoritario, Carl Schmitt: “La distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción *amigo y enemigo* (...) esa distinción se corresponde en el dominio de lo político con los criterios relativamente autónomos que proporcionan distinciones como la del bien y del mal en lo moral, la de belleza y fealdad en lo estético, etc.”. Anotemos asimismo el hecho de que la política democrática está reñida con esta particular concepción de la política, en la medida en que esta última será siempre el resultado de la imposición de un grupo social, una vanguardia ideológica o, en fin, de la voluntad de un “jefe supremo”, que ha logrado convencer a una mayoría del electorado de su misión “providencial” o “redentora” del pueblo (1991: 56). Véase también Leiras, 2008: 47-61.

En tal sentido, no resulta sorprendente el hecho de que el primer partido de Rómulo Betancourt, la Acción Democrática de los 40, también se hizo aceptar y reconocer como el “partido del pueblo”. En tal sentido, la experiencia autoritaria del llamado “trienio adeco” ha sido destacada como la pariente lejana más conocida de la experiencia plebiscitaria del chavismo en el poder (Véase Caballero, 2000).

Como en el caso del populismo latinoamericano tradicional, la política del neopopulismo también se concibe ella misma por encima de las diferencias de partido y de las ideologías. En ello, debemos destacar el hecho de que, a diferencia de lo que ha ocurrido con los populismos, en los neopopulismos plebiscitarios el líder se va ubicando, a partir de su propio “movimiento” o “partido” (de todo el pueblo), por encima de todas las fuerzas políticas en presencia, menospreciando la existencia de cualquiera oposición.

El equipo dirigente y los cuadros medios del “partido” o movimiento neopopulista integran a los más cercanos colaboradores del líder plebiscitario, en cuanto seguidores incondicionales, bajo la forma de séquito weberiano. De aquí que el líder plebiscitario no esté dispuesto en momento alguno a ceder o compartir su posición de poder y, mucho menos, a aceptar disidencia alguna entre los “suyos”. Por el contrario, el liderazgo democrático posee siempre objetivos y medios compartidos, hecho que no sucede en el liderazgo personal plebiscitario. De ello se sigue el carácter traumático de las relaciones en el seno del movimiento, particularmente cuando se producen las deserciones y expulsiones de quienes, en uno u otro momento, van abandonando la nave neopopulista.<sup>18</sup>

En el caso de la Venezuela de Chávez, específicamente en la época que arranca con el golpe de abril 2002, cuando las posiciones dentro del tinglado gubernamental se fueron depurando con el recurso a un personal más cercano y controlable, que poco a poco fue ocupando los puestos estratégicos de la así llamada “revolución

---

18 Refiriéndose al “partido” del chavismo en el poder en sus orígenes, Teodoro Petkoff ha observado: “desgraciadamente para él, para Chávez, el movimiento sobre el cual se apoya, el movimiento político que lo acompaña, es un amasijo de viejos *routiers*, como se dice en francés, de la política venezolana. Veteranos, muchos de ellos “maleados” por la vieja política. En el cambio político habido, los protagonistas se parecen demasiado, en su conducta, a los adecos y copeyanos desplazados del poder. Al “integrarse” al sistema tuvo que construir un partido. Y lo hizo con los restos de la izquierda “borbónica” y con miles de oportunistas de adecos y copeyanos que hoy portan boína roja.” (Petkoff, *op.cit.*: 25; Cf. Rivas Leone, 2002).

bolivariana”, las carencias si no la ausencia de un liderazgo democrático consistente en la oposición dejaron el camino libre a la aventura neopopulista.<sup>19</sup>

Asimismo, la invocación chavista de una “democracia participativa” del líder, como respuesta sustitutiva de la “democracia representativa” de los partidos, resulta sintomática de una propensión, generalizada entre los líderes plebiscitarios, a la exaltación de la primera como la única alternativa ante los problemas de la “democracia realmente existente” en nuestros países. Aunque no faltan razones para incluir esa invocación, recurrente dentro de la retórica neopopulista –que hasta aquí ha venido identificando a unos cuantos portadores de la promesa neoautoritaria–, dentro de una ya tradicional reacción conservadora ante la democracia de partidos.<sup>20</sup>

La búsqueda de apoyos y fundamentos ideológicos para el proyecto “revolucionario” del liderazgo de Chávez parte de la

---

19 Hoy en día resulta frecuente la comparación de las experiencias “populista” de Carlos Andrés Pérez y neopopulista de Hugo Chávez. Tanto la personalización de la decisión política como la demagogia clientelista son ciertamente comparables, pero la propensión del presidente Chávez a una suerte de legitimación de la ilegalidad no tiene precedentes. Si a ello agregamos la vocación centralizadora de este último, por una parte, en ruptura con el texto constitucional inspirado en las líneas ductoras de su propio proyecto político y una concepción militarista de la política, por otra, entonces vamos entrando en la práctica tradicional de las dictaduras patrimoniales o de los caudillos rurales del siglo XIX latinoamericano. Sobre este punto véase Myers y McCoy, 2003: 41-74; Madueño, 2002: 47-76 y Sierra, 2004: 1-2.

20 La propuesta de una “democracia participativa” estaba contenida en la proposición original de reforma constitucional del presidente Rafael Caldera en los 90. La misma parece inspirada en una idea socialcristiana principista, esgrimida por el presidente chileno Eduardo Frei contra las tesis socialistas de Salvador Allende en los años 60. Su adopción en la Constitución venezolana de 1999, al parecer obedecía a la inspiración de algunos constituyentes que habían militado en la democracia cristiana. Su adopción por el chavismo no deja de ser sorprendente, aunque la misma coincida con una propuesta de reforma de Fujimori, luego de su cuestionada reelección de 1995. En todo caso, la democracia participativa tiene connotaciones de una “democracia directa”, que se apoyaría en la vigencia de los *referenda*, como medida innovadora incorporada en el nuevo texto constitucional. (Cf. Viciano Pastor y Martínez Dalmau, 2001: 180-183).



invocación de un bolivarianismo tan abstracto como inescrutable. Y es que la incorporación en el discurso presidencial de unas cuantas sentencias extraídas del ideario del libertador estuvo siempre marcada por contradicciones insuperables, derivadas estas últimas de una “política bolivariana” ambigua que, si bien es cierto resulta explicable dentro del contexto político de la Independencia, parece difícilmente aplicable en el contexto del siglo XXI que comienza. En tal sentido, es imperativo advertir el hecho de que la doctrina bolivariana, liberal y jacobina en bien determinados textos, contiene no pocos elementos conservadores y autoritarios en otros, que nada tienen que aportar a la política democrática de nuestros días, que no sea el valor ejemplarizante de sus conocidas advertencias éticas sobre el ejercicio del poder.<sup>21</sup>

En efecto, la invocación chavista del bolivarianismo parece más bien motivada por la necesidad político-coyuntural, instrumentalizada por el liderazgo plebiscitario, de una identificación viable de sectores de la población, que viven ciertamente la frustración de la promesa democrática de los partidos y que encuentran en aquella una base firme, tanto para alimentar el “gran rechazo” de la democracia bipartidista precedente, como para la afirmación del proyecto alternativo de Chávez y del chavismo en el poder.<sup>22</sup>

---

21 Armando Durán ha observado en un texto reciente el hecho de que la experiencia de Chávez y del chavismo en el poder se alimenta del militarismo, el populismo y el marxismo, en un todo ideológico bautizado como “revolución bolivariana”. (Cf. Durán, 2004: 15-19). Por su parte, Alberto Garrido observa que “Chávez ha logrado reunir tras su figura a muchos de los máximos dirigentes antiglobalización del planeta y a numerosos partidos políticos de izquierda.(...) Demás está añadir las múltiples expresiones de solidaridad de las FARC y del ELN, fuerzas que consideran a Chávez un “Presidente amigo” (Garrido, 2003: 24).

22 En la historiografía venezolana, el bolivarianismo aparece casi siempre vinculado con una suerte de religión secular si no como factor de unidad nacional, que ha servido de base para unos cuantos “proyectos” políticos innovadores en el pasado. Así, de acuerdo con Germán Carrera Damas: “El culto a la figura histórica de Bolívar dista mucho de ser una creación literaria, nacida del patriotismo exaltado y de la sensibilidad superexitada de uno o varios escritores. Dicho culto ha constituido, en propiedad de términos, una necesidad histórica, sin que por ello deba

Asimismo, sobre el carácter “revolucionario” del “nuevo régimen”, caben algunas precisiones. Si partimos del hecho de que toda revolución consiste en un proceso social *sine dia*, que no admite interrupciones, la misma encaja difícilmente en la práctica de la política democrática, puesto que esta última siempre será *pro tempore*, en el sentido de que en todo gobierno democrático quienes han sido derrotados en determinado momento pueden aspirar a gobernar pocos años después y quienes acceden a las posiciones de gobierno deben enfrentarse con el electorado a intervalos regulares más o menos largos (Cf. Linz, 1978: 227)<sup>23</sup>.

Desde esta perspectiva, los objetivos de toda revolución no pueden detenerse en el tiempo y hasta la vuelven irreversible, hecho que, por el contrario, encaja dentro de lo normal en el funcionamiento de las democracias. Si a ello agregamos el autoproclamado carácter “pacífico” de la así llamada “revolución bolivariana”, entonces tendríamos que aceptar que se trata de un experimento venezolano sin precedentes, puesto que toda causa revolucionaria excluye por principio cualquier obstáculo humano o material que le impida realizarse.

Asimismo, si partimos del presupuesto de que toda revolución presupone siempre un determinado grado de violencia, aquella en-

---

entenderse más de lo que el concepto de necesidad pueda expresar en el orden histórico. Su función ha sido la de disimular un fracaso y retardar un desengaño, y la ha cumplido satisfactoriamente hasta ahora.” (Cf. Carrera Damas, 2003: 42. Edición original, 1970. Véase Pino Iturrieta, 2003; Romero, 2001: 229-245 y 2004: 146-169; Molina, 2003: 169-198).

23 En su primera entrevista con Agustín Blanco Muñoz, Chávez reflexiona sobre lo que él entiende como “tiempo revolucionario”: “La constituyente que proponemos como un hecho jurídico, político –afirmó entonces–, no va a durar seis meses o un año, es un proceso popular que durará años y que tiene que pasar por un proceso eleccionario para formar una asamblea, un Congreso constituyente, una nueva constitución un nuevo marco jurídico y echar a rodar un nuevo proyecto de país (...) Yo creo en la constituyente revolucionaria, que se ve como resultado de una fuerza en movimiento, que empuje. Se debe llegar a ella por la vía de la presión popular pacífica o por la vía violenta” (Blanco Muñoz, 1998:287-288. Citado en Hernández y Rondón, 2005: 261).

tra en contradicción con la promesa y práctica democráticas. Como lo ha observado Linz, “una de las grandes virtudes de la democracia es que excluye el uso de la violencia para acceder al poder, es decir, el gompismo y la conquista revolucionaria del poder. Excluye también el uso de la violencia para retener el poder cuando éste ha de volver al electorado al término de un mandato. Asimismo excluye el uso de la fuerza para modificar las condiciones en las que se ha asumido el poder, para modificar la constitución, es decir, excluye el autogolpe desde el poder” (*Ibidem*: 227).

En efecto y en la medida en que todo proyecto revolucionario debe contar, además de la vanguardia esclarecida y conciente de su proyecto —profesional, dentro de la concepción leninista—, con un sector social que se va ampliando con el avance de la fuerza revolucionaria en su tarea de desmantelamiento del “antiguo régimen”, un proyecto de tal naturaleza descarta por principio la competencia dentro de la pluralidad de intereses. Por consiguiente, toda acción revolucionaria poseerá siempre un bien determinado carácter *hegemónico*: su vocación estará siempre encaminada a hacerse con todo el control y dirección de la sociedad. De aquí que desde sus posiciones adquiridas de poder, el liderazgo revolucionario nunca estará dispuesto a negociar o debatir sobre la legitimidad de su autoridad, y en el despliegue de su acción se manifestará siempre proclive hacia las posiciones extremas y al ejercicio autoritario del gobierno.

La proyección continental de la “revolución bolivariana”, como “una vía popular exitosa para el ascenso al poder” ha identificado en los años recientes a unas cuantas corrientes de la “izquierda latinoamericana”, con fuertes acentos antiimperialistas. Así, para el activista alemán de izquierda, Heinz Dieterich, conocido asesor del presidente Chávez, este último encarna el único liderazgo en el continente, con capacidad para integrar una opción popular de poder contra el imperialismo: “Es, el Presidente Hugo Chávez —observa Dieterich— una nueva luz de esperanza en la mediocridad y miseria del escenario político latinoamericano. Y cuando hablo del Comandante Hugo Chávez hablo, por supuesto, del intelectual orgánico de los oprimidos, del intelectual colectivo Hugo Chávez,

que representa un espíritu de generación y de décadas de lucha de la transformación latinoamericana” (2004: 3).<sup>24</sup>

24 Heinz Dieterich, 2004, p. 3. En un apartado de este libro, bajo el título “Los primeros pasos del Presidente Libertador (1999)”, el fervor del profesor alemán de la Universidad Autónoma Metropolitana de México lo llevó a establecer un diálogo que aporta unas cuantas luces sobre lo que en Venezuela se ha venido conociendo como “los extravíos del poder” (A. Stambouli). Con apego estricto al estilo del Régis Debray de *Revolución en la Revolución* en los 60, Dieterich procede a escudriñar los arcanos del poder del presidente venezolano. Veamos una muestra: H.D.: “Voy a pensar un poquito sobre el tipo de razonamiento que observo en tu libro (de H.Ch.). Me parece que es un tipo de pensamiento como dialéctico concreto, también latinoamericanista, obviamente, y con un fuerte conocimiento histórico. Pero lo que más me llamó la atención es lo concreto y lo dialéctico. Creo que eso ha permitido la concreción de ese proyecto bolivariano. ¿Estarías de acuerdo con esa caracterización?”

H.CH.: “Sí yo estaría de acuerdo. Lo dialéctico le ha permitido, entre muchas otras cosas, sobrevivir al planteamiento, al proyecto, porque ha sido un intenso y permanente esfuerzo de ir a la teoría, bajar a la praxis, volver a la teoría, bajar de nuevo a la praxis (...) Efectivamente todo eso es un gran esfuerzo dialéctico. Creo que estar aquí en este sitio, en el palacio de gobierno, es dialéctico: es gobierno y pueblo”

H.D.: “Parece que esto es natural en ti”

H.CH.: “Sí, creo que siempre fue así. Igual cuando era militar. Además, en esa relación entre el signo dialéctico y el signo concreto me han ayudado mucho las lecturas de la utopía concreta. Como decía Bolívar en el Manifiesto de Cartagena: “no podemos tener filántropos por jefes, “no podemos hacer repúblicas aéreas”. Entonces, sí hay que ser concreto (...) Entonces, eso es ser concreto, como en mis reuniones con los ministros: díganme cómo, díganme cuándo y díganme con qué.”

H.D.: “Cuando leí tus entrevistas con Muñoz, a veces pensé: Hugo razona un poco como Fidel Castro; en el sentido de cómo construyes el argumento, cómo das un paso tras otro para llegar a una conclusión, y todo esto sin que se note el esfuerzo de construcción.”

H.CH.: “Podiera haber una similitud. Yo he oído a Fidel en varios de sus discursos y sí hay como una secuencia que pareciera ser natural en él: parte de un hecho menudo, pasa a una progresión y saca la conclusión.”

H.D.: “¿Podrías explicar qué significa que la revolución democrática que están haciendo tiene que ser integral?”

H.CH.: “El planteamiento revolucionario, para que no se desnaturalice, debe atacar en todos los frentes de batalla, es decir, con una revolución integral me re-

En efecto, hoy en día contamos con unos cuantos indicadores para afirmar el hecho de que Chávez ha elegido una estrategia de poder proyectada hacia el continente a través de dos vías principales. De modo tal que, si por una parte, el presidente plebiscitario promueve dentro del sistema interamericano unas relaciones formales con todos los gobiernos democráticos de la región —privilegiando, sin embargo, su relación con los gobiernos de Brasil y Argentina—, por otra, adopta una “vía revolucionaria”, con el impulso de una alianza con Fidel Castro y otros movimientos políticos como el Movimiento al Socialismo de Evo Morales en Bolivia, el Frente Farabundo Martí en El Salvador, el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua y el Movimiento Pachakutik en Ecuador, incorporando a los Piqueteros de Argentina y los Sin Tierra de Brasil, entre otros grupos.<sup>25</sup>

Como en el pasado predemocrático latinoamericano, el ejercicio del liderazgo neopopulista se asume como la parte visible de un importantísimo juego de suma cero —los actores no parecen dispuestos a aceptar pérdidas o derrotas que ellos consideran catastróficas—, como una guerra de baja intensidad, manifiesta en actitudes políticas más proclives hacia el autoritarismo (*Cf.* Mainwaring, 2000: 183).

---

fiero a una revolución ética-moral. Un poco el planteamiento de Campos: yo me rebelo, luego nosotros somos. Un planteamiento muy a lo Descartes.” (*Ibidem*, p. 23-71).

25 *Cf.* Olivares, 2004: 2. La apuesta “revolucionaria” de Chávez ha tenido cierto impacto en el continente a partir de la Declaración del Congreso de los Pueblos y de su participación efectiva en el Foro de Sao Paulo y el Foro Social Mundial (2003). Allí se destaca una neta línea política de apoyo a la revolución cubana, oposición al ALCA y al neoliberalismo (contra la privatización de las empresas estatales), rechazo al Plan Colombia y propuesta de desmantelamiento de las bases militares norteamericanas en la región, presentes todas estas tesis en la retórica presidencial (*Ibid.*).

Entre las figuras políticas emergentes con opción de poder, a las que Chávez ha tratado de ganar para su proyecto, encontramos a Andrés López Obrador en México, Tabaré Vázquez en Uruguay y Evo Morales en Bolivia, quienes, como en su tiempo Lucio Gutiérrez en Ecuador, no han tardado mucho para adoptar perfiles propios, paradójicamente distintos al de Chávez en el poder.

Ahora bien, en el caso de Venezuela, ¿cuáles han sido los elementos objetivos de la “revolución bolivariana”, aquellos que le permitieron configurar en los años recientes un auténtico proyecto hegemónico? Porque, si bien es cierto que en el plano del discurso del líder plebiscitario está implícita una vocación revolucionaria, en el plano de las realizaciones efectivas cuenta más bien con no pocos elementos de regresión social y política.

## MÁS ALLÁ DE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA

Si asumimos que el modelo de democracia de partidos ha constituido, particularmente en la etapa de las transiciones postautoritarias, todo un proyecto hegemónico de poder, que se fue desplegando con el reordenamiento concreto de las principales fuerzas políticas –articulado y canalizado por los partidos–, en el caso del modelo plebiscitario y neopopulista, debe plantearse la cuestión de saber si este último reúne los presupuestos básicos de un tal proyecto histórico. Hasta aquí, la propuesta de Chávez y del chavismo en el poder se ha presentado siempre recubierta de un manto de legitimidad democrática, dejando de ser relevante su ubicación en la dimensión derecha/izquierda. De aquí que en un primer análisis, Chávez en Venezuela, como Álvaro Uribe en Colombia, encarnan un tipo de liderazgo que los aproxima e identifica básicamente, independientemente de las orientaciones políticas en su relación con los Estados Unidos y Cuba.

Asimismo, no resulta casual el hecho de que, tanto en el discurso de Chávez como en la comunicación que se establece a partir de la acción del chavismo en el poder, la invocación recurrente de los caudillos rurales del siglo XIX deja sin contenido la propuesta política innovadora y revolucionaria, destinada esta última a un público convencido de la necesidad de romper con el pasado. Y, la traducción política de la ética excluyente, que se apoya en una pretendida superioridad moral del movimiento, deja sin referente a buena parte de la población, aquella que no estaba identificada en modo alguno

con la “política del resentimiento”, preconizada desde las posiciones de gobierno y alimentada por la mayoría gobernante.

Una observación detenida de la incapacidad de la nueva clase política para asumir la tarea de la representación de los diversos intereses y su manifiesta incompetencia para procesar el conflicto nos conduce a la conclusión de que el nuevo sistema de poder no contaba con los medios necesarios para asegurar su estabilidad por largo tiempo. Y la popularidad presidencial, demasiado sustentada en un cierto nivel de control de un electorado cautivo que, si bien mayoritario, casi nunca sobrepasó el 50% del mismo, no es garantía suficiente para asegurar su permanencia en el largo plazo.

Paradójicamente, la neutralización de la oposición, movilizadora en forma intermitente, permitió a la autoridad presidencial sobreponerse ante todas las amenazas a sus posiciones de poder. De ello se sigue una situación de permanente tensión y conflictividad, al parecer, inmanejable dentro del entramado institucional de la nueva democracia plebiscitaria.<sup>26</sup>

Ahora bien, el “nuevo régimen”, neopopulista y plebiscitario, ha resultado tan excluyente como el régimen partidocrático en el pasado. Porque, los alineamientos electorales del chavismo y la orientación de sus movilizaciones de calle alentaron desde el comienzo la presencia de liderazgos fuertemente personalizados e identificadores de causas o proyectos con alto contenido popular, excluyendo por principio a quienes no estén identificados con la causa “revolucionaria” o popular. De aquí que las experiencias plebiscitarias en nuestros países constituyan parte significativa del *revival* del tradicional y

---

26 Desde los tiempos de la elección de la Asamblea Nacional Constituyente (Junio 1999), el chavismo en el poder se dio modos para fabricar mayorías artificiales y ciertamente avasalladoras (con una abstención de cerca del 60%, el Polo Patriótico se aseguró el apoyo de 123 de los 131 constituyentes). A partir de entonces y hasta el Referendo Revocatorio Presidencial de Agosto 2004, el chavismo pudo reclamar el apoyo de la mayoría del electorado, dejando sin representación a cerca del 50%, identificado con la oposición. De ello deriva una inestabilidad política permanente y la gran conflictividad que afecta a la sociedad civil en sus relaciones con el Estado.

crucial clivaje democracia/autoritarismo, predominante hoy en día en el funcionamiento de los sistemas políticos latinoamericanos.

Si admitimos el hecho de que la tensión permanente entre el gobierno y la oposición, natural en toda política democrática, se diluye en la práctica plebiscitaria, autoritaria y neopopulista, a los actores políticos les queda poco espacio para la negociación y competición democráticas. De aquí que los niveles de conflictividad se eleven peligrosamente a partir de una polarización social efectiva, que se traduce en una suerte de bloqueo institucional, prerrequisito o base firme para la dirección y control plebiscitarios. “La polarización que ha generado el presidente de Venezuela –afirman Cristina Marcano y Alberto Barrera Tizka– tanto dentro como fuera del país parece marcar la propia percepción que se tiene de él. Luce imposible observarlo sin tener que someterse al contagio que lo idolatra o que lo sataniza.”(2004: 27).

Como lo planteamos más arriba, la cuestión de saber si la naturaleza del liderazgo político constituye un factor determinante para la calidad de la democracia en nuestro país debe apoyarse siempre en aquellas características específicas de lo que se ha venido autoproclamando como el “nuevo” liderazgo del proceso “revolucionario”. Porque en la experiencia venezolana reciente, la promesa de la democratización ha resultado una vez más falseada por una política de poder que se apoya dramáticamente en la “superoferta” plebiscitaria y neopopulista.



3 •

---

EL LIDERAZGO  
PLEBISCITARIO  
EN EL  
FENÓMENO CHÁVEZ



*“Plebiscito” es un término duro, que quiere evocar la poderosa imagen de los emperadores romanos y de los autoritarios franceses que gobernaron en base en la veneración popular, mientras las masas concedían su ruidoso consenso a todas sus medidas.*

THEODORE J. LOWI, 1985

*Esta es una revolución y vinimos para quedarnos, usted no puede cambiar a Picasso mientras pinta el Guernica (...) Si yo entrego el pincel, puede ser a la persona más querida, a lo mejor esa persona más querida empieza a echarle otros colores, porque tiene otra visión y empieza a alterar los contornos del cuadro.*

HUGO CHÁVEZ, 26-08-2007



Desde el triunfo electoral de Chávez, aparentemente arrollador, de diciembre del 98, la idea de instauración de un régimen político alternativo en las neodemocracias latinoamericanas de partidos se fue extendiendo por todo el continente: la revalorización de la organización de la sociedad civil, la erradicación de la corrupción administrativa y la superación de la ineptitud de la clase política en nuestros países se fueron constituyendo en los objetivos prioritarios o desafíos de una auténtica *revolución democrática*. Un apoyo popular mayoritario y activo, por un lado, y la presión innovadora del tejido institucional, por otro, estaban allí para canalizar las aspiraciones de una colectividad social desencantada con los primeros regímenes de la así llamada primera etapa de la democratización latinoamericana de los 80.

El surgimiento de nuevos líderes en los márgenes de la política (Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela) y la fundación de nuevos partidos y coaliciones electorales de nuevo tipo (Argentina, Uruguay y Brasil) anunciaban, entonces, la posibilidad y viabilidad de propuestas alternativas a las democracias representativas, con capacidad para acometer las exigidas reformas democráticas. Y, ello dentro de contextos sociales ganados para adelantar la política económica neoliberal de los gobiernos, presionados por la agudización de la crisis. A lo que habría que agregar un peligroso desarrollo de la *antipolítica* —emergencia de políticos *outsiders* y extrapartido en casi

todos los países— y el evidente desengaño que vive la masa popular con la promesa democrática de los primeros gobiernos de la transición postautoritaria de los 80.

En la medida en que la década de los 90 corresponde a la época de los primeros cuestionamientos del modelo de democratización impuesto por la nueva clase política en nuestros países, el predominio de los políticos socialdemócratas y democristianos se afirmó en el gobierno de un buen número de países, con un liderazgo que poco a poco fue adoptando e imponiendo políticas neoliberales orientadas hacia la reducción del ámbito de acción de los Estados. En el caso venezolano, la presencia de un liderazgo plebiscitario, que escapa al molde del tradicional bipartidismo, fomentó, por una parte, la posibilidad de adelantar en una reforma política necesaria para el desbloqueo institucional, al que se había llegado durante la segunda presidencia de Rafael Caldera, y la incorporación de un vasto sector de la población excluido de la política, que comienza a identificarse con el nuevo liderazgo, por otra.

“Los presidentes latinoamericanos —advierte Fernando Mires— a veces quieren ser una cosa, a veces otra. Una vez son autoritaristas o se vuelven dictadores (*El señor Presidente*, de Asturias). No faltan quienes confunden el término mandatario (el que asume un mandato) con el de mandamás. Otras veces quieren ser líderes carismáticos de masas y se apoderan de todos los micrófonos y con ello del tiempo ciudadano. En otras ocasiones, se remiten al papel de aburridos administradores (hay tantos). No faltan quienes quieren ser líderes televisivos o personajes del *jet-set*. A no pocos les sobra vocación de mártires, y algunos hasta se suicidan. Otros son verdaderos santos. Nunca faltan los *corruptos*, los *milicos* y los *demagogos*; más bien esos son la mayoría” (2001: 28-29. Las cursivas son del autor).

Es en este sentido que comienza a hablarse del surgimiento de un nuevo tipo de liderazgo en el contexto crítico e inestable de América Latina, aparentemente más integrador y portador de una creciente reivindicación popular, no identificada con los candidatos propuestos por el tradicional sistema partidario.

El nuevo liderazgo, que comienza a establecerse con el ascenso de Chávez al poder, estaba netamente orientado hacia la promoción de formas plebiscitarias de gobierno y de participación, firmemente sustentadas en la figura de un *presidente personal*.<sup>1</sup> Y es que en la Venezuela de Chávez se reproduce un fenómeno que guarda unos cuantos rasgos similares con las experiencias neopopulistas de los gobiernos de Carlos Saúl Menem en Argentina y de Alberto Fujimori en Perú.<sup>2</sup> En tal sentido, a la personalización de la decisión política en los tres países se siguió la intención presidencial y antidemocrática de gobernar por decreto y de liquidar toda oposición, partidista o extrapartido. La misma, estaba por tanto destinada al resquebrajamiento de las endebles construcciones democráticas en nuestros países, favoreciendo así la instauración de formas autoritarias de hacer política que, a la larga, redujeron significativamente la vigencia de una de las promesas de la democratización latinoamericana: la vigencia del Estado de derecho.

En cuanto liderazgo de nuevo tipo —va más allá del populismo latinoamericano tradicional— el nuevo poder fue asumido desde el principio en el imaginario colectivo bajo las características de un poder *innovador, popular mesiánico y revolucionario*. De aquí que el mismo se haya presentado, en primer lugar, como liderazgo desarticulador del pasado político y articulador de un “nuevo comienzo”. En segundo lugar, como liderazgo popular mesiánico se encarna en el carisma de su titular, en la medida en que éste dice expresar —y encuentra un público cautivo que lo considera poseedor de “dotes excepcionales”— la soberanía del pueblo que sigue a su jefe, particularmente bajo la forma de séquito weberiano<sup>3</sup>.

---

1 Tomo esta expresión del libro clásico de Theodore J. Lowi, 1993.

2 En la literatura política latinoamericana de corte comparativo se da por sentada una cierta similitud de las experiencias de Chávez, Menem y Fujimori, como demostrativas de la conocida hipótesis de Guillermo O'Donnell sobre las *democracias delegativas*. Cf. O'Donnell, 1997: 287-304; Cf. Chereski y Pousadela, 2001: 30-31 y Cf. Ramos Jiménez, 1997: 59-87.

3 En su conocido texto, Max Weber identificó esta relación de poder en “los dictadores de las revoluciones antiguas y modernas”. De modo tal que “El jefe

Y, en tercer lugar, como liderazgo revolucionario, el mismo se presenta como el legítimo *regime builder*, poniéndose a la cabeza de una proclamada “nueva” república, obedeciendo así a las aspiraciones políticas y sociales de cambio, muy extendidas en una sociedad que vive el desencanto con la promesa de la democratización. Trátase, por consiguiente, de un fenómeno específico, que hunde sus raíces en la cambiante política latinoamericana de fin de siglo, en cuyo examen no debemos dar por descontado el hecho de que sus principales actores estén concientes de los alcances de su rol social y menos aún de la viabilidad de su acción bajo las nuevas condiciones de la época que comienza.

## RECHAZO DEL PASADO Y NUEVO COMIENZO

El despliegue del proceso constituyente en el año 1999 forma parte decisiva de una estrategia política que, para sus promotores, debía impulsar una serie de cambios institucionales, orientados hacia la sustitución de las tradicionales formas (partidistas) de hacer política por nuevas formas alternativas, que debían apoyarse sobre bases políticas más firmes y duraderas. En tal sentido, los principales actores del proceso de cambio adoptaron todo un sistema de ideas y actitudes que, identificando al conjunto diferenciado de actores

---

(demagogo) domina de hecho en virtud de la devoción y confianza *personal* de su séquito político. En primer lugar, sobre los adeptos ganados a su persona, cuando éstos, dentro de la asociación, le procuran la dominación” (Weber, 1964: 215; Cf. Breuer, 1996: 156-157). Y en sus observaciones sobre el *bonapartismo*, Robert Michels advierte: “Una vez electo, el sujeto que el pueblo escoge no puede ser resistido en ninguna forma. Personifica a la mayoría y toda oposición a su voluntad es antidemocrática. El líder de esa democracia es inamovible, pues la nación, después de haberse pronunciado, ya no puede contradecirse. (...) Una de las consecuencias de la teoría de la voluntad popular sometida al ejecutivo supremo, es que los elementos que intervienen entre este último y aquellos —es decir, los funcionarios públicos— deben ser mantenidos en un estado de dependencia, lo más estricta posible, de la autoridad central, la cual, a su vez, depende del pueblo.” (1979: 19).



emergentes, se propuso como la alternativa política que, sustentada originalmente en un voluntarista “volver a empezar”, se planteó de entrada, como objetivo inmediato, la movilización de un vasto sector social desencantado con la “democracia bipartidista”.<sup>4</sup>

Admitamos el hecho de que, junto a la búsqueda del consentimiento popular, el *chavismo*, entendido como la fuerza política movilizadora del cambio, incorporó a su discurso unos cuantos recursos moralistas, asignándole a la “tarea común” bien determinados ingredientes metapolíticos, sin precedentes en la política venezolana del siglo XX. De este modo, comenzó a tomar cuerpo en la sociedad un *gran rechazo* de la política tradicional y sus instituciones que, canalizado por un movimiento social extendido, se propuso llevar a la práctica un voluntarioso “hacer del pasado mesa limpia”, manifiesto en el discurso del candidato Chávez como el argumento movilizador de los “nuevos tiempos”, tiempos de “refundación de la república”, de lo que se presentó por primera vez como la “V República”. De modo tal que, conforme fue avanzando la campaña electoral de 1998, se fue profundizando en el electorado potencial la idea de acceder a aquello que, en la teoría política dualista de Bruce Ackerman ha sido conceptualizado como una *política superior*, con alto contenido movilizador e identificador del pueblo.<sup>5</sup>

---

4 Sobre la última etapa del bipartidismo venezolano, véase mi artículo “Venezuela. El ocaso de una democracia bipartidista”, *Nueva Sociedad*, Caracas, n° 161, mayo-junio 1999: 35-42. Sobre la política de partido, véase la segunda parte de mi libro: *Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina*, Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada, 1997: 135-215 (nueva edición ampliada, 2008).

5 Dentro de su teoría de la *democracia deliberativa*, el profesor de Yale, Bruce Ackerman, distingue la política *normal*, caracterizada por la apatía, la ignorancia y el egoísmo, de una política *constitucional*, superior y triunfalista, que se apoya en juicios deliberativos y reflexivos, que tienen siempre presentes los derechos de los ciudadanos y los intereses permanentes de la comunidad (Cf. Ackerman, 1999: 47-48 y 1995). Cabe destacar la observación de Jon Elster, según la cual: “Las constituciones cumplen dos funciones (que se solapan): proteger los derechos individuales y constituir un obstáculo a ciertos cambios políticos que tendrían lugar si fueran del interés de la mayoría” (Cf. Elster y Slagstad, 1999: 35).

Dentro de esta perspectiva, la política adquiere la primacía, alcanzando un estatuto autónomo frente a los factores económicos. Ello le permitió al gobierno de Chávez ocuparse prioritariamente de las cuestiones políticas, desentendiéndose en una primera etapa de los “asuntos económicos”. Y en tal sentido, la búsqueda de una nueva constitución debió asumirse como el resultado de un proceso que integra el conflicto social con un eventual compromiso político de cambio estructural. De este modo, se fue conformando también el escenario sociopolítico de un “nuevo comienzo”, dentro del cual emerge la Constitución como el factor desencadenante de un proceso de largo aliento, como el “indicador simbólico de una gran transición en la vida política de una nación” (Ackerman, 1999: 53).

Si bien es cierto que en las democracias occidentales las constituciones han sido concebidas para cumplir el rol de instrumentos reguladores de la democracia política, siempre estuvieron dotadas de suficiente potencial para convertirse en símbolos de ruptura o de reafirmación, con alto valor significativo para el destino de la comunidad. De aquí que en un conocido texto, Giovanni Sartori haya advertido sobre el principal significado de toda constitución: “una ley fundamental, o una serie fundamental de principios, paralelos a una cierta disposición institucional, *dirigida a delimitar el poder arbitrario y a asegurar un gobierno limitado*” (1992: 17. La cursiva es mía).

En esta perspectiva, es preciso destacar el hecho de que en los regímenes populistas latinoamericanos encontramos siempre la inclinación recurrente a considerar al *constitucionalismo* como una traba insoportable para el ejercicio del “poder del pueblo”, puesto que este último en el discurso del líder plebiscitario tiende a ubicarse por encima de cualquier acción social y política que entre en conflicto con sus declarados intereses.

Ahora bien, en el desarrollo del proceso constituyente venezolano de 1999, la constitución debía identificarse como el punto de inflexión de una etapa de transición, la misma que, extendiéndose desde un “antes” bien determinado —comprende todo aquello que precede en el tiempo al nuevo régimen—, hasta el “después”, identificado con el proyecto de sociedad del futuro que comienza.

De modo tal que, el pueblo movilizado para las tareas del “volver a empezar”, buscará en todo momento aquel conjunto de principios que, en adelante reafirmará su protagonismo político. Así, la autoridad del *nosotros, el pueblo* constitucional representó legítimamente el elemento conductor o reorientador de la sociedad hacia ese “volver a empezar”, considerado necesario para terminar de una vez con las frustraciones y el desencanto del pasado.

Este “nuevo comienzo” quedó consagrado, por consiguiente, como el reflejo de una voluntad popular que fue entrando de este modo en lo que Ackerman ha denominado *escenario triunfalista*, de una política en la que se hacen evidentes las raíces cultural-religiosas:

“El escenario triunfalista estándar tiene sus raíces culturales en las religiones semitas. El judaísmo, el cristianismo y el Islam dividen el tiempo cronológico en un antes y un después, y se concentran en las actividades de grandes líderes revolucionarios –Moisés, Jesús y Mahoma–, quienes movilizaron a sus seguidores para lograr un decisivo avance en la búsqueda de significado colectivo. Esta comprensión positiva de un nuevo comienzo fue luego secularizada durante la Ilustración, particularmente por los revolucionarios norteamericanos y franceses cuyo objetivo era lograr una ruptura análoga en el mundo del significado político” (Ackerman, 1999: 55).

En la historia constitucional latinoamericana se ha destacado el hecho de que esta voluntad abstracta del “nuevo comienzo” sólo logró imponerse desde el momento en que el “nuevo líder” o “jefe máximo”, según los casos, se asumió como el portador del cambio significativo, expreso bajo la forma de un “comenzar de nuevo” –fundación de la república, restauración legitimadora, revolución triunfante, fundación de la democracia, etc.– que precisa ser conducido por un líder necesario<sup>6</sup>. Si este fenómeno ha caracterizado

---

6 Sobre la historia del constitucionalismo latinoamericano véase Quiroga Lavié, 1994. También Lago Carballo, 1982: 591-635. Además, el apartado sobre América Latina en Duhamel y Cepeda Espinoza, 1997: 159-327.

las líneas básicas de unos cuantos proyectos políticos en los siglos XIX y XX latinoamericanos, el hecho se reproduce en la Venezuela de fin de siglo XX con el ascenso de Chávez al poder.

De aquí que el proyecto de una nueva constitución fue presentado en la campaña electoral presidencial de 1998, como el poderoso símbolo de identidad nacional que obedece a un reclamo del “pueblo soberano”, por una parte, y como el compromiso democrático que anuncia el advenimiento de los nuevos tiempos, por otra. Y todos los esfuerzos orientados hacia el referéndum de Abril (establecimiento de las bases electorales del proceso constituyente) y a la elección de los constituyentes en Julio, estuvieron decididamente volcados hacia la constitucionalización del carisma del líder popular, en cuanto conductor indiscutible de una masa popular movilizadada en torno del “proceso de cambio”, fundador de un nuevo régimen.<sup>7</sup>

---

7 Deteniéndose un tanto en los principales modelos de diseño constitucional y vinculándolos con las diferentes teorías democráticas, Andrew Arato describió el camino de lo que él denomina “democracia revolucionaria” o “dictadura soberana”, como el “camino de la asamblea constitucional soberana”. Así, puesto que la comunidad nacional no puede proveer ella misma una constitución, “la tarea, así como el poder, recae sobre una instancia que actúa legítimamente en su nombre” (Cf. Arato, 1998: 69).

En la medida en que la legitimación democrática directa no encuentra las condiciones para funcionar como tal, la “dictadura soberana” (Carl Schmitt) constituye el único intento serio para resolver el *impasse*. Pero ello siempre en un nivel teórico, porque en la práctica la democracia se escapa, a medida que los poderes legislativo, ejecutivo y judicial se van concentrando en un “soberano” abstracto, que no encontrará mayores dificultades para imponer su poder “legal” dictatorial. Trátase entonces de una “dictadura revolucionaria” que asume como propios todos los poderes constituyentes. De aquí que la tarea de redacción de una constitución parte siempre de la ficción según la cual el *pueblo* termina de todos modos identificándose con la Asamblea Constituyente (Sieyès). Ante esta ficción, Schmitt insiste en la necesidad de una ratificación popular a través de un referéndum, apoyándose para ello en la posición de los críticos jacobinos de la Constitución francesa de 1791. Al parecer, esta última pasó a convertirse con el tiempo en el modelo escogido para todas las constituciones que se han elaborado bajo liderazgo carismático y plebiscitario, basándose para ello en la idea política que identifica a la democracia con la dictadura popular (Cf. Arato, 1998: 71-72).

## UN LIDERAZGO POPULAR MESIÁNICO

En su conocido texto de 1917, Max Weber presenta unas cuantas observaciones sobre las condiciones sociales del liderazgo y el rol crucial que éste alcanza en la formación del poder político: “La entrega al carisma del profeta, del líder guerrero o del gran demagogo en la *ecclesia* o en el parlamento significa, desde luego, que el líder es considerado conductor, “llamado” o “elegido” de los hombres, y que éstos se someten a su dirección no por costumbre o por obediencia a la ley, sino porque creen en él. Y él, por su parte, vive dedicado a su causa, a su “obra” si no es un mero arribista vanidoso que aprovecha las ventajas del momento” (Weber, 1983: 67-68; Cf. Abellán, 2004: 146-148).

En efecto y en la medida en que el conjunto de seguidores movilizados no puede sostenerse indefinidamente, en no pocos casos –particularmente en las sociedades modernas– busca siempre burocratizarse bajo la forma de partido. En la experiencia latinoamericana de la democratización, éste ha sido el caso, por ejemplo, de Alberto Fujimori en el Perú de los 90, cuyos esfuerzos siempre estuvieron orientados hacia la conversión de la fuerza armada en el auténtico *party government* del fujimorismo. O también puede darse el caso, como en la Venezuela de Chávez, de una tendencia marcada hacia la constitucionalización del carisma, como movimiento colectivo conducido personalmente por el líder carismático y que consiste en el acto ritual que marca el nacimiento del nuevo poder, de la nueva república, hecho que ya se había producido en el pasado en las experiencias populistas de unos cuantos países latinoamericanos, reproduciéndose en las experiencias recientes de Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador.

La ambigüedad de la política democrática fundada en el carisma del líder parece también vinculada con la conocida distinción que Michael Oakeshott estableció entre “la política de la fe” y

---

Véase el apartado sobre el poder constituyente en Schmitt, 1982: 93-103; Cf. Slagstad en Elster y Slagstad, 1999: 131-155).

“la política del escepticismo”, como las dos posiciones polares que identifican a la política democrática, en tanto actividad que contiene ingredientes pragmáticos y de redención social. De aquí que la propuesta populista tienda en todos los casos a adoptar características mesiánicas, sea en el nivel del discurso movilizador de la masa del pueblo, o bien en el de la práctica del gobierno providencial.

En efecto, “en la política de la fe –afirma Oakeshott– las decisiones y las actividades políticas pueden entenderse como respuesta a una percepción inspirada de lo que es *el* bien común, o bien, como la conclusión que se sigue de una argumentación racional; pero jamás podrán entenderse como un recurso temporal o como algo que se hace simplemente para que las cosas sigan su curso (...) La política de la fe entiende el acto de gobernar como una actividad “ilimitada”; el gobierno es omnicompetente” (1998: 54).

Así, una política fundada en la fe requerirá siempre la movilización entusiasta y la creencia en la capacidad del ser humano para cambiar radicalmente el mundo, de modo tal que todas las barreras de naturaleza jurídica, económica, por ejemplo, serán percibidas como obstáculos que es preciso descartar (*Cf.* Meny y Surel, 2000: 30). Por el contrario y según Oakeshott, la política del escepticismo: “tiene sus raíces en la creencia radical de que la perfección humana es una ilusión o en la creencia menos radical de que sabemos demasiado poco de sus condiciones como para que resulte aconsejable concentrar nuestras energías en una sola dirección, asociando su búsqueda a la acción del gobierno (...) La búsqueda de la perfección es demasiado importante como para ceder su control y dirección a un grupo que por argumentos de sangre, fuerza o elección ha adquirido el derecho de llamarse “gobernante”” (1998: 59-60).

Esta distinción reviste una importancia mayor en las luchas democráticas recientes en nuestros países, en la medida en que toda política democrática abandonada al escepticismo deja una gran parte de las cuestiones importantes sin resolver, aunque, en todo caso, representa “un medio para reducir y acomodar las tensiones gracias a instituciones y procedimientos apropiados. Desde este punto de

vista el Estado de derecho es un concepto central y fundamental” (Meny y Surel, 2000: 30). Por el contrario, una política asumida como creencia y convencimiento en las potencialidades del pueblo conducido por el líder carismático tiende a desentenderse del derecho, puesto que el líder pasa a convertirse en el único intérprete, en la medida en que cuenta para ello con la confianza y lealtad del pueblo gobernado y soberano.

Ciertamente, en la práctica democrática esas dos concepciones divergentes de la política tienden a ajustarse o combinarse de acuerdo con el nivel alcanzado por el conflicto social. En sociedades muy desiguales como las latinoamericanas, la “política del escepticismo” encontró siempre grandes dificultades para imponerse como la política normal de las prácticas democráticas. Por el contrario, el surgimiento de caudillos (siglo XIX) y líderes carismáticos (siglo XX) en nuestros países, en el origen de los excesos de un presidencialismo fuertemente personalizado, marcaron significativamente la actividad democrática hasta nuestros días, tanto en el gobierno como en la oposición, traduciendo con ello la disociación entre el ideal democrático proclamado y una práctica política plagada de contenidos antidemocráticos.

Apoyándose en la experiencia europea reciente, Meny y Surel han observado el hecho de que la retórica populista, “se polariza con la denuncia de las perversiones que afectan a las democracias y con la necesidad de encontrarles un remedio. Lejos de preconizar otra forma de régimen (distinta a la democracia) los populistas se comprometen más a menudo con una suerte de emulación democrática utilizando las ambigüedades y la polisemia que caracterizan al término democracia (...) Democracia y populismo son a la vez cercanos por su referente —una y otro se proclaman del pueblo— y lejanos por el lugar que le asignan y el sentido que le atribuyen” (*Ibidem*: 32).

Si en la experiencia venezolana resultan más importantes los efectos políticos del carisma, más que su contenido (cualidades personales o atributos del líder), ello se debe al hecho de que los primeros constituyen ante todo una relación particular entre el líder y

sus seguidores incondicionales, aquellos que le atribuyen bien determinadas cualidades. Recordemos aquí las observaciones de Max Weber sobre el fenómeno carismático, en cuanto fenómeno que se produce y reproduce siempre bajo condiciones de excepcionalidad, cuya fuerza la encontramos casi siempre en momentos de fundación o de protesta contra el orden establecido, particularmente en determinadas épocas de crisis política. Weber atribuyó este fenómeno, en las sociedades premodernas, a la presencia de los profetas y, en las sociedades modernas, a la de los “gobernantes plebiscitarios” y jefes de los partidos políticos, en cuanto poseedores de las cualidades de caudillo. Y ello ocurre en situaciones críticas en las cuales: “Un hombre se levanta y en la medida en que responde a expectativas latentes y retenidas, se revela capaz de catalizar esas aspiraciones o protestas silenciosas” (Mény y Surel, 2000: 103-104).

De acuerdo con Weber, los caudillos plebiscitarios emergen en la política democrática cuando se pretende la creación de instituciones democráticas nuevas y, por lo mismo, responden a bien determinadas expectativas políticas (Cf. Pinto, 1996: 156-157). De aquí que los líderes carismáticos latinoamericanos encuentren siempre su lugar en aquellos movimientos populares que se plantearon desde sus orígenes acabar con el pasado conocido para acceder a lo que, según ellos, reviste las condiciones de nuevo. En nuestros días, tales movimientos o partidos tienden a mantener la memoria de su líder fundador luego de su desaparición. El peronismo deviene menemismo con el relanzamiento del Partido Justicialista en el primer gobierno de Menem; el velasquismo ecuatoriano logró recomponerse por cierto tiempo después de la muerte de su líder y el panameñismo de Arnulfo Arias es invocado aún en las luchas políticas actuales.

En Venezuela, cerca de cuarenta años de democracia bipartidista constituyeron ciertamente una época de ruptura frente al pasado autoritario militarista. Ello a la larga provocó el desarrollo de una situación de “fatiga cívica” y de extendido desencanto, el mismo que desemboca en la década de los 90 en una manifiesta desafección de los ciudadanos hacia la política democrática. Y es que los dos princi-



pales partidos se habían desgastado en el poder y ya a principios de esa década habían perdido una hegemonía que, en un largo período de tiempo, les permitió funcionar como una suerte de duopolio partidocrático.<sup>8</sup> En ese contexto, la corrupción sistemática del aparato burocrático y de la autoridad judicial había provocado heridas profundas y grandes resentimientos en una población que, en su mayoría, se encontraba desprovista de recursos frente a la riqueza proclamada por un Estado enriquecido por la renta del petróleo.

La condena o rechazo de este *antes* democrático, fuente de frustración y rechazo para un vasto sector de la población, comenzó a dar sus frutos cuando los dos principales candidatos extra-partido fueron perfilándose arriba en las encuestas (primer semestre de 1998). El descalabro bipartidista posterior se hizo evidente cuando tales partidos se revelaron incapaces de presentar fórmulas o candidatos propios. De modo tal que la dimisión bipartidista resultó transparente en los resultados electorales del 8 de noviembre de 1998, cuando se confirma el avance nacional y local de terceras fuerzas extra-partido. El movimiento V República (MVR) sale entonces fortalecido, tanto más cuanto que su candidato presidencial, victorioso en Diciembre, provenía de sus filas, convirtiéndose por lo mismo en el portavoz electoral de un buen número de candidatos de los partidos minoritarios, integrados en el así llamado Polo Patriótico.

La coalición variopinta que se construye en torno del MVR, conocida desde entonces como el *chavismo*, permaneció unificada a pesar de las profundas diferencias que amenazaban con separar a una militancia civil, políticamente emergente, identificada con las más diversas ideologías, de un personal militar sin experiencia política<sup>9</sup>. Y en este punto, toda explicación se afina necesariamente en la excepcionalidad y personalidad carismático-mesiánica del líder del movimiento. Y es que el chavismo fue desde siempre y se

---

8 Sobre la tesis de la partidocracia en Venezuela véase Coppedge, 1994; Hidalgo Trenado, 1998: 63-100; Baloyra, 1998 y Ramos Jiménez, 1999: 35-42.

9 Cf. Alberto Arvelo Ramos, 1998: 33-51. Véase también Manuel Caballero, 2000; Arraiz Lucca, 2003.

mantiene como un movimiento carismático de corte weberiano y, como tal, su influencia estará marcada siempre por la inestabilidad y provisionalidad de sus ejecutorias.

Asimismo, la necesidad de permanencia y la búsqueda de posiciones hegemónicas en el post-bipartidismo impulsaron desde sus orígenes al movimiento, el mismo que precisaba de un elemento aglutinador dotado de fuerte potencial simbólico, con capacidad para convertirse en el séquito permanente del jefe carismático. En tal sentido, la nueva constitución (bolivariana) pasó a representar, en la agenda de los actores políticos emergentes, el poderoso símbolo cultural de un nuevo comienzo político. De modo tal que el proceso de cambio político-cultural, que arrancó con la elección presidencial del 6 de diciembre de 1998, contó con dos poderosos motores: 1) el liderazgo popular mesiánico del presidente plebiscitario, instalado desde entonces en la competencia política y 2) la erosión del liderazgo partidista en el espacio de la oposición, enfrentando grandes obstáculos en su propósito por reconstituirse como alternativa política.

A medida que el carisma del presidente se fue nutriendo con la encendida retórica populista, que para la ocasión cobró fuerza inusitada, gracias al declive profundo de la partidocracia –desdibujamiento de los dos principales partidos de por medio–, esa retórica pasó a formar parte significativa del léxico político de la autoproclamada “revolución bolivariana”, recuperando unos cuantos principios del ideario del Libertador. Y ello en circunstancias tales que la creciente pretensión movimentista, orientada hacia la constitucionalización del carisma, terminó afirmándose con la convocatoria y participación popular en el referendo de Abril. De este modo, la amplia mayoría chavista, alcanzada en la elección de los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente, le aseguró al presidente carismático la posibilidad real de imponer su acentuada vocación autocrática en el texto constitucional<sup>10</sup>. Esta última se hizo explícita por primera vez

---

10 Las distorsiones del sistema electoral uninominal (el primero que llega se lleva todo) produjeron una mayoría contundente de representantes chavistas en la ANC. De

en un texto que consagraba tanto la pretendida concentración de poderes en el ejecutivo, como el freno impuesto a la descentralización político-administrativa. En este sentido, la alta popularidad del presidente en las encuestas de opinión contribuyó significativamente en el debilitamiento de las instituciones de la así llamada “IV República”: parlamento, sindicatos, cámaras empresariales y hasta la Iglesia, representarán en los resultados del referendo aprobatorio del 15 de diciembre, el papel de los últimos derrotados de la “vieja política”.

Si bien es cierto que en el discurso de Chávez encontramos el vocabulario tradicional del populismo latinoamericano, es preciso aceptar el hecho de que su ideario político no se reduce en modo alguno a “lo que el presidente dice”, sino que el mismo se extiende al campo de las actitudes políticas, en tanto predisposiciones a actuar en una forma determinada frente a las perversiones de la democracia bipartidista. Y si bien es cierto que la recurrente condena de los cuarenta años de “democracia corrupta”, se inscribe netamente dentro de una proclamación, tan general como abstracta, de “refundación de la democracia”, Chávez y el chavismo en el poder realizaron una gran inversión de capital simbólico, desde el momento en que el texto constitucional bolivariano fue recogiendo los objetivos más específicos del proyecto chavista, comenzando por el de la instauración de una nueva hegemonía, apoyada esta vez en el liderazgo personal del presidente carismático.

Un lugar de privilegio en la ideología del nuevo comienzo ocupa la retórica violenta del liderazgo chavista, destinada decisivamente al desmantelamiento del “campo enemigo”. La retirada de

---

modo tal que el aplastante triunfo en la elección de los constituyentes (julio 1999) terminó por ubicar a las fuerzas del chavismo en una posición hegemónica que reducía considerablemente a las fuerzas, desde entonces endebles, de la oposición. De los 131 constituyentes elegidos (24 escogidos por circunscripción nacional, 104 por la circunscripciones regionales y 3 en representación de las comunidades indígenas), sólo 6 correspondían a la oposición. El 15 de diciembre 1999 quedó aprobada, mediante referéndum, la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela por el 71,7% del total de 4.819.786 votantes. El nivel de la abstención era un tanto alto: 55,6%. Cf. Medófilo Medina, 2001: 126-127.

este último y el carácter pacífico del desplazamiento de la tradicional clase política fueron viables debido al nivel de autoexclusión alcanzado por lo que quedaba de una clase media apolítica y desmovilizada.<sup>11</sup> Y en la medida en que buena parte de la clase media empobrecida encontró refugio en el movimiento chavista, la gran masa popular –incluyendo en esta última a la marginalidad de las grandes ciudades–, que tradicionalmente se había alineado en el voto bipartidista, adoptó al nuevo presidente como su jefe natural. Ello puede corroborarse por el hecho de que durante los dos primeros años de gobierno de Chávez, la popularidad del presidente se mantuvo por encima del 70%, conservando siempre altos niveles de aprobación: alrededor del 50% hasta bien entrada la primera etapa de la experiencia del chavismo en el poder (hasta 2004).

La legitimidad de origen del gobierno de Chávez se mantuvo, por consiguiente, íntimamente vinculada con la popularidad del presidente personal. Y es que, legitimidad y popularidad coinciden en la teoría y la práctica de los primeros años del chavismo en el poder. En tal sentido, el desplome de la popularidad presidencial en la época que precede al referendo revocatorio de 2004 fue rápidamente advertido y resuelto con la implementación de medidas asistencialistas ancladas decisivamente en las así llamadas misiones.

En la historia política latinoamericana, el surgimiento de un líder en el seno de la elite revolucionaria ha sido un fenómeno histórico recurrente. Guy Hermet ha observado este fenómeno cuando afirma: “Más que en ninguna otra parte del mundo, América Latina ha sido la patria, la tierra por excelencia de este mirage (del populismo), de ese subterfugio gracias al cual las elites en el poder o la fracción más hábil de aquellas ha querido, según la conocida fórmula, dar a las masas desprovistas de poder la impresión de que todo cambiaba en la forma para que nada cambie definitivamente

---

11 Esto puede corroborarse en los altos índices de abstención en los cuatro primeros procesos electorales: 37% en diciembre 98; 62% en abril 99; 57% en julio 99 y 52% en diciembre 99. Demasiado alta si la comparamos con los niveles del abstencionismo antes de 1993.

en la realidad” (2000: 49 y 2001: 38-39. *Cf.* Conniff, 1999). Y si a ello agregamos el hecho de que a menudo tales líderes han sido militares, la imposición de un poder autoritario populista se constituyó siempre en la causa de unos cuantos traumas y vicisitudes. Así, Getúlio Vargas en los 30, Juan Domingo Perón en los 40, Juan Velasco Alvarado en los 60 y Omar Torrijos en los 70, todos ellos de extracción militar, se constituyeron por algún tiempo en el prototipo del portador natural de la reivindicación popular frente al dominio de las oligarquías tradicionales, desembocando en situaciones de gran inestabilidad e incertidumbre.

En la Venezuela de los 90, la experiencia chavista, militarista en un bien determinado sentido, comprende unos cuantos rasgos de nuevo cuño, porque si bien es cierto que el viejo populismo latinoamericano se reeditó en diversos contextos, el mismo sufre en la experiencia venezolana una metamorfosis apreciable. De aquí que resulte relevante para nuestro análisis, la tesis que sostiene el hecho de que el viejo populismo no ha sido otra cosa que “una forma de liderazgo muy personalizada que emerge de una crisis institucional de la democracia y del Estado, de un agotamiento de las identidades conectadas con determinados regímenes de partidos y ciertos movimientos sociales, de un desencanto generalizado tras la crisis de la «década perdida»”<sup>12</sup> Algo que en nuestros días resulta más complicado, si partimos del hecho de que los principales cambios operados han sido el resultado de la acción crucial de masas anómicas y desmovilizadas.

Si en nuestros días, la forma política del líder popular mesiánico o “jefe único” se mantiene, cambia la relación que el mismo establece con la masa popular que lo sostiene en el poder. De aquí que el así denominado *neopopulismo*, a diferencia del populismo clásico, corresponda históricamente a la presencia de “sociedades anómicas a la merced de gobiernos autoritarios e instituciones, social y políticamente fragmentadas a la deriva, sin capacidad de representarse

---

12 Felipe Burbano de Lara, 1998: 10. Véase el apartado “Democratización y populismo. La hipótesis neopopulista”, en Ramos Jiménez, 2008: 95-107.

políticamente”<sup>13</sup> En todo caso, el liderazgo neopopulista reúne elementos de dominación y de manipulación de las clases populares, combinándolos con experiencias participativas que incluyen un alto contenido identificador. En tales circunstancias, el jefe siempre será “único”, insustituible si no imprescindible. Su poder no se delega ni en situaciones excepcionales y su carisma representa una amenaza permanente para la democracia. Y a medida que las expectativas de la población se van despolitizando, las mismas se van disociando del ciudadano activo, en tanto sujeto comprometido con el esfuerzo de democratización de la política.

Si bien es cierto que la capacidad del líder carismático para ponerse delante de una fuerza organizada (partido o movimiento) es sobrepasada con frecuencia por la identificación del primero con la masa del pueblo sin mediaciones ni intermediaciones, la intención permanente del líder plebiscitario a concentrarlo todo se revela natural en el corto y mediano plazo, induciéndolo a preferir las formas plebiscitarias, no representativas, de la democracia.

En América Latina esta propensión del líder carismático hacia la arbitrariedad de la decisión fue siempre canalizada hacia la reafirmación personalizada del tradicional presidencialismo. Así, el conflicto que se establece entre el líder plebiscitario con los miembros de parlamentos que escapan a su control ha sido la fuente de unas cuantas tensiones sociales y desequilibrios que, a la larga, se constituyeron con frecuencia en la fuente de inestabilidad político-institucional. El liderazgo populista carismático resulta, por consiguiente, reacio a las formas de la competición democrática, inclinándose siempre hacia la personalización de todas las acciones y decisiones gubernamenta-

---

13 María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, “Introducción. Los complejos de la cenicienta”, en M. M. Mackinnon y M. A. Petrone, 1998: 44. En tanto *outstanding leaders*, los populistas latinoamericanos representan: “These men, and sometimes women, stood out from the ranks of the ordinary politicians. They displayed flair, daring, broad appeal, and uncanny timing. They campaigned for public office early, often and almost always successfully. They constitute one of the most important groups of leaders in twentieth-century Latin America” (Conniff, 1999: 1).

les. Y en la medida en que el despliegue de un discurso maniqueo, inscrito dentro de la lógica amigo/enemigo, divide y polariza todo el campo político, las estrategias dominantes del liderazgo plebiscitario van incorporando posturas morales y éticas excluyentes, desembocando en el cultivo de actitudes políticas sectarias e intolerantes del líder y sus seguidores hacia todo adversario político.

Refiriéndose a la ambigüedad del populismo latinoamericano del siglo XX, Pierre-André Taguieff advirtió hace cierto tiempo sobre el hecho de que el mismo: “osciló entre la demagogia y la protesta. La concepción liberal del fenómeno ignora o encubre por completo este carácter bilateral. Expresión del temor y de la repulsión de las elites hacia las clases medias (...) Temor de las elites tradicionales a la nueva alianza entre el poder irracional de las masas y el estilo groseramente personalista de ciertos líderes de tendencia demagógica” (en Adler *et al.*, 1996: 47-48).

Dentro de esta perspectiva, en un primer momento, el liderazgo de Chávez se orientó más hacia la protesta que a la búsqueda de una necesaria identidad para el movimiento, porque el lugar que ha ocupado en sus mensajes y promesas, tanto el antielitismo como el rechazo del pasado, han superado ampliamente a la omnipresente invocación bolivariana y nacionalista. Y es que en este *populismo de protesta*, ha observado Taguieff: “El llamamiento al pueblo se propone primordialmente como una crítica o una denuncia de las elites, sean éstas políticas, administrativas, económicas o culturales. Este antielitismo se encuentra inextricablemente ligado con la confianza en el pueblo, definido como el conjunto de ciudadanos comunes y corrientes (...) La distinción entre las elites y el pueblo puede tomar la forma de una oposición maniquea entre «los de arriba» (el país «legal») y «los de abajo» (el país «real»): la intensidad de la protesta depende de ella.” (*Ibidem*: 63).

Si como se ha destacado una y otra vez, una política de adversarios constituye la condición esencial para el funcionamiento de la democracia, la misma es sacrificada en el altar del ritual populista carismático. Y es que en este último, la demagogia populista siempre aparece identificada, sea con determinadas estrategias electorales

para alcanzar el poder, o bien con ciertas prácticas gubernamentales efectivas, en las que el adversario deviene el enemigo a vencer o a eliminar en la lucha política, en la medida en que la popularidad del líder se va independizando de su política pública. Es por ello que, neoliberal (Fujimori y Menem) o estatista (Chávez, Morales y Correa), la política económica del populismo apenas compromete al liderazgo carismático que, al parecer, resulta más vinculado con determinados ingredientes de la cultura política (símbolos, acciones portadoras de significado, cambio de valores, etc.).

En su estudio sobre el menemismo, José Nun ha puesto en relación directa los cambios sociales con la representación política dentro de los que él denomina “posmodernismo periférico”. De modo tal que los “grandes articuladores de intereses” en nuestros días están en capacidad de canalizar el creciente desencanto de los ciudadanos con la política, tratando siempre de poner el énfasis en el antagonismo básico entre los intereses del pueblo y el de los usufructuarios del poder estatal en el pasado. Desarrollándose de este modo un proceso de *personalización* de la representación, originando con ello la pérdida de relevancia de los clivajes ideológicos y de los programas políticos. En circunstancias tales que, para fines de explicación del fenómeno, en los procesos neopopulistas, la “oferta electoral” personalizada resulta mucho más decisiva que las características sociales del electorado.<sup>14</sup>

Nun advierte también sobre el hecho de que en las sociedades democráticas actuales el fenómeno de la personalización del poder y de la representación configura una tendencia extendida en los diversos electorados, imponiéndose tanto en la preparación y desarrollo de las campañas electorales como en el ejercicio del gobierno plebiscitario.

Por su parte, Bernard Manin ha observado el hecho de que esa *personalización* del poder político en los sistemas políticos democráticos obedece a dos principales causas:

---

14 Cf. Nun, en Burbano de Lara, 1998: 53. Véase también Herlinghaus y Lanz, 1999: 219-239.



“Primera, los canales de comunicación política afectan a la naturaleza de la relación representativa: mediante la radio y la televisión, los candidatos pueden, de nuevo, volverse a comunicar directamente con sus circunscripciones sin la mediación de la red del partido (...) Segunda, el creciente papel de las personalidades a costa de los programas es una respuesta a las nuevas condiciones en las que los cargos electos ejercen su poder (...) A los candidatos les resulta más difícil efectuar promesas detalladas: los programas que así lo intentaran se convertirían en torpes e incomprensibles” (1997: 268-269).

La personalización del poder político, asimismo, va de par con el creciente desinterés de los ciudadanos por la política, fenómeno que ha provocado la generalización de la *antipolítica* y de una cierta anomia social. Y es que los ciudadanos comunes nunca estuvieron tan distanciados y separados de las elites en el poder como hoy en día en nuestros países. Por consiguiente, la respuesta del líder neopopulista no ha sido otra que la de escoger unilateralmente, entre los *outsiders* o recién llegados al mundo de la política, a sus más cercanos colaboradores. En tal sentido, los partidos y las elites, particularmente los miembros de la clase política, deben ser desplazados de sus posiciones de poder por el pueblo puesto en movimiento, el mismo que, alineado y espontáneamente, sigue a su líder natural, como parte del ritual neopopulista, pasando a integrar simbólicamente el mito fundador del nuevo comienzo.

El ingrediente posmoderno del populismo puede encontrarse también en ciertos avances de la *videopolítica* o política-espectáculo en los años recientes. En las sociedades de fin de siglo, “el populismo –lo ha destacado Taguieff– ya se ha convertido en telepopulismo. El demagogo eficaz de la posmodernidad es el tribuno telegénico.” Y, apoyándose en la experiencia italiana de la posguerra fría, agrega: “la comunicación televisiva se convierte en un sustituto de las prácticas democráticas –algo así como la realización simbólica del sueño de la “democracia directa”–. El telepopulismo es videodemagogia: el

demagogo actúa sobre su audiencia al dejarse ver más que entender” (1996: 78. Cf. Ramos Jiménez, 1999: 181-185).

El experimento bolivariano adoptó la *videopolítica* desde sus orígenes a fines de los 90 hasta nuestros días. Más que ningún otro presidente latinoamericano, Chávez se ha servido de la televisión para entrar en contacto “directo” con una amplia audiencia, que se mantiene siempre a la expectativa de los anuncios del presidente. Así, las largas cadenas televisivas en horario estelar —que con frecuencia incomodan al público cautivo de las telenovelas y programas deportivos—, juegan un rol significativo a la hora de evaluar los niveles de popularidad alcanzados por el presidente carismático en los más diversos sectores sociales. En tal sentido, la presentación de imágenes que resumen una personalidad tan afable como vengadora de las frustraciones del pueblo, confirman la vocación de un presidente, más preocupado por la suerte de su pueblo que por la necesidad de informar sobre la acción del gobierno.

Asimismo, con un discurso amenazante contra el enemigo de turno: hasta hace poco tiempo, los partidos tradicionales, actualmente y a su turno, la Iglesia, los empresarios, los medios de comunicación, en fin, el neoliberalismo salvaje y el imperialismo, el presidente ha vivido una campaña electoral permanente, que no da tregua, fomentando con ello y paradójicamente la creciente apatía en los sectores de una clase media despolitizada y desmovilizada. Y es que el mensaje televisivo del líder neopopulista, en la medida en que alienta en los espectadores pasivos actitudes apolíticas, termina cediendo el espacio de la decisión a la figura de un “salvador” mediáticamente construido, transformado en el intérprete natural de las necesidades de su pueblo.

“La revolución bolivariana —observa Enrique Krauze en reciente escrito— es ante todo un fenómeno mediático posmoderno en el que un solo hombre, Hugo Chávez (el televangelista político más extraordinario que ha nacido en América Latina), *actúa* el papel de revolucionario heroico frente a una multitud de sinceros adeptos a su mensaje mesiánico” (2008: 331. La cursiva es del autor).

En el corto y mediano plazo, este juego del videopopulismo ha resultado decisivo en más de un sentido para la experiencia chavista, si no esencial, cuando se trata de poner en funcionamiento una genuina *democracia plebiscitaria* que, a la larga, se ha propuesto desplazar a la tradicional democracia representativa de los partidos. Y es que la primera se ajusta mejor a las formas de un liderazgo populista mesiánico sustentado en la popularidad del presidente personal. Como liderazgo plebiscitario, el liderazgo neopopulista corresponde en nuestros días a un liderazgo *sin partido*, lo contrario del liderazgo democrático, que será siempre un liderazgo *con partidos*.

## UN LIDERAZGO “PACÍFICAMENTE” REVOLUCIONARIO

*Más allá de su alcance social y su retórica, el régimen de Chávez se centra en Chávez. Su hechizo popular es tan aterrador como su tendencia a ver el mundo como una prolongación, agradecida o perversa, de su propia persona, es un venerador de héroes y un venerador de sí mismo.*

ENRIQUE KRAUZE, 2008

El hecho de que en el experimento bolivariano un comandante sublevado se haya plegado a las exigencias de la democracia competitiva sorprendió en un primer momento a la tradicional clase política, que no le concedía chance alguna para ganar las elecciones presidenciales y legislativas de 1998. Por consiguiente, el triunfo de Chávez en las elecciones presidenciales de diciembre, sobre las fuerzas coligadas de la nueva oposición democrática (AD, COPEI y otros partidos menores), marcó para la historia de Venezuela la entrada de una época cargada de incertidumbre.

Como nuevo partido de la oposición triunfante, el Movimiento V República (MVR) combinó una cierta carga simbólica no muy ideologizada, con evidentes formulaciones de corte corporativo, que incluían la unidad eventual entre “caudillo, ejército y pueblo”, como

la plataforma sociopolítica de aquello que comenzó a identificarse desde entonces como la “revolución bolivariana”.<sup>15</sup>

Si bien es cierto que, en sus orígenes, el discurso de Chávez integró todo un conjunto de demandas y reivindicaciones populares, estas últimas fueron configurando una suerte de “gran rechazo” del pasado democrático bipartidista, marcando las señas de identidad de un indeterminado “nuevo comienzo”, que debía dejar atrás el “antes”, rápidamente estigmatizado como la causa de una frustración social extendida, por una parte, y de una crisis económica agravada con la baja de la renta petrolera de la última etapa del gobierno de Caldera, por otra.<sup>16</sup>

En la medida en que la transformación propuesta por Chávez y el chavismo en el poder presupone en el discurso del líder una dirección carismático-plebiscitaria con alcances revolucionarios —en el sentido de conducción y control de un proceso de cambios profundos, a realizar dentro del marco de una democracia formal—, se intentó reunir o hacer coincidir en un solo movimiento a las aspiraciones de la clase política emergente con las de una amplia masa popular de excluidos. De allí la paradoja que reside en el hecho de que la *antipolítica* de tales clases debía transformarse, en el corto plazo, en la fuerza política activa, cuya función no sería otra que la de apuntalar automáticamente las ejecutorias del nuevo régimen. De este modo, la profundización del liderazgo carismático de Chávez en el terreno de una popular desafección y rechazo de la política, poco a poco fue socavando las condiciones necesarias para la

---

15 Este planteamiento proviene de un sociólogo argentino, Norberto Ceresole, desconocido en su país, con claras orientaciones autoritarias y antidemocráticas, convertido en asesor del candidato Chávez. Según Ceresole: “La orden que emite el pueblo de Venezuela el 6 de diciembre de 1998 es clara y terminante. Una persona física, y no una idea abstracta o un “partido” genérico, fue “delegada” por ese pueblo para ejercer el poder, la orden popular que definió ese poder físico y personal.” (Citado en Garrido, 2001: 8).

16 Sobre la riqueza imaginaria de un Estado arbitrario y prepotente en Venezuela, véase Coronil, 1997 y sobre los orígenes de la “revolución bolivariana”, Caballero, 2000 y Garrido, 2000.

conformación —si ése era el propósito manifiesto del presidente— del necesario *party government*, en cuanto base política para darle forma y conducir el proyecto de una “revolución pacífica” o “revolución en democracia”.<sup>17</sup>

Si partimos del hecho de que toda democracia política se funda en elecciones periódicas, la misma siempre será *pro tempore*, en el sentido de que requiere legitimarse de tiempo en tiempo. Por el contrario, la propuesta revolucionaria, como lo hemos visto más arriba, dentro del contexto del populismo carismático, resultará siempre sin período definido. Guy Hermet nos lo recuerda cuando advierte sobre el hecho de que, a diferencia de otros sistemas políticos, el populismo se define por una *temporalidad antipolítica*, que consiste en la actitud manifiesta, apoyada y sostenida en determinadas respuestas del líder, que se encarna en los problemas y aspiraciones colectivas que ninguna acción gubernamental en las democracias podría resolver sin el recurso a la demagogia. De aquí la incapacidad

---

17 La condición “revolucionaria” del régimen chavista ha sido objeto de gran interés, particularmente en los trabajos periodísticos que se han elaborado fuera de Venezuela. Así, la literatura que promueve en el exterior la figura del presidente Chávez y su movimiento, como el líder que anuncia los “nuevos tiempos” para Venezuela y América Latina, no es desdeñable. La misma incluye trabajos que van desde el elogio interesado, aquel que identifica al presidente con el legado del libertador Simón Bolívar (Véase Gott, 2000) hasta aquellos que consideran al chavismo como la fuerza de la “revolución bolivariana”, en cuanto “la cuarta vía hacia el poder” y a Chávez, como el “primer gran pensador revolucionario que ha producido la Patria Grande desde los años sesenta” (Dieterich, 2001: 74). A lo que habría que agregar las elucubraciones de Ignacio Ramonet (director de *Le Monde Diplomatique*), para quien, el comandante Chávez debe considerarse como el “apóstol de la antimundialización”, “*soutenu par les forces de gauche et par les deshérités*” (Ramonet, 1999). Después de advertir el hecho de que: “Los distintos pronunciamientos de Chávez en materia económica y social no deslumbran por su precisión ni claridad”, el ex canciller mexicano Jorge Castañeda admite que, en nuestros países latinoamericanos, “se requiere de poderes ejecutivos fuertes y democráticos, pero, a diferencia del pasado, no autoritarios, que rindan cuentas, no se perpetúen en la silla presidencial y se vean obligados a confirmar y consolidar consensos en apoyo a sus propuestas y a aceptar sus derrotas cuando las sufran”. Algo un tanto lejano de la experiencia de Chávez en el poder (Castañeda, 1999).

real para todo gobierno populista, de ajustar su agenda a los procedimientos, deliberaciones y a la confrontación de intereses que la vida democrática conlleva. Este no es el caso de la revolución, para la que no existen límites en el tiempo, confirmando así la inviabilidad funcional de un “populismo revolucionario” dentro del marco de una práctica democrática.

Ahora bien, la presencia de una voluntad “revolucionaria” explicaría en buena parte la insistencia con la que Chávez recuerda a los venezolanos su intención de mantenerse en el poder al menos unos veinte años.<sup>18</sup> En tal sentido y en la medida en que la “revolución bolivariana” se propuso la implantación de las bases de un nuevo sistema político, la acción gubernamental se identificó como parte de la “fuerza revolucionaria”, orientada hacia una “gran transformación” de la estructura social y política, proceso que exigía desde el comienzo la creación de instituciones políticas alternativas, a fin de desplazar al entramado institucional del Estado democrático precedente.

Ahora bien, si el objetivo de Chávez y del chavismo en el poder no era otro que el de adelantar en la realización de una genuina revolución democrática, la desviación voluntarista, personalizada en el presidente plebiscitario, se constituyó a la larga en un obstáculo de peso para la participación ampliada de los ciudadanos que la misma presupone.

Asimismo, una tal “revolución” no podía ser armada o violenta y si bien el tono agresivo y antidemocrático del discurso del presidente y sus seguidores traducían el autoritarismo fundamental del equipo dirigente de las fuerzas del chavismo, el mismo venía

---

18 “No tengo problema en reconocerlo –declara Chávez, luego de su primera derrota electoral– Se requiere tiempo para culminar la primera etapa (de la revolución) y evitar el retorno. No quiero dejar la obra a medias. ¿Cuántos años? No sé. Eso lo dirán los hechos. Cuanta fortaleza y liderazgo que unifique se necesite, y para que no se desboquen las pasiones. Debo estar más allá de 2012, para terminar. 7 años más; 2020, a lo mejor. 2021, una ñapita, o 2027 si estoy vivo. La evolución del proceso lo dirá. Yo requiero más tiempo en la presidencia. Apenas estamos comenzando” *El Nacional*, 3/09/2007.

vinculado con el voluntarismo de un presidente que, como en unas cuantas experiencias latinoamericanas del populismo, pretendía gobernar sin partido alguno o por encima de los partidos. Este fenómeno, cuyos precedentes más cercanos los encontramos en los gobiernos neopopulistas de Menem y Fujimori en la década de los 90, se desplegó en la experiencia venezolana reciente en una evidente personalización de la decisión política, dejándola por largo tiempo sin contrapeso alguno.<sup>19</sup>

En la medida en que el experimento bolivariano de Chávez y del chavismo en el poder llevó al tradicional presidencialismo latinoamericano hasta sus últimas consecuencias, el líder plebiscitario del movimiento “revolucionario” logró contrarrestar, en una primera etapa, cualquier disidencia en el seno de su partido, promoviendo para ello, sea al oportunismo en el que se enquistaba un personal sumiso e incondicional que, en buen número de casos, recogió a buen número de militantes desencantados de los partidos tradicionales, o bien, a una clase política emergente, sumisa y sin autonomía, como lo reveló a las claras la docilidad del bloque parlamentario chavista, mayoritario en la Asamblea Nacional de la primera etapa –antes del referendo revocatorio de agosto de 2004– y monocolor en su segunda etapa, a partir de las elecciones parlamentarias de diciembre de 2005.

---

19 Desde los días de la Constituyente, era manifiesto el corte personalista de la nueva política. En su día, los venezolanos observaron, por ejemplo, la imposición presidencial de una nueva denominación para el país. Así, la “República Bolivariana”, que poseía reminiscencias del primer movimiento subversivo fundado por Chávez (el MBR-200) y que había encontrado una extendida resistencia en la opinión pública, pasó sin mayores reparos en el seno de la Constituyente. Las “señas de identidad” chavista en el texto de la Constitución van, desde la eliminación de la palabra *partido*, hasta la intención de conformar cinco nuevos poderes, incluido el así llamado “poder moral”, extraído de la doctrina del Libertador. Hasta hoy en día, los venezolanos de todas las tendencias políticas no han logrado aún identificar ese poder dentro de la nueva división de poderes propuesto en la nueva constitución (Cf. Petzold, 2001: 50-66). Y, si bien es cierto que el “ideario” de Chávez se aparta un tanto de sus ejecutorias como presidente o jefe de un movimiento revolucionario, el texto constitucional va más allá de la ideología política del presidente y su movimiento (Véase Blanco Muñoz, 1998; Vivas, 1999 y Petkoff, 2000).

Asimismo, la imposición de la voluntad presidencial por encima de su partido venía también vinculada con el aislamiento del presidente, hecho que provocó unas cuantas incoherencias gubernamentales en la concepción y ejercicio de la política pública. En tal sentido, la improvisación del equipo gubernamental –que incluye unos cuantos colaboradores *free lance*, reclutados principalmente entre los nostálgicos de la izquierda de los años 60– debilitó en una primera época las pretensiones revolucionarias del nuevo régimen. Y la excesiva concentración de poderes en el ejecutivo también derivó en una fácil ecuación política, en la que el presidente hizo coincidir la *legitimidad* del régimen con la *popularidad* del presidente, como lo hemos observado más arriba.

Así, una vez desmantelada la oposición, el proceso de la decisión política –que contó desde el primer año de gobierno (1999) con una nueva Constitución– se fue concentrando en la persona del presidente. Si a ello agregamos una alta discrecionalidad presidencial en el manejo de la política pública, alimentando un evidente arbitrario presidencial en la interpretación de la norma constitucional, la tendencia hacia una concentración de los poderes sin mayores reparos de una muy disminuida oposición, resultó inevitable cuando se procedió a la instauración de la nueva institucionalidad del liderazgo plebiscitario.<sup>20</sup>

Si en los días previos al referendo revocatorio de 2004 la baja de la popularidad del presidente era un hecho innegable, la nueva institucionalidad “revolucionaria” –que comenzó apoderándose de posiciones claves para el funcionamiento democrático (desde el Tribunal Supremo de Justicia hasta el Consejo Nacional Electoral, pasando por la politización de los altos mandos de la Fuerza Armada)– no le aseguró, en el corto y mediano plazo, el logro de un nivel

---

20 Para agosto de 2004, la lista de emigrantes de las filas del chavismo ya era un tanto larga y la misma se extendía desde los compañeros de armas y cómplices de las intentonas golpistas del 92, hasta los flamantes recién llegados al chavismo, quienes en un primer momento intentaron darle una faz democrática y antipopulista al nuevo régimen.



aceptable de consolidación de su proyecto político. Y los apoyos espontáneos de los sectores más pobres de la población resultaron largamente insuficientes para adelantar políticas de innovación institucional como las propuestas en el “proyecto” de cambio original.<sup>21</sup>

A partir del referendo de agosto 2004, el discurso de un Chávez carismático y movilizador ya no alcanzaba los mismos resultados cuando, su insistencia en condenar los “40 años de democracia corrupta” —como en los primeros días de gobierno—, no ofrecía una alternativa política viable a los sectores sociales que estaban ganados para una política de cambios profundos. Y es en este terreno donde la oposición reapareció disputándole al presidente el apoyo popular mayoritario. Porque, si bien es cierto que el espacio de la comunicación chavista, ampliamente dominado por un discurso e imagen redencionistas del líder carismático, se vio significativamente reducido para la época, debido en parte a la creciente influencia de los medios en la discusión de los asuntos públicos, no lo es menos el hecho de que la figura presidencial resultó fortalecida luego, con el desmantelamiento efectivo de las fuerzas organizadas de la oposición después del paro petrolero de fines de 2002.<sup>22</sup>

---

21 A la lista de “promesas incumplidas” del gobierno chavista debe agregarse la impunidad de la que gozan los corruptos del viejo y del nuevo régimen. La crisis económica que, en una primera etapa, se reveló principalmente en el crecimiento del desempleo y la baja del nivel de vida, afectó a las clases medias, que por lo mismo se fueron pasando a las filas de la oposición social y política. Este movimiento de las clases medias urbanas se revelaría crucial en la experiencia de Rafael Correa en Ecuador en los años recientes. Un manejo inexperto de la economía —los ingresos por la renta petrolera fueron mucho más altos que en el pasado reciente— provocó la creciente pauperización de la clase media urbana y el desarrollo de una economía informal sin precedentes. A lo que vendría a agregarse en los meses recientes la adopción de una política de ajuste neoliberal que echó por tierra y definitivamente la promesa populista de los tres primeros años de gobierno.

22 Si en un primer momento, la política-espectáculo había favorecido a Chávez, la misma se revirtió en buena parte con el manifiesto incumplimiento de sus principales promesas originales. Los medios de comunicación, que habían contribuido en el declive profundo de la vieja clase política, no lograron compartir la dirección de la política con el liderazgo carismático de Chávez. De aquí la tensión permanente entre el discurso presidencial, agresivo y descalificador, y una

Desde esta perspectiva, la propuesta y defensa de la “revolución pacífica” resultó a la larga insostenible para sus principales protagonistas. Y la ausencia de un “partido revolucionario”, que apuntalara la política gubernamental, dejó la legitimidad del nuevo régimen fuertemente atada a la popularidad del presidente, desembocando en la indefinición del proyecto para una tal revolución.<sup>23</sup> Y si nos detenemos a observar la tradición democrática de la fuerza armada, no quedó espacio para adelantar en una eventual revolución sociopolítica, que se proponga como objetivo específico la imposición de hegemonías autoritarias, claramente identificables en el texto constitucional.

## LA LEGITIMIDAD DEL LIDERAZGO PLEBISCITARIO

La cuestión de la legitimidad del nuevo régimen no ha sido una cuestión secundaria si admitimos el hecho de que el nuevo gobierno de Chávez trató de adelantar en un conjunto de acciones orientado hacia la realización de una “revolución”, dentro de los marcos de la democracia formal. Porque, si bien es cierto, como lo observara Juan Linz, que “la legitimidad de un régimen democrático se apoya en la creencia en el derecho de los que han llegado legalmente a la autoridad para dar cierto tipo de órdenes, esperar obediencia y hacerlas cumplir, si es necesario utilizando la fuerza”, entonces no queda espacio para la imposición de una “legitimidad revolucionaria”, que pretenda asegurar la viabilidad de una democracia genuina y efectiva (Linz, 1987: 38-39). En efecto, toda democracia legítima requiere siempre “la obediencia a las reglas de juego tanto por

---

extendida opinión pública cada vez más adversa. Véase Carlos Blanco, 2001; Luis Gómez y Nelly Arenas, 2001.

- 23 Si admitimos el hecho de que la legitimidad revolucionaria debe siempre alimentar la creencia en la capacidad de un gobierno que interviene y trabaja en el sentido de contribuir al bienestar común e individual, la decepción del electorado chavista fue desarrollándose en forma precipitada en los años que precedieron al referendo de 2002, cuando las expectativas entraron en una situación de frustración colectiva. Véase Luis E. Lander y Margarita López Maya, 2000.

parte de la mayoría de los ciudadanos que han votado como por parte de los que detentan la autoridad, así como la confianza de los ciudadanos en la responsabilidad del gobierno”. Por consiguiente, el respeto de la Constitución y las leyes no se limita a una toma del poder legal, sino que debe extenderse hasta la legalidad de los actos del gobierno tanto como de los gobernados (*Ibidem*, 39).

Ahora bien, si admitimos el hecho de que el derrocamiento de la democracia, como sistema político prevaleciente, siempre comienza por el desconocimiento e inobservancia de las leyes (ilegalidad), las prácticas del liderazgo popular carismático en nuestros países encontró casi siempre grandes dificultades para ajustarse a las reglas de la democracia política, terminando por imponer una suerte de *legitimación de la ilegalidad*, como lo veremos más abajo.

Por otra parte, la naturaleza antidemocrática del populismo y neopopulismo también se revela en la resistencia del líder carismático hacia todo aquello que le impida desarrollar su proyecto personal. Y es que el caudillo populista será siempre irresponsable, sea ante sus seguidores incondicionales, o bien ante sus opositores. En otras palabras, los representantes elegidos, que por lo mismo están obligados a actuar en el mejor interés de los representados, y los profesionales de la política que intervienen a través de las estructuras partidarias, pocas veces aceptan la responsabilidad de sus actos ante los electores.<sup>24</sup>

Si bien es cierto que en el texto de la Constitución de 1999 encontramos todo un conjunto de disposiciones de corte garantista sobre el ejercicio del poder democrático —por esencia, poder com-

---

24 En los estudios políticos recientes sobre América Latina, se ha ido imponiendo la noción, plena de sugerencias, de *accountability*, asumiendo la necesidad de viabilizar una necesaria *rendición de cuentas*, como la base de la responsabilidad política de los gobiernos y gobernantes democráticos (Cf. P. Schmitter y T. L. Karl, 1996: 37-49; B. Manin, A. Przeworski y S. C. Stokes, 1999: 1-26). Esta idea está presente en unos cuantos trabajos más recientes sobre los problemas de la democratización latinoamericana (Véase K. Mettenheim y J. Malloy, 1998; F. Hagopian, 1998; J. Peeler 1998. Entre los autores latinoamericanos, M. A. Garretón, 2000; J. Nun, 2000 y M. Novaro, 2000).

partido— la dificultad del personal político chavista para ajustar la acción a las mismas se tradujo pronto en una *no vigencia* de la nueva constitución, desembocando en una situación, así llamada, de transición hacia un nuevo régimen, reafirmando con ello el arbitrario presidencial, manifiesto, tanto en su elevada discrecionalidad en la administración de los recursos como en la tolerancia de la corrupción de algunos de sus colaboradores.

Se ha afirmado con insistencia el hecho de que la heterogeneidad y debilidad de la oposición en el nuevo parlamento —elegido en la relegitimación de poderes del 2000—, estuvo en el origen de la instauración de una nueva hegemonía de corte plebiscitario, fuertemente asentada en la persona del presidente.<sup>25</sup> En tal sentido, la composición de un parlamento, con autonomía reducida y una mayoría dependiente de la autoridad presidencial, está en el origen de la crucial designación de los titulares de los órganos de control y de justicia, que sería determinante en la desigual relación de fuerzas

---

25 Entre noviembre 1998 y octubre de 2000 se realizaron un total de siete elecciones: Congreso Nacional, gobernaciones y asambleas legislativas (noviembre 1998); elecciones presidenciales (diciembre 1998); referéndum consultivo para convocar la Asamblea Constituyente (abril 1999); elección de los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente (julio 1999); referéndum aprobatorio de la Constitución (diciembre 1999); relegitimación de presidente, miembros de la Asamblea nacional y gobernadores (julio 2000) y relegitimación de las autoridades locales (octubre 2000). La intervención personal directa del presidente en este largo proceso electoral dio a todas las elecciones características plebiscitarias, en las que entraba en juego, en primer lugar, la legitimidad del presidente y sólo en un segundo lugar la del nuevo régimen. La automatización del proceso y unos cuantos resultados incoherentes dieron base para que se hable desde el principio de la presencia de manipulaciones abusivas del ejecutivo y de la posibilidad de un fraude a gran escala. Aunque, la oposición, sumamente dividida, se mantuvo siempre muy distante de aportar la prueba del mismo. De ello resultaría una autoridad presidencial fortalecida, que contaba además con una mayoría holgada en la Asamblea Nacional y, al parecer, sin adversarios a la vista. Y la acción gubernamental, fuertemente plebiscitaria, anunciaba desde comienzos de 2001 la concentración del poder en la persona del presidente, provocando así la conformación de los primeros movimientos de desestabilización del gobierno.

del gobierno y oposición en el despliegue del proyecto de Chávez y del chavismo en el poder.<sup>26</sup>

Asimismo, la centralización de la estructura gubernamental, que obedeció desde el comienzo a la creciente personalización del poder político, volvió imposible la implementación de una necesaria *accountability* en los años siguientes. Porque una tal concentración del poder en los tres primeros años de gobierno chavista reveló a todas luces la imposibilidad real de pedir cuentas a los responsables políticos, minando de este modo la confianza en una autoridad presidencial comprometida con una política de “cambios profundos” y, por consiguiente, terminó afectando la fuente primaria (democrática) de la legitimidad del nuevo régimen.

En la medida en que las reglas mínimas de una democracia representativa se fueron dejando de lado, a fin de hacer más efectivo el liderazgo plebiscitario del presidente, el “simulacro” parlamentario acabó significativamente con su capacidad de evaluación y control de los poderes públicos. Ya, para comienzos del cuarto año de gobierno (2002), la creciente incorporación de militares en altos cargos del gobierno, sustituyendo a los civiles, reveló a las claras la neta vocación militarista de un poder político autoproclamado revolucionario, lo que paradójicamente coincidió con la caída de la popularidad presidencial en el año que precedió al referendo revocatorio presidencial. En circunstancias tales que la erosión del partido de gobierno y de sus aliados del Polo Patriótico, reveló por primera vez la presencia de un evidente agrietamiento de la base política del régimen chavista.<sup>27</sup>

---

26 La designación de fiscal, contralor, defensor del pueblo, magistrados del Tribunal Supremo de Justicia y del Consejo Nacional Electoral que, de acuerdo con las disposiciones constitucionales, correspondía a la Asamblea Nacional, habrían correspondido en “última instancia” al propio presidente que, para el momento, controlaba las  $\frac{3}{4}$  partes de la Asamblea. De aquí que se haya afirmado el hecho de que se trataba de una elección “a dedo”. Lo que quedó corroborado con la designación de personas afectas al régimen, en cuyas manos, las decisiones cruciales se inclinaron a favorecer la voluntad presidencial.

27 Ello explica en parte la cotidianidad de la denuncia de la ineptitud del presidente

Y es que, enfrentada a obreros y patronos, la “revolución bolivariana” fue perdiendo, para esa época, apoyos considerables, tanto de sus aliados de la víspera (en el seno del MVR) como los de una desmovilizada clase media, que se sentía amenazada por la creciente conflictividad —proveniente de la acción violenta de sectores populares y marginales identificados con la causa presidencial—, aunque las causas que promovieron el desarrollo de un clima extendido de tensión social, radicaron netamente en los esfuerzos denodados de un poder político empeñado en la recuperación de una popularidad presidencial disminuida.<sup>28</sup>

---

y la corrupción de unos cuantos de sus colaboradores del alto gobierno. La omnipresencia de esa denuncia en los medios de comunicación, convirtió a estos últimos en actores calificados de la oposición política. Los mismos medios, que habían promovido la “solución Chávez” en la campaña electoral de 1998 y durante el primer año del nuevo gobierno, pasaron así a convertirse en los portadores naturales del desencanto de una mayoría social que pugnaba entonces por devenir oposición política. Y es que los medios, principalmente la televisión privada, habían sustituido a los partidos en la articulación y canalización del desencanto creciente de la población. De aquí la campaña permanente del gobierno contra los medios, expreso en el discurso presidencial de los meses posteriores a la relegitimación de poderes de 2000. El aislamiento del presidente, que prefería presentarse como el jefe de una revolución en marcha, quedó confirmado con el paro general del 10 de diciembre 2001 y la marcha general de la oposición del 23 de enero 2002. Aislamiento que venía anunciado en el esfuerzo gubernamental, tan continuado como frustrado, por hacerse con el control de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV). Con la elección del nuevo equipo dirigente de la Central sindical la “revolución pacífica” se quedó definitivamente sin clase obrera.

28 El intento presidencial, a todas luces desesperado, por comprometer a la fuerza armada en el desarrollo del “proceso revolucionario” coincide con la proposición de un conjunto de leyes (49), que si bien poseía alto contenido popular, a más de inconstitucional resultaba inviable en la nueva relación de fuerzas. Y es que el texto constitucional no parecía ajustarse a la práctica presidencial de gobernar por decreto. En otras palabras, la misma institucionalidad revolucionaria, prevista e impuesta en la Constitución bolivariana, estaba reñida con la tentación plebiscitaria adelantada por el gobierno de Chávez.

## ¿HACIA UNA DEMOCRACIA PLEBISCITARIA?

La tesis presidencial que sostenía la necesidad de sustituir la democracia representativa por una “democracia participativa y protagónica”, incluida en el texto de la Constitución de 1999, se apoyó desde el principio en la intención oficial por desarrollar una política de cambios, orientada hacia la superación de la estructura democrático-partidista precedente. Y, si bien es cierto que la política del “gran rechazo” había proporcionado al nuevo régimen una plataforma electoral exitosa en sus tres primeros años en el poder, la misma se reveló a la larga en fuente de contradicciones e incoherencias de la acción gubernamental que, como hemos visto más arriba, se presentó decididamente centralizadora del poder político y excluyente de un sector social mayoritario —clase media urbana—, que comenzó por volcarse hacia soluciones políticas, fuertemente orientadas hacia posiciones radicales que desembocaron en el golpe de abril de 2002.

La lógica del liderazgo plebiscitario entró desde entonces en conflicto con la lógica de una democratización efectiva del Estado y la sociedad, particularmente cuando el nuevo régimen comenzó por desentenderse de las promesas electorales que lo habían impulsado hacia el poder. Así, la lucha contra la corrupción no pasó de ser una propuesta electoral vacía de contenido.<sup>29</sup> Y, la lucha contra la elevación del costo de vida no contó con un equipo gubernamental competente, encontrando por ello grandes obstáculos, particularmente en la política económica recesiva, reduciendo la posibilidad de creación de nuevos empleos, incrementando con ello la lista de expectativas frustradas. Sólo en una segunda etapa —a partir de 2006—, la bonanza petrolera fortaleció un tanto las expectativas populares, al tiempo que la “revolución” se fue afirmando como una nueva hegemonía.

En la medida en que el liderazgo plebiscitario fue creciendo estrechamente vinculado con las ejecutorias y capacidad articuladora

---

<sup>29</sup> Ello puede corroborarse por el hecho de que en los tres primeros años de gobierno, los venezolanos no vieron un solo “corrupto” preso, de la vieja o nueva república. Y ello a pesar de la permanente denuncia expuesta en los medios del gobierno y de la oposición.

del presidente personal, el mismo comenzó a vivir bajo la amenaza de venirse abajo en contextos altamente inestables de estructuración democrática. Porque si bien es cierto que en una primera etapa, Chávez contó con el apoyo de un partido dócil y relativamente disciplinado, que se había anotado unos cuantos éxitos electorales sucesivos en el espacio de dos años, en poco tiempo el mismo revelaría sus limitaciones inevitables. Y es que estas últimas venían ligadas a la heterogénea composición interna del partido, variopinta y desideologizada, que comenzó a revelarse insuperable en el tiempo, por una parte, y a la presión social democratizadora, que exigía mayores espacios para la participación política, por otra. En este sentido, la estructuración temprana del partido de gobierno u oficial estuvo más cerca del modelo de “partido de cuadros” que del “partido de masas”, según la conocida clasificación de Maurice Duverger.

Dentro de esta perspectiva, el voluntarismo plebiscitario, exitoso en una primera etapa –los dos primeros años del gobierno de Chávez– se reveló insuficiente en el tercer año (2001) de la experiencia chavista, cuando se fue gestando el retorno de los partidos de la oposición a los primeros planos de la vida política. Y es que el carácter excluyente de la propuesta “revolucionaria” le impidió en todo momento ajustar la acción y decisión políticas a las reglas democráticas, expresadas en la nueva constitución. De este modo, la buscada participación ampliada de los ciudadanos resultó escamoteada por la presión presidencial encaminada hacia la imposición de un proyecto hegemónico de cambios, anunciado en las plataformas político-electorales de la época, a nivel nacional y local. Y, si bien es cierto que el apoyo popular a esa política de cambios se extendió más allá del monopolio de la oferta innovadora, conseguido por Chávez y el chavismo en su primera etapa, el mismo presentaba unas cuantas debilidades para mantenerse como alternativa política viable frente a la experiencia bipartidista de los cuarenta años precedentes.<sup>30</sup>

---

30 La propuesta de una “democracia participativa y protagónica”, que debía reemplazar a la “democracia representativa”, presentada por Chávez en las cumbres iberoamericanas, no alcanzó nunca la relevancia necesaria para imponerse en las



Asimismo, la personalización de la decisión política, que contaba con un piso coherente en el texto constitucional, comenzó a hacerse insostenible en la segunda parte de 2001, cuando la dinámica democrática exigió cambios decisivos en las relaciones de fuerzas, imponiéndose, por lo mismo, una apertura de la fuerza hegemónica hacia el debate público de las decisiones portadoras de significado. En tal sentido, la movilización desideologizada, que se impuso en una primera etapa sobre la plataforma electoral —que para la ocasión se presentaba como “el proceso”—, condujo a sus principales protagonistas a la utilización de un discurso anclado sobre la idea abstracta de *revolución* y, por consiguiente, en la exclusión de todos aquellos que, era evidente, estaban lejos de identificarse con la misma.<sup>31</sup>

Debe anotarse por tanto el hecho de que las incoherencias, producto de la improvisación si no de la falta de preparación de la clase política emergente, pasaron a constituirse en fuente permanente de inestabilidad e incertidumbre en un ambiente político lleno de turbulencias. En circunstancias tales que, de tiempo en tiempo, el recurso al arbitrario presidencial agitó las aguas de la controversia, llevándolas hacia terrenos que nada tenían que ver con el esfuerzo de construcción de la prometida nueva “democracia participativa y protagónica”. Así, poco a poco se fue configurando el escenario que, según algunos —los dirigentes de los partidos de la oposición— comenzó a identificarse, sea como el de un eventual *poschavismo*, o bien, como el de un “chavismo sin Chávez”.

---

agendas gubernamentales de la región. Un tal fracaso internacional no contribuyó en modo alguno a la corrección de la encendida retórica presidencial, con fuertes acentos autoritarios, despojada así de todo contenido democrático. Hoy en día, no debe extrañar el hecho de que se encuentren coincidencias entre la propuesta de Chávez con la que había expuesto Alberto Fujimori, luego de su cuestionada reelección de 1995.

31 Ni el presidente y, menos aún, sus más cercanos colaboradores del equipo gubernamental, tuvieron una idea clara para reafirmar una definición aceptable del “proyecto revolucionario” propuesto. Unos cuantos, tal vez los más adelantados, hablaban de “Tercera vía” y, los más, prefirieron asumir el texto de la nueva constitución, en tanto “Constitución Bolivariana”, como el proyecto explícito de “la revolución”, reservando siempre para el presidente Chávez la “debida” interpretación.

Ahora bien, la política de la transición en la “Venezuela de Chávez”, no se limitó a la experiencia plebiscitaria de Chávez y del chavismo en el poder, sino que comenzó a extenderse hacia las principales alternativas que, en los primeros meses de 2002, anunciaron, por un lado, la presencia de peligrosas desviaciones autoritarias del gobierno y, por otro, la recomposición del espacio, tan fragmentado como heterogéneo, de la oposición.

En cierto sentido, se podría afirmar el hecho de que se asistía entonces al anuncio del “retorno de los partidos”, rápidamente “enterrados” en el imaginario de las fuerzas del chavismo en el poder en los años precedentes. Ello dejaba también replanteada la presencia de unas relaciones tormentosas entre los epígonos de la democracia bipartidista, con sus vicios y virtudes, y una suerte de neopopulismo, inclinado este último hacia soluciones plebiscitarias, demasiado provisionales y efímeras como para establecer los fundamentos de un nuevo régimen.

La fuerza seductora del chavismo en el poder, que había conseguido por cierto tiempo el monopolio de la decisión en una coyuntura política tan dramática como incierta, no representó en modo alguno, en la etapa posterior al paro petrolero de fines de 2002, una oferta prometedora y creíble hacia un electorado tan escéptico como despolitizado, independientemente del esfuerzo personal del presidente, decididamente orientado hacia el control y conservación de los reductos del poder conseguidos, acosado por una creciente oposición política y social. Y, a pesar de la insistencia con la que los titulares del poder reclamaron para sí el control del espacio y tiempo de la “nueva democracia”, la misma pasó a formar parte de aquella lista de desengaños y promesas incumplidas de la democracia, descritas por Norberto Bobbio en su conocido texto.<sup>32</sup>

---

32 De acuerdo con Norberto Bobbio, esa lista venía inscrita dentro de la contradicción entre “los ideales y la cruda realidad” de las democracias occidentales. *Cf.* Bobbio, 1986: 16-31. Una crítica a la tesis de Bobbio, en Danilo Zolo, 1994: 78-90.

Sólo en el contexto de esta situación de aislamiento y de disfuncionamiento institucional debe entenderse el esfuerzo chavista consagrado al relanzamiento del Movimiento Bolivariano Revolucionario-200 y de un autodenominado “Comando Político de la Revolución”, como los dos principales intentos de radicalización de la línea política gubernamental, destinada a hacer frente, tanto a la innegable disidencia interna (MVR), como a la creciente y optimista oposición democrática de los años que precedieron al referendo revocatorio de agosto de 2004.<sup>33</sup>

Como hemos visto más arriba, la pérdida de la amplia mayoría chavista en el parlamento redujo las posibilidades de control de la decisión política desde el ejecutivo, limitando con ello la iniciativa presidencial en la política pública. Si en los primeros años de la experiencia chavista, la función del MVR, como partido del gobierno, lucía un tanto disminuida, la reducción en número del equipo gubernamental comprometido con el llamado revolucionario —exclusión de los dirigentes moderados— dejó a la cúpula radical, leal al líder plebiscitario, compartiendo las posiciones de dirección y control político, con unos cuantos cuadros militares. La “soledad” del régimen chavista fue para entonces tanto más grave cuanto que una política de alianzas con sectores moderados de la oposición —acto de gobierno normal en los regímenes democráticos latinoamericanos— quedó pronto descartada por un liderazgo plebiscitario sobredimensionado, identificado desde sus orígenes con el “proceso” de “ruptura con el pasado”.

Asimismo, la búsqueda de una base obrera consistente para el “gobierno revolucionario”, emprendida afanosamente a partir de

---

33 El recurso a la movilización de pequeños grupos de choque, sin otro objetivo que el de asegurar el “control de la calle”, terminó desacreditando al gobierno, trasladando su cuestionamiento interno hacia instancias internacionales, como la OEA y la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Las ruidosas manifestaciones televisadas de tales grupos armados frente a los locales de los medios de comunicación, considerados adversos al gobierno, proporcionaron una base firme a quienes comenzaron por advertir la presencia de las primeras desviaciones fascistoïdes en el seno del chavismo en el poder.

las primeras elecciones de la CTV (diciembre de 2001) y conducida torpemente por la cúpula chavista, desembocó en una derrota política cargada de significado para el “nuevo régimen”. Y es que el sectarismo y la intolerancia del chavismo en el poder hacia quienes debían considerarse los aliados naturales del “proceso”, estuvo en el origen de unas cuantas escisiones significativas en el seno del movimiento y, lo que resultó más dramático, terminó cerrando definitivamente las vías normales para una eventual negociación con buena parte de las fuerzas de la oposición.

Ahora bien, la emergencia de una suerte de “democracia sin el pueblo”, que ha caracterizado a unas cuantas experiencias políticas de corte tecnocrático en nuestros países, también resultó identificable en la experiencia chavista, cuando la nueva clase política fue perdiendo la conexión estratégica con los diversos sectores sociales —clase media y clase obrera, principalmente— que le habían sido fieles hasta no hacía mucho tiempo. No se produjo, por consiguiente, en esos primeros años, la pretendida sustitución de elites. Se trató, más bien, de una continuidad política con nuevos actores. Y, en la medida en que Chávez y el chavismo se venían proclamando portadores del “gran rechazo” del pasado, la persistencia de este último en el presente terminó por deslegitimar el liderazgo y autoridad del presidente plebiscitario. Y ello a punto tal que el principio democrático, fundador del “antiguo régimen” en Venezuela, continuó cumpliendo la misma función en el “nuevo régimen” del chavismo en el poder, quedando abandonados en el camino unos cuantos objetivos y propósitos movilizadores, fundadores de una más abstracta que real “revolución bolivariana”.

En suma, la experiencia plebiscitaria de Chávez en el poder no constituyó otra cosa que el ensayo fallido por introducir cambios significativos en las formas tradicionales de hacer política. De aquí que debe considerarse esta experiencia que, arrancando en 1998, se extiende a los tres primeros años del experimento bolivariano, como una segunda etapa de la transición pospartidocrática que, iniciándose en el año el 93 —segunda presidencia de Rafael Caldera—, ha representado la etapa de fortalecimiento de una sociedad civil

en ciernes, por una parte, y de replanteamiento del modelo de democracia de partidos —en la práctica, duopolio partidista—, vigente desde el derrocamiento de la última dictadura militar en 1958, por otra. Y es que el liderazgo plebiscitario, dentro del contexto de una democracia política, encontró sus propios límites en el mismo terreno en el que pretendió establecer su estructura fundamental.



4 •

---

SOBREVIVIR  
SIN GOBERNAR  
O COMO GOBERNAR  
SIN CONSENSO





*La respuesta de la sociedad a la política de sus gobernantes no es obviamente la misma que la de un observador experto objetivo, y el éxito de un gobernante puede basarse más en convencer a la sociedad de que los objetivos perseguidos son en el interés de la misma que el hecho mismo de que lo sean.*

JUAN J. LINZ, 1979



Si en los primeros años del “experimento bolivariano” del chavismo en el poder el mismo era observado con gran interés por la clase política en el resto de países latinoamericanos, sus desarrollos en los dos años que precedieron al referendo revocatorio de Agosto de 2004 alimentaron no sólo el escepticismo sino la perplejidad entre no pocos observadores del fenómeno. En este apartado me propongo someter tal experimento, autoproclamado revolucionario por sus principales actores, a un análisis fundado en aquellos datos de la realidad que, según la conocida tesis de Juan J. Linz, configuran una situación de “quiebra de la democracia”.<sup>1</sup>

La cuestión resulta significativa para quienes, desde diversas perspectivas, se han detenido hasta aquí en la teorización sobre las posibilidades y viabilidad de la democratización en el conjunto de

---

1 En su libro clásico, Juan J. Linz, se propuso realizar un estudio comparativo y sistemático, con el objetivo específico de “construir un modelo descriptivo de los *procesos operativos* en un cambio de régimen y quizá, en última instancia, un modelo que pudiera explicarlos”, a fin de determinar “hasta qué punto los distintos participantes, especialmente los líderes democráticos, tenían o no conciencia del peligro en que se encontraba el sistema en momentos críticos antes del derrumbamiento final.” (1987: 13. El subrayado es mío). Desde su publicación original en 1978, este texto ha tenido para los políticos e investigadores un valor predictivo excepcional. (Véase Mainwaring y Valenzuela, 1998: 1-26).

países latinoamericanos.<sup>2</sup> En tal sentido, no deja de ser paradójico el hecho de que las dos experiencias latinoamericanas, que en el *fin-de-siècle* se propusieron llevar a la práctica la idea, más abstracta que real, de una “democracia participativa”, como la “fase superior” de una democracia representativa inconclusa, sean consideradas hoy en día portadoras de promesas incumplidas y desengaños manifiestos, fomentando en la población actitudes antipolíticas y antidemocráticas, proclives al autoritarismo plebiscitario. Me refiero a la década fujimorista en Perú y a lo que se ha dado en llamar la “época de Chávez” en Venezuela, entendidas como las dos experiencias que, arrancando con el empuje sostenido de grandes expectativas de cambio entre los ciudadanos, sus líderes gozaron desde el comienzo de una amplia popularidad, la suficiente para acometer en la tarea de desmantelamiento de la vieja institucionalidad en los dos países, sin que por ello se haya adelantado en reformas institucionales efectivas y duraderas, orientadas más allá de la permanencia personal de sus líderes en el gobierno.<sup>3</sup>

## UNA RUPTURA PLEBISCITARIA

Desde el fracasado golpe de Estado de abril de 2002, la experiencia de Chávez y del chavismo en el poder debe tipificarse, dentro de la conocida hipótesis de Juan Linz, como la etapa de desmantelamiento

---

2 Desde los trabajos pioneros de O'Donnell, Schmitter y Whitehead (1986), sobre las transiciones postautoritarias, el tema de la democratización latinoamericana ha sido objeto de unas cuantas observaciones y revisiones (Véase Whitehead, 2002; Garretón, 1995; Diamond y Plattner, 1996; Anderson, 1999; Ramos Jiménez, 1997 y 2008).

3 Véase Ramos Jiménez, 2002. Desde una perspectiva que asigna la prioridad a factores socioeconómicos, v. Ellner y Hellinger, 2003. Un enfoque más coyuntural, que incorpora pautas electorales: Carrasquero, Maingon y Welsh, 2001. Más orientado al estudio del impacto social de los cambios institucionales, Ramos Rollon, 2002. Y, deteniéndose en aspectos político-constitucionales del proceso chavista, Roberto Viciano Pastor y Martínez Dalmau, 2001.

institucional del viejo régimen bipartidista, dando paso a una situación caracterizada por la polarización social e inestabilidad política. En tal sentido, la ruptura plebiscitaria, que arranca en Enero 1999 con el ascenso de Chávez y su movimiento a las posiciones de poder, desplazando definitivamente al tradicional bipartidismo, estuvo siempre marcada por una evidente vocación autoritaria del líder plebiscitario que, a diferencia del caso de Fujimori, contó desde sus comienzos con suficientes medios y recursos para hacerse con la dirección y control de un genuino séquito weberiano, encargado de adelantar en la tarea de conducir la construcción de una nueva institucionalidad. Ello le habría permitido al nuevo gobierno alcanzar y asegurar una relativa estabilidad, que contrasta con la conmoción que provocó el fenómeno en las filas de la tradicional clase política venezolana, la misma que se fue constituyendo con la hegemonía bipartidista, manteniéndose en el poder por algo más de cuarenta años.<sup>4</sup>

La ruptura de Chávez y del chavismo con la tradicional democracia de partidos, comprendió, como lo hemos visto más arriba, en primer lugar, la muy extendida ilusión de un “nuevo comienzo” que, paradójicamente, identificaba tanto a los desencantados de la partidocracia como al electorado cautivo, que descubrió en el liderazgo de Chávez la encarnación de la reivindicación popular contra las elites, ilusión que se reafirmó con la redacción de la así llamada Constitución Bolivariana, aprobada vía referendo en diciembre de 1999.

---

4 En contraste con la experiencia peruana de los 90, cuando se constituyó el poder de Fujimori en un auténtico “partido militar”, el chavismo en Venezuela llegó a representar no sin grandes dificultades la alternativa “civil-militar” identificadora del nuevo régimen. De modo tal que la rápida identificación de este último con la personalidad y proyecto de su líder recoge todas las características de aquello que Max Weber definió como movimiento mesiánico y carismático, que se expresa bajo la forma de *séquito*, es decir, como conjunto de seguidores incondicionales que atribuyen a su líder bien determinadas cualidades, produciéndose siempre bajo condiciones de excepcionalidad. El dictador plebiscitario, según Max Weber, “arrastra con él a las masas, mediante la maquinaria, y considera a los parlamentarios como simples prebendados políticos añadidos a su séquito” (Cf. 2001: 48).

Ya hemos visto en otra parte hasta qué punto se podía prever entonces un desenlace cercano, lleno de contradicciones básicas y ruidosas deserciones, provocando en el chavismo de los orígenes actitudes integristas y radicales que, a partir de una ética excluyente, se presentaban como las portadoras de un “gran rechazo” del pasado. Todo ello con un marcado acento fundamentalista que, apoyándose en una pretendida superioridad moral del movimiento, entró pronto en conflicto con una cultura democrática que, identificando a amplios sectores sociales, estaba firmemente enraizada en la estructura social.

Y es que el movimiento chavista extendió su influencia más allá de la estructura burocrática del partido del gobierno (Movimiento V República, MVR) dejando siempre entrever una concepción militarista de la política que, identificando a unos cuantos recién llegados –izquierda y derecha confundidos– e integrados en el movimiento, dejó por fuera a quienes habían adherido al mismo empujados por las exigencias de un nuevo oportunismo, que encontró en la novedosa tesis “revolucionaria” la seña de identidad de una empresa común vinculada estrechamente con el tipo de liderazgo, que llevaría a la práctica la consigna de unidad eventual en el nuevo gobierno entre “caudillo, ejército y pueblo”.<sup>5</sup>

En segundo lugar, esa ruptura abarca toda una política de “superoferta”, que ciertamente ha venido provocando, en unos cuantos países latinoamericanos, una suerte de irresponsabilidad neopopu-

---

5 El sociólogo argentino Norberto Ceresole, con claras influencias del neonazismo, especializado en temas militares y geopolíticos, convertido en asesor de la primera hora chavista, aparentemente no dejó nada al margen para resumir uno de sus principales consejos al nuevo presidente. Así, deteniéndose en el triunfo electoral de Chávez y en un párrafo que no tiene desperdicio, afirmaría: “La orden que emite el pueblo de Venezuela el 6 de diciembre de 1998 es clara y terminante. Una persona física, y no una idea abstracta o un “partido” genérico, fue “delegada” por ese pueblo para ejercer el poder, la orden popular que definió ese poder físico y personal” (Citado en Garrido, 2001: 8). Según Garrido, Ceresole había asesorado antes a Velasco Alvarado en Perú y a Roberto Viola y unos cuantos altos jefes militares argentinos y brasileños.

lista, la misma que, afincándose en el alargamiento de las promesas electorales y en la demagogia presidencial de los primeros años de gobierno, se constituyó en la causa recurrente de unas cuantas crisis e inestabilidades.

Y es que una tal política hizo entrar en contradicción la extendida esperanza popular, identificada con la promesa neopopulista, con una limitada entrega del nuevo gobierno en la práctica. Así, debido a la creciente presión popular por una política de cambios profundos, que respondía en un primer momento a proyectos desmesurados e inviables del liderazgo plebiscitario, el desgaste de la popularidad gubernamental ya era evidente en los meses que precedieron al golpe de abril de 2002.<sup>6</sup> Desde entonces, las idas y venidas de un gobierno acorralado y carente de metas estuvieron en el origen, por una parte, de una indetenible polarización social, expresa en las movilizaciones de calle de una sociedad civil que iba desmarcándose de sus posiciones antipolíticas del pasado reciente, y de las tensiones institucionales resultantes de la inestabilidad política, por otra.

En fin, un pluralismo centrífugo, producto de las relaciones de fuerza que se fueron configurando a partir del ascenso de Chávez y del chavismo al poder, favoreció con el tiempo la conformación de una amplia y creciente oposición bilateral, marcando así en el nuevo régimen la principal línea de ruptura con el pasado. Todo ello dentro de un contexto de *pluripartidismo polarizado*, predominante en los años que precedieron al referendo revocatorio, que se movió en torno de dos grandes coaliciones integradoras de partidos provenientes de diversas familias políticas, superando con ella al tradicional clivaje derecha/izquierda de la democracia bipartidista.<sup>7</sup> De aquí

---

6 Sobre el “golpe de abril” se han dado diversas versiones, cada una desde las perspectivas gubernamental o de oposición. Un análisis más centrado en la excepcionalidad de la crisis lo encontramos en Rey, 2002: 9-34.

7 Me apoyo en una propuesta sistemática adelantada en mi libro *Los partidos políticos latinoamericanos. Un estudio comparativo*, 2001: 320-321. Trátase de una adaptación al contexto latinoamericano de la conocida tipología de Giovanni Sartori (1980). Sobre los partidos políticos venezolanos, véase Molina Vega y

que resulte muy difícil el tratamiento de la experiencia de la “época de Chávez”, en la medida en que la naturaleza de tales coaliciones, del gobierno y la oposición, no permite identificar indistintamente a los “grandes” y “pequeños” partidos de la vieja y nueva derecha o de la vieja y nueva izquierda.<sup>8</sup>

## ENTRE EL AUTORITARISMO Y EL DESGOBIERNO

A partir de la crisis de abril de 2002, una vacilante y ambigua acción gubernamental chavista, fuertemente orientada hacia la supervivencia política de su líder, al parecer, obedeció al hecho de que el “nuevo régimen” había perdido buena parte de la popularidad de sus orígenes.<sup>9</sup> De modo tal que la movilización de “la masa popular

---

Álvarez Díaz, 2004; Rivas Leone, 2008 y Ramos Jiménez, cap. 6, en este volumen.

- 8 Si bien es cierto que la competición partidista de los primeros años del gobierno chavista resultaba centrífuga en más de un sentido, la misma promovía las convergencias centrípetas en el seno de cada una de las dos grandes coaliciones, hecho que puede corroborarse con el estricto alineamiento de las mismas en la activación del referendo revocatorio presidencial de 2004, cuando las posiciones extremistas de lado y lado resultaron en la práctica neutralizadas por la polarización predominante en las nuevas relaciones de poder.
- 9 De acuerdo con un estudio realizado en marzo de 2003 por el Barómetro Iberoamericano de Gobernabilidad, organismo especializado en la medición del desempeño de los gobernantes y de las instituciones desde el punto de vista de la ciudadanía, la popularidad de Chávez alcanzaba un magro 25%, cuando unos pocos meses antes se ubicaba por encima del 50%. En el caso venezolano, esto no sería tan sorprendente si no fuera por el hecho de que la popularidad del presidente en su primer año de gobierno había alcanzado el 91%, hecho sin precedentes en la historia de la democracia venezolana. Con ello, Chávez compartía el nivel más bajo de apoyo popular con los presidentes Lucio Gutiérrez (25%) de Ecuador, Enrique Bolaños (22%) de Nicaragua, Mireya Moscoso (16%) de Panamá y Alejandro Toledo (6%) de Perú. Paradójicamente, aquellas instituciones que habían sido objeto de la invectiva y condena presidenciales se ubicaban entre las que mayor confianza despertaban entre los ciudadanos: la Iglesia (67%), los Medios de comunicación, incluyendo la televisión privada (57%), la empresa privada (54%), la Educación privada (53%). Por el contrario, aquellas instituciones que



que sigue a su líder”, un tanto disminuida para entonces, seguía representando la prioridad del movimiento, ubicándose muy por encima de la agenda gubernamental. Ni bueno ni malo, el régimen del chavismo se instaló desde entonces como *desgobierno*, en el sentido de que las tareas del gobierno son desplazadas y sustituidas por acciones y decisiones encaminadas a la preservación de las posiciones de poder legítimamente adquiridas, en otras palabras, el titular del gobierno y sus colaboradores dejan de gobernar a fin de mantenerse en el poder.<sup>10</sup>

Si bien es cierto que en los sistemas políticos latinoamericanos este fenómeno resulta nuevo en más de un sentido, el mismo se ha producido *mutatis mutandis* en las experiencias gubernamentales recientes en los cinco países andinos: de Alvaro Uribe en Colombia, Lucio Gutiérrez y Rafael Correa en Ecuador, Alejandro Toledo en Perú, Carlos Mesa y Evo Morales en Bolivia y, en fin, de Hugo Chávez en Venezuela. Curiosamente, en los cinco casos de la América Andina, el surgimiento de modelos de gobierno autoritario bajo condiciones de legitimación democrática, ha provocado aquello que aquí hemos denominado situación de *desgobierno*.

Refiriéndose a tales experiencias, José Sánchez-Parga ha observado: “el modelo autoritario de gobierno podría entenderse como la fase terminal de lo que hemos conceptualizado como la *desconsolidación democrática* de los años 90 y el inicio de un nuevo período de *democracias autoritarias*. Ya que si las democracias de los 90 resistieron la implementación de políticas gubernamentales tan “oligárquicas”, excluyentes y empobrecedoras, el desgaste y deslegitimación consiguientes de la institucionalidad democrática propicia las

---

gozaban del favor presidencial, se ubicaban muy por debajo: La Fuerza Armada (34%), el sistema judicial (30%) y la Asamblea Nacional (27%). Ello traducía a las claras, el creciente rechazo a la acción gubernamental. (Cf. *El Universal*, 4-7-2004: 1-12).

10 En la ciencia política de nuestros días, la tesis del *desgobierno* se inscribe dentro de una teoría de la *gobernanza* que todo régimen democrático precisa. En tal sentido, esa tesis tiende a complementar, si no a superar el ya clásico debate europeo-norteamericano sobre la gobernabilidad/ingobernabilidad de las democracias.

democracias gobernadas con autoritarismos de escalas y violencias muy variables, y hasta formas políticas muy diferentes dependiendo de las condiciones de cada país.” (2003: 18).

En efecto, la inclinación hacia formas autoritarias de nuevo tipo ha resultado determinante en la experiencia de fin de siglo en tales países, si tomamos en cuenta el hecho de que las grandes dificultades, de orden político y económico principalmente, provocaron casi en todos los casos reacciones autoritarias como la militarización de las policías y la justicia penal, medida que parecía reservada a las recurrentes dictaduras militaristas de la época precedente, y una suerte de “vaciamiento” de la representación en parlamentos subalternos y desprestigiados ante la opinión pública. En tal sentido, las diversas políticas de ajuste neoliberal y el creciente empobrecimiento de la masa de excluidos en la década de los 90 prepararon el terreno en los cinco países andinos para el ascenso al poder de líderes carismáticos y plebiscitarios, civiles o militares —no deben confundirse con los candidatos antipolíticos o extrapartido de la década precedente—, que tienden a moverse entre el autoritarismo y el desgobierno (*Cf. Ibidem: 24*).<sup>11</sup>

Si admitimos el hecho de que el comportamiento democrático de un gobierno significa sobre todo el respeto de la autoridad de la ley, la orientación autoritaria de los liderazgos plebiscitarios y carismáticos casi siempre se traduce en transgresiones continuas, conducidas abiertamente e ignorando los límites de sus funciones gubernamentales específicas. Y es que los gobiernos autocráticos casi siempre se encargan, sea de la creación de leyes inconsultas (cuentan para ello con el control del poder legislativo), o bien, de su apli-

---

11 En un texto reciente, la investigadora norteamericana Marina Ottaway se detiene en el estudio comparado de los gobiernos de Egipto, Azerbaidán, Croacia, Venezuela y Senegal, para los que utiliza la categoría de “regímenes semi-autoritarios”. La autora sostiene que tales gobiernos no constituyen democracias imperfectas ni gobiernos de transición a la democracia, sino *híbridos*, que no permiten la creación de condiciones para el funcionamiento de una genuina política democrática. Trátase de gobiernos organizados y estables que, guardando la forma democrática, ocultan su comportamiento autoritario. (*Cf. Ottaway, 2003: 3-27*).

cación, interpretación o resolución unilateral (canalizada a través de sistemas judiciales colonizados por el ejecutivo). Ello debido al hecho de que en este tipo de regímenes, los presidentes violan el principio democrático esencial de la separación constitucional de los poderes públicos, sea ignorando ciertas decisiones del Congreso o de la Corte Suprema de Justicia que no los favorecen, o bien imponiendo su autoridad en las decisiones cruciales para el funcionamiento de los sistemas políticos.<sup>12</sup>

En el caso de Venezuela, la movilización desestabilizadora de la oposición antichavista, cuyo punto culminante lo encontramos en el paro petrolero de diciembre-enero 2003, debe considerarse como la respuesta social legítima a la deriva autoritaria del desgobierno de Chávez, en momentos en que este último incorporó en su proyecto medidas y decisiones de corte arbitrario (designación incoherente de sus colaboradores, solidaridad automática con aquellos que aparecen incursos en escándalos de corrupción, abandono de la prometida descentralización administrativa), que lo fueron alejando significativamente de las posiciones de una política democrática.

En este nuevo contexto, que se extiende hasta los días de la activación del referéndum revocatorio presidencial en el 2004, caracterizado por la búsqueda de una hegemonía aparentemente perdida, la práctica oficial se canalizó en base a decisiones y acciones con el objetivo específico de mantener el *statu quo*, lo que terminó precipitando la voluntad política unificadora de una oposición dispuesta a acabar de una vez con la experiencia del chavismo en el poder. De aquí que la violencia del neautoritarismo venezolano se haya concentrado en acciones represivas puntuales no rutinarias –incluyendo la presencia de grupos privados armados con apoyo oficial–, defensivas en más de un sentido, dejando sin control a una violencia privada que, desde entonces se expresa en los altos niveles de criminalidad y delincuencia en los centros urbanos.

---

12 Cf. Scheadler, 2001: 230-231. El autor señala al presidente Hugo Chávez, conjuntamente con el paraguayo Raúl Cubas, como los dos casos latinoamericanos proclives a la transgresión autoritaria en la etapa de fin de siglo XX.

Los dos años comprendidos entre la crisis de abril de 2002 y la activación del referendo revocatorio (mayo 2004) corresponden a una etapa que en adelante debe identificarse como la situación de desgobierno que precede al primer desenlace crítico del experimento bolivariano.

Asimismo, durante esta etapa de deslegitimación democrática se fue descubriendo la naturaleza autoritaria del proyecto chavista, encarando a los diversos movimientos de protesta con el recurso de una encendida retórica presidencial que, satanizando a la oposición creciente, invocaba paradójicamente la memoria de los luchadores y caudillos rurales de la Venezuela del siglo XIX. De modo tal que las decisiones de un desgobierno en aprietos chocaron con las expectativas frustradas de ciudadanos que iban abandonando, al parecer definitivamente, las actitudes antipolíticas del pasado reciente, las mismas que alimentaron el “gran rechazo” movilizador del ascenso del chavismo al poder en 1998.

Y, la frustración de tales expectativas debe situarse en el origen de las multitudinarias manifestaciones y marchas de protesta, identificadoras de una sociedad civil que se había mantenido hasta entonces desmovilizada y al margen de la lucha política. De aquí que, en un primer análisis, cabe plantearse la hipótesis según la cual la entrada en una fase terminal de una experiencia política innovadora y cargada de promesas, ya venía anunciada en unas cuantas características definitorias de un proyecto ambiguo, que comenzaba a asumirse más allá de lo estrictamente nacional.<sup>13</sup>

---

13 La vocación internacional del proyecto chavista ha sido puesta de manifiesto tanto en la promoción continental de la “figura presidencial”, incorporada dentro de una concepción alternativa de la revolución, como en la orientación de un autoproclamado modelo democrático-participativo que convoca a la movilización de la masa de excluidos en todos los países del área. En su tiempo, una tal “revolución” fue presentada y asumida en la retórica presidencial bajo la forma de “revolución pacífica” (contra la tradicional violencia revolucionaria), “revolución bolivariana” (como la seña principal de una identidad excluyente), “revolución bonita” (contra la “fealdad” de la democracia bipartidista), en fin, “revolución humanista”, al parecer, contra el antihumanismo del “capitalismo neoliberal y

Si examinamos las características específicas que se desprenden de aquellos hechos y realidades posteriores a la crisis de abril, podríamos avanzar en la exploración de la naturaleza profunda de un proyecto que, con el tiempo habría de desembocar en una gran contradicción, entre el ideal propuesto dentro de lo que en el análisis político se asume como una “democracia mínima”, estandarizada en nuestros países, y aquello que Norberto Bobbio advirtiera como “la cruda realidad” de la política democrática en las sociedades occidentales.<sup>14</sup>

Desde esta perspectiva, que se inscribe dentro de una aproximación *sintomática* de la cuestión democrática, ciertamente no exenta de referencias normativas, es preciso detenernos en las cuatro características básicas de la política del chavismo en el poder en su primera etapa:

1. La política chavista ha sido cautiva de un *presentismo* que, a la larga, la volvió significativamente irresponsable ante el futuro. Porque, de ninguna otra forma se puede describir una acción gubernamental decididamente volcada hacia lo que, según sus promotores, la gente “debía sentir y esperar” aquí y ahora. De este modo, la defensa del orden “presente” deja sin lugar la planificación democrática del futuro —que incluye a todos los actores involucrados— y reduce la actividad gubernamental a las tareas dirigidas a la preservación de aquellas posiciones adquiridas de poder, amenazadas por una oposición considerada, por principio, oposición desleal. Esto no sería tan decisivo

---

salvaje”. De aquí que, desde hace cierto tiempo, no resulte extraño para los venezolanos el hecho de que el jefe de Estado se presente cada vez más como el jefe de una revolución que como presidente de la república.

- 14 De acuerdo con el conocido texto de Norberto Bobbio, esa contradicción resulta patente en todos aquellos proyectos políticos que, en las democracias occidentales, se han cobijado bajo la falsa promesa de “transformación de la democracia”: “Si se reuniese todo lo que se ha escrito sobre las transformaciones de la democracia —observa el profesor turinés— o sobre la democracia en transformación se podría llenar una biblioteca” (Bobbio, 1986: 86).

si no fuera por el hecho de que, como nos lo advirtiera el recientemente desaparecido Norbert Lechner, desde un punto de vista democrático resulta imperativo combatir el “presentismo” porque, “al imperio del presente contribuye el desvanecimiento del pasado (...) Y esa pérdida del pasado afecta nuestra imagen del futuro (...) Frente al “presentismo”, es hora de reivindicar el tiempo de la política: la construcción del futuro” (2003: 64).

En tal sentido, un balance detenido de las realizaciones de la política pública chavista quedaría corto ante la extendida promesa de cambios profundos, que animó la movilización del chavismo en sus orígenes y primeros desarrollos. Es en este contexto donde deben situarse las sucesivas victorias electorales del chavismo en sus tres primeros años —antes del referendo revocatorio de agosto de 2004—, las mismas que aportaron una base firme para que se advierta en la presencia avasalladora de una fuerza indetenible que, acabando con la oposición de todo tipo —partidista o independiente—, se presentó ante los ciudadanos libre de amenaza real en el corto y mediano plazo.<sup>15</sup>

2. El carácter “revolucionario” del proyecto chavista también estaba reñido con las raíces culturales de corte democrático, presentes en un electorado que, si bien es cierto vivía el desengaño de la democracia bipartidista, no estaba dispuesto a sacrificar la tradición liberal de la política democrática en nuestro país. Y en la medida en que la defensa del orden democrático debía expresarse enmarcada dentro de una legalidad, que excluye por principio la excitación de las pasiones populares y el activismo de ciudadanos desengañados, la misma se opone por principio al despliegue gubernamental de una políti-

---

15 Aunque el nivel de la abstención se mantuvo siempre muy por encima del 40%, las primeras victorias electorales del chavismo no son en modo alguno desdeñables. De aquí que los 3.4 millones de firmas presentadas por la oposición para la activación del referendo revocatorio presidencial de 2004 y el millón de reparos posteriores sirvieron a la oposición para cuestionar la proclamada y amplia popularidad del “nuevo régimen”.

ca “revolucionaria” que, impulsando la confrontación amigo/enemigo, terminó invocando toda una tradición de violencia revolucionaria, rompiendo, por consiguiente, con la relativa paz social, crucial en la estabilidad institucional de las cuatro décadas que precedieron al ascenso del chavismo al poder.

En tal sentido, la violencia verbal y a veces física, presente tanto en un discurso presidencial dirigido decididamente a la masa empobrecida y marginal, como en la airada respuesta de la oposición, no era otra cosa que la manifestación de aquello que Juan Linz definiera como consecuencia negativa de una “política de resentimiento”, impulsada desde las posiciones de poder.<sup>16</sup> Asimismo, en una sociedad donde los líderes democráticos habían perdido amplias parcelas de poder, la promesa “revolucionaria” —que afirma contar con el apoyo mayoritario de la Fuerza Armada— conservaba una amplia capacidad de chantaje para permitirle desmontar cualquier movimiento de “oposición desleal” contra el “nuevo régimen” y para presentarse ella misma como “revolución legal”, puesto que contaba para ello con una mayoría suficiente en el parlamento, que le aseguraba el control del poder formal y constitucional.

3. El antipartidismo fundamental del desgobierno, con evidentes connotaciones autocráticas, derivadas de una concepción plebiscitaria de la democracia, condujo al líder carismático hacia un callejón sin salida, puesto que el movimiento chavista, devenido “partido de gobierno” para la ocasión, reunía en su equipo dirigente unas cuantas mentalidades abiertamente antidemocráticas, que terminaron echando por tierra cualquier “veleidad” partidista o pluralista, ligeramente identificada como “contrarrevolucionaria”.

---

16 Cf. Juan J. Linz, 1979: 68 y 81. El sociólogo Lewis A. Coser —citado por Linz— advierte sobre la medida en que el *ressentiment* social: “lleva a una tendencia a degradar, a quitar importancia a valores auténticos, así como a los que los representan. En contraste con la rebelión, el *ressentiment* no lleva a la afirmación de contravalores ya que personas llenas de *ressentiment* anhelan en secreto los valores que denuncian públicamente” (*Ibid.*: 82).

Como hemos visto más arriba, la renuencia presidencial para aceptar las discrepancias y disidencias, normales en toda política de partido, y la propensión del líder plebiscitario a descalificar a toda oposición, considerada por principio como ilegítima, se cuentan entre las causas del primer descalabro del experimento bolivariano. En este sentido, las diferencias de opinión resultaron en todo momento intolerables para el jefe de gobierno y, por lo mismo, debían ser condenadas sin apelación por sus seguidores.

Y, en el caso de las actividades combativas y críticas de la oposición, en no pocos casos, fueron denunciadas en forma simplista como peligrosos actos de “traición a la patria”.<sup>17</sup> De aquí que no extrañe la incapacidad del movimiento en sus primeros años para constituirse en partido oficial y, lo que a la larga resultó determinante, su subordinación acrítica ante la autoridad presidencial.

4. La legitimación de la ilegalidad que resulta de la desaparición de la línea que separa la legalidad de la ilegalidad. Ello traduce las dificultades que encontró el desgobierno de Chávez para hacer valer su promesa electoral de erradicar la impunidad y la corrupción de la administración de los recursos públicos. Por lo general, en la práctica gubernamental una actitud complaciente con la corrupción de sus inmediatos colaboradores se fue extendiendo a todos los órganos de la política oficial. Y las recurrentes denuncias de la oposición, con frecuencia canalizadas por los medios de comunicación, fueron neutralizadas, sea por la fiscalía complaciente, entendida como complemento orgánico del “gobierno revolucionario”, o bien por la intervención del aparato de justicia bajo control del ejecutivo.

---

17 Bajo la acusación de rebelión contra la autoridad o de colaboración con el extranjero se contaban en los primeros cuatro años de gobierno 31 detenidos en espera del juicio correspondiente y 234 perseguidos políticos que incluyen militares, periodistas, alcaldes, trabajadores petroleros y dirigentes de la educación. (Cf. *El Universal*, 4-7-2004: 1-2).



Ahora bien, en la medida en que toda gobernabilidad democrática asume retos y problemas mucho más difíciles que la gobernabilidad no democrática, la política de la primera resulta más visible para los gobernados, gracias a la libertad de crítica y de información que contribuye a reducir la manipulación y la desinformación promovida por los gobiernos autoritarios, siempre propensos a la arbitrariedad de su líder. De aquí la desconfianza natural de los ciudadanos, que nace de la irresponsabilidad de quienes, habiendo sido elegidos para gobernar democráticamente, dedican la mayor parte de su tiempo —si no la mayor parte de su actividad— a la defensa de las posiciones adquiridas con los recursos obtenidos del poder.<sup>18</sup>

En conclusión de este apartado, la política del desgobierno que, como hemos visto más arriba, identifica en nuestros días a unas cuantas experiencias latinoamericanas, debe ser objeto de reflexión

---

18 Desde esta perspectiva deben entenderse tanto la alta discrecionalidad del desgobierno en el uso de los recursos públicos, como la política pública desplegada en las diversas “misiones sociales”, destinadas a la sustitución de las políticas sociales de los gobiernos bipartidistas de la década de los 90. Trátase de programas sociales de alto impacto popular, que se desenvuelven “a través de instancias de coordinación *ad-hoc* designadas por el Presidente, que permitían organizar la estructura institucional alrededor de la agenda de cada misión y asignar recursos, cuyo manejo también debía ser realizado por una vía extra-presupuestaria, con la finalidad de cumplir con los objetivos de la estrategia.” (D’Elia *et al.*, 2006: 208). Entre las principales misiones se cuentan: “Misión Robinson I y II” (alfabetización masiva y educación para todos); “Misión Ribas” (inclusión educativa); “Misión Sucre” (equidad en la educación universitaria); “Plan Barrio Adentro” (programas de salud y atención médica de los barrios marginales), “Misión Mercal” (abastecimiento y protección alimentaria), “Misión Vuelvan Caras” (capacitación laboral para combatir el desempleo y la pobreza) y “Misión Hábitat” (Acceso a tierras, reordenamiento urbano y mejoramiento de la calidad de vida de las comunidades).

Curiosamente, todos estos programas se inscribían dentro de una política asistencialista, de innegable cuño populista, que coincide con la campaña adelantada desde la presidencia para impedir o vencer en el referendo revocatorio activado para el 15 de agosto de 2004. En este contexto, resulta muy indicativo el hecho de que hasta hoy en día no se haya adoptado el muchas veces prometido y siempre aplazado Sistema de Seguridad Social, que habría favorecido a la clase trabajadora e informal y a una clase media muy venida a menos en los últimos años.

y discusión en nuestros países. Porque, si bien es cierto que los esfuerzos regionales orientados hacia la democratización han sufrido unos cuantos reveses en los primeros años del nuevo siglo, hoy en día asistimos a un relanzamiento de la sociedad civil en los terrenos de una política democrática aparentemente revalorizada. Cuestiones tales como la previsión del futuro, el partidismo renovado en condiciones de democratización, el respeto del Estado de derecho y, en fin, la convivencia democrático-competitiva incluyente, se cuentan entre los factores imprescindibles para superar a las hoy recurrentes situaciones de desgobierno, aquellas que afectan a la política que nos ha tocado vivir.

5 •

---

PARTIDOS Y SISTEMAS  
DE PARTIDOS  
EN VENEZUELA.

*La construcción y  
deconstrucción de un sistema*



La historia de la Venezuela moderna y contemporánea coincide con la historia de sus partidos. Si admitimos que para la política venezolana el siglo XX comienza con la desaparición de Juan Vicente Gómez en 1935, ese siglo estará copado por las luchas protopartidistas y partidistas orientadas hacia la construcción de la democracia en un contexto de modernización, un tanto excepcional si lo comparamos con los estándares normales del resto de países de América Latina.

Si bien es cierto que el sistema partidario en Venezuela llegó a alcanzar una gran estabilidad en la mayor parte de la segunda mitad del siglo XX, no faltan elementos para descubrir unos cuantos virajes significativos para las relaciones interpartidistas, aquellas que en su momento contribuyeron a la deconstrucción del sistema en su conjunto. Tal vez, viéndolo desde fuera se podría estar de acuerdo con Giovanni Sartori para afirmar que: “Venezuela es el único país sudamericano que puede –sobre la base de dos partidos fuertes y disciplinados– enfrentar el riesgo de un experimento parlamentario” (Sartori, 1994: 114; *Cf.* Lijphart, 2000: 92-93).

Es cierto que para muchos y hasta hace poco el sistema político venezolano fue considerado como el modelo exitoso de la democratización latinoamericana. Al parecer, ello venía vinculado con la supervivencia de un sistema de partidos que había logrado mantener el funcionamiento de un Estado estable y libre de amenazas. Un primer intento de periodización nos permite distinguir tres principales fases en el desarrollo del sistema venezolano de partidos:

En primer lugar, la etapa que se extiende desde 1936 hasta 1945, caracterizada por los esfuerzos de organización de los intereses, orientada hacia el desplazamiento definitivo de un régimen autoritario que se había mantenido por largo tiempo.

En segundo lugar, la progresiva conformación de una democracia bipartidista (1958-88) con las características de un auténtico duopolio, precedida por una experiencia hegemónica (1945-48), cuya respuesta militarista se extiende por diez años (1948-58).

En tercer lugar, la etapa del declive bipartidista (1988-98), que va a desembocar en la constitución de una democracia plebiscitaria (después de 1999), producto del desencanto generalizado frente al modelo de una democracia de partidos que había incumplido sus promesas.

## GÉNESIS Y DESARROLLO DE UNA DEMOCRACIA BIPARTIDISTA

Los primeros partidos venezolanos fueron constituyéndose en el exilio, en una larga etapa de lucha contra la dictadura de Gómez. En la formación de la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI) en 1931 y del Partido Comunista de Venezuela (PCV), encontramos el primer resultado de la acción opositora de la así llamada “generación del 28”, incluyendo en su seno a un buen número de estudiantes comprometidos con el derrocamiento de la dictadura<sup>1</sup>

Una vez en Venezuela (1936), los dos grupos mantendrán una línea opositora al gobierno del General López Contreras que había

---

1 El *Plan de Barranquilla*, redactado por Rómulo Betancourt y un grupo de exiliados (programa-manifiesto de ARDI), recogía todo un proyecto político con alto contenido antimilitarista y antiimperialista. En el mismo contrasta ciertamente el diagnóstico marxista de la realidad venezolana y el programa de acción socialista más bien moderado. Quienes adoptaron posiciones más radicales se integraron en el nuevo PCV, que sustituyó al original Partido de la Revolución Venezolana (PRV).

sucedido a Gómez. Se fundó entonces el Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), que canalizará las movilizaciones de calle exigiendo elecciones generales. La fundación del Partido Democrático Nacional (PDN) por Rómulo Betancourt en 1939 sería el resultado de tres años de lucha en la clandestinidad, ocupados en la formación de un partido popular orientado hacia la modernización social y política del país. Dos años más tarde, este partido dejará su lugar a Acción Democrática (AD), el primer partido moderno de Venezuela.

Paralelamente, los comunistas, que también se habían mantenido en la clandestinidad, fueron consolidando una organización que integra a las fuerzas marxistas originarias, entrando a competir con AD en la movilización de masas, particularmente en el naciente movimiento obrero. Cuando el nuevo Congreso Nacional eligió a Medina Angarita como presidente en la sucesión de López Contreras, la oposición de AD se fue radicalizando, al tiempo que fue penetrando en la ciudad y el campo. A punto tal que el gobierno se vio en la necesidad de contar con su propio partido (PDV, 1943), a fin de apuntalar la acción modernizadora del régimen y de impedir el desarrollo de los partidos de la oposición.

Ante el fortalecimiento del gobierno medinista, que cerró las puertas de acceso al poder al nuevo “partido del pueblo”, AD encontró un aliado en la Unión Patriótica Militar (UPM), integrada por oficiales de rango medio y comandada por el mayor Marcos Pérez Jiménez. En octubre de 1945, AD y la UPM participaron en el derrocamiento del gobierno de Medina. Irrumpió entonces en la política venezolana el primer movimiento cívico-militar que, imbuido de retórica patriótica y nacionalista, una vez en el poder continuó con el esfuerzo de modernización social, iniciado años antes.<sup>2</sup>

AD, para entonces, era un pequeño partido de clase media que buscaba por todos los medios expandirse con el fin de canalizar los intereses y la vocación política de una sociedad que comenzaba

---

2 Cf. Coronil, 1997: 128-129. Una información detallada del golpe del 45 puede encontrarse en Crispín, 1994.

a incorporarse a la modernidad. Así, en el marco de la estrategia de Rómulo Betancourt y AD, el golpe fue asumido desde el principio como la gloriosa “revolución de Octubre”. Una observación detenida de este evento ha servido de base para la conocida afirmación según la cual el 45 marca para Venezuela el advenimiento de la política de masas, dejando atrás una larga tradición militarista. Y en tanto acción revolucionaria, marcó también la división de la historia política de Venezuela en dos períodos, correspondiendo el “antes” al pasado militarista y el “después” a la anunciada etapa de progreso comandada por los civiles (*Cf.* Coronil, 1997: 132).<sup>3</sup> Se inició entonces para AD un largo camino de aprendizaje y reflexión sobre el camino a seguir para la construcción de la democracia. En marzo del año siguiente, el nuevo gobierno procedió a la promulgación de una reforma electoral que amplió el derecho al sufragio a todos los venezolanos, hombres y mujeres, mayores de dieciocho años, incluyendo a los analfabetos. Con ello quedó establecida en adelante la elección directa del presidente, representantes al Congreso Nacional y Municipios.

Fijadas para el 27 de octubre, se realizaron las primeras elecciones de una Asamblea Nacional Constituyente. En las mismas, AD obtiene el 78,4% de los votos,<sup>4</sup> resultado que le permite dominar la asamblea, para seis meses después aprobar una nueva Constitución, recogiendo en la misma las principales tesis del proyecto del partido.<sup>5</sup>

El así llamado “trienio adeco” constituye en la historia venezolana la primera experiencia de gobierno civil de corte moderni-

---

3 *Cf.* Fernando Coronil, *op.cit.*, p. 132

4 El predominio electoral de AD es ciertamente abrumador si tomamos en cuenta que COPEI alcanza sólo el 13,2% y URD el 4,2%

5 En la nueva Constitución resulta notable la presencia de unas cuantas ideas dispersas propias de un pensamiento nacional-popular que para la época reflejaba la extendida aspiración latinoamericana de modernidad e independencia. En su contenido encontramos influencias del APRA de Víctor Raúl Haya de la Torre, peronismo argentino, liberalismo del colombiano Jorge Eliécer Gaitán y del PRI de Lázaro Cárdenas.



zante. El acento hegemónico de AD produjo una cierta tensión, tanto más cuando acababan de conformarse hacia la izquierda, la Unión Republicana Democrática (URD, 1945) y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI, 1945), hacia la derecha. El primero, portavoz de una clase media radicalizada que no se identifica con AD, y el segundo, más orientado hacia las posiciones anticomunistas, producto de las incipientes reacciones locales en el clima de la Guerra Fría prevaleciente. Por su parte, los comunistas, que se habían mantenido críticos y vigilantes ante las pretensiones hegemónicas de AD, ven reducido su potencial de reclutamiento en la masa del pueblo. Y es que como en el resto de países latinoamericanos, la ideología nacional-popular se impuso dentro de contextos caracterizados por la movilización social del campo hacia la ciudad. Así, la capacidad de AD para incorporar a los recién llegados y excluidos de la política superó largamente a la de sus más cercanos competidores y, en la medida en que iba asumiendo el control del gobierno, la práctica clientelista le resultaba hartamente prometedora.<sup>6</sup>

Asimismo, a la cabeza del gobierno, AD promovió buenas relaciones con el aún pequeño sector empresarial (Industria, comercio y agricultura) y, apoyándose en el Estado que contaba con grandes recursos provenientes de la renta petrolera, incrementó su influencia que, en el corto plazo, le permitió alcanzar una posición monopolista del poder, afianzando la misma con la elección del primer presidente adeco en diciembre de 1947. Era éste el primer paso de una democratización de la política y del Estado, que hasta entonces se había revelado inviable. En esta perspectiva, la insurgencia militar de 1948 estuvo relacionada con el gran temor de los militares frente al creciente poder de los civiles, representado por la fuerza político-electoral de AD.

---

6 Esta primera “transición hacia la democracia”, también incorpora al movimiento a las primeras organizaciones de trabajadores. Los sindicatos urbanos pasan de 215 (cerca de 25 mil miembros) en 1945 a 1047 (cerca de 140 mil miembros) en 1948. Cf. Coronil, 1997: 132.

El golpe de 1948 también reveló la fragilidad de una hegemonía partidista que se fue imponiendo frente al tradicional poder militar, receloso este último ante las prerrogativas de un partido orientado hacia la conquista de mayores espacios de la vida social. Y es que a Rómulo Gallegos, presidente y a Rómulo Betancourt, jefe del partido, les faltó tiempo para neutralizar las aspiraciones políticas de la Fuerza Armada. De modo tal que, llegado el momento militarista, no estuvieron en condiciones de ofrecer resistencia alguna.

Ahora bien, la organización de AD, a nivel nacional y local, encontró la “masa disponible” en el campo y la ciudad para cumplir con una muy conocida consigna del partido en sus orígenes: “Ni un solo distrito, ni un solo municipio, sin la casa del partido”.<sup>7</sup> Ello refleja bien el objetivo de un partido que pronto se fue acostumbrando al control de sindicatos, gremios profesionales y asociaciones campesinas, consolidando su identificación con la creciente clase media. De aquí que aún en nuestros días la así llamada “cultura adeca” esté a tal punto arraigada en el país que sobran elementos para considerar improbable la desaparición del partido, anunciada unas cuantas veces por Chávez, dentro del contexto de su revolución bolivariana.

El ascenso al poder de los militares, con Pérez Jiménez a la cabeza, representaba la respuesta lógica de una relación de fuerzas en la que el sistema multipartidario con un partido predominante no había adquirido aún la consistencia requerida para acabar con las veleidades militaristas.<sup>8</sup>

Si por una parte la justificación del golpe partió de la acusación a AD de extremismo (insistencia en el control monopólico

---

7 Cf. Betancourt, 1956: 135. Véase también Urbaneja, 1992. Conjuntamente con el APRA peruano, Acción Democrática ha sido considerado como el partido de cuadros mejor organizado en uno de los primeros trabajos comparativos sobre los partidos políticos latinoamericanos. Véase Manigat 1969: 18.

8 En la investigación de Alfredo Coronil, la visión de los militares siempre fue de preocupación por los avances de AD en los sectores populares. De modo tal que el golpe del 48 quedaba justificado por la necesidad de recuperar el orden perdido y la paz social (1997: 148).

del poder), por otra parte, Pérez Jiménez y los militares contaban con su propio proyecto político, en contraposición a la creciente influencia de AD. En tal sentido, la resistencia de los demás partidos al nuevo orden militar quedó desnaturalizada con la tensión vivida frente al sectarismo y vocación hegemónica de AD. De aquí que, en una primera etapa, COPEI, URD y el PCV no encontraron reparo alguno para adaptarse al nuevo orden. Y ello hasta las elecciones de noviembre de 1952, cuando Pérez Jiménez, incumpliendo con su promesa de elecciones abiertas y transparentes, se impuso mediante fraude.<sup>9</sup> Y, si bien es cierto que la “solución militar” no encontró ninguna oposición estructurada como tal (AD y el PCV habían sido proscritos), dejó abierto el camino a una dictadura que se extendería hasta 1958.

Expulsada del país la dirección de AD, un sector de cuadros medios y jóvenes tomó la conducción del partido en la clandestinidad. Y si la pretensión de Pérez Jiménez de permanecer en el poder era manifiesta en el plebiscito de diciembre 1957, ya el trabajo partidista se había hecho fuerte en todo el mapa político de ese año y los esfuerzos del dictador para ganarse el apoyo popular no le dieron en modo alguno los resultados esperados. De modo tal que el plebiscito fue asumido por los protagonistas de la resistencia democrática como el tercer “golpe de Estado” de la década, llevado a cabo por los mismos actores y con las mismas motivaciones.

Paradójicamente, el derrocamiento de la dictadura perezjimenista no habría sido posible sin la intervención de los militares en acuerdo con las principales fuerzas partidistas en la clandestinidad. Así, el 23 de enero de 1958 comenzó la “segunda transición”, como una continuación de la primera, interrumpida por el golpe de 1948.

---

9 Para estas elecciones Pérez Jiménez ya contaba con su propio partido, el Frente Electoral Independiente (FEI), el mismo que le serviría muy poco en el ejercicio gubernamental, aunque sentaba un precedente para lo que será la Cruzada Cívica Nacionalista (CCN, 1965) y el Frente Unido Nacionalista (FUN, 1971) que, en su momento, se proclamarían perezjimenistas sin vinculación efectiva con la Fuerza Armada.

## FORMACIÓN DEL DUOPOLIO PARTIDISTA

Para la historiografía de AD, los diez años bajo la dictadura fueron “heroicos”, años en los que el partido fue adquiriendo una vasta experiencia (en la lucha clandestina) que, conjuntamente con las lecciones del pasado (las pretensiones hegemónicas del trienio 45-48) le servirían para alcanzar en el corto plazo una significativa identificación con la “Venezuela profunda”.

En tal sentido, el retorno de la dirigencia adeca y el crecimiento de la militancia marcaron también el inicio de una transición postautoritaria que se planteó originalmente como un proyecto democratizador que contaba con el concurso de los militares. La oposición triunfante ciertamente iba más allá de AD, puesto que la URD y COPEI se habían hecho fuertes en los años de ausencia de AD. Así, para enero de 1958, la coalición tripartidista contaba en sus filas con intelectuales, empresarios, grupos profesionales y sindicatos, que a la caída de la dictadura estaban ávidos de militancia dentro del nuevo contexto de una democracia competitiva, en cuyo núcleo se formarían los partidos políticos modernos.

El clima de apertura que se impone entonces recogió lo que algunos autores han denominado el “espíritu del 23 de Enero”, manifiesto en la necesidad perentoria de llegar a acuerdos básicos consensuales, que comprometían a las elites partidistas en políticas de democratización efectivas en el mediano y largo plazo. Un primer acuerdo obrero-patronal asumía el compromiso de asegurar una cierta estabilidad en el plano social, a fin de evitar las demandas excesivas al nuevo gobierno. Pero el acuerdo mayor, el fundador del “nuevo orden”, vino expreso en el Pacto de Punto Fijo (31 de octubre de 1958), por el cual los partidos AD, URD y COPEI se comprometieron a respetar los resultados electorales y a asegurar un programa de gobierno en el que concurren todos los partidos involucrados.

Si a este pacto agregamos el apoyo militar y de la Iglesia, las condiciones estuvieron dadas para alcanzar una situación de equilibrio político y de paz social. Pero, con la elección de Rómulo Be-

tancourt (diciembre de 1958), con un amplio margen sobre sus oponentes, el nuevo gobierno se afianzó en el poder, apoyándose en una coalición de partidos dominada por AD. El PCV, excluido del pacto fundador de la nueva democracia, quedó fuera de la coalición gobernante y poco tiempo después adoptó una línea dura de oposición, que llevó directamente a buena parte de sus cuadros a incorporarse a la lucha armada.

Como partido de corte nacionalista volcado hacia la izquierda y bajo la conducción de Jóvito Villalba, la URD (segundo partido en las elecciones del 58) entró en un primer momento a competir con AD, pero poco a poco fue dejando su lugar a COPEI, más inclinado hacia la derecha católica y anticomunista que, contando con las simpatías del liderazgo adeco, veía con buenos ojos la formación de una oposición leal hacia su derecha. La vocación hegemónica de AD cedió de este modo a la presión de sectores de la oposición política, ganados para el esfuerzo de construcción democrática. Así, el COPEI, perdedor de todas las contiendas electorales y bajo la dirección de Rafael Caldera, pudo abrigar expectativas reales de convertirse en gobierno en el corto plazo. Con ello pronto se fue reafirmando una neta tendencia hacia el bipartidismo, excluyendo de entrada a eventuales terceras fuerzas.

El proyecto democrático bipartidista, implícito en el texto de la Constitución de 1961, incorporó asimismo la voluntad de una nueva generación política orientada hacia el fortalecimiento del gobierno civil frente a los militares. Para ello, los equipos dirigentes de los partidos estuvieron concientes de la necesidad de consolidar la estructura organizacional de cada partido, mediante la promoción de sus candidatos en la ciudad y el campo.

Una vez en el poder, AD enfrentó las aspiraciones de un sector juvenil radicalizado, muy influido por la revolución cubana, que exigía al partido una política más revolucionaria y solidaria con la “gran transformación” de América Latina. Y ello a tal punto que las primeras decisiones gubernamentales en el campo económico fueron vistas como antipopulares y conservadoras, provocando la primera división del partido con la fundación del Movimiento de

Izquierda Revolucionaria (MIR, 1960). Una segunda división se produjo en 1962, con la salida del partido de un grupo de dirigentes medios comandados por Raúl Ramos Giménez. Dos años más tarde, este grupo se constituyó como Partido Revolucionario Nacionalista (PRN).

La elección de Raúl Leoni de AD en 1963 confirmó decisivamente el enraizamiento adeco y su proyección como el primer gran partido venezolano de la etapa democrática. La democracia representativa comienza desde entonces a funcionar como una “democracia de partidos”, dejando atrás todos los intentos desestabilizadores de derecha y de izquierda. Con el 20% del electorado, COPEI se perfila desde entonces como el primer gran partido de la oposición leal. Fuerte en la región occidental y de los Andes, este partido representará en adelante la única fuerza capaz de neutralizar los intentos hegemónicos de un partido de gobierno que ha ido extendiendo su influencia con políticas clientelares muy efectivas.

La consolidación de la coalición bipartidista habría de contribuir a la constitución de un sistema duopólico que, excluyendo a terceros, fue concentrando el poder en los equipos dirigentes de los dos principales partidos. Terceros partidos, como URD en los 60 y el Movimiento al Socialismo (MAS) en los 70, vieron reducidas sus posibilidades de revertir al sistema bipartidista a nivel nacional (Congreso) y local (Asambleas regionales y municipios).<sup>10</sup>

La tercera división de AD en las elecciones de 1968 tuvo un contenido ideológico mayor que en las precedentes, cuando el liderazgo de Luis Beltrán Prieto Figueroa y su frustrada candidatura presidencial adeca promovió la formación del Movimiento Electoral

---

10 En su revisión de la tipología de los sistemas de partidos, Yves Mény ha propuesto sustituir la expresión bipartidismo, utilizada originalmente por Maurice Duverger, con la de *duopolio*, más vinculada ésta con el léxico económico, a fin de destacar el hecho de que: “uno de los dos partidos duopólicos detenta el poder durante períodos más o menos largos en alternancia con el otro gran partido y sin el recurso a terceros partidos” (Cf. Mény, 1991: 91; Cf. Shwartzemberg, 1977: 557-558; También Jean Blondel, 1990: 159-161).

del Pueblo (MEP), partido que nació inclinándose hacia las posiciones de una izquierda radical, en ruptura con la política estabilizadora y pragmática de AD en el poder. Esta división debe contarse como la causa decisiva del primer triunfo electoral de Caldera y COPEI en 1968, reafirmando de este modo el carácter bipartidista de la democracia venezolana, dentro de un contexto latinoamericano signado por el autoritarismo, militar o populista según los casos.

La experiencia de COPEI en el gobierno (1969-73), apoyada en el discurso socialcristiano del bien común, tuvo como principales conquistas la pacificación y reinserción de la izquierda guerrillera en la política democrática, por una parte, y unas cuantas reformas institucionales de corte modernizante, por otra. En esta etapa, se profundizó la penetración social de los partidos, emergiendo nuevos partidos, llamados a completar los espacios de una competición política más pluralista.

Es el caso del Movimiento al Socialismo (MAS), resultado directo de la división del PCV en 1970. Después de un año de viva discrepancia, la juventud comunista, con Teodoro Petkoff a la cabeza, fundó el partido, resultado de un deslinde histórico en el comunismo venezolano, proclamándose portador de un socialismo de nuevo tipo, internacionalista, aunque orientado hacia la búsqueda de una “vía nacional al socialismo”. Era la época de la Unidad Popular chilena y de los frentes amplios de la izquierda en los países del cono sur.

En ruptura con el marxismo dogmático, el MAS puso énfasis desde el principio en la necesidad para el país de superar la dependencia del capitalismo, al tiempo que condenaba al socialismo soviético por su carácter burocrático-autoritario. Este salto hacia delante, avanzado para la época, explica un tanto la ausencia en Venezuela de partidos o movimientos trotskistas y maoístas. Porque las tesis ideológicas del MAS se inscriben dentro de un movimiento intelectual, portador de un socialismo democrático o “socialismo a la venezolana”, tal como se identificó el partido en su primera incursión en la arena electoral de 1973. Sin pretender alcanzar el estatus de partido de masas, el MAS fue percibido como el nuevo “tercer

partido” del sistema, con capacidad para transformar al naciente bipartidismo en un sistema de “dos partidos y medio”<sup>11</sup>

Con el triunfo electoral de Carlos Andrés Pérez y AD en 1973 se confirmó el inicio del ciclo del “voto castigo” en el interior del bipartidismo. Así, desde las elecciones de 1968 hasta 1983, las elecciones siempre fueron ganadas por el candidato de la oposición (Cf. Gabaldón, 1992: 91). En efecto, el éxito electoral de AD (48% de los votos) se debió principalmente al descontento con el primer gobierno de COPEI. Con el 36% de los votos grandes (para presidente) y el 30% de los pequeños (para el congreso bicameral), COPEI siguió ocupando un sólido segundo lugar, dejando muy atrás al tercero (14%), reafirmando con ello el bipartidismo, situación que se extendería hasta 1988.

En esta época, los dos principales partidos adoptaron orientaciones menos ideológicas, convirtiéndose en auténticos partidos *catch-all* y, si bien es cierto creció su militancia, los equipos dirigentes constituyeron estructuras más cerradas que antes, en apego a un “centralismo democrático” cuasi-leninista que, a la larga, acabó con toda posibilidad de relevo sin trauma.<sup>12</sup> Asimismo, las políticas de corte populista adelantadas por el gobierno de Pérez, vinculadas con la situación de bonanza petrolera que vivió el país en los 70 y el crecimiento de la burocracia estatal acentuaron significativamente el carácter clientelar del aparato burocrático partidista.<sup>13</sup>

---

11 Desde un punto de vista teórico, Jean Blondel ha observado el hecho de que el sistema de dos partidos y medio sólo es posible con el surgimiento de un partido de centro en aquellas posiciones polarizadas dentro del *continuum* derecha-izquierda. Si aquí modificamos la perspectiva es bajo el presupuesto de que los dos principales partidos duopolizan las posiciones de centro, dejando el espacio libre para nuevos partidos a la izquierda y a la derecha. Cf. Blondel, 1972: 196-198

12 El duopolio partidista se consolidó con los resultados electorales de 1973. Desde entonces y hasta las elecciones de 1988, inclusive, AD y COPEI sumaron más del 80% de los votos presidenciales y más del 70% de los votos para los cuerpos legislativos nacional y local.

13 La solidez y disciplina de la estructura partidaria en AD y COPEI se revela en ciertas características de la organización a nivel nacional y regional. A una división que se apoya en el mapa político-administrativo del país se yuxtaponen



Cuando en 1978, el democristiano Luis Herrera Campins se impuso por estrecho margen al candidato de AD, la alternancia sirvió una vez más para consolidar el posicionamiento privilegiado de los dos principales partidos frente a las fuerzas de la oposición. De modo tal que el retorno de AD en 1983 debe considerarse como el evento crucial para la consolidación de un bipartidismo conservador, excluyente, que se resistía a la necesaria competitividad que conlleva todo régimen democrático.<sup>14</sup>

Con la estabilidad política alcanzada y ante la debilidad de la oposición, el bipartidismo se apoderó del Estado, al tiempo que se fue desconectando de la población. Y con el crecimiento de la corrupción administrativa y la evidente ineficiencia de los servicios públicos de un Estado rico, que comenzó a ser denunciado por los sectores empresariales como “Estado omnipotente”, ese bipartidismo absorbente fue extendiéndose desde el ejecutivo, que controlaba estrictamente al legislativo (las decisiones parlamentarias se toma-

---

una división por sectores: sindical, agrario, femenino, juvenil, de profesionales y técnicos, etc. En todos estos niveles se reproduce la relación jerárquica clientelar, que no repara en modo alguno en proyectos ideológicos o doctrinas. La relación duopolística va poco a poco desdibujando las diferencias ideológicas de los orígenes. La socialdemocracia en AD y el socialcristianismo en COPEI sirven a los dos partidos para insertarse en las dos grandes internacionales ideológicas, socialista y democristiana. En el plano interno, los dos partidos tienden cada vez más a borrar las diferencias, al tiempo que tienden a defender los mismos intereses. A este sistema, Juan Carlos Rey lo ha denominado “populista”, en la medida en que para los dos partidos, “el ideal es un gobierno que responda máximamente a los deseos y preferencias efectivas de la mayoría de los electores y en el que éstos ejercen máximo control sobre los elegidos”. (Rey, 1989: 289. *Cf.* Barrios Ferrer, 1987: 165-202).

14 Para la época, AD estimaba su militancia en 2.253.887. en una población estimada de 8.650.000 electores inscritos. Con ello AD debía considerarse el mayor partido socialdemócrata del mundo. Asimismo, COPEI, con cerca de 800.000 adherentes, se presentaba conjuntamente con la Democracia Cristiana chilena como uno de los mayores partidos democristianos de América Latina. Aunque habría que agregar el hecho de que un número apreciable de “militantes” contaba con el carnet de los dos partidos (*Cf.* Coppedge, 1993: 151 y 156; *Cf.* Njaim, 1981: 40-41).

ban primero en el seno de los dos partidos) y subordinaba al aparato judicial, concentrando con ello el poder en el presidente a través de su partido.

Este centralismo de la decisión comenzó a ser resentido aun en los equipos dirigentes de los dos partidos, sea por dirigentes puestos en minoría en las principales controversias, o bien por el relevo generacional en la cúpula partidista, controlado celosamente por los fundadores. Así, a partir de las discusiones internas, los partidos de la coalición bipartidista comenzaron a sufrir un costoso desgaste, que se reveló en los años siguientes, tanto en la calidad de su mensaje como en su declinante capacidad movilizadora. A lo que habría que agregar las disensiones internas que casi siempre terminaban con la exclusión de buena parte de sus cuadros dirigentes.

Si el carácter exclusivo de las dos direcciones partidistas revelaba a las claras un excesivo centralismo de la decisión, el así llamado “peso institucional del presidente” poco a poco se fue convirtiendo en la variable independiente de la solución de los conflictos de intereses.<sup>15</sup> Esta deriva centralista se fue haciendo intolerable para una militancia ávida de poder, a punto tal que la designación de los candidatos en las listas o planchas electorales se convirtió en una experiencia traumática en la que los perdedores se autoexcluían del partido sin otra explicación que su inconformidad personal. Pero cuando el fenómeno se extendió hacia la generación de los diri-

---

15 Preguntándose sobre la influencias del presidencialismo en el funcionamiento de los sistemas de partidos latinoamericanos, Dieter Nohlen ha observado el hecho de que: “los partidos y sus líderes están en competencia, en primer lugar, por vencer uno al otro en esta contienda por la presidencia. Sus comportamientos están condicionados por la estructura del sistema político en la medida en que ésta ejerce influencia real (hay que tomar en cuenta los factores extraconstitucionales o los poderes fácticos que muchas veces no permiten a las instituciones materializar el peso político que según el diseño constitucional les convendría jugar). Es un impacto de figuración doble: a través de las elecciones presidenciales, impacto sobre los partidos políticos, el propio y el sistema de partidos; e impacto ejercido por la presidencia, mejor dicho por los presidentes en ejercicio, sobre su propio partido político en cuanto tipo y organización” (Nohlen, 1991: 67-68; Cf. Ramos Jiménez, 1995: 331 y 2001: 303-304).

gentes fundadores, como en el caso de Rafael Caldera en COPEI y Carlos Andrés Pérez en AD, la estructura bipartidista comenzó a agrietarse peligrosamente. A lo que debe agregarse la progresiva desideologización de los dos partidos y un evidente desdibujamiento de la oposición leal, dejando vacío y sin representantes a un amplio espacio de la representación política.<sup>16</sup>

Otro tanto ocurre con el rol pasivo de los partidos en la agenda de la política pública. Poco a poco y con la cada vez mayor complejidad de la decisión, un vasto sector de la gestión estatal fue escapando al control partidista. Materias tan importantes como la

---

16 Es en la década de los 80 cuando los dos partidos principales (en el gobierno o en la oposición leal) se convierten en los únicos proveedores de personal para los puestos de la Administración Pública. Y ello a tal punto que: “incluso los cargos públicos que en principio no estarían sujetos a los resultados electorales, como los cargos técnicos de la tecnoburocracia estatal y los cargos del poder judicial, de hecho quedan también sujetos a la influencia de aquellos resultados, pues el poder adquirido por los partidos a raíz de cada elección se refleja subsiguientemente en numerosos nombramientos administrativos y judiciales” (Gabaldón, *op.cit.*: 90).

Este copamiento de los cargos públicos se extiende a las más diversas asociaciones, gremios profesionales y universidades. Como lo ha destacado Michael Coppedge: “Los partidos venezolanos han logrado penetrar y obtener el control de casi todas las demás organizaciones privadas, hasta un grado inusitado en las sociedades democráticas. Todas las agrupaciones, amén de las asociaciones comerciales, la Iglesia y las Fuerzas Armadas, son campo de batalla por el control partidista” (*op.cit.*: 151).

La reacción ciudadana frente a esta suerte de “partidarquía” (M. Coppedge) a fines de los 90 (ascenso de Chávez al poder) fue a tal grado visceral, que ha marcado durablemente a unos cuantos espíritus decepcionados y desencantados, dando forma a un antipartidismo radical, que terminó alimentando al chavismo en sus orígenes, convirtiendo a Chávez en el legítimo “vengador” de la masa popular.

Asimismo, en la medida en que los así llamados “partidos del *status*” tenían asegurada la financiación de gran parte de sus actividades, asegurándoles, en el plano electoral, el cubrimiento y control de todas las mesas electorales con sus representantes, se fue reafirmando la recurrente denuncia de sus manipulaciones del escrutinio, que afectaban decisivamente a los partidos minoritarios. Sobre la desideologización de los partidos, véase el análisis de los resultados de una interesante encuesta (Ramos, 1997: 44-50).

política petrolera y la negociación de la deuda externa escaparon, en momentos cruciales, del control del duopolio partidista. De modo tal que el desarrollo acelerado de una tecnocracia en ciernes vino a alimentar las ambiciones políticas de unas cuantas alternativas intelectuales independientes.<sup>17</sup>

Pese a la alta popularidad del presidente Jaime Lusinchi, la sucesión en 1988 se presentó desde el principio como un reacomodo de fuerzas en el seno del partido del gobierno. Con una crisis económica que se ha ido profundizando, la nostalgia por la era de prosperidad y bonanza perdidas (primera presidencia de Carlos Andrés Pérez en los 70) sirvió nuevamente al candidato de AD para hacerse con el triunfo por segunda vez. Con una neta inclinación populista en el mensaje electoral y con el carácter mesiánico de un candidato con ambiciones de liderazgo continental (la ceremonia de investidura presidencial fue de pronto identificada como “la coronación”, tal era el fasto y el número de invitados ilustres), el retorno de Pérez se anunciaba entonces como el retorno de una prosperidad perdida. Así, con el 56% de los votos (16% de abstención) el apoyo popular al nuevo gobierno perecista no tenía precedentes.<sup>18</sup>

## EL OCASO DEL BIPARTIDISMO (1989-1998)

Una vez en el gobierno, Pérez comenzó por designar un equipo de tecnócratas para los cargos claves del gabinete gubernamental, desentendiéndose de las expectativas normales de los dirigentes de su partido. Más aún, a medida que el nuevo gobierno se mostró decidido en su lucha contra “la corrupción del gobierno anterior”,

---

17 Testimonio de ello lo encontramos en el trabajo colectivo de Naim y Piñango, 1985. Véase también Romero, 1987. La deriva tecnocrática de la época la hemos abordado en un trabajo anterior (Ramos Jiménez, 1987: 109-142).

18 En las elecciones de 1988 concurrieron alrededor de 80 partidos y grupos electorales, diez veces más que en las del 58. Esta dispersión explica un tanto la búsqueda de nuevas opciones por un electorado que iba entrando en una suerte de “fatiga cívica” frente a la oferta bipartidista. (Cf. Marta Sosa, 1994: 31-32).

su empresa depuradora desembocó en una disminución ostensible de la influencia partidista de AD, en circunstancias tales que el equipo tecnocrático de gobierno comenzó por tomar medidas de ajuste antipopulares, marcando con ello un distanciamiento significativo con lo que en el pasado había funcionado como una efectiva “democracia de partidos”.

Entramos de este modo en el ocaso de una democracia bipartidista con manifestaciones duopólicas inocultables. Pero el golpe de gracia a los partidos vino encubierto en una decisión que aparentemente debía favorecer la penetración social de los partidos: la descentralización político-administrativa desplegada a partir de la primera elección directa de gobernadores y alcaldes.<sup>19</sup> Y es que lo que, desde esa época, se dio en llamar “liderazgos regionales” tuvo el efecto perverso de debilitar la estructura nacional partidista, puesto que la centralización de la decisión en los equipos dirigentes nacionales entró pronto en conflicto con los intereses del liderazgo provincial que, al parecer, ya no necesitaba del aparato partidista para entrar en relación con los electores regionales y locales.

Asimismo, la dinámica centralizadora del sistema duopólico se vio socavada por el surgimiento de una nueva lógica de los intereses proveniente del espacio extrapartido. Si a ello agregamos el fraccionalismo creciente, debido a la lucha generacional por el relevo de los equipos dirigentes de los partidos y el surgimiento de elites netamente antipartido, con capacidad para asumir una oposición real al régimen imperante, el contexto social y político del segundo gobierno de Pérez lució cargado de peligros para la estabilidad del sistema político en su conjunto (*Cf.* Ramos Jiménez, 1999: 38-39).

En esta perspectiva, la protesta masiva del “caracazo” (27 de Febrero de 1989), con su secuela de muertos, así como el clima

---

19 Si bien es cierto que la política de descentralización promovida desde el gobierno estuvo siempre acompañada de argumentos lo suficientemente sólidos, resulta significativo el hecho de que en las elecciones regionales y locales de 1989 y 1992, la abstención superó el 60% del cuerpo de electores (*Cf.* Ramos Jiménez, 1999: 35-42).

de desasosiego extendido en la masa popular y de ciudadanos desengañados, están en el origen de una suerte de “gran rechazo” del bipartidismo. De modo tal que las dos asonadas militares de 1992 revelaron a las claras la inconformidad de un vasto sector social con una clase política, que había conjurado con éxito en el pasado todo intento militar por revertir el poder civil. En este sentido, la precognizada estabilidad política y relativa paz social, presentadas como las principales conquistas del régimen de partidos, ya no eran tales cuando el gobierno perezista se propuso recuperar la legitimidad perdida, interviniendo en las diversas instancias del que ya había dejado de ser el *party government* requerido para mantener las cosas bajo control.<sup>20</sup>

El declive bipartidista en el segundo gobierno de Pérez también debe entenderse como parte del derrumbe del entramado institucional del Estado. Sea en el gobierno, o bien en la oposición, los dos principales partidos siempre estuvieron expuestos al repudio público en campañas adelantadas por los medios de comunicación contra la corrupción dominante y la ineptitud de la clase política. Así, a partir de la destitución de Pérez en 1992, recién pudo intentarse una reorientación del sistema, necesaria para contrarrestar a las cada vez más reales amenazas de involución autoritaria. De este modo y luego de una corta etapa de transición, el proceso electoral del 93, un tanto más austero que en el pasado, representó el comienzo de una nueva relación de fuerzas en el sistema partidario. Rafael

---

20 El propósito de los dirigentes por recomponer el bipartidismo maltrecho se hizo evidente en diciembre de 1990, cuando se firmó un “Pacto para la Reforma”. Habiéndose percatado del desgaste del pacto fundador de 1958, el nuevo pacto fue suscrito por la mayoría de los partidos políticos con representación parlamentaria (además del presidente Pérez, lo firman los presidentes y secretarios generales de los partidos AD, COPEI, MAS, URD, MEP, ORA, MIN y Nueva Generación Democrática). El pacto comprometía a los firmantes, dentro de un conjunto de reformas, en “la aprobación de la Ley de Partidos Políticos, dirigida a regular la democracia interna de los partidos y a mejorar la supervisión sobre las contribuciones financieras a las campañas electorales”. (Cf. Navarro, 1993: 73. Véase también Blanco, 1991: 19-22).

Caldera, que para la ocasión se presentaba como candidato extrapartido, ganó las elecciones con un margen estrecho. Junto a AD y COPEI, tan disminuidos como desacreditados, otros tres partidos (Convergencia Nacional, Causa Radical y el MAS) entraron a competir decididamente por los puestos de dirección, marcando avances significativos en la transformación de la competición interpartidista. Con ello, el bipartidismo quedó suspendido por algún tiempo y, a pesar de las reiteradas denuncias de fraude y de las manipulaciones del escrutinio, el triunfo de Caldera representó un golpe decisivo al duopolio partidista. Aunque pronto se llegó a constatar el hecho de que el declive bipartidista no necesariamente habría de traducirse en su definitivo desplazamiento del poder.

La variable presidencial nunca fue más determinante que en el segundo gobierno de Caldera. Debido a la composición heterogénea de sus apoyos políticos y a la debilidad bipartidista, las nuevas condiciones fueron favorables a una concentración del poder en un ejecutivo personalizado, que había fomentado en la población grandes expectativas. Y si el presidente contaba con un capital político apreciable, sustentado básicamente en su prestigio personal, sus principales decisiones en materia de política pública no pudieron ser más impopulares. De modo tal que en abierta contradicción con su promesa electoral, fundamentalmente orientada contra la política neoliberal precedente, las principales medidas y acciones estuvieron encaminadas hacia un impopular reajuste económico -el mismo que para Pérez significó elemento crucial en su caída y evicción del poder- que en poco tiempo produjo una drástica reducción del capital político del presidente.

En todo caso, Caldera intentó por todos los medios fortalecer desde el gobierno a su maltrecho nuevo partido, Convergencia Nacional, incorporando a ex dirigentes de COPEI. Sin obtener los resultados esperados, el presidente tuvo que buscar el apoyo de AD, partido que, nostálgico del poder y bajo la conducción de un líder tan pragmático como autoritario (Luis Alfaro Ucero), se propuso unilateralmente la recuperación de las posiciones perdidas. Y es que AD contaba con los escaños suficientes en el nuevo Congreso, fa-

voreciendo su intención de apuntalar a un gobierno desvalorizado, que había sido puesto en minoría muy rápidamente.

Como había sido el caso en su primer gobierno (1968-73), Caldera no contó en momento alguno con suficiente autonomía para emprender en la política de reformas, que venía incluida en su plataforma electoral. Alfaro Ucero que, desde la secretaría general, fue depurando a su partido con la exclusión de compañeros incómodos e insumisos, concentró toda la decisión partidista en un pequeño grupo, en el que no quedó espacio para la disidencia. Con ello, ofreció su apoyo decisivo al gobierno calderista, a fin de fortalecer sus propias aspiraciones presidenciales para 1998.

El oportunismo de la dirigencia de AD representó el sacrificio de unas cuantas aspiraciones en el seno del partido, en su pretendido retorno al poder. Y si bien es cierto que la disciplina partidista se impuso desde el primer momento, ello se consiguió pagando el precio de unas cuantas frustraciones de dirigentes altos y medios que, uno tras otro se fueron separando del partido.

Ahora bien, en los dos últimos años del gobierno de Caldera, AD cumplió en la práctica las funciones de partido de gobierno, contribuyendo con ello a la elevación de la autoestima de la dirigencia de un partido en franca recuperación, ya manifiesta en las elecciones regionales de 1995, cuando el partido logró hacerse con una amplia mayoría de gobernaciones y alcaldías. Con un COPEI muy debilitado y, para algunos, “en vías de desaparición”, la ilusión electoral de AD fue patética en los dos años que precedieron a las elecciones de 1998. Y es que en ese espejismo triunfalista adeco debe identificarse la causa principal de la debacle bipartidista, resultado de la estrategia político-electoral escogida frente al avance de la candidatura de Chávez.

Lejos de constituirse en el primer gobierno no partidista de la etapa democrática, el gobierno de Caldera terminó siendo identificado como “más de lo mismo”. Y si el “espíritu de Punto Fijo” se mantenía vivo, el resentimiento y el rechazo a todo gobierno de partido se fue extendiendo como manifestación antipolítica de un



pueblo receptivo hacia una más que eventual oferta neopopulista.<sup>21</sup>

Desde una perspectiva actual, encontramos unos cuantos elementos para pensar en el hecho de que las elecciones de 1998 representaron para Venezuela el final del ciclo bipartidista y el comienzo de una época de inestabilidad, marcada por un extendido desencanto de los ciudadanos. Y si bien es cierto que poco a poco se fue imponiendo la idea de desgaste definitivo, si no de agotamiento del sistema bipartidista, tanto la presencia de *outsiders* políticos como el surgimiento de candidaturas *free-lance* con apoyo partidista animaron una campaña electoral, que comenzó sin mayor entusiasmo y que, poco a poco, se fue exacerbando ante la posibilidad de éxito electoral del candidato golpista Hugo Chávez.

Si el sistema bipartidista comenzó a dar indicios de declararse en quiebra, todo parecía indicar que el mismo contaba aún con unos cuantos recursos estratégicos y tácticos para enfrentar al candidato anti-partido que, en sus primeros mensajes, recogió indistintamente unas cuantas ideas de la izquierda antiimperialista de los 60, combinándolas con principios extraídos de la doctrina bolivariana y con bien determinadas citas de la Biblia.<sup>22</sup>

---

21 La relación entre antipolítica y neopulismo ha sido propuesta en forma sistemática por el politólogo boliviano René Antonio Mayorga (1995). Véase también Garretón, 1997: 55-72; Baquero, 1998: 13-29; Madueño, 1999; Rivas Leone, 2002: 241-268.

22 Los tiempos eran tan “malos” para los equipos dirigentes de los partidos que cuando llegó el momento de designar candidatos para presidente y de armar las listas para el Congreso, una buena parte de los candidatos que quedaban fuera se iban autoexcluyendo del partido correspondiente. Cabe destacar que el fenómeno va más allá de AD y COPEI, afectando aquellos partidos que recién habían alcanzado posiciones relevantes: la Causa Radical se divide, dando origen a un partido más belicoso y sostén invalorable del chavismo naciente (Patria para Todos, PPT). Hacia la izquierda, el MAS, que había absorbido al MIR (1989), se divide, marginando a casi toda la dirigencia histórica, que a su vez funda un nuevo partido (Izquierda Democrática, ID) que no se identifica con la candidatura de Chávez. La Convergencia Nacional queda reducida al entorno más cercano del presidente Caldera. A tal punto había llegado el descrédito de los partidos que el candidato del antichavismo, Salas Roemer, hizo todo lo posible en la campaña electoral para no ser identificado como el candidato de AD y COPEI.

El declive bipartidista debe entenderse también como parte del bloqueo de instituciones más identificadas con el poder civil, incluyendo los sindicatos y organismos patronales como Fedecámaras, fenómeno que se fue extendiendo a los gremios profesionales y universidades. Y en la medida en que las generaciones de relevo en los dos principales partidos fueron condenadas al sacrificio, el control absoluto desde los comandos centrales en la capital no dejó lugar alguno a la creciente disidencia, descartando de este modo las tradicionales “amplias consultas” de los miembros de la base.

Cuando el Congreso tomó la decisión de separar las elecciones estatales y parlamentarias (noviembre 98) de las presidenciales (diciembre 98), las primeras se constituyeron en una “primera vuelta” electoral, a fin de que todos y cada uno de los partidos puedan contarse, procediendo en la “segunda vuelta” presidencial a la realización de los realineamientos requeridos, puesto que desde entonces ya era evidente la polarización del electorado.

Los resultados de las elecciones parlamentarias de Noviembre representaron una base firme para advertir sobre las limitaciones electorales del bipartidismo con vistas a las presidenciales de diciembre (AD: 24%, COPEI: 12%). Y, en la medida en que los dos principales partidos conservaban un número apreciable de escaños en el nuevo parlamento, la necesidad de sumar fuerzas frente a la “amenaza Chávez” los condujo directamente a la conformación de un “Polo Democrático” en torno de la candidatura de Salas Roemer, fundador del Proyecto Venezuela (PV) y ex militante de COPEI, con el objetivo específico de enfrentar al “Polo Patriótico” de Chávez.

La estrategia bipartidista de apoyar una candidatura extra-partido, que para la época se presentaba adelante en las encuestas,

---

Refiriéndose al descrédito general de los partidos, Manuel Caballero ha observado correctamente: “Es un hecho que el desprestigio del partido político nunca había llegado tan bajo desde 1958. Aquí conviene separar dos cosas: una es el desprestigio del *two-party-system*, tal como se había presentado desde el Pacto de Punto Fijo; y otra es el desprestigio de la institución partidista en general que, al confundirse democracia y régimen de partidos y política a secas, conduce a un rechazo de la democracia y de la política.” (2000: 129).

estuvo rodeada de tal incoherencia que la presentación conjunta de sus candidatos, enemigos de la víspera, tuvo resultados contraproducentes, fomentando en el electorado manifestaciones evidentes de un extendido rechazo de los “40 años de bipartidismo y corrupción” y precipitando un éxodo masivo de los votantes —principalmente de la clase media urbana— hacia la “solución Chávez”. La estrategia electoral de este último, planteada en términos de una confrontación amigo/enemigo, representó para la Venezuela de fin de siglo el nacimiento y desarrollo de un inédito clivaje social asentado sobre el eje de una antipolítica desplegada en el nivel de las aspiraciones y demandas colectivas.<sup>23</sup>

## CLIVAJES SOCIALES Y ACTORES POLÍTICOS

Si nos detenemos a observar la historia democrática de Venezuela desde una perspectiva más sociológica, tenemos que advertir de entrada el hecho de que las soluciones históricas de los principales conflictos pasan por una larga confrontación entre poder militar y

---

23 En sus reflexiones sobre la Venezuela de Chávez, Teodoro Petkoff ha observado el hecho de que “en la esfera meramente política, no se puede negar que han sido desplazados los viejos partidos y que están reducidos a la nada —más que por la propia fuerza de Chávez, por su propia degeneración, porque se suicidaron—. A lo largo de los últimos 20 años perdieron todo contacto con la realidad, se hicieron autistas y en cuanto apareció un agente catalítico que pudo precipitar lo que en la mente de los venezolanos estaba bullendo, ese “vengador” fue ungido por el pueblo como Presidente”. Asimismo, “Una de las grandes diferencias entre este proceso y el del 45 es que en el de 1945, en fin de cuentas, a pesar de los errores que pudiera haber cometido en la administración de su enorme fuerza, AD era un verdadero partido, pero además era una constelación de luminarias, una gran organización, con programa y proyecto de país. No sólo un gran jefe, Betancourt, y una manada de borregos, como en el MVR. No señor, Betancourt era realmente el primero entre sus iguales y sus iguales eran gente de muchísima personalidad, y para la época constituían una muy brillante élite (...) Este símil de que el MVR es la AD del siglo XXI hay que ponerlo en remojo. A menos que se parezcan en vicios y defectos, que el MVR tiene todos los de AD, sin ninguna de sus virtudes.” (2000: 25 y 33).

poder civil. Y es que en una sociedad predominantemente rural, el conflicto centro/periferia, cuyas principales manifestaciones pueden ser identificadas promediando el siglo XIX –piénsese en la crucial guerra federal–, se combinó en la práctica con un bien determinado conflicto de clase (el pueblo contra las oligarquías latifundistas) y con ciertos niveles de enfrentamiento étnico (el pueblo pardo-mestizo contra los blancos-godos).<sup>24</sup>

De modo tal que la fractura histórica de naturaleza étnica, religiosa y de clase, quedó un tanto resuelta con la imposición y confiscación del poder por jefes sublevados que en nombre de “La Federación” lograron sofocar los levantamientos. Un Partido Liberal Amarillo, que reunió a los vencedores de la guerra, se constituyó en el “partido histórico” (siglo XIX) de mayor duración. Sólo la larga dictadura de Guzmán Blanco (18 años) acabaría con todo ensayo de naturaleza partidista, al tiempo que lograba someter por algún tiempo toda amenaza caudillista de las regiones. Y ello hasta 1899, cuando la “Revolución Restauradora” del tandem Cipriano Castro-Juan Vicente Gómez logra imponerse, marcando el comienzo de una cierta unificación o consolidación de un proyecto de Estado nacional efectivo de carácter autoritario, el mismo que duraría alrededor de cuarenta años.

El clivaje que se impone con el advenimiento de los primeros partidos modernos, en la década de los 30, fue, en nuestra opinión, un clivaje más funcional que estructural. Trátase de la oposición “autoritarismo/democracia” que, como en otros países de América Latina, tendrá plena vigencia en la segunda mitad del siglo XX (Cf. Ramos Jiménez, 2001: 88-93).

---

24 Las proclamas de Ezequiel Zamora, luchador popular del siglo XIX, convertido en uno de los protohombres de la “revolución” chavista, resumen el sentido histórico de la así llamada “Guerra Larga”, considerada por la historiografía venezolana como el enfrentamiento armado más cruel y devastador. Las ideas igualitarias de Zamora se apoyaron ciertamente en un bolivarianismo rural y popular, muy influido por el liberalismo anticlerical de la época: “No habrá pobres ni ricos, ni esclavos ni dueños, ni poderosos ni desdenados, sino hermanos que sin descender la frente se traten bis a bis, de quién a quién...” (Cf. Frankel, 1996:150-151. Citado en Pérez, 1996: 58-59. Cf. Martín, 2005: 139-141).

Si ubicamos por un lado el autoritarismo militar que, partiendo de la dictadura de Gómez se hace más institucional con la dictadura de Pérez Jiménez en los 50, encontramos, por otro lado, la vocación democrático-partidista de los Betancourt, Villalba, Machado y Caldera, quienes asumen la conducción de la resistencia civil frente al militarismo tradicionalmente dominante. Sea en el exilio o bien en la clandestinidad, los primeros dirigentes partidistas se autoproclamaron siempre portadores de modernidad y democracia frente a lo tradicional autoritario.

Si en el “trienio adeco” (1945-48) la aspiración colectiva que impulsó el proceso de cambio, portador de una idea de democracia “mínima”, bajo la hegemonía del “Partido del Pueblo”, con la caída de la dictadura perezjimenista y a partir del Pacto de Punto Fijo de 1958, pasó a convertirse en una ideología política fundada en la aspiración colectiva de una democracia “competitiva” que, incluida en el texto de la Constitución de 1961, fue asumida por los diversos actores políticos bajo la forma de una democracia plural, de partidos. En tal sentido, frente a las tradicionales “democracias restringidas” que para la época se habían impuesto en otros países, particularmente en los países andinos, esta democracia de partidos en Venezuela, promovió significativamente la estructuración de un verdadero duopolio partidista en el período 1968-1988. El mismo representó desde entonces un modelo exitoso de democracia representativa, muy reconocido en el contexto de las experiencias latinoamericanas de las transiciones postautoritarias, aquellas que se desplegaron a fines de los 70.<sup>25</sup>

Si como hemos visto, la experiencia democrática de Venezuela en la etapa de declive del bipartidismo (1988-98) anunció el ocaso –si no el final– de la democracia de partidos, cabe identificar en este período el surgimiento de dos subclivajes.

---

25 Véase nuestros planteos sobre la democracia de partidos en Ramos Jiménez, 1995:62-71 y 2008: 163-178. Véase también Hernández y Rondón, 2005: 39-72.

En primer lugar, el subclivaje “Estado/mercado”, más estructural que funcional, que se expresa netamente durante el gobierno tecnocratizante de Pérez desde fines de los 80, impulsando políticas de corte neoliberal tendientes a reducir el intervencionismo estatal, por un lado, y las fuerzas del declinante partidismo, defendiendo cada vez con mayores dificultades un ilusorio “Estado de bienestar”, que se reveló ineficiente en el cumplimiento de su función de dirección y control social, por otro.

En segundo lugar, el subclivaje centralismo/descentralización, más funcional que el primero, lejos de coincidir con el tradicional clivaje “centro/periferia”, representó en el seno del gobierno y de los partidos una suerte de abdicación del Estado frente a las reivindicaciones de un creciente poder local y regional que, confrontando al tradicional centralismo político de corte presidencial, considerado el principal obstáculo para el desarrollo. A diferencia de otros países, este subclivaje está en el origen del surgimiento de partidos regionales sólo en número limitado, sin embargo, el mismo atraviesa a los principales partidos en la etapa del declive bipartidista. La vigencia de este subclivaje resulta notable en nuestros días, cuando frente a las pretensiones centralistas del gobierno de Chávez se ha venido constituyendo, cada vez con mayor significación, en el portador de las banderas de la descentralización político-administrativa.

Debilitada la democracia bipartidista, la ofensiva cívico-militar de Chávez comenzó por identificarse con una idea general, más abstracta que real, de “democracia participativa y protagónica”, incorporada en el esfuerzo por desplazar a la “democracia representativa” de los “partidos corruptos del puntofijismo”. De aquí que el ideal de este tipo de democracia, incorporado en el texto constitucional de 1999, expresó decididamente la voluntad política de rechazo del pasado, pasando a representar un factor fundamental en la determinación de los objetivos más emblemáticos del “proceso de cambios profundos”, propuesto por Chávez y el chavismo en el poder.

Con las elecciones regionales y presidenciales de 1998, fue tomando cuerpo un nuevo clivaje, el de “democracia de partidos/democracia plebiscitaria”, resultado de la fractura social y política

entre los portadores de una partidocracia real y los de una “nueva democracia”, participativa. Y es que, desde sus orígenes en 1992, el chavismo venía presentándose como la expresión de una “nueva democracia” que, conducida por el líder plebiscitario, se propuso sustituir la hegemonía bipartidista del pasado reciente.<sup>26</sup>

En este sentido, la constitución sociológica de una democracia plebiscitaria marcó para Venezuela la época del “retorno del líder”, fenómeno que ha caracterizado en la década de los 90 a unas cuantas experiencias neopopulistas en varios países: el Perú de Fujimori, el Ecuador de Bucaram y *mutatis mutandis*, la Argentina de Menem.<sup>27</sup> Aparentemente nuevo, el fenómeno comienza a advertirse

---

26 Nos apoyamos en la conocida proposición de Max Weber, inscrita en su sociología de la dominación, la misma que, vinculando las prácticas democráticas con las plebiscitarias, promueven aquellos ensayos democráticos proclives al reconocimiento de jefes carismáticos. Trátase de “una especie de dominación carismática oculta bajo la *forma* de una legitimidad derivada de la voluntad de los dominados y sólo por ella perdurable. El jefe (demagogo) domina de hecho en virtud de la devoción y confianza *personal* de su séquito político”. En circunstancias tales que “el jefe es sólo aquel al que la máquina obedece, aún por encima de la cabeza del Parlamento. La creación de semejantes máquinas significa con otras palabras, el advenimiento de la democracia *plebiscitaria*.” (1964: 215 y 1084).

El componente *cesarístico* de las democracias, dentro de una política de masas, no excluye la lógica clientelar que se ha logrado imponer en un electorado desencantado y por ello, desconfiado, proclive a las formas plebiscitarias de la selección de líderes políticos. El presidencialismo latinoamericano ha promovido tradicionalmente esa selección plebiscitaria, particularmente en aquellas épocas de transición hacia un nuevo régimen. Cuando la posición del presidente plebiscitario descansa en la confianza de las masas de su país y en modo alguno en la confianza del Parlamento (lugar privilegiado de los partidos), entonces la selección plebiscitaria se superpone a la selección proveniente de la lucha parlamentaria. De modo tal que el poder del presidente plebiscitario entra en relación directa con el debilitamiento del poder parlamentario (de los partidos), y ello a tal punto que el primero, elegido directamente por el pueblo, necesariamente tiende a ubicarse por encima del Parlamento (Cf. Ramos Jiménez, 1997: 66-67 y 2002: 38-39).

27 A la cuestión de saber si el llamado *neopopulismo* sirve como categoría de análisis para dar cuenta de determinadas experiencias políticas de corte antidemocrático, se ha respondido entre los investigadores latinoamericanos con el convencimiento de que el fenómeno obedece al surgimiento en ciertos países de “una

en unos cuantos proyectos desestabilizadores en los años recientes, recuperando con éxito y con frecuencia la reivindicación de las clases subordinadas y marginales (Ecuador, Perú, Bolivia y Brasil) en las que debe incluirse la pauperizada clase media, resultado de las políticas de ajuste neoliberal, clase que vive en nuestros días el desengaño de la promesa democrática.

En todo caso, la democracia plebiscitaria debe entenderse como una forma de democracia que, oponiéndose al carácter representativo o delegativo (G.O'Donnell) es asumida por sus principales actores como la expresión política personalizada del “pueblo soberano”, excluido de la competición democrática de los partidos. Trátase de una fórmula política caracterizada por un marcado antipartidismo y por la invocación abstracta del contenido democrático, reflejado en un ilusorio “plebiscito de todos los días”. En esta concepción de la política queda también excluido el propio “partido o movimiento”, el mismo que, canalizando el esfuerzo del líder plebiscitario, afirma responder al “mandato popular” recibido en sus triunfos electorales. Desde sus orígenes, el “fenómeno Chávez” prescindió de los partidos y el “movimiento”, identificado con la vocación plebiscitaria, sólo es aceptado, en la medida en que se constituye en el instrumento necesario para el fortalecimiento de la figura presidencial, conductora del así llamado “proceso revolucionario”.

---

forma de liderazgo muy personalizada que emerge de una crisis institucional de la democracia y del Estado, de un agotamiento de las identidades conectadas con determinados regímenes de partidos y ciertos movimientos sociales, de un desencanto generalizado tras la crisis de la «década perdida.» El neopopulismo responde a “la mayor o menor dificultad que tienen los países latinoamericanos para adaptar sus culturas políticas a las instituciones de la democracia; y por otro lado, a la imposibilidad de las instituciones para procesar conflictos que escapan a su propio marco cultural.” (Burbano de Lara, 1998: 10 y 22. Véase también de Moira Mackinon y Petrone, 1998; Ramos Jiménez, 1999: 181-185).



## EL SISTEMA DE PARTIDOS EN LA DEMOCRACIA PLEBISCITARIA (1998-2000)

Cuando Hugo Chávez ganó las elecciones de diciembre 1998, los partidos ya habían perdido gran parte de su tradicional liderazgo, particularmente el control que ejercían sobre las campañas electorales. De modo tal que la presencia de candidatos extra-partido obedeció en buena parte a la presencia de un clamor general del electorado propenso hacia alternativas políticas viables —en este caso más personalizadas y autoritarias— frente a los partidos. Es cierto que el despliegue en los medios de la denuncia de un número apreciable de corruptelas sin castigo y la condena, cada vez más frecuente, de dirigentes políticos altos y medios, comprometidos en malversaciones del presupuesto estatal y el tráfico de influencias, acabó desacreditando toda acción política de los tradicionales actores partidistas. La acción política devino entonces actividad degradada, ampliándose el “territorio de caza” de quienes, dirigentes recién llegados a la política, comenzaron por asumir la negación de toda política efectiva, autoproclamándose desde entonces portadores del “gran rechazo” popular de las elites.

El desarrollo de la antipolítica promovió y favoreció también la creación de “movimientos” antipartido, con capacidad innegable para desafiar a las máquinas partidistas, especializadas en ganar elecciones. Y si bien es cierto que los partidos tradicionales retuvieron parte considerable del poder parlamentario en las elecciones de Noviembre de 1998, a las de Diciembre, tales partidos y sus candidatos presidenciales llegaron disminuidos ante la prometedor y convincente fórmula Chávez.

Ahora bien, ¿debe entenderse el surgimiento del chavismo como una respuesta militar a la democracia partidista? En sus orígenes, el chavismo se manifestó ciertamente como la fuerza que canalizaba las aspiraciones políticas de un grupo de militares. El Movimiento Bolivariano Revolucionario (MBR 200) era una logia militar de alrededor de 200 miembros, que se había preparado por largos años para tomar el poder, a fin de terminar con la corrupción

y la pobreza. Luego del fallido golpe de Febrero de 1992 y en la cárcel, los “bolivarianos” dieron los primeros pasos a fin de alcanzar niveles de organización que les permitieran constituirse en el mediano plazo en una alternativa cívico-militar en el seno del sistema partidario.

En el ideario del MBR 200 encontramos una mezcla de principios bolivarianos con ciertas ideas, extraídas de su contexto, de Simón Rodríguez (el tutor del libertador) y del jefe de las revueltas populares del siglo XIX, Ezequiel Zamora. Todo dentro de una concepción general de la sociedad y de la política, más inclinada hacia un nacionalismo que integraba, con no poca dificultad, las posiciones de una extrema izquierda, nostálgica de la década de los 60, con las de la derecha más extrema, de cuño militarista.

Una vez en libertad, los cabecillas del nuevo movimiento recorrieron el país consiguiendo apreciables apoyos mediante la creación de las así llamadas Coordinadoras Bolivarianas. En 1997, el movimiento se transformó en el Movimiento V República (MVR) a fin de participar en las elecciones regionales y presidenciales de 1998.

Al principio se creyó que el MVR no contaba con los recursos exigidos para una empresa de envergadura como la que se habían propuesto sus fundadores, pero poco a poco el discurso de sus principales candidatos en auténticas cruzadas nacionales fue a tal punto persuasivo que el partido consiguió en su camino adeptos de los más diversos colores. El MVR fue recogiendo entonces todo el creciente voto castigo, ante el vacío dejado por los dos principales partidos, entrando a competir con éstos en el terreno nuevo de una política neopopulista, que se fue ampliando con el creciente descontento popular con la vieja clase política.<sup>28</sup>

---

28 Inicialmente, la composición variopinta del MVR no le daba mayores esperanzas de vida, porque un partido que había recogido a gente de la izquierda ortodoxa y extrema para unirla a los portadores de la reivindicación militarista, todo con la reciente incorporación de los frustrados del bipartidismo, difícilmente habría asegurado una relativa permanencia. Según Alberto Arvelo Ramos, el MVR estaba constituido por tres principales grupos: 1) El “chavismo popular y democrático”; 2) el de los “militaristas a ultranza”, grupo antidemocrático “cul-

En las filas del bipartidismo declinante, el desconcierto fue mayor cuando el empuje del chavismo en las elecciones de Noviembre le permitió alcanzar un número considerable de escaños en el nuevo parlamento. Y esto fue tanto más importante que el candidato Chávez comenzó a esgrimir con firmeza la bandera de la Constituyente, necesaria para establecer las bases de una “nueva república”. La conformación impostergable de un Polo Patriótico, en el que además del MVR entraron como socios menores el MAS, PPT y PCV, se presentó en diciembre ante el electorado como la fórmula efectiva para acabar de una vez con la democracia bipartidista. De aquí que el triunfo de Chávez y del MVR en 1998 debe observarse, sea como el triunfo de un antipartidismo militante, o bien, de una abstención sin precedentes en la etapa democrática.<sup>29</sup>

El primer año del gobierno de Chávez (1999) fue un año electoral como el que más: Abril (referéndum convocatorio de la Constitución); Julio (elección de los miembros de la Constituyente) y Diciembre (referéndum aprobatorio de la nueva Constitución). El carácter plebiscitario del nuevo régimen se fue acentuando desde el

---

turalmente homogéneo, con unidad de mando y objetivos inequívocos”; y 3) el de los “leninistas”, grupo antidemocrático promotor de “la dictadura de un solo partido”, que sueña con “una explosión irreversible de corte bolchevique”. (Cf. Arvelo Ramos, 1998: 33-51).

- 29) El crecimiento de la abstención electoral a partir de 1989 va de par con el declive de los partidos. Entre las principales causas del fenómeno deben destacarse: 1) El escepticismo frente a la autoridad electoral que ha permitido manipulaciones fraudulentas tendientes a favorecer a los dos principales partidos, que cuentan con una mayor representación en los órganos electorales a nivel nacional y local; 2) Parte del “gran rechazo” de los partidos, en tanto principales actores en la campaña electoral; y 3) La desmovilización de los jóvenes electores, reacios a incorporarse al Registro Electoral Permanente. Se ha calculado que en la última década, cada año cumplen la edad electoral (18 años) unas 250.000 personas, de las cuales se inscriben anualmente sólo la mitad. Si extendemos esta cantidad a los períodos electorales de 5 y 3 años, los potenciales electores no inscritos alcanzarían los 2 millones. Desde 1989, la abstención se fue ubicando por encima del 60% (elecciones regionales de alcaldes y gobernadores) y del 40 % en las nacionales y presidenciales.

primer momento, cuando una oposición derrotada no encontró la forma de unir las fuerzas disgregadas del bipartidismo. En el referéndum de abril, la extendida voluntad de cambio, impulsada por el presidente, recibió un apoyo abrumador del electorado: de un total de 12 millones de electores, el “sí” obtiene el 88% de los votos emitidos (la abstención es superior al 55%).

Pero el arrase de Chávez y del chavismo resultó concluyente con los resultados de la elección de los miembros de la Constituyente: de un total de 131 constituyentes a elegir (24 escogidos por circunscripción nacional, 104 por las circunscripciones regionales y 3 en representación de las comunidades indígenas) los candidatos del chavismo obtuvieron 123 (la abstención alcanza el 54%), ciertamente gracias al sistema electoral uninominal adoptado para la ocasión, sistema que se traduce siempre en resultados poco representativos en los que “el primero que llega se lleva todo”. Tales resultados permitieron a Chávez imponer su propio proyecto de Constitución, en forma perentoria y sin mayores contratiempos, como el proyecto político que identifica desde entonces al movimiento revolucionario. Y ello en circunstancias tales que la oposición, presente en los medios, no alcanzó mayor impacto en una opinión pública volcada hacia la política oficial de cambios. La aprobación del nuevo texto constitucional se llevó a cabo mediante referendo, en el cual el nivel de aprobación alcanzó el 72%, dejando a la oposición un íngrimo 28% (de un total de 4.819.786 votantes, con una abstención del 56%).

Un presidente en campaña electoral permanente y unos partidos ausentes de la escena política, intervinieron en el debate provocado en torno a la controvertida personalidad del presidente, que no encontró inconvenientes mayores para llegar en poco tiempo a coparlo todo. De modo tal que si la acción gubernamental se reveló ineficiente, la causa debía encontrarse, sea en la enorme tarea de desmantelamiento de los “40 años de democracia corrupta”, o bien en los imperativos jurídico-políticos de la construcción de la “V República”. Sin oposición a la vista, la “vieja democracia” quedó suspendida, a punto tal que instituciones clave, como el Parlamento y el

Poder Judicial, debían someterse a los dictados del nuevo poder.<sup>30</sup>

La recomposición de los partidos de la oposición volvió a plantearse solamente ante las elecciones de “relegitimación de los poderes” de Julio del 2000. Y, si bien el principal candidato presidencial de la oposición, un ex compañero de armas de Chávez, se presentó como el único candidato con posibilidades reales de competir por la presidencia, el apoyo de unos cuantos partidos desmovilizados y sin capacidad para articular los intereses de un electorado cautivo, ganado para los cambios, pero desconfiado frente a las orientaciones autoritarias de Chávez, no llegó a convertirse en una alternativa política real y viable.<sup>31</sup>

---

30 En la Constitución de 1999 quedó eliminado el carácter representativo del gobierno, que en adelante será “democrático, participativo, electivo, descentralizado, alternativo, responsable, pluralista y de mandatos revocables” (art. 6). Asimismo, quedó suprimida la palabra “partido” y sustituida por la de “asociaciones con fines políticos”, agregando la prohibición explícita de su financiamiento público (art.67). Ello dice mucho de la presencia avasallante en la Asamblea Constituyente de una voluntad política antipartidista, que no reparó en el hecho de que su propia organización (el MVR) iba a asumirse de todos modos como el “partido político” de Chávez y del chavismo en el poder. También resulta notable que en la composición de la nueva Asamblea Nacional, las tradicionales fracciones parlamentarias (de los partidos) fueron reconocidas como “bloques parlamentarios”, lo que ciertamente no cambiaba nada. Este caso de nominalismo constitucional puro y duro nos recuerda la conocida advertencia de Giovanni Sartori, para quien el positivismo jurídico, con su definición *formal* de Constitución, terminó distorsionando el significado de esta última y destruyendo su razón de ser: “Es necesario tener presente a este respecto que la mayor parte de los países poseen una constitución reciente, o bien porque han reescrito la anterior, o bien porque ésta comienza ahora. Y las constituciones contemporáneas –por lo general– son malas constituciones técnicamente hablando. Se encuentra en ellas deslumbrantes profesiones de fe, por un lado, y un exceso de detalles superfluos, por otro. Algunas de éstas son ya tan “democráticas” que ya no son constituciones (una constitución limita la voluntad del pueblo en no menor medida de lo que limita la voluntad de los que detentan el poder), o bien hacen el funcionamiento del gobierno demasiado complejo y complicado para permitir que funcione un gobierno, o bien ambas cosas. En estas condiciones la no aplicación puede ser un remedio a la falta de aplicación.” (1992: 23-24).

31 Las elecciones convocadas para el 28 de mayo del 2000, fueron aplazadas para el 30 de Julio, debido al retraso provocado por la improvisación del personal desig-

Los resultados de las elecciones presidenciales fueron concluyentes para la reafirmación del proyecto de cambios institucionales propuestos por Chávez: con el 56% de los votos, frente al 36% de Arias Cárdenas (ubicándose la abstención en el 44%, demasiado alta para la tradición electoral venezolana).

Pero ha sido en las condiciones mismas del ascenso de Chávez al poder, apoyadas en una suerte de ideología del “nuevo comienzo”, donde debemos encontrar su fuerza y debilidad. Porque desde el momento en que los gobernantes elegidos le negaron el derecho a intervenir a quienes estaban “contra el proceso”, adoptaron posiciones antidemocráticas, favorecedoras de un cierto arbitrario presidencial. En la medida en que El MVR y los partidos aliados le aseguraron al presidente un apoyo parlamentario no desdeñable, el presidente se vio motivado para insistir en su empeño de imponer su voluntad en los más mínimos detalles, a punto tal que el debate o deliberación democrática quedaron excluidos de la lucha política democrática en los años siguientes. Si a ello agregamos la conformación de un “fuero” militar, explícito en la Constitución, que excluye control civil alguno, sobran elementos para advertir sobre la deriva autoritaria (militarista) del nuevo régimen.

En tanto *party-government*, el MVR comenzó a moverse en el sentido de promover un mayor nivel organizativo, aunque las

---

nado para el Consejo Nacional Electoral y la complejidad de la automatización del acto electoral contratado con algunas empresas extranjeras. Con la automatización del sufragio se pretendió acabar con las manipulaciones fraudulentas del escrutinio que, con frecuencia, quedaba en manos de aquellos partidos que podían cubrir con sus delegados la totalidad de las mesas electorales, influyendo por lo mismo en la confección de las actas, en las que los candidatos sin representantes no podían defender sus votos, que les eran escamoteados a favor de las candidaturas que sí estaban representadas. (Cf. Gabaldón, 1992: 94).

El aplazamiento de las elecciones jugó a favor de las candidaturas de Chávez y del chavismo (gobernadores, alcaldes y representantes ala Asamblea Nacional). Aunque el inesperado repunte electoral de AD a nivel nacional y local resultó decisivo (el partido obtiene 34 diputados y casi la mitad de las alcaldías en el país), sirviendo de base a quienes defendían entonces la tesis de un eventual retorno adeco a mediano plazo.

exigencias gubernamentales y parlamentarias le impidieron, en una primera etapa, proceder a la necesaria formación de los cuadros requeridos para afirmarse como el instrumento de intermediación entre el presidente y la población. Dentro del sistema de partidos y en cuanto partido oficial, el MVR se propuso cumplir el rol y función de partido predominante —con la mayoría de escaños en la nueva Asamblea Nacional—, con pretensiones hegemónicas inculcables.<sup>32</sup>

Si en el examen del nuevo sistema de partidos utilizamos el *continuum* derecha-izquierda, aplicándolo al contenido comportamental de las diversas fuerzas políticas en presencia, en su relación con diversos temas políticos más o menos concretos, el primero no reflejará otra cosa que la posición fragmentada de los electores en determinadas áreas conflictivas, así como una amplia gama de sentimientos y creencias sobre los asuntos políticos de mayor relevancia.<sup>33</sup>

En esta perspectiva, la proposición de Sartori sobre los sistemas partidarios resulta operativa sólo si nos detenemos a observar el juego de actitudes y prácticas políticas efectivas en el sistema políti-

---

32 Apoyándose en el trabajo citado de Jean Blondel, en escrito reciente Arend Lijphart ha propuesto distinguir los *sistemas multipartidistas con un partido dominante* de los *sistemas multipartidistas sin un partido dominante*. Cf. Lijphart, 2000: 75-76; Cf. Randall, 2001:238-260. Véase también Mair, 1998; Cf. Gunther, Montero y Linz, 2002: 291-317).

A partir de las elecciones de julio 2000, el sistema venezolano de partidos se acerca al primer caso, si tomamos en cuenta el predominio del MVR en escaños en el Parlamento. El número efectivo de partidos se reduce cuando encontramos coaliciones como la chavista, integrada por partidos estrechamente aliados: MEP, PPT y PCV. También con respecto a la oposición: AD, COPEI, Primero Justicia, MAS y la Causa Radical, que en la Asamblea votan siempre juntos contra la coalición gobernante.

33 En el apéndice de su libro clásico sobre los sistemas de partidos, Giovanni Sartori —conjuntamente con Giacomo Sani— insiste en la necesidad de medir la distancia ideológica de los partidos dentro del sistema, todo a partir del continuum izquierda-derecha, que según él refuerza la función identificadora de los partidos, admitiendo en todo caso que ese continuum será siempre multidimensional (1992: 413-450).

co venezolano ante el “fenómeno Chávez”. Asimismo, resulta significativo el hecho de que la dinámica partidista se haya movido hacia posiciones polarizadas en la arena electoral. Y esa distancia o separación resulta cada vez más percibida por las elites dirigentes, tanto en la manera de plantearse los objetivos como en la determinación de los medios para alcanzarlos, amén de que el discurso chavista posee contenidos mucho más ideológicos que los que han caracterizado a las prácticas de los diversos actores políticos —un tanto pragmáticas— del pasado reciente.

Las posiciones dentro del espectro izquierda-derecha también resultan determinantes como criterio para establecer la importancia o relevancia de un partido, independientemente de su fuerza numérica: pequeños partidos como el PPT y el PCV han adquirido mayor relevancia a partir de su posicionamiento en el sector de la izquierda chavista. En cuanto a los partidos de la oposición de centro, con AD y COPEI recogiendo la fuerza de los dos nuevos partidos, PJ y PV, hacia su derecha, el distanciamiento con el gobierno de Chávez adquiere matices, más ideológicos que de intereses, desde el momento en que las fuerzas de la oposición se plantearon como tarea prioritaria la defensa de las conquistas democráticas (descentralización político-administrativa, preeminencia del poder civil sobre el militar, etc.) frente a la deriva autoritaria del nuevo régimen. De aquí que las tres elecciones dentro del proceso constituyente de 1999 (convocatoria, elección de los constituyentes, aprobación del texto constitucional) y de relegitimación de los poderes ejecutivo y legislativo en 2000, se hayan planteado como una serie de plebiscitos, en los que entra en juego, en lugar prominente, nada más y nada menos que el apoyo a la persona del presidente Chávez.

A partir de las elecciones presidenciales de 1998, esta polarización efectiva ha marcado la competición que se instala en el “mercado común” de los votos. Como lo ha observado Sartori: “Hay «competición» sólo cuando los partidos asumen riesgos en el área común en el que pueden ganar o perder votos. Desde esta perspectiva, no puede haber competición sin un mercado común



o fuera de él”.<sup>34</sup> En el caso de Venezuela, en los primeros años del presente siglo, la alta polarización del electorado favoreció e impulsó la instauración de una genuina democracia plebiscitaria, que desde entonces se fue constituyendo en torno de la personalidad del presidente carismático. En tal sentido, esa democracia plebiscitaria será siempre una democracia “difícil” (Danilo Zolo), atravesada ciertamente por una gran diversidad de posiciones conflictivas, que en las situaciones de negociación y competencia resulta contrarrestada por la imposición de la fuerza hegemónica de un “presidente personal” y de su partido.

La simplificación de la polarización se produce cuando la oposición se sitúa de un solo lado respecto del gobierno, independientemente del número de partidos que la conformen. En la experiencia venezolana de la época que precedió al referendo revocatorio de 2004, como hemos visto más arriba, hemos identificado en la oposición seis partidos relevantes que, si bien es cierto se presentaron por separado en las primeras elecciones de la “era de Chávez”, conservaron en el corto plazo una limitada capacidad para sumar fuerzas (potencial de coalición), en la medida en que el gobierno de Chávez y el chavismo en el poder se orientaron decididamente hacia la conformación de un bloque monolítico en defensa de la “revolución pacífica”.

Asimismo, la configuración sistémica de los partidos venezolanos corresponde a la de un *pluripartidismo polarizado*, en el que prevalece una línea de oposición que va a desembocar en la formación de amplias coaliciones partidistas en el gobierno y en el espacio de la oposición. Este modelo sistémico partidista oscila entre el sistema de partido predominante y el pluralismo polarizado (G. Sartori). Una tal polarización se produce cuando las coaliciones de gobierno

---

34 Sartori, 1992: 446. Apoyándose en la concepción económica de la democracia de Anthony Downs, Alan Ware asume también la *competición espacial* de los partidos como una actividad que siempre obedece al espectro izquierda-derecha con alto contenido ideológico (Cf. 1996: 18-20). También utilizando la analogía con el mundo económico, Albert O. Hirschman, se ha detenido un tanto en la relación entre el *duopolio espacial* y los sistemas bipartidistas (Cf. 1977: 66-67).

y de oposición giran en torno de dos partidos principales, con capacidad para nuclear las fuerzas coligadas.<sup>35</sup> Trátase de una oposición estable entre los dos polos, del gobierno y de la oposición, ubicando a las dos coaliciones partidistas en pugna por apoderarse del centro: de la izquierda hacia el centro (MVR, MAS, PPT y PCV) y del centro hacia la derecha (AD, COPEI, PJ, LCR y PV).<sup>36</sup>

En efecto, las condiciones para que el MVR se convierta en el partido predominante, se reunieron en parte a partir del Referendo de 2004, extendiéndose hasta las elecciones presidenciales de 2006,

---

35 El *pluripartidismo polarizado* equivale al pluralismo moderado de la tipología de Giovanni Sartori, en la medida en que el sistema partidario no se basa en el centro y la oposición viable siempre es bipolar (de la izquierda hacia la derecha), al contrario del pluralismo polarizado que será siempre multipolar (varias oposiciones bipolares). En el caso de Venezuela, el partido AD ocupa el lugar principal de la oposición electoral a Chávez en su primer año en el gobierno, esto luego de haber obtenido 34 escaños en la Asamblea de 163 miembros, lo que le permitió llevar la “voz cantante” de la nueva oposición. (Cf. Ramos Jiménez, 1995: 355-356 y 2001: 320-321).

36 Paradójicamente, cuatro partidos de la oposición de seis tienen raíces democristianas, lo que no ha contribuido hasta aquí para que se plantee una estrategia unificadora de la familia demócrata cristiana, ello le habría permitido hacerse fuerte ante AD en el seno de la coalición de oposición. Esa unificación ya había sido intentada por Rafael Caldera desde el gobierno, pero chocó con una elite poco dispuesta al trabajo partidista de largo plazo. Asimismo, el nuevo y pequeño partido del candidato perdedor Francisco Arias Cárdenas (Partido Unión) no estuvo a la altura en momento alguno para convertirse en un partido relevante dentro de la coalición de oposición. Cabe destacar el hecho de que el ex comandante cuenta con un récord mundial, al parecer imbatible, el de haber obtenido cerca del 40% de los votos en las elecciones presidenciales del 2000, sin haber ubicado a un solo miembro de su partido en la Asamblea Nacional que funciona en el período 2000-2005. En su entrevista con Alonso Moleiro, Teodoro Petkoff cuenta parte de su experiencia como fundador del MAS y su abandono del partido cuando el equipo dirigente del mismo decidió alinearse con la candidatura anti-sistema de Chávez en la campaña electoral de 1998. No deja de ser relevante el hecho de que Petkoff funde un periódico –en el que milita actualmente– después de dejar su partido, cambiando su actividad de político profesional por la del periodismo político. Ello ocurre cuando los medios habían desplazado significativamente a los partidos políticos tradicionales en la función de creación de opinión pública (Cf. Moleiro, 2006: 203-213).

cuando Chávez procede a reconstruir el partido oficial que, desde entonces, le sirve de base a su gobierno y proyecto de poder.<sup>37</sup>

En esta perspectiva, la extrema dependencia de la coalición gobernante hacia la figura presidencial redujo significativamente su acción y protagonismo en el espacio de un desmantelado sistema bipartidista. Y en el campo de la coalición opositora, unos cuantos partidos, viejos y nuevos, encontraron barreras infranqueables en el extendido descrédito de una clase política deslegitimada (*Cf.* Ramos Jiménez, 2001: 70-71).

En la medida en que la vocación plebiscitaria del régimen se fue imponiendo de elección en elección, como lo veremos más abajo, todo esfuerzo de estructuración partidista de carácter autónomo resultó neutralizado –la articulación de intereses contrapuestos se reveló muy difícil si no provisional– por las presiones electorales sucesivas, a punto tal que quedó fuera de lugar la posibilidad de despliegue de una genuina política de partido, antídoto requerido para confrontar las veleidades autoritarias de una política personalizada, reñida con la práctica democrática.

## ¿HACIA UN NUEVO SISTEMA DE PARTIDOS?

Los esfuerzos oficialistas por convertir al MVR en el núcleo duro de un nuevo partido oficial fueron mayores luego del reconocido triunfo de Chávez en las presidenciales de 2006. La necesidad de hacerse con el control de todas las fuerzas del chavismo, reunidas en

---

37 Para la época, la falta de experiencia política en la generación menor de 40 años fue determinante, en la medida en que terminó afectando a todos los partidos de la oposición. Asimismo, la baja en la tasa de afiliación partidista ya era muy apreciable en los últimos 15 años del bipartidismo. Quienes dentro de su propio partido pugnaron por posicionarse en los puestos de dirección, encontraron en AD y COPEI la resistencia de equipos dirigentes experimentados, altamente especializados en la maniobra y la componenda. (*Cf.* Ramos Jiménez, 1999: 41. Véase también el trabajo de Manuel Hidalgo Trenado: 2000: 91-160).

el seno de un partido que, para algunos –los más radicales–, debía ser *único*, o *unido*, para otros –los moderados–, movió la política oficial interna hacia el desmantelamiento del “territorio enemigo” de la oposición partidista.<sup>38</sup>

El proceso de estructuración del nuevo partido, el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) arrancó con la conformación de una Comisión Promotora en Febrero de 2007. Para el 5 de marzo, Chávez procede a la designación de un Comité Técnico que, incluyendo a sus más cercanos colaboradores, debía proceder de inmediato a la juramentación de los primeros militantes en una primera fase y a la formación de unidades de base, pasando luego a la realización de un congreso fundacional, al que asistirían los voceros elegidos de tales unidades de base, cuya función consistiría en debatir y diseñar la plataforma ideológica del partido, que debía aprobarse en elecciones internas a nivel nacional.<sup>39</sup> Si bien es cierto

---

38 El anuncio del nuevo partido se produjo el 16 de diciembre de 2006, cuando el reelegido Chávez se dirigió al “Comando Miranda”, para advertirle sobre la necesidad de integrar todas las fuerzas de la coalición electoral oficial. En tal sentido, el presidente dejó establecido el hecho de que “los votos para la reelección presidencial no eran de los partidos, sino del pueblo para él” (Granda, 2008: 16), de modo tal que en adelante, en el seno del nuevo partido, debía considerarse que “esos votos son de Chávez, esos votos no son de ningún partido” (*El Universal*, 6/2/2008). Un año después, el partido “no había terminado de nacer”, aunque el presidente fundador tenía presente la idea propuesta un año antes, en el momento de su fundación: “Los partidos deben olvidarse de los colores, de las siglas. Eso es intrascendente. Lo importante es un partido de la patria. Aquellos que no quieran formar parte pueden seguir su camino, no cuenten con seguir en el gobierno” (*El Universal*, 6/02/200).

39 El “parto” del recién nacido partido confrontó unas cuantas dificultades, derivadas de la negativa de los tres principales partidos aliados (PPT, PCV y Podemos) ante la demanda presidencial de proceder a su inmediata disolución y fusión en la nueva estructura partidista. Ello está en el origen del fracaso oficial en el referendo constitucional de diciembre de 2007. La tentativa por reconstituir la coalición triunfadora de diciembre de 2006, habría de fracasar de cara a las elecciones regionales de diciembre de 2008, cuando los viejos aliados del chavismo presentan candidatos propios por fuera del partido oficial chavista. La así llamada “disciplina revolucionaria” no funcionó cuando pequeños movimientos aliados siguieron haciendo vida propia. Tal es el caso del reducido Movimiento Electoral

que en el seno del partido se insiste en señalar el hecho de que el PSUV no es “el MVR con otro nombre”, su verticalismo estructural, tanto como su subordinación al proyecto personal de Chávez, lo inscriben dentro de la tradición neopopulista latinoamericana. De modo tal que su retórica izquierdista y antiimperialista no ocultan el cemento carismático que rige su funcionamiento, sea en la arena partidista, o bien en el seno del sistema partidista en construcción, dentro de un contexto caracterizado por el desmantelamiento institucional.

En el campo de la oposición, a los tradicionales AD y COPEI, se unieron PJ, el MAS y el recién creado Un Nuevo Tiempo (UNT), fortalecido este último a partir del liderazgo regional del candidato presidencial Manuel Rosales. En tal sentido, la coalición opositora, después de un largo “camino del desierto”, pudo reconstituir sus fuerzas a partir de su victoria electoral en el Referendo Constitucional de diciembre de 2007. A punto tal que sus avances político-electorales en las elecciones regionales de Noviembre de 2008, se han constituido en la base firme de un relanzamiento de la “forma partidista de hacer política” en el seno de una sociedad movilizada, en torno de la idea de defensa del sistema democrático frente a las pretensiones hegemónicas de Chávez y del chavismo en el poder.<sup>40</sup>

---

del Pueblo (MEP), del Movimiento Cívico Militante (MCM), Unión Patriótica de Venezuela (UPV de Lina Ron), Independientes por la Comunidad (IPC), Movimiento Tupamaro (de la izquierda extremista) y los Círculos Bolivarianos (*TalCual*, 4/03/2008).

40 La propuesta presidencial de una “enmienda constitucional” orientada hacia la reelección indefinida de Chávez, luego de su segunda derrota electoral, pasa a constituirse en el elemento unificador de una oposición ahora fortalecida, significativamente centrada en los partidos. Asimismo, el surgimiento de un nuevo liderazgo en el espacio de la oposición, canalizado por un activo movimiento estudiantil –nacido del movimiento contra el cierre de RCTV en mayo de 2007– ha servido de plataforma social y política para la movilización de la clase media urbana y de un vasto sector de las clases deprimidas de las grandes ciudades contra las pretensiones hegemónicas del partido y movimiento del chavismo en el poder. Ello puede corroborarse en el estudio y análisis de los resultados de

Asimismo, el nuevo protagonismo de una disidencia interna al movimiento chavista –con candidatos propios, en un buen número de Estados– anuncia la conformación de un “tercer sector” que, alejándose de la coalición oficial, se niega a integrar las fuerzas de la oposición democrática.<sup>41</sup>

---

las regionales del 23 de noviembre de 2008. En este contexto, el relanzamiento partidista debe señalarse en el origen de un intento renovado de reconstrucción del sistema de partidos, sobre bases alternativas –menos clientelares– a las del tradicional bipartidismo. (Véase Maingon, 2007: 77-111).

41 De los 7,3 millones de votos que reeligieron a Chávez en diciembre de 2006, 4,8 de electores sufragaron por el presidente con la tarjeta del partido oficial MVR, mientras que el resto de los votos correspondían a los partidos aliados: Podemos (750.000 votos), PPT (591.000 votos) y PCV (350.000), votos requeridos para derrotar al candidato de la oposición (*El Universal*, 06/02/2008). En el avance electoral de la oposición en las regionales de Noviembre de 2008, el “voto disidente” puede establecerse alrededor de 600.000, desmintiendo con ello la pretensión de Chávez sobre la “propiedad” de tales votos (Véase nota 38, en este capítulo).

6 •

---

FORMACIÓN  
Y CONSOLIDACIÓN  
DE UN  
AUTORITARISMO  
ELECTORAL





La experiencia venezolana que se extiende desde las elecciones generales de 1998 hasta nuestros días constituye, en nuestra perspectiva, todo un desafío para la *comparatística* latinoamericana actual. Modelo de “democracia de partidos” hasta no hace mucho —cuarenta años de democracia bipartidista— la política venezolana pasó a convertirse en el laboratorio de experimentos políticos de nuevo tipo. Y es que, a la “Venezuela de Chávez” vuelven su mirada unos cuantos actores de la vieja y nueva “clase política” en nuestros países, en busca de alternativas viables o desarrollos posibles de las democracias electorales en funcionamiento.

Y no es para menos. En la hoy extendida discusión sobre el caso de Venezuela, los esfuerzos y preocupaciones intelectuales parecen haberse orientado a través de una amplia reflexión sobre la especificidad de una experiencia específica que, de manera convencional, ha sido identificada como la más o menos larga etapa de transición social y política. Y, si bien es cierto que el desarrollo político venezolano de los últimos ocho años debe destacarse en toda su dimensión, dentro del contexto regional de la *democratización*, decisivamente anclada esta última en la arena moviediza de una democracia electoral en funcionamiento, no es menos cierto que la conocida hipótesis del *excepcionalismo venezolano*, objeto de discusiones acaloradas y encendidos debates en los años recientes,

ha pasado a constituirse en una fuente de interés extendido entre los investigadores del área (Levine, 1994; Coppedge, 1994; Crisp, 2000 y Lalander, 2004, se cuentan entre los trabajos más representativos de la tendencia).

Como lo hemos abordado en los capítulos precedentes, aquí nos ocuparemos del estudio de un proceso político que, inscrito originalmente como democracia electoral, a partir de las elecciones nacionales y regionales de 1998, se fue desplegando hacia formas plebiscitarias de participación —catorce elecciones y referendos en un período de diez años— constituyéndose en la base firme de una genuina democracia plebiscitaria.<sup>1</sup> Proceso éste que coincide en el tiempo con las transformaciones de la política de fin de siglo y con bien determinadas particularidades del sistema político venezolano que, como lo hemos visto más arriba, obedecen principalmente a la naturaleza del tipo de liderazgo que ha logrado imponerse en el vacío dejado por el tradicional liderazgo partidocrático, predominante en la época del bipartidismo. Es en este sentido que, han ido cobrando cuerpo en nuestro medio unos cuantos elementos decisivos para la discusión y debate sobre la función determinante de lo político-electoral en contextos específicos, profundamente marcados por la presencia de un liderazgo carismático, personalizado y centralizado en la figura presidencial.

En esta perspectiva, es preciso volver a plantearse cuestiones tales como: ¿para qué sirven las elecciones?, ¿cuál es la naturaleza de las elecciones diversas: presidenciales, parlamentarias, regionales y locales?, ¿constituye la democracia electoral el elemento definitorio de las neodemocracias latinoamericanas? y, en fin, ¿la deriva autori-

---

1 Desde mi primera aproximación político-comparativa del “fenómeno Chávez”, he venido planteando la hipótesis de una democracia plebiscitaria en Venezuela (Ramos Jiménez, 2002: 15-46). Para ello, me he apoyado en unas cuantas propuestas originales de Max Weber. Algunas revisiones recientes de la teoría weberiana de la democracia reafirman la tesis de una cierta desidealización del concepto, vinculándola con el contenido que Weber le asigna a su concepto de “democracia de líderes plebiscitarios” y a la adscripción de la misma al tipo de dominación carismática (Abellán, 2004: 204).

taria del gobierno de Chávez forma parte del proceso de construcción de un autoritarismo electoral?<sup>2</sup>

## UNA CUESTIÓN DE MÉTODO

Una ya creciente discusión en los años recientes sobre lo que se ha dado en llamar *autoritarismo electoral* puede ayudarnos en la tarea de identificar el modelo político que se ha impuesto en la Venezuela de Chávez y del chavismo en el poder. En la medida en que las transiciones latinoamericanas a la democracia se han ido adaptando a diversos tipos de democracia electoral, también parecen haber puesto simultáneamente las bases para nuevos tipos de autoritarismo. De acuerdo con Andreas Schedler, las transiciones latinoamericanas, “han generado regímenes que celebran elecciones y toleran cierto grado de pluralismo y competencia multipartidista, pero (que) al mismo tiempo quebrantan las normas democráticas mínimas de manera tan grave y sistemática que no tiene sentido clasificarlos como democracia, por más salvedades que se introduzcan. Estos regímenes electorales no representan formas limitadas, deficientes o distorsionadas de democracia; *son más bien ejemplos de gobiernos autoritarios*”. (2004: 137-138. Las cursivas son mías).<sup>3</sup>

---

2 Esto resulta particularmente relevante si nos detenemos a observar los estudios electorales recientes en nuestros países, en la medida en que con frecuencia los mismos no van más allá de lo que hace cierto tiempo Guy Hermet, en un texto muy influyente, denominó “descripciones serias”. Al parecer, estas últimas dejaron para “los que vienen después”, sea el ejercicio de una genuina interpretación sociopolítica, o bien el de una sólida reflexión metodológica (1982: 37). Ello resulta relevante, en la medida en que se ha vuelto una exigencia omnipresente para la sociología política latinoamericana, superar toda la gama de análisis enjundiosos que nos exponen sistemáticamente las estadísticas electorales, sin proceder al tratamiento sociológico requerido de sus consecuencias para el sistema político en su conjunto.

3 La investigación sobre el *autoritarismo electoral*, arranca originalmente a partir de replanteamientos comparativos, controvertidos e innovadores, publicados por el *Journal of Democracy* en 2002, al parecer como reacción a una propuesta-

En efecto, cuestiones tales como la naturaleza y contenido de los diversos regímenes de la transición constituyen en nuestros días parte fundamental de los *methodological challenges* de la ciencia política latinoamericana, puesto que las definiciones tradicionales del fenómeno resultan hoy en día un tanto obsoletas. De modo tal que el estudio del tradicional clivaje democracia/autoritarismo sólo nos sirve en un plano general de la investigación, que requiere mayores desarrollos en el tratamiento detenido y detallado de los diversos procesos vividos por nuestros países con la entrada del nuevo siglo.<sup>4</sup>

Otro tanto ocurre con la tesis de los “regímenes híbridos” de Larry Diamond, para quien, la realidad empírica de unos cuantos países –en los que incluye a Venezuela– es mucho más compleja de los que era hace dos décadas: “Estamos saturados de definiciones, estándares y herramientas de medición, pero lo curioso es que –un cuarto de siglo en la “tercera ola” de democratización y renacimiento que suscitó los estudios comparativos democráticos– estamos muy lejos del consenso de lo que constituye la “democracia” y aún tenemos problemas para clasificar los regímenes ambiguos.” (Diamond, 2004: 117; Cf. Keman, 2002: 5-6).

El examen del fenómeno electoral venezolano de la última década, en sus manifestaciones autoritarias específicas, aporta unos cuantos elementos de explicación sobre la naturaleza del “experimento” autoritario de nuevo tipo en nuestro país en los años recién

---

invitación de Thomas Carothers a superar el *Transition Paradigm*. Su impacto en nuestros países comienza en 2004 con una traducción de los principales escritos en la *Revista Estudios Políticos* de Medellín (Colombia).

- 4 La definición y descripción de los regímenes políticos comporta hoy en día unas cuantas imprecisiones. Los esquemas de medición dicotómicos y continuos no han logrado aclarar los “lugares oscuros” de la conceptualización buscada. “The oft-repeated phrase that there are distinctions “of kind” and “of degree” –observa Gerardo L. Munck– and that they should not be confused indicates how deeply this stark choice is ingrained in current thinking. Even self-consciously methodological discussions of measurement focus on the pros and cons of choosing dichotomous or continuous measures without ever addressing the wisdom of this dichotomous choice. Yet this supposedly critical choice is a fallacy based on a false dilemma.” (2006: 29).

tes. Cuestiones tales como el “vaciamiento de la representación”, la práctica de “políticas de exclusión” y, en fin, la profundización del “desencanto democrático” entre los ciudadanos, pueden ser explicadas mejor a partir del análisis sociológico de las elecciones nacionales y locales en Venezuela, configurando un caso de *autoritarismo electoral* que, como veremos más abajo, encaja en la proposición básica de Schedler, puesto que se trata de “régimenes autoritarios electorales (que) ni practican la democracia ni recurren regularmente a la represión abierta. Organizan elecciones periódicas y de este modo tratan de conseguir, cuando menos, *cierta apariencia de legitimidad democrática*, con la esperanza de satisfacer tanto a los actores externos como a los internos. Al mismo tiempo, *ponen las elecciones bajo estrictos controles autoritarios*, con el fin de consolidar su permanencia en el poder. Su sueño es *cosechar los frutos de la legitimidad electoral sin correr los riesgos de la incertidumbre democrática*” (Schedler, 2004: 138. Las cursivas son mías).

Ciertamente, la democracia electoral y el autoritarismo electoral constituyen dos categorías simétricas que se interponen entre los dos polos opuestos, de la democracia liberal y el autoritarismo cerrado. De modo tal que la frontera que se establece entre la democracia electoral y el autoritarismo electoral radica en el hecho de que en la primera, las contiendas cumplen con las normas democráticas mínimas, mientras que en el segundo, tales contiendas son parodias de elecciones que sólo excepcionalmente deberían tomarse en serio.<sup>5</sup>

---

5 Haciendo referencia a la *dinámica* específica del autoritarismo electoral y en escrito reciente, Schedler observa: “Electoral authoritarian regimes set up the whole institutional landscape of representative democracy. They establish constitutions, elections, parliaments, courts, local governments, subnational legislatures, and even agencies of accountability. In addition, they permit private media, interest groups, and civil associations. Although none of these institutions are meant to constitute countervailing powers, all of them represent potential sites of dissidence and conflict. Without ignoring these multiple sites of contestation, the notion of electoral authoritarianism privileges one of them –the electoral arena–. It assumes that elections constitute the central arena of struggle” (Schedler, 2006: 12; Cf. Levitsky y Way, 2004: 162).

Por su parte, Steven Levitsky y Lucan A. Way, advierten sobre el hecho de que los investigadores han tratado hasta aquí a los autoritarismos electorales como formas incompletas o en transición a la democracia. Así, lo que estos autores describen como *autoritarismos competitivos*, en los cuales “las instituciones democráticas formales son ampliamente vistas como medios principales para obtener y ejercer la autoridad política. Los funcionarios violan estas reglas con mucha frecuencia hasta el punto de que el régimen no logra tener los estándares mínimos convencionales para la democracia”, constituyen regímenes que deben diferenciarse, por un lado, de la democracia y por otro, del autoritarismo absoluto (2004: 161). Y si bien es cierto que en tales regímenes se dan con regularidad elecciones sin fraude, “los funcionarios abusan constantemente de los recursos del Estado, no ofrecen a la oposición un cubrimiento adecuado de los medios, persiguen a los candidatos de la oposición y a sus seguidores y, en algunos casos, manipulan los resultados de la elecciones” (*Ibid.*: 162).

Si bien es cierto que en la explicación politológica de lo electoral encontramos con frecuencia visiones intervencionistas sobre la realidad, no debe sorprender entonces el hecho de que las interpretaciones del fenómeno hayan sido asumidas en el pasado bajo la forma de visiones “interesadas” o “parcializadas”, inscritas ciertamente dentro de lo que Guy Hermet destacó hace cierto tiempo como parte de una “heurística de la democracia pluralista”, concebida “fundamentalmente, como una heurística de las elecciones competitivas” (1982: 18).

Ahora bien, en la medida en que la iniciativa electoral en la mayoría de los casos no corresponde a los ciudadanos electores, sino más bien a quienes ocupan los puestos de dirección (gobernantes) o de decisión (actores políticos), el espacio para el control y manipulación de los procesos electorales casi siempre resulta exterior a los sujetos de la práctica electoral, desvirtuando de este modo uno de los principios esenciales de la democracia representativa, que consiste en la práctica de elecciones libres y justas –sin presiones ni amenazas– y la escogencia entre dos o más candidatos o listas de

candidatos competidores, de acuerdo con reglas preestablecidas, excluyendo por principio la falsificación de los escrutinios.

Asimismo, asumimos aquí en toda su extensión la advertencia de Juan J. Linz, según la cual: “los estudios sobre las elecciones en las democracias pluralistas se han limitado, con algunas excepciones, a analizar la conducta y las actitudes de los electores, más que a estudiar las funciones que ejercen las elecciones sobre el *leadership* (liderazgo) y el sistema político” (Linz, 1982: 91; Cf. Linz, 2000). Nuestro análisis sociopolítico de las elecciones venezolanas de la época reciente se inscribe en esta segunda orientación, extendiéndose el mismo hacia aquello que, al parecer, ha permanecido implícito si no marginado en los trabajos electorales locales recientes.<sup>6</sup>

Entre 1998 y 2008 hemos asistido en Venezuela a catorce comicios electorales de carácter nacional, regional y local, todos inscritos dentro de un proceso de cambios que, como lo veremos más abajo, constituyen el *núcleo duro* del experimento chavista. Una observación comparativa de los mismos revela en principio la especificidad de los cambios producidos en la relación entre gobierno y ciudadanos electores, por una parte, y las consecuencias para la vida pública, derivadas principalmente del desmantelamiento institucional del “antiguo régimen”, por otra. De aquí que las tensiones y alta conflictividad vividas en este periodo de la historia venezolana reciente, no han sido otra cosa que el reflejo de una polarización, más política que social, entre los actores sociales individuales y colectivos.

Después de identificar el contenido autoritario y plebiscitario del conjunto de comicios, procederemos al examen y análisis de cada uno de tales eventos electorales en el periodo mencionado, partiendo del presupuesto de que los mismos han pasado a formar parte de una dinámica autoritaria particular más amplia que, debe enten-

---

6 Los *déficit* explicativos en los estudios electorales recientes sobre Venezuela nos parecen reveladores de una tendencia, extendida entre los especialistas, hacia una neutralidad “desideologizada”, definitivamente desconectada del debate público. Entre los trabajos más representativos en nuestro país, véase Molina Vega y Pérez Baralt, 1996; Molina Vega, 2001; Sonntag y Maingon, 2001 y Kornblith, 2001 y 2004.

derse orientada hacia la construcción de un autoritarismo electoral, cuya consolidación configura la premisa básica para la constitución de una democracia plebiscitaria, específica para Venezuela.

## LA CONSTRUCCIÓN DEL AUTORITARISMO ELECTORAL

El periodo histórico que para Venezuela se abre con las elecciones de 1998, extendiéndose hasta nuestros días, debe considerarse como una etapa de transición hacia un “nuevo régimen”. En nuestra hipótesis de trabajo, la elección de Rafael Caldera en 1993 establece una suerte de parteaguas que, dejando atrás los años del duopolio partidista, abrió las compuertas a una situación, aparentemente sin precedentes, enmarcada en un clima de graves tensiones sociales, que se desembocan en situaciones de ingobernabilidad e incertidumbre<sup>7</sup>.

En este contexto, las elecciones y referendos, incluidas las presidenciales de 1998, fueron adquiriendo un marcado carácter *plebiscitario*, provisto de fuertes connotaciones legitimadoras. Apartando las primeras (1998), en las que la competencia electoral estuvo garantizada por la presencia de un órgano electoral imparcial, tanto las elecciones y referendos del proceso constituyente de 1999, como las correspondientes a la así llamada “relegitimación de poderes” en el 2000, fueron configurando todo un conjunto de elecciones *semicompetitivas*, en el sentido de que las mismas obedecen a un patrón específico que las distingue significativamente de las elecciones competitivas.

Si partimos del hecho de que en una democracia electoral las elecciones siempre serán *competitivas*, en la experiencia venezola-

---

7 Cf. Ramos Jiménez 1999. Los 40 años de hegemonía bipartidista, desplegados bajo la forma de una “democracia de partidos”, fue satanizada por las fuerzas nacientes del chavismo radical a fines de la década de los 90, dejando preparado el terreno para una experiencia de corte autoritario y plebiscitario que, autoproclamada de “izquierda”, combinaba unos cuantos ingredientes del populismo y militarismo latinoamericanos. Cf. Coppedge, 2005: 291-293.



na reciente estamos en presencia de “unas elecciones que no son como *las otras*”, puesto que las mismas no se extienden más allá de la observancia de unos mecanismos básicos, a la larga irrelevantes: “La regularidad técnica del escrutinio (acceso a las urnas, recuento de votos, etc.) –ha observado Alain Rouquié– evidentemente no confirma el carácter competitivo. El pluralismo de las candidaturas o de las opciones y la ausencia de obstáculos en la presentación de los candidatos, o en la emisión del sufragio, tampoco confirman el carácter competitivo.” (1982: 55).

Por otra parte, también es preciso destacar el hecho de que las elecciones venezolanas sucesivas de los últimos diez años no parecen inscribirse dentro de lo que generalmente se admite como elecciones “no competitivas”, típicas de los regímenes totalitarios. Sin embargo, aquí asumimos el hecho de que estamos en presencia de elecciones *semicompetitivas* –también llamadas “pseudocompetitivas”–, en la medida en que las mismas cumplen la función de simulacro necesario para legitimar determinadas relaciones de poder entre gobernantes y gobernados, exigiendo para su conocimiento y análisis la identificación de sus dimensiones autoritarias o antidemocráticas, dentro de lo que llamaríamos el *fenómeno electoral plebiscitario*.

A partir de la muy citada advertencia de Robert Dahl, inscrita en su concepción de la *poliarquía*, “el gobierno democrático se caracteriza fundamentalmente por su continua aptitud para responder a las preferencias de sus ciudadanos, sin establecer diferencias políticas entre ellos”, diversos autores se han detenido en la observación de aquellas condiciones que, en los años recientes, reflejan la presencia de ingredientes autoritarios, tanto en la práctica electoral como en el funcionamiento del sistema político (Cf. Ottaway, 2003; Myers y McCoy, 2003; Mainwaring, Bejarano y Pizarro, 2006).<sup>8</sup>

---

8 En su texto clásico, Robert Dahl describe a la democracia política vinculando las “preferencias de los ciudadanos sin distinciones políticas” con la “igualdad de oportunidades” para: “1. Formular sus preferencias. 2. Manifestar públicamente

De hecho, la presencia de elecciones *semicompetitivas* –insuficientes para caracterizar a un régimen como democrático– no es sino el resultado del falseamiento de la competición electoral en Venezuela, posterior a las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1998. Incorporando elementos de tipo autoritario, que van desde el uso abusivo de los recursos del Estado a favor de un candidato o lista de candidatos “oficial” hasta la vigencia de un cierto grado de pluralismo “controlado”, pasando por el carácter previsible de los resultados, difícilmente tales comicios pueden considerarse democráticos. En tal sentido, la manipulación de electorados cautivos, a partir de la imposición de líderes mesiánicos y carismáticos, ha contribuido al falseamiento de la competición electoral. De aquí que, si bien es cierto que las elecciones *semicompetitivas*, como nos lo recuerda Dieter Nohlen, “no son completamente liberal-occidentales ni del todo represivas del disenso político”, en las mismas: “no se cuestiona el poder, las élites gobernantes las interpretan como fuentes de legitimación. Se pretende crear la apariencia de condiciones democráticas, no tanto hacia adentro, donde la oposición suele conocer perfectamente los límites de su acción política, sino más bien hacia fuera, ante la opinión pública internacional. Estas elecciones pueden relajar las tensiones internas, mostrar la existencia de una oposición y, en ciertos casos, generar reajustes en el aparato de poder. En consecuencia, *las elecciones semicompetitivas sirven para estabilizar los regímenes autoritarios*” (2004: 19. Las cursivas son mías).

Asimismo, el carácter semicompetitivo de una democracia electoral, de acuerdo con Rouquié, obedece a una situación autoritaria que refleja “las diferentes modalidades de dominación social que permiten dirigir en forma imperativa a las opciones electorales”, distorsionando con ello la competencia democrática (1982: 61). En

---

dichas preferencias entre sus partidarios y ante el gobierno, individual y colectivamente. 3. *Recibir por parte del gobierno igualdad de trato: es decir, éste no debe hacer discriminación alguna por causa del contenido del origen de tales preferencias*” (1989: 14. Las cursivas son mías). De modo tal que sólo allí donde están reunidas estas tres condiciones fundamentales se puede hablar de vigencia de la democracia.

este sentido, la intervención decisiva de elecciones semicompetitivas en situaciones autoritarias responde a bien determinadas características o rasgos específicos, muy cercanos al modelo democrático-delegativo, propuesto por Guillermo O'Donnell hace cierto tiempo, en la medida en que este tipo de elecciones constituye: “un acontecimiento sumamente emotivo, en el cual las apuestas son muy altas: los candidatos compiten por la oportunidad de gobernar virtualmente exentos de todo tipo de restricción salvo las impuestas por las relaciones de poder desnudas, no institucionalizadas”. (1997: 294; Cf. Ramos Jiménez, 2006: 19).

En la experiencia venezolana, la transformación de los sucesivos eventos electorales –nacionales, regionales y locales– en plebiscitos, como lo veremos más adelante, ha tenido consecuencias significativas para el funcionamiento de las instituciones democráticas, particularmente en aquello que entra en relación con la naturaleza de la legitimación del nuevo sistema político. Así, una vez debilitados los partidos políticos y desarticulado el sistema de partidos, esa legitimación quedó sujeta, si no reducida, a la influencia y capacidad legitimantes del líder plebiscitario (Ramos Jiménez, 2001 y 2002). En la medida en que el líder plebiscitario se empeña en conducir y mantener bajo su control la semicompetición electoral, sus esfuerzos siempre estarán encaminados a preservar o salvaguardar sus posiciones de poder. Y es que el presidente plebiscitario vive en campaña permanente, su acción se mueve siempre en la arena movediza del desgobierno, configurando una evidente “patología de la democracia” (Ramos Jiménez, 2004).

La presencia cada vez más frecuente de presidentes plebiscitarios en las democracias andinas ha sido identificada hasta aquí como la causa determinante de las involuciones autoritarias de los sistemas políticos. En su hipótesis sobre el “autoritarismo democrático”, J. Sánchez-Parga ha observado el hecho de que “aunque el *modelo de gobierno autoritario en regímenes democráticos* ha adoptado distintas características bajo Fujimori en Perú, Uribe en Colombia, Chávez en Venezuela y Sánchez de Losada en Bolivia, sin embargo en todos los países las mismas causas comunes permiten su interpretación y justificación”. (2003: 17. Las cursivas son del autor).

## GÉNESIS DEL MOMENTO ELECTORAL BOLIVARIANO: LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1998

El proceloso camino recorrido por la nueva clase gobernante en Venezuela, desde las elecciones presidenciales de 1998, decididamente orientado hacia el desmantelamiento del aparato institucional de la democracia bipartidista, se inscribe significativamente dentro del modelo de “democracia electoral”, que en la época precedente había sido el modelo prevaleciente dentro de la política de la democratización latinoamericana. La primera candidatura anti-sistema de Chávez, encargada de canalizar la vocación antipolítica de una inmensa mayoría del electorado -identificado este último con el rechazo de la política tradicional y de los partidos tradicionales- fomentó entre los ciudadanos electores un clima enrarecido de desafección extendida hacia aquello que, representando la herencia del pasado, había que desterrar para dar paso a un voluntarista “nuevo comienzo”.<sup>9</sup>

La fundación del Movimiento V República (MVR), como plataforma electoral del candidato Hugo Chávez, en el segundo semestre de 1997, y la conformación del así llamado Polo Patriótico, coalición que integra, además del MVR, a otros pequeños partidos (Patria para todos, PPT; Movimiento al Socialismo, MAS; Partido Comunista de Venezuela, PCV y Movimiento Electoral del Pueblo, MEP), desencadenó una dinámica sin precedentes en la militancia y electorado cautivo de los partidos tradicionales Acción Democrática (AD) y el democristiano COPEI. De modo tal que, después de una elección parlamentaria adelantada para el mes de noviembre, constituida en

---

9 No es ajeno a esta situación de rechazo hacia toda política el hecho de que en diciembre 1997, el Congreso haya promulgado la Ley Orgánica del Sufragio y Participación Política (LOSPP), con la que se inicia toda una reforma del sistema electoral, incorporando en los futuros procesos electorales dos innovaciones significativas: la automatización del proceso electoral en las fases de votación, escrutinio, totalización y adjudicación de los puestos electivos, por una parte y, la despartidización de los organismos electorales, nacionales y locales, con la incorporación de ciudadanos “independientes” al nuevo Consejo Nacional Electoral (CNE) (Véase Kornblith en Mainhold, 2007: 241-274).

una auténtica “primera vuelta” electoral, se llegó a la conclusión de la necesidad de unir fuerzas en el campo bipartidista para contrarrestar la fuerza ascendente del candidato Chávez. Así, la rápida conformación del Polo Democrático, en torno de la candidatura anti-partido de Salas Roëmer (Proyecto Venezuela, PV), al que se incorporan AD y COPEI, que para ese momento ya habían abandonado a sus propios candidatos, no tenía otro objetivo que el de detener el ascenso de Chávez, adelante en casi todos los sondeos de opinión (Sonntag y Maingon, 2001: 101-122; Ramos Jiménez, 1999: 40-41).

El triunfo de Hugo Chávez, luego de una contienda altamente polarizada (los dos candidatos principales concentraron el 96% de los votos), resultó a todas luces contundente e incuestionable. Con 3.675.815 votos, equivalente al 33,38% del electorado inscrito en el Registro Electoral Permanente (REP: 11.013.061 electores), el candidato Chávez se hizo con una victoria, ciertamente muy disputada, que en el corto y mediano plazo representó la derrota histórica del bipartidismo (Ramos Jiménez, 1999: 40; Langue, 2002: 35-36). Y, si bien es cierto que la abstención se mantenía alta para los estándares venezolanos de la época (alrededor del 37%), no es menos cierto que la misma había disminuido sustancialmente, frente al 46% en la elección presidencial de Rafael Caldera en 1993 (Cf. Molina y Pérez, 1996; Pérez Baralt, 2001; Montilla, 2001 y Medina Gutiérrez, 2004).

Ahora bien, es preciso destacar el hecho de que la idea de un “efecto demoleador” de la primera victoria electoral del chavismo, presente en un buen número de análisis sobre la cuestión, no ha contado con una base firme, si la utilizamos para describir tales resultados en comparación con los resultados alcanzados diez años antes, en las presidenciales de 1988, por el candidato triunfador Carlos Andrés Pérez (3.868.843 votos, equivalente al 52,9%, con una abstención del 18,08) (Ramos Jiménez, 1999, Lazo Cividanes, 2002).<sup>10</sup>

---

10 Para efectos de nuestra explicación los resultados de las elecciones parlamentarias y regionales de Noviembre 1998 no son relevantes, si tomamos en cuenta que el nuevo Congreso Nacional, en el que paradójicamente los partidos AD y COPEI

## EL PROCESO CONSTITUYENTE DE 1999

Con las elecciones parlamentarias y presidenciales de fines de 1998, el escenario político sufrió una transformación, al parecer inevitable para los actores políticos tradicionales. Ello comenzó a revelarse en toda su extensión con la radicalización de las posiciones de los nuevos actores políticos, todos alineados en torno de la figura presidencial y decididamente orientados hacia el desmantelamiento de la institucionalidad bipartidista.<sup>11</sup>

La promesa explícita del chavismo en su primer año en el poder, dirigida a la refundación de la república –la autoproclamada “V República”– se hizo viable a partir de la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente (ANC). La misma habría de permitirle, además de constituir una “nueva mayoría”, arrancar con el proceso de instauración de una nueva institucionalidad (Pereira, 2003).<sup>12</sup> Y es que en el mismo día de su toma de posesión, el flamante presidente Chávez procedió mediante decreto a la solicitud de una consulta popular acerca de la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente, con carácter originario según su principal proponente, iniciativa que la acogerán como propia, años más tarde, el presidente boliviano Evo Morales y el ecuatoriano Rafael Correa.

---

retienen un apreciable 43,5% de los escaños en la Cámara de Diputados (36% de los votos frente al 30% de la coalición chavista), habría de dar paso unos pocos meses después al avance arrollador del chavismo, con su propuesta de nueva Asamblea Constituyente, efectiva el mismo día de la toma de posesión del presidente (2 de febrero de 1999). *Cf.* Kornblith, 2007 y Molina, 2001: 193.

- 11 La incapacidad de la dirigencia de AD y COPEI ante la arremetida del chavismo debe señalarse entre las causas de la definitiva abdicación del bipartidismo, expresa esta última en el “suicidio” político de los dos principales partidos de la experiencia democrática (Petkoff, 2000: 25).
- 12 El 19 de enero de 1999, antes de la posesión del presidente, la Corte Suprema de Justicia se pronunció favorablemente sobre la posibilidad de instrumentalizar un referendo consultivo, previsto en la Ley del Sufragio, aunque tal figura no estaba prevista en la Constitución vigente de 1961.

El proceso constituyente de 1999 comprende tres comicios, a saber: 1. el referendo consultivo del 25 de abril para demandar la aprobación de la convocatoria de una ANC; 2. la elección de los representantes a la ANC el 25 de julio y, 3. el referendo aprobatorio de la nueva Constitución elaborada por la ANC, el 15 de diciembre.

Con una abstención del 62,53%, los venezolanos aprobaron con un “Sí”, en la fecha convenida, la iniciativa presidencial que convocaba a una ANC.<sup>13</sup> Curiosamente, los resultados confirmaron la votación obtenida por Chávez en la elección presidencial de diciembre 1998 (3.630.666, para la primera pregunta y 3.275.716, para la segunda) y el “No” sólo obtenía 300.233 votos, revelando con ello la desarticulación creciente de un electorado opositor, definitivamente ganado para engrosar desde entonces el “partido de la abstención”.

La elección de los representantes a la ANC el 25 de Julio de 1999, de acuerdo con las bases comiciales aprobadas en el referendo de abril, inclinó la dinámica política hacia la hegemonía del chavismo en el poder. Así, con la adopción de un sistema mayoritario basado en una circunscripción nacional de 24 candidatos y 24 circunscripciones regionales, con número variable dependiente de la población, al que se agregarían 3 representantes indígenas, se rompió con las fórmulas empleadas en el pasado, de acuerdo con el principio de representación proporcional consagrado en la Constitución de 1961, para entonces aún vigente. Ello revela a las claras la orientación autoritaria de la nueva mayoría chavista que, desde entonces y hasta nuestros días, no ha reparado en modo alguno en el contenido del texto constitucional.

El sistema electoral adoptado, como hemos visto, no encontró mayor oposición, debido en buena parte al avance del antipartidis-

---

13 La consulta a los votantes, la primera de este género en la historia nacional, comprendía dos preguntas. La primera: “¿Convoca usted una Asamblea Nacional Constituyente con el propósito de transformar el Estado y crear un nuevo ordenamiento jurídico que permita el funcionamiento efectivo de una democracia social y participativa? Y, la segunda venía referida a la aprobación de las bases comiciales para la elección de los miembros de la ANC.

mo en el espacio de una sociedad civil desmovilizada, que promovía, sin advertir las consecuencias nefastas para la representación democrática, tanto la uninominalidad como la personalización del voto. Esto se revelaría significativo, a tal punto que el desconocimiento del nuevo sistema electoral mayoritario, por parte de los dirigentes de la oposición, está en el origen de la presentación dispersa de cerca de 1000 candidatos, en su mayoría por “iniciativa propia”, frente a la lista única de 124 candidatos del chavismo, distribuidos a lo largo del territorio nacional en distritos electorales.<sup>14</sup>

Con los resultados electorales de julio, la nueva mayoría chavista se hizo con el control absoluto de la ANC, favoreciendo con ello la redacción e imposición de una norma constitucional acorde con su proyecto político, estrechamente identificada con la figura del presidente personal. Ya en el desarrollo de las discusiones en el seno de la ANC, la representación chavista tuvo que sortear unos cuantos obstáculos provenientes de sus propias filas: la intolerancia en su seno ante las desavenencias y ulteriores disidencias dicen mucho de la naturaleza autoritaria y plebiscitaria del proyecto presidencial, el mismo que habría de consagrarse en el texto de la nueva constitución. De aquí que en la primera sesión plenaria de la ANC, a comienzos de Agosto, aquella proclamó unilateralmente el carácter de “poder originario” de la Asamblea.<sup>15</sup>

---

14 Esta estrategia, conocida bajo la denominación de los “Kinos Chávez”, inspirada en las populares loterías, se reveló altamente efectiva para el chavismo en el poder, permitiéndole una sobredimensionada representación en la ANC. Al parecer, la misma obedecía al hecho de que el nuevo oficialismo había aprovechado al máximo el apoyo creciente de los electores, ante la “desbandada” de una clase política tradicional desarticulada y desmoralizada. (Cf. Kornblith, 2007). Del total de los 131 constituyentes que conformaron la Asamblea, sólo 4 de los electos en la circunscripción nacional y 2 de los electos en las circunscripciones regionales (6 en total) no formaban parte de la coalición que apoyó al presidente Chávez. De modo tal que, con el 65% de los votos, la coalición oficialista se llevó 125 escaños constituyentes, en una elección en la cual se produjo una abstención del 53,7%. (Brewer-Carías, 2002: 181; Viciano Pastor y Martínez Dalmau, 2001).

15 En el artículo primero del Estatuto de Funcionamiento de la ANC, se afirma: “La Asamblea Nacional Constituyente es la depositaria de la voluntad popular y



El 15 de diciembre de 1999, se aprobó la nueva constitución mediante referendo, cuando una tragedia devastadora del Estado Vargas concentraba la atención nacional, retrasándose por ello su publicación en Gaceta Oficial (29 de diciembre de 1999).<sup>16</sup> Con una abstención del 55,95%, el “Sí” aprobatorio reunió una cantidad de votos (3.301.475) equivalente al 30,18%, conservando el nivel de apoyo electoral chavista de la elección presidencial del 98. Con un poder así concentrado en la figura presidencial, que representaba el deseo mayoritario de cambio del electorado, quedó abierto el camino al autoritarismo chavista, muy proclive desde entonces a la arbitrariedad de sus acciones y decisiones.

El proceso constituyente, que duró aproximadamente un año, alcanzó su punto final con la aprobación de la nueva constitución en el referendo de diciembre. Con este último se dio por descontado el comienzo del desmantelamiento institucional de la democracia bipartidista. Sin embargo, el apoyo chavista, manifiesto en los

---

expresión de su Soberanía con las atribuciones del Poder Originario para reorganizar el Estado Venezolano y crear un nuevo ordenamiento jurídico democrático. La Asamblea, en uso de las atribuciones que le son inherentes, podrá limitar o decidir la cesación de las actividades de las autoridades que conforman el Poder Público...” De esto se siguió la voluntad de subordinar todos los organismos del Poder Público a la Asamblea, atribuyéndose potestades públicas por encima de la Constitución de 1961 que, paradójicamente, por decisión de la propia Asamblea, continuaba vigente durante su funcionamiento (Brewer-Carías, 2002: 182; Martínez Dalmau, 2004: 25-40). La Constituyente ecuatoriana de 2007, dominada por el nuevo partido de Rafael Correa, tomó nota de la experiencia venezolana para asumir el control de casi todos los poderes. En un año de funcionamiento dictó leyes y decretos, dejando en un lugar subordinado la redacción de la Constitución.

Conciente de sus limitaciones, la mayoría chavista en la Constituyente tuvo todo el cuidado de imponer un sistema electoral presidencial de mayoría relativa, contra la extendida tendencia latinoamericana a la adopción de sistemas de mayoría absoluta (Cf. Nohlen, 2004: 186).

- 16 En las semanas finales de diciembre, la ANC, como en el Perú de Fujimori, procedió a la destitución de todos los titulares de los poderes públicos, con excepción del Presidente de la República (Poder Legislativo, Poder Judicial, Consejo Supremo Electoral, Fiscalía y Contraloría).

procesos comiciales de 1998 y 1999, no resultó abrumador en modo alguno, como lo hemos señalado más arriba, si consideramos que el mismo se movía entre el 33,38% del electorado total inscrito en 1998 y el 30,18% del electorado total en el referendo aprobatorio de la Constitución de diciembre de 1999.

La pretensión “revolucionaria” de refundación de la república encontró así límites casi infranqueables cuando comenzó a hacerse la ilusión de un “apoyo imperativo” del pueblo de Venezuela al proyecto presidencial. De modo tal que, la pretendida “revolución bolivariana” del nuevo poder comenzó a llevarse a la práctica con el apoyo de un tercio del electorado, contra la oposición y resistencia de los otros dos tercios. Allí radica la causa principal de la aguda elevación de los niveles de conflicto a partir del año 2000, puesto que para el nuevo régimen se trataba de enfrentar una gran oposición, dispersa ciertamente en varios frentes, no todos con vocación democrática.

## LA RELEGITIMACIÓN DE LOS PODERES EN EL AÑO 2000

La convocatoria a una cierta “relegitimación de los poderes públicos” –alentada desde el gobierno– en el 2000 estuvo rodeada de sentimientos y actitudes triunfalistas, por el lado oficial, y de la resignación y desmoralización de una oposición que lucía sin capacidad para organizarse en el corto o mediano plazo. Con el tiempo, la arrogancia del poder, apoyada en la autosuficiencia del personal gubernamental, contrarrestó cualquier posibilidad de diálogo o negociación política entre las partes en conflicto. Por el contrario, en el seno de la coalición gobernante comenzaron a producirse las primeras rupturas y unas cuantas disidencias traumáticas, al tiempo que se fueron radicalizando las posiciones del bloque chavista en el poder.<sup>17</sup> La orientación autoritaria del

---

17 La separación de los comandantes Arias Cárdenas, Urdaneta Hernández y Acosta Chirinos, compañeros de Chávez en la intentona golpista de 1992, afectó visi-

mismo habría de consolidarse con los resultados electorales de la así llamada “relegitimación de los poderes”, extendiendo el período presidencial por otros seis años y fortaleciendo la posibilidad de conformación de una “nueva clase política”, asegurándole al “nuevo régimen” el tiempo y los recursos para emprender en su política de “cambios profundos”. (Cf. Martínez Barahona 2002: 131-162; Hidalgo 2002: 35-64).

La organización de unas *megaelecciones* (elección de todos los cargos de representación: cargos ejecutivos, legislativos nacionales y locales) a partir de la promulgación de un nuevo Estatuto Electoral en febrero de 2000, en el cual se adoptó por primera vez un sistema electoral mixto para la composición de los cuerpos colegiados (el 60% de los cargos corresponde al voto mayoritario y 40% al proporcional), el mismo que desembocó una vez más en una representación sobredimensionada de la “nueva mayoría”. (Cf. Kornblith, 2001: 133-163).

Después de unos cuantos contratiempos, debidos en buena parte a la incompetencia e improvisación de los nuevos rectores del Consejo Nacional Electoral (CNE), todos afectos al oficialismo, se resolvió llamar a elecciones separando los comicios. En los del 30 de julio de 2000, se procedería a la elección del presidente, parlamento, gobernadores, consejos legislativos estatales, alcaldes, alcalde mayor de Caracas y consejo metropolitano, dejando para el 3 de Diciembre de 2000 todos los cargos restantes (concejos municipales y juntas parroquiales).

Alineada la débil oposición tras la candidatura de Francisco Arias Cárdenas, que representaba un recurso de última hora para enfrentar a la candidatura de Chávez, poco tuvo que buscar frente al presidente, quien lucía seguro en el intento electoral de su “relegitimación”, en un escenario que se le presentaba altamente favorable. Así, con 3.757.773 votos (equivalentes al 32,06% del total de elec-

---

blemente la imagen unitaria del “nuevo régimen”, fomentando en las filas de la oposición expectativas fundadas en una eventual erosión del gobierno y proyecto chavistas en el corto plazo.

tores inscritos, 2,2% más que en 1998), Hugo Chávez dejó fuera de carrera al candidato de la oposición, que había obtenido 2.359.459 (equivalentes al 27,5%). La abstención se elevó entonces al 43,37%, conservando el nivel alcanzado en las elecciones y referendos precedentes de los dos años anteriores. Con los resultados electorales de este año, se confirmó el desplazamiento definitivo del electorado opositor hacia unos amplios y plácidos terrenos de la abstención.

Con mayor impacto que la presidencial, las elecciones parlamentarias confirmaron asimismo el avance de la coalición oficialista en la arena parlamentaria y el retroceso de una fuerzas dispersas de la oposición.<sup>18</sup> En todo caso, la conquista de un número apreciable de gobernaciones y alcaldías, independientemente de los márgenes mínimos y las reñidas controversias locales, contribuyó al desplazamiento definitivo de los partidos tradicionales y a la consolidación de la hegemonía chavista en la nueva Asamblea Nacional. Con una menor relevancia, las elecciones municipales de diciembre —el séptimo proceso electoral en tres años— confirmaron el crecimiento del fenómeno de la abstención deslegitimadora (76%, hasta entonces la mayor de la historia electoral), aunque resultó relevante el hecho de que el partido oficial MVR se llevó una mayoría sustancial de los concejales electos.

Como hemos visto más arriba, la frecuencia de los comicios terminó agotando a los electores, viéndose gravemente afectada la convivencia social. Por una parte, al presidente le quedaba muy

---

18 Aunque la amplia victoria de la coalición chavista no alcanzó la mayoría calificada en el parlamento reelegitimado (110 escaños de 167), requerida para imponer las decisiones más relevantes (designación de los titulares de los poderes públicos), la nueva mayoría oficialista no encontró mayores obstáculos en su búsqueda del apoyo requerido para imponer sus candidatos, y ello con los votos de un sector apreciable de la oposición. Asimismo, la propensión a la arbitrariedad y al atropello en los integrantes de la nueva mayoría chavista está en el origen de unos cuantos conflictos en el trabajo parlamentario. Ello, a la larga, favoreció a la convergencia de intereses en el seno de la fragmentada oposición, la misma que controlaba un no desdeñable número de escaños, con capacidad para detener la “aplanadora” bolivariana.

poco tiempo para atender a las naturales expectativas de sus electores, puesto que, en su búsqueda de mayores espacios de poder, sus esfuerzos estuvieron consagrados decididamente al desarrollo de una campaña electoral permanente. Por otra parte, ya en 2001, la creciente polarización –más política que social, ciertamente– impulsó y alentó en los terrenos de la oposición la búsqueda desespejada de salidas no electorales.

## EL REFERENDO REVOCATORIO PRESIDENCIAL DE 2004

La persistente discusión sobre la selección de salidas a una polarización creciente cargada de peligros, provocada deliberadamente por el discurso y la acción presidenciales, condujo a los sectores más activos de la oposición –abandonada por lo que quedaba de los partidos tradicionales– a recorrer lo que Miriam Kornblith ha denominado “la vía tortuosa de los referendos”, como la estrategia menos conflictiva para enfrentar al gobierno dentro de la nueva situación autoritaria (2004). En efecto, a partir de Noviembre de 2002, con la conformación de la Coordinadora Democrática, que reagrupa a los partidos y movimientos de la oposición, se procedió a la solicitud y recolección de firmas para la activación de un referendo consultivo acerca de la renuncia del presidente.<sup>19</sup>

---

19 Fijada por el CNE la fecha para la realización de este referendo, la Sala Electoral del Tribunal Supremo de Justicia bloqueó la iniciativa, alegando irregularidades en la conformación de la Junta Directiva del CNE. Asimismo, la Sala Constitucional negó el carácter vinculante de dicho referendo, invalidando con ello la posibilidad de destituir al presidente. Ante tales decisiones del TSJ, la Coordinadora Democrática, con el concurso de la organización civil Súmate, procedió a la recolección de firmas en lo que se conoció como el “Firmazo”, para escoger una alternativa entre una enmienda a la Constitución; un referendo abrogatorio de un paquete legislativo de más de 40 leyes o, lo que terminaría por imponerse, un referendo revocatorio presidencial.

Después de las idas y venidas de la oposición, recién el 20 de Agosto de 2003 se presentó ante el CNE un poco más de 3 millones de firmas solicitando la realización de un Referendo Revocatorio Presidencial. Pero, por una decisión del CNE, más ocupado en poner obstáculos en el camino de la oposición que en promover los actos electorales, alegando la ausencia de “formalidades esenciales”, se negó nuevamente la viabilidad de la solicitud opositora.<sup>20</sup> Un mes después, el CNE aprobó las normas para la realización de “los referendos revocatorios de mandatos de elección popular”.

Entre el 28 de noviembre y 1º de diciembre de 2003, la oposición recogió nuevamente las firmas requeridas para activar definitivamente el referendo revocatorio. En un número que superaba los niveles de la votación obtenidos por la oposición desde diciembre de 1998, esta segunda recolección de firmas –conocida en los ambientes de la oposición como el “reafirmazo”– venía a levantar el ánimo y expectativas del mundo opositor, gravemente afectado por las consecuencias de la intervención de un pequeño grupo de militares y civiles en el efímero golpe usurpador del poder del 11 de abril de 2002, por una parte, y del fracaso del paro general de diciembre 2002-enero 2003, por otra.<sup>21</sup>

Para el segundo semestre de 2003, la popularidad del presidente se había venido abajo (alrededor del 30%, frente al 60% del primer semestre del año anterior), producto del desgaste gubernamental y la influencia en el ánimo de sus seguidores de un buen

---

20 Debido a la imposibilidad de la Asamblea Nacional para alcanzar los dos tercios necesarios para la designación de los miembros del CNE en 2003, le correspondió al TSJ una designación temporal de los mismos (3 vinculados al gobierno y 2 a la oposición), permitiéndole al gobierno hacerse con el control efectivo del CNE y dejando a la oposición sin capacidad para influir en las decisiones relevantes, particularmente las referidas a la preparación y práctica de los referendos. (Kornblith, 2003: 49-56).

21 En la conciencia colectiva quedó fijado el hecho de que el golpe de Estado de abril de 2002 le habría servido a Chávez para proceder a una depuración de la Fuerza Armada Nacional, tanto como la huelga y paro petroleros -despido de cerca de veinte mil empleados- le permitió hacerse con el control de la empresa Petróleos de Venezuela (Cf. Marcano y Barrera Tyszka, 2004: 370-371).

número de “promesas incumplidas”. De aquí que los líderes de la oposición alimentaron en todas partes las posibilidades reales de “cambio de régimen”, incluyendo en su propuesta, dentro de un proceso inédito, a gente de todos los sectores sociales.

La realización del referendo revocatorio presidencial quedó fijada, con un año de retraso con respecto a la norma constitucional, para el 15 de agosto de 2004. Hasta entonces no fueron pocos los obstáculos superados por la oposición: acciones de protesta que incluían marchas kilométricas, múltiples jornadas de reflexión, recolección de millones de firmas de acuerdo con las reglas cambiantes del CNE y, en fin, largas sesiones de negociación entre las partes bajo los auspicios de la OEA, el PNUD y el Centro Carter. (Cf. Romero, Pinto y Ferrer, 2005: 115-119)<sup>22</sup>

A diferencia del pasado electoral reciente, la mayoría oficialista asumió la posibilidad real de una derrota, en la medida en que el número de electores a favor de la revocatoria no parecía tan elevado o fuera del alcance de una creciente y movilizadora oposición. La mayoría del CNE, parcializada a favor de Chávez y del chavismo en el poder, hizo todo lo necesario —obstáculos y dilatorias— para convertir el referendo en un auténtico plebiscito (se estaba a favor o en contra del presidente Chávez).<sup>23</sup> Asimismo, una política pública

---

22 El referendo revocatorio estaba consagrado en el artículo 72 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, según el cual, se considerará revocado el mandato del Presidente de la República y se procederá de inmediato a cubrir la falta absoluta, cuando igual o mayor número de electores que eligieron al Presidente de la República hubieren votado a favor de la revocatoria y siempre que haya concurrido al referendo un número de electores igual o superior del 25% de los electores inscritos.

23 El carácter plebiscitario del referendo revocatorio presidencial quedó manifiesto en el texto de la pregunta, a la que se debía responder con un “No” o un “Sí”, en ese orden. El “No” representaba el voto de aprobación al presidente y el “Sí” a la expresión de rechazo: “¿Está usted de acuerdo con dejar sin efecto el mandato popular otorgado mediante elecciones democráticas legítimas al ciudadano Hugo Rafael Chávez Frías como presidente de la República Bolivariana de Venezuela para el actual periodo presidencial?”. Resulta relevante destacar la ausencia de la palabra “revocar” en el texto de la pregunta, puesto que la norma constitucional

establecida en el marco del así llamado “Proyecto de la Revolución Bolivariana”, desplegada mediante un conjunto de “misiones” –programas sociales de alto impacto popular– fortalecieron, en un muy corto plazo, las posibilidades electorales del chavismo, un tanto disminuidas para la época.<sup>24</sup>

Utilizando un discurso que escarnece al adversario, las posiciones extremas en los dos lados, un tanto proclives a la violencia, se fueron imponiendo en la competición plebiscitaria, creando las condiciones para una mayor polarización política, que invalidó para esa época todo esfuerzo orientado hacia la reconciliación de las partes en el futuro. De modo tal que, cuando llegó el momento, ninguno de los dos campos estuvo dispuesto a la aceptación y reconocimiento del triunfo del adversario. De aquí que, desde entonces y hasta nuestros días, todo diálogo entre el gobierno y la oposición quedó definitivamente clausurado.

Es en este contexto de intensa confrontación, al parecer irreductible, donde deben afinarse los elementos de explicación de un proyecto de hegemonía que, a partir del referendo de agosto de 2004, aparentemente había eliminado toda alternativa. En efecto, cuando en la madrugada del 16 de agosto, después de una larga jornada electoral que se extendió hasta altas horas de la noche, el presidente del CNE anunció los resultados del referendo: 5.800.629 por el “No” (equivalente al 41,32 %) y 3.989.008 por el “Sí” (equivalente al 28,42%), de un total de 14.037.900 electores inscritos,

---

lo explicita sin lugar a equívocos. A partir de la activación del proceso revocatorio, los venezolanos tuvieron que adaptarse a las manipulaciones electorales de la mayoría oficialista del CNE.

24 Dentro de la nueva estrategia de un gobierno a la defensiva, tendiente a recuperar los apoyos populares perdidos, “las Misiones –se afirma en un estudio muy informado reciente– se desarrollaron a través de instancias de coordinación *ad hoc* designadas por el Presidente, que permitían organizar la estructura institucional alrededor de la agenda de cada misión y asignar recursos, cuyo manejo también debía ser realizado por una vía extra-presupuestaria, con la finalidad de cumplir con los objetivos de la estrategia.” (D’Elia, 2006: 208; Cf. Ramos Jiménez, 2004: 27).



la cuestión fue seguida de un clima de perplejidad general, extensible a todos los actores involucrados en el proceso. Si para una de las partes, los resultados estaban muy lejos de las altas y crecientes expectativas creadas por la oposición desde la convocatoria del revocatorio, para la otra parte, paradójicamente, no habían motivos para celebrar como triunfo unos resultados dudosos, que no contaban con el efecto legitimador esperado de un proceso de esta naturaleza en el contexto de una situación autoritaria.<sup>25</sup>

Independientemente de los argumentos presentados por una y otra parte en disputa, la discusión sobre la legitimidad de los resultados no hacía más que comenzar. Aún hoy es frecuente encontrar argumentos de peso que el CNE no ha logrado desmentir, muy por el contrario: “Aunque quizá no llegue a demostrarse jamás

---

25 La no aceptación de los resultados por parte de la dirigencia de la oposición estuvo vinculada originalmente con la actitud asumida por los dos miembros del CNE afectos a la causa opositora. La negativa de estos últimos a avalar los resultados y una actitud inicial vacilante de la observación internacional (OEA y Centro Carter) tuvieron mucho que ver con la generalización de la hipótesis del “fraude”, que se fue extendiendo a medida que, uno por uno, expertos estadísticos iban descubriendo incongruencias en la presentación detallada de los resultados, por una parte, y los expertos en sistemas, contribuían con sus trabajos a poner en duda tanto la confiabilidad de las máquinas escrutadoras como la presencia de manipulaciones indebidas en la totalización de los resultados, por otra. No deja de ser sorprendente el hecho de que en el acto de totalización de los datos no hayan estado presentes –se les habría negado el acceso a la sala de totalización– los dos rectores electorales afectos a la oposición. El informe de los profesores Gustavo Delfino y Guillermo Salas (*Analysis of the 2004 Venezuelan Referendum: The Official Results Versus the Petition of Signatures*), publicado por la revista especializada *Statistical Science*, cuatro años después del referendo revocatorio, parte de la hipótesis según la cual, los números oficiales de votos por el “Sí” fueron forzados a mantener una relación casi proporcional al número de firmantes inscritos en cada mesa de votación, mientras que los votos del “No” fueron ubicados artificialmente por encima. Por consiguiente, el número de votos del “Sí” (oposición) en centros automatizados se comporta con “excesiva linealidad” con respecto al número de firmas recogidas para la convocatoria de la consulta de electores asociados a esas mesas de votación, lo que estadísticamente es prácticamente improbable, puesto que en las mesas manuales –en el mismo proceso– la correlación entre votos y firmas es muy distinta (*El Nacional*, 22-11-2008).

—ha observado Armando Durán— la convicción de que aquél 15 de agosto el gobierno ejecutó un gran fraude electoral, perduraría en la conciencia, al menos de la mitad de la población (...) Existían suficientes evidencias para denunciar que trampa y engaño hubo el día del referéndum revocatorio, pero el fraude era de una complejidad mucho mayor que la probable contaminación electrónica de las máquinas de votar, y no se realizó en un solo día, sino a lo largo de más de un año de maniobras e imposiciones ilegítimas anticonstitucionales” (Durán, 2006: 32).<sup>26</sup>

26 Además de la denuncia de “un fraude progresivo e ininterrumpido” —no lucían lógicos en modo alguno los 20 puntos de ventaja del “No” sobre el Sí—, por parte de un vasto sector de la oposición, tal hipótesis se afincó originalmente en los resultados de los *exit polls* de algunas empresas encuestadoras: la de la norteamericana Penn, Shoen & Berland (59,4 al “Sí” y 40,6 al “No”); la de Penquest Inc. (60,5 al “Sí” y 39,5 al “No”) y la de la encuestadora nacional Félix Seijas (63,5 al “Sí” y 36,4 al “No”). Extrañamente, estas cifras eran exactamente opuestas a las presentadas por la autoridad electoral. En fin, el constitucionalista Tulio Álvarez, en un esfuerzo por demostrar la presencia de un “fraude masivo”, según él acompañado del “incumplimiento por el CNE de todos los acuerdos de auditoría, previamente pactados”, presentó un estudio pormenorizado de los resultados, en el cual atribuía las altas cifras del “No” a la presencia de un “agregado de votantes fantasmas en remotos lugares”, incluyendo la nacionalización vertiginosa de más de un millón y medio de extranjeros.

Todo ello puso en cuestionamiento el rápidamente abultado universo de electores. En ese sentido, si en las elecciones presidenciales del 2000 (de relegitimación de los poderes), el número total de electores ascendía a 11.720.660, en el revocatorio de agosto de 2004, el mismo se ubicaba en 14.037.900. En otras palabras, al referendo de Agosto asistieron 2.317.240 nuevos electores. Sobre la presencia real de estos nuevos electores, mucho se ha escrito, alimentándose desde entonces y hasta nuestros días una muy extendida “duda razonable” sobre la realidad y validez de tales resultados, poniendo de cabeza a los dirigentes y responsables de los partidos y movimientos de la coalición opositora. La ausencia de respuesta de esta última, cercana a la parálisis y la desmoralización, ha sido atribuida en buena parte a la indisponibilidad de las actas de votación en la misma noche del referendo, lo que habría influido en el ánimo de quienes se habían comprometido previamente a la “defensa de los resultados favorables a la oposición”.

La incapacidad material de aportar las pruebas del “fraude” también obedece a la actitud triunfalista de la dirigencia de la oposición, en la medida en que, frente al ventajismo obsceno de la campaña chavista y frente a las dilatorias encauzadas

A partir del triunfo chavista en el referendo, desconocido por una buena parte de la oposición, el *autoritarismo electoral* se instala definitivamente. El presidente comenzó por considerar derrotada, si no eliminada, a toda oposición viable a su proyecto, cada vez más personal. Y en tal sentido, el reconocimiento internacional no tardó mucho en llegarle, en circunstancias tales que hasta se llegó a hablar de guerra civil. De aquí que el éxito referendario presidencial fue asumido y defendido desde entonces como “un gran espaldarazo al proyecto bolivariano, como un punto de quiebre que abre la posibilidad de profundizar el proceso” (Marcano y Barrera Tyszka, 2006: 394).

En efecto, con el aval un tanto ambiguo de la observación internacional del referendo, que contó con el apoyo “solidario” de un grupo selecto de países amigos, por una parte, y con la desarticulación de una oposición desmoralizada, por otra, el gobierno de Chávez encaró el futuro con la seguridad de haber establecido una “vanguardia revolucionaria”, que había puesto fuera de combate al “enemigo principal”. Así, a mediados de Noviembre del mismo año 2004, ante la dirigencia de su partido, incluyendo a los altos mandos de la Fuerza Armada, Chávez procedió al planteo de lo que según él pasaba a constituirse en el “Salto Adelante” o el “Nuevo Mapa Estratégico”, que en el corto plazo serviría de guía para la radicalización del autoproclamado “proceso revolucionario”. De modo tal que, los diez objetivos estratégicos adoptados, en la “nueva etapa de la revolución”, partían del presupuesto de la eliminación de toda oposición: “Quiero que sepan –afirmó un presidente triunfador– que en esta nueva etapa el que está conmigo está conmigo, el que no está conmigo está contra mí”.<sup>27</sup>

---

por la mayoría oficialista del CNE, no contó con un “Plan B”, que le habría permitido encarar la estrategia ventajista de Chávez.

27 Esto y mucho más puede encontrarse en un texto del Ministerio de Comunicación e Información, *Taller de Alto Nivel: El Nuevo Mapa Estratégico* (Citado en Durán, 2006: 59). El nuevo plan de gobierno se proponía acelerar una política de cambios, con el objetivo de “trascender el capitalismo” con la “construcción de una nueva sociedad”, de un sistema social regido por “otra legalidad” y una

El arrase electoral de las regionales de 31 de octubre del mismo año, cuando el chavismo en el poder se llevó 20 de las 22 gobernaciones en juego (la mitad de los nuevos gobernadores, designados todos por el propio Chávez, son militares), alzándose con 231 de las 335 alcaldías, está en el origen del hecho de que el movimiento oficialista incrementó significativamente el control institucional nacional, ahora extensible a lo regional y local.<sup>28</sup> Con una abstención que superó el 50% –la pretendida popularidad del presidente se había deteriorado un tanto, producto de una evidente situación de desgobierno– el voto chavista en las regionales alcanzó sólo el 26,18% del total de electores inscritos. De modo tal que para el experimento bolivariano había llegado la hora de enderezar el rumbo, de radicalizar el proceso de construcción de una nueva institucionalidad. Con el enemigo diezmado, si no desaparecido, el presidente comenzó a dar manifestaciones –como lo había expresado en ocasiones anteriores– del hecho de que había llegado el momento de rectificar: “ahora nos toca gobernar. Ya no podemos culpar a más nadie de nuestros errores” (Osío Cabrices, 2006: 533).

Asimismo, los resultados de los comicios locales del 7 de Agosto de 2005 confirmaron una desmovilización política que se extendía más allá de la oposición. Y, si bien es cierto que todos los candidatos de los partidos y movimientos de la coalición oficial (MVR, PPT, Podemos y otras fuerzas menores de la izquierda) contaron con el aval del presidente, esta vez convertido en el “gran elector”,

---

nueva institucionalidad, fundamentada en lo que en adelante se convirtió en el *factotum* del “nuevo régimen”: la “unión cívico-militar”.

28 Para algunos observadores del proceso de radicalización del “nuevo régimen”, las elecciones regionales de octubre habrían teñido de rojo el mapa nacional. Para otros, al parecer más avisados, el color era indiscutiblemente el verde oliva. Ciertamente, sobran elementos para advertir sobre la marcada “militarización” de la “revolución bolivariana”, si nos detenemos a observar el hecho de que buena parte de los altos cargos de la función pública y del cuerpo diplomático pasaron a ser ocupados por militares activos o en retiro. “La Fuerza Armada es el partido del Gobierno –observa Carlos Blanco– el proyecto chavista se convirtió en un militarismo de nuevo cuño, es decir en un neautoritarismo” (2006: 6).

los resultados de tales comicios terminaron deslegitimando a la muy pregonada “amplia participación popular” de la “revolución bolivariana”: un 69% de abstención fue inicialmente atribuido a la relevancia menor de la elecciones locales, si no al cansancio producido por la alta frecuencia de los procesos electorales del último año.<sup>29</sup>

La desmovilización social y política afectó también al universo electoral chavista, cuando comenzó a advertirse una evidente ausencia del liderazgo bolivariano, debido a la reorientación de la acción presidencial hacia asuntos más externos. El presidente, que ya daba por consolidado su proyecto a nivel nacional, comenzó entonces a ocuparse de proyectos de mayor alcance, a nivel de América Latina (la integración y la constitución de un frente contra el imperialismo) y más allá. Así, a una semana de los comicios, el presidente ya se presentó seguro de contar con los recursos necesarios para reorientar su proyecto bolivariano inicial: “Nuestra tarea es salvar el mundo –afirmó solemnemente– al planeta Tierra. Nuestra tarea es mucho más grande que la asumida por Bolívar, mucho más com-

---

29 En su informe contentivo de una “Evaluación de las Elecciones Municipales y de Juntas Parroquiales del 7 de agosto de 2005”, la asociación civil Súmate, muy influyente y presente en los medios de la oposición, destacó el hecho de que, a pesar de la intensa campaña mediática previa, promovida por el CNE, era preciso establecer entre las “condiciones que impidieron una elección libre y democrática”, la falta de confianza en el nuevo Registro Electoral, por una parte, y la ilegalidad en la composición del Poder Electoral, por otra. Así, en cuanto a la primera: “en el trimestre previo al Referéndum Revocatorio Presidencial el RE creció en más de 1.650.000 electores (15%). Una cifra equivalente al crecimiento en el quinquenio comprendido entre 1993-1998. Por su parte, en el quinquenio anterior (1988-1993) el crecimiento del número de votantes fue de un 6%. Esto sembró desconfianza en buena parte de la ciudadanía, en cuanto a la integridad del proceso de inscripción. Esta desconfianza se agravó cuando se detectaron los nombres de líderes de grupos insurgentes extranjeros en el Registro”. Y, en cuanto a la segunda condición: “el directorio del Consejo Nacional Electoral (CNE) fue constituido sin respeto a los procedimientos establecidos en la ley, diseñados para seleccionar rectores imparciales y justos. El resultado fue un ente electoral arbitrario, parcializado y que restringió la participación ciudadana, según se pudo evidenciar en las elecciones municipales y de juntas parroquiales” (2005: 4 y 11).

prometida”, anunciando de paso que su fecha de descanso, no será el año 2021, como repetidamente lo había señalado, sino que continuará hasta el 2030.<sup>30</sup>

La deriva abstencionista del electorado –chavismo y oposición confundidos– se confirmó, pocos meses después, en las elecciones parlamentarias de diciembre de 2005, cuando la aspiración de los dirigentes políticos de la oposición por hacerse con unos escaños en la nueva Asamblea Nacional, natural en todo sistema democrático, encontró su muro de contención en la apatía generalizada del electorado, por una parte, y en la inutilidad de una reducida oposición parlamentaria ante la arbitrariedad de la mayoría chavista, por otra. De modo tal que en la semana anterior a los comicios, la oposición optó por el retiro de todos sus candidatos, argumentando que se daba por descontada la inasistencia de su electorado, aparentemente convencido este último del control unilateral y fraudulento del proceso por parte del chavismo en el poder.<sup>31</sup>

---

30 Cf. Sara Carolina Díaz, “Nuestra Tarea es salvar al mundo del imperialismo” (*El Universal*, 16/08/2005). Anotemos de paso que para esta época, el presidente ya había sustituido en su discurso la retórica del *bolivarianismo*, por un impreciso “socialismo del siglo XXI”, el mismo que desde entonces ha representado el *leit motiv* de la movilización chavista, volcada hacia las posiciones de la izquierda castrista. Paradójicamente, el primer debate sobre este socialismo de nuevo tipo en Venezuela se dio en el seno de una izquierda democrática identificada con la causa de la oposición (Cf. Varios Autores, “De qué hablamos cuando hablamos de socialismo”, *Tal Cual*, Caracas, 26 de Abril de 2006. Véase Sánchez García, 2008: 189-196).

31 La mayoría de dirigentes y responsables políticos de la oposición adoptó en principio la tesis de la “deslegitimación del régimen”, integrando en la misma una suerte de popularidad del “gran rechazo” al gobierno de Chávez, ocupado entonces –año electoral– en la búsqueda de un liderazgo continental. Resulta significativo el hecho de que la abstención en las filas del chavismo asciende a cerca de 4 millones de electores, si comparamos las cifras de la votación parlamentaria a favor de los candidatos del chavismo (un poco más de 2 millones) con los resultados del voto chavista en el referendo de agosto de 2004 (cerca de 6 millones) y con los correspondientes de las presidenciales de diciembre de 2006 (7,3 millones).

A partir de las elecciones de los diputados de la Asamblea Nacional (14 de diciembre de 2005), el chavismo, que para entonces se había quedado casi sin rivales —con un apoyo que alcanzó un magro 21,5% del número total de electores—, se dispuso a legislar unilateralmente en los cinco años siguientes, no sin advertir sobre los riesgos evidentes de desencadenar una crisis política, que amenace y ponga en peligro la viabilidad en el futuro próximo de su proyecto hegemónico. Ello es tanto más importante cuanto que Chávez advirtió grandes peligros, para su proyecto de poder personal, si el fenómeno de la abstención, en la oposición y en el chavismo, volviera a repetirse en las elecciones presidenciales del año siguiente. Y es que la alta abstención de las parlamentarias (74,7 según el CNE, 83% según el informe postelectoral de Súmate) afectó significativamente la expandida imagen de un chavismo electoralmente indestructible —sin enemigos a la vista— poniendo en peligro la manifiesta intención presidencial de mantenerse en el poder por más de veinte años.<sup>32</sup>

## AUTORITARISMO ELECTORAL Y DEMOCRACIA PLEBISCITARIA

Las elecciones presidenciales de 1998, los tres comicios del proceso constituyente del año siguiente y los correspondientes a relegitimación de poderes del 2000, se inscriben dentro de las reglas formales de una *democracia electoral*, un tanto inestable ciertamente debido a la

---

32 Sobre el impacto deslegitimador de la abstención no ha habido consenso en el seno de la oposición. Por el contrario, en el campo de la elite oficial se acusó el golpe y en palabras de su líder, pronunciadas en su programa dominical *Aló Presidente*, dejó sentada la convicción de que: “Por el No (en el referéndum revocatorio presidencial de 2004) votamos casi 6 millones de personas; ahora no llegamos ni a 3 millones. ¿Dónde está esa gente? ¿Qué pasó? Pues gobernadores, alcaldes, a la gente de los partidos (oficialistas), les aviso: ¡no acepto excusas de nadie! En un año tendremos que meterle 10 millones de votos por el buche a la oposición” (citado por Marcano y Barrera Tyszka, 2006: 399).

creciente abstención y al cuestionamiento generalizado de la autoridad electoral. A partir del referendo revocatorio presidencial de Agosto de 2004, se inicia en el país la práctica de elecciones autoritarias y semicompetitivas, cuyos resultados son protestados por algo más de la mitad del universo de electores inscritos. La imposición de tales elecciones plebiscitarias se inscribe, por consiguiente, dentro de una marcada tendencia hacia la construcción de un *autoritarismo electoral*, que ha servido de base firme para la estructuración de una genuina *democracia plebiscitaria*. Esta última, convertida en el modelo alternativo de la democracia representativa de partidos y portadora de la promesa de un presidente personal, fue asumida por sus seguidores, según el texto constitucional de 1999, como la forma local de una “democracia participativa y protagónica”.

Las elecciones parlamentarias y regionales de 2005, se inscriben dentro de esta tendencia, reafirmada en el movimiento voluntarista presidencial y significativamente orientada hacia la imposición de una hegemonía, autoproclamada “revolucionaria”. Así, con una Asamblea Nacional unicameral y monocolor (114 escaños son del partido MVR y el resto corresponde a pequeños partidos aliados) y con las fuerzas de la oposición en retirada estratégica, en buena parte alineada en las filas de la “abstención deslegitimadora”, Chávez y el chavismo exhibieron, en la mayor parte del año 2006, una actitud triunfalista y de menosprecio hacia la oposición, considerada ahora más que antes “minoritaria y al servicio del imperialismo”.<sup>33</sup> Por otra parte, y gracias a los altos precios del petróleo, la renta petrolera del Estado permitió al presidente plebiscitario presentarse generoso y solidario con otros países, latinoamericanos o no, que él consideró ganados para su causa, extendida según él más allá de lo nacional y del ámbito latinoamericano.

---

33 No deja de ser importante el hecho de que aún en nuestros días el CNE no ha presentado los resultados definitivos de los comicios parlamentarios de 2005. Con la derrota en fila de los pocos candidatos de la oposición, esta última no manifestó interés alguno en conocer los datos de la contienda monocolor de los candidatos del chavismo, preparándose para intervenir en las presidenciales de Diciembre de 2006.



En el plano interno, se profundizó desde entonces la discriminación de quienes no se identificaban con la “revolución bolivariana” y en los diversos niveles de la acción gubernamental –la Constitución de 1999 quedó reducida a una constitución fachada– se abrió el camino a una desatada impunidad y corrupción en las filas del personal gubernamental.<sup>34</sup>

En tal sentido, no resultó sorprendente la puesta en funcionamiento de un auténtico *apartheid bolivariano*, instrumento de intimidación sin precedentes, que contribuyó sin duda al desmantelamiento de unas cuantas organizaciones de la oposición, acentuando

---

34 Un lugar prominente en la política de discriminación e intimidación abierta del electorado de la oposición, adelantada desde las instancias oficiales, ocupa la así llamada “Lista de Tascón”, publicada en su página web, por el diputado oficialista Luis Tascón. En la misma aparecieron los nombres de todos los ciudadanos que, de acuerdo con la Constitución, habían activado con sus firmas el referendo revocatorio presidencial de 2004. Esta flagrante violación del derecho al “secreto del voto”, promovida desde las alturas del gobierno por políticos inescrupulosos, pasó a convertirse en un poderoso instrumento político en manos del oficialismo, del que derivan despidos de empleados, trabajadores públicos y proveedores de contratos con el Estado (Cf. Marcano y Barrera Tyszka, 2006: 399).

De acuerdo con una investigación reciente de Ana Julia Jatar, miembro de la asociación civil Súmate, son 42 los organismos públicos que han incurrido en discriminación materializada tecnológicamente a partir de esa lista (más de 800 ex-empleados presentaron sus denuncias formales ante varias instancias gubernamentales y judiciales), luego “perfeccionada” con otras dos listas (Maisanta I y II), disponibles en disco en el comercio informal de las principales ciudades (Jatar, 2006: 219 p.).

No deja de ser significativo el hecho de que cuando el presidente reparó en el carácter discriminatorio de esa lista, “mandó a parar”, ordenando “archivar y enterrar la lista de Tascón”, señalando de paso el hecho de que “la famosa lista *seguramente cumplió un papel importante en un momento determinado, pero eso pasó*” (Marcano y Barrera Tyszka, 2006: 400; el subrayado es mío). Y es que el arbitrario presidencial al parecer no encontró freno para sus excesos autoritarios: “En la Venezuela de Chávez –ha destacado un reconocido periodista de investigación– ser un “escuálido”, esto es, un ciudadano de oposición al gobierno es ser un traidor a la Patria, un oligarca reaccionario, un vasallo del imperialismo yanqui, un explotador de los pobres, un ladrón indigno, fascista, terrorista y golpista. Una y otra vez, al ciudadano que no es chavista se le dice desde el poder que es todas esas cosas.” (Osío Cabrices, 2006: 474; Cf. Ramos Jiménez, 2004: 26).

con ello el carácter autoritario del régimen. De modo tal que el arropamiento de las instituciones por el chavismo victorioso limitó, durante largo tiempo, el espacio, amplio o reducido, de una genuina oposición democrática. Ello afectó sensiblemente las posibilidades de reagrupación de las fuerzas opositoras, divididas entre aquellas que adoptaron una posición netamente abstencionista, basada en la ausencia de condiciones para una competición político-electoral justa y transparente, por una parte y, la que terminó por imponerse, la de quienes se movieron en el convencimiento de la necesidad de enfrentar, aún bajo condiciones adversas, al presidente-candidato a la reelección.

La presentación de una candidatura única por la oposición fue vista como una meta irrealizable hasta bien avanzado el año 2006. De aquí que el presidente candidato haya repartido su tiempo durante ese mismo año en viajes al exterior cada vez más frecuentes, en busca de un liderazgo continental, según él al alcance de la mano. Y es que, a diferencia de otros presidentes latinoamericanos, muy ocupados en sus problemas internos, el presidente venezolano consideraba que el terreno conquistado se había vuelto indisputable, a tal punto que comenzó por sugerir entre sus seguidores la necesidad de aprobar, mediante reforma constitucional, la “reelección indefinida” o “presidencia vitalicia”, en la conocida versión autocrática de un anacronismo costoso: el bolivarianismo (*Cf.* Escovar Salom, 2006: 39 y Caballero, 2002: 23).

## CONSOLIDACIÓN DEL AUTORITARISMO ELECTORAL: LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE DICIEMBRE 2006

En su definición del “autoritarismo competitivo”, Levitsky y Way describen las cuatro principales *arenas de competencia democrática*, a saber: electoral, legislativa, judicial y los medios (2004: 164-169). Los dos principales candidatos presidenciales (Chávez y Rosales) se movieron con relativa libertad de acción en la primera, no así en las tres últimas, en las que el presidente candidato a la reelección

utilizó todos los recursos (legislativos, judiciales y mediáticos) para asegurarse una posición ventajosa ante un “competidor” conveniente e inofensivo.

La convergencia hacia una candidatura unitaria de la oposición se hizo realidad promediando el mes de agosto de 2006, cuando el gobernador del estado Zulia, Manuel Rosales, comenzó a recorrer el país enfrentando decididamente a su principal enemigo, la abstención. Y, en el espacio de tres meses de sostenida e intensa campaña, parecía haberla derrotado, independientemente del hecho de que las condiciones electorales de diciembre resultaban “peores que las del referendo revocatorio”, según la opinión de acuciosos observadores.<sup>35</sup>

Sin embargo, las promesas incumplidas de ocho largos años de gobierno, la arrogancia de la nueva clase política —denominada por unos, “boligarquía” y por otros, no sin razón, “boliburguesía”—<sup>36</sup>, el autoritarismo intolerante de la elite oficial (amenazas explícitas a los empleados públicos y de las grandes empresas del Estado) y, en fin, el clima de intimidación en el que convivían los ciudadanos comunes, constituyeron poderosos obstáculos para la competición libre y transparente, dejando minado el terreno de la participación opositora.

Si bien es cierto que la campaña de algo más de tres meses se reveló largamente insuficiente para competir con posibilidades frente al candidato-presidente, la misma sirvió para unificar las fuerzas dispersas de la oposición, sea para la organización y relanzamiento de nuevas fuerzas políticas emergentes (El partido regional Un Nuevo Tiempo, del candidato opositor Manuel Rosales y Primero

---

35 Si bien es cierto que para entonces el gobierno lucía vacilante e inseguro y, por lo tanto, derrotable para las fuerzas de la oposición coligadas, estas últimas, después de mucho tiempo, realizaron avances notables en la lucha de calle, en un terreno ampliamente controlado por el gobierno.

36 Se trata del sector de “nuevos privilegiados” que, desde su plataforma de izquierda democrática, Teodoro Petkoff ha descrito como “una nueva burguesía o ‘boliburguesía’, surgida al calor de la corrupción y de los negocios con el gobierno” (2005: 38).

Justicia, con mayor implantación en la capital), o bien para dejar atrás la tentación golpista propugnada por el sector más radical de la oposición anti-chavista.

Asimismo, la presencia de un candidato formidable en el campo de la oposición y una campaña exitosa, dadas las limitaciones en recursos humanos y financieros, se cuentan entre los motores que impulsaron el retorno de la oposición a la competición partidista y, lo que era más relevante, la conquista de mayores espacios en el nuevo mapa electoral que, como veremos más abajo, pasaron a conformar una nueva plataforma, más política que electoral, para la resistencia al proyecto autoritario de Chávez.

Ahora bien, la realización de lo que para un sector de la prensa escrita constituían “las elecciones más auditadas y observadas de Venezuela”, o los comicios presidenciales inéditos en más de un sentido,<sup>37</sup> debían asegurar unos resultados incuestionables y definitivos para las fuerzas en competición. Sin embargo, el desequilibrio en la campaña a favor del presidente Chávez (utilización abusiva de los recursos del Estado; presiones indebidas a los funcionarios públicos; participación abierta de los funcionarios públicos en actos proselitistas del gobierno; ventajismo obsceno en los medios informativos y, en fin, ausencia de reglamento específico para el caso de reelección presidencial), por una parte, y la contaminación del Registro Electoral (1,3 millones de electores sin datos de dirección; más de 100 municipios con más electores que habitantes mayores de 18 años de edad; 16.475 electores nacidos en el siglo XIX; miles de migraciones inconsultas de electores), por otra, anunciaban la presencia de un dilema crucial para el creciente movimiento de la

---

37 La presencia de observadores especializados, nacionales e internacionales: más de un millar de técnicos, de la Unión Europea (126), la OEA (60), el Centro Carter (8), Ojo Electoral (400), Asamblea de Educación (400) y el grupo universitario Profesores por la Equidad (120), por una parte, y un conjunto de auditorías previas en presencia de representantes de los candidatos competidores y la apertura para el recuento de los votos en el 54% del total de mesas automatizadas, por otra, representaron la mayor auditoría posterior ejecutada al sistema automatizado de votación. (Pereira, *El Nacional*, 02/12/2006: 4A).

oposición, que debió hacer frente a la orientación abstencionista de buena parte de su electorado natural.<sup>38</sup>

¿Por qué la oposición aceptó competir en las elecciones presidenciales bajo tales limitaciones? Elementos significativos de respuesta sólo los encontraríamos en la actitud de la dirigencia opositora en la noche del 3 de diciembre, cuando hacia las 10 de la noche el CNE anunció los primeros resultados, 6 horas después de haber cerrado los recintos y mesas electorales a lo largo del país.

## ¿UN TRIUNFO POLÍTICO EN MEDIO DE UN REVÉS ELECTORAL?

Si bien es cierto que en la desmovilización opositora que siguió al referendo de agosto de 2004, la idea de fraude masivo a favor del presidente encontró apoyos significativos, particularmente en la sociedad civil antipolítica, la convocatoria de la candidatura unitaria, canalizada por los principales partidos de la oposición a excepción de AD, se fue extendiendo cada vez más, enfrentando la amenaza abstencionista que había hecho estragos en las filas de la oposición en las elecciones parlamentarias y regionales de 2005. De modo tal que el llamado a la participación desplazó en la acción opositora la exigencia de “condiciones” mínimas para unas elecciones limpias y

---

38 Si en los casos de reelección presidencial en Colombia y Brasil, se estableció un reglamento específico, en el caso venezolano, el CNE no encontró razones para hacer lo mismo, ante la falta de presión de la dirigencia opositora.

En el informe preliminar sobre el proceso comicial, presentado por los observadores de la Unión Europea, se recogen en forma detallada todas estas limitaciones, agregando de paso el hecho de que el proceso electoral venezolano “cumplió con los estándares internacionales y con la legislación en la materia vigente en el país” (*El Universal*, 05/12/2006). Si nos detenemos en la observación de la más reciente experiencia electoral de México, la fuerza del alegato de fraude, presentado por Andrés Manuel López Obrador y aceptado por el Instituto Federal Electoral, estuvo sustentado en la “intervención abusiva del presidente de la república en la campaña electoral”. En el caso venezolano, ello “no revestía relevancia alguna” para el CNE, bajo control oficialista.

transparentes. En ello intervinieron, ciertamente, la irrelevancia política de la abstención deslegitimadora de Diciembre de 2005, la cual dejó sin mañana a las fuerzas crecientes de la oposición anti-chavista.

La actitud del candidato Manuel Rosales y su equipo de campaña, reconociendo los primeros resultados presentados por el CNE, que daban una amplia ventaja al presidente candidato (62% de los votos para Chávez y 38% para Rosales, con un 25% de abstención), sin esperar los resultados de las auditorías previamente acordadas, tiene mucho que ver con la voluntad opositora de superar aquello —la tesis del fraude— que se había convertido en un verdadero síndrome de la política venezolana en los dos últimos años, en circunstancias tales que, poco a poco se fue imponiendo la idea de asumir los resultados como “un triunfo político en medio de un revés electoral” (*Tal Cual*, 6/12/2006).

Ahora bien, la bipolaridad electoral de los once comicios precedentes terminó dando paso a una fragmentación desigual del electorado (46% de los electores bajo el liderazgo de Chávez; un 29% para la oposición de Manuel Rosales y un 25% para la abstención), conformando desde entonces una nueva relación de minorías, que puso a dura prueba la gobernabilidad en el actual período presidencial.<sup>39</sup> Porque, de entrada, el diálogo necesario entre gobierno y

---

39 La proclamada unidad de la oposición bajo el liderazgo de Rosales, que en principio debía canalizar el retorno del partidismo, se fue fragmentando conforme avanzaban las explicaciones, de uno y otro lado de la competición política. En las filas de la oposición, debe identificarse tres principales grupos. 1. Los que siguen al liderazgo de Rosales (el núcleo duro de los partidos de la oposición); 2. El grupo de electores desencantados con la promesa opositora de “ganar y cobrar” (específicamente, de quienes piensan que Rosales los engañó), y 3. Quienes continúan adscritos al mundo de la abstención (los antipolíticos irreductibles, que no quieren saber nada de política ni de elecciones). Un 10% del voto rosalista para el primer grupo y el restante 27% para el segundo conforman el reducido universo de la oposición.

La estrategia político-electoral del chavismo, fundada en la concentración del poder, por una parte, y en el fraccionamiento de una oposición heterogénea, por otra, se refleja en los resultados cuantitativos de las elecciones presidenciales semicompetitivas de 2006, los mismos que apuntalan de ahora en adelante la

oposición luce un tanto inviable, si nos atenemos al mensaje triunfalista de Chávez y a su intención explícita de imponer su proyecto de poder personal, ahora legitimado por casi la mitad del electorado, un tanto lejos de los 10 millones de votos fijados originalmente como meta. Sin embargo, la reaparición de una oposición creíble, aunque disminuida, se pensó en aquellos días, debía convertirse en el mediano plazo en el dique de resistencia al proyecto autoritario de Chávez.<sup>40</sup>

Con el triunfo de Chávez en las presidenciales, la construcción de una *democracia plebiscitaria*, sucedánea de una *democracia electoral* inconclusa, se fue afirmando bajo la forma de un *autoritarismo electoral* que comprende, a partir del referendo revocatorio de Agosto de 2004, todo un conjunto de comicios frecuentes y cuestionables para casi la mitad del electorado. La previsible victoria del presiden-

---

legitimidad de la figura presidencial, en el orden interno, y su posicionamiento, significativo en más de un sentido, en la opinión pública internacional. “La victoria de Hugo Chávez en las elecciones presidenciales del domingo en Venezuela –según el editorial del *Washington Post* del 8/12/2006– no fue sorprendente, dada la campaña que la precedió. El supuesto revolucionario «bolivariano» inundó el país con petrodólares en los meses antes de la votación, incluyendo bonos para los trabajadores del gobierno. Chávez dominó los medios, recibiendo, según uno de los conteos hechos, 22 veces más tiempo al aire que su oponente.

También empleó libremente la intimidación, apoyando una declaración del ministro y director de la poderosa empresa de petróleo del Estado (PDVSA), que decía que sus 40.000 empleados se movilizarían a favor del presidente que, cualquiera que se opusiese, sería culpable de un «crimen».

- 40 En términos porcentuales, el voto rosalista (4.196.329) resulta inferior al del opositor Salas Roëmer en 1998 y de Arias Cárdenas en la relegitimación de poderes de 2000. Por el contrario, el voto chavista (7.161.637) resultó incrementado significativamente si lo comparamos con los resultados del referendo revocatorio de 2004. En otras palabras, el voto chavista, que se había reducido en las elecciones regionales y parlamentarias de 2005, se incrementó en cerca de 5 millones de votos. Un dato que desafía a la imaginación, puesto que, si se acepta como válidos los números netos de la abstención en el seno del chavismo en 2005 (en torno a los 4 millones), entonces, debe aceptarse la presencia de más de 5 millones de votos “nuevos” en las elecciones presidenciales de 2006 (la votación alcanzada por el presidente Chávez supera por más de 1 millón de votos la lograda por el “No” oficialista en el referendo revocatorio presidencial de 2004).

te plebiscitario en las elecciones de diciembre de 2006, independientemente de su dimensión cuantitativa, parece definitivamente dissociada del modelo de una democracia electoral pluralista efectiva y *last but not least*, habrá de representar en el futuro próximo la confirmación de la deriva autoritaria –totalitaria, para algunos– de un gobierno empeñado en imponer un proyecto hegemónico, rápidamente identificado con un indeterminado “socialismo del siglo XXI” –las opciones de la Tercera Vía en las presidenciales de 1998 y del bolivarianismo en las elecciones siguientes, quedaron definitivamente desplazadas en la nueva propuesta del chavismo en el poder– que, a falta de otra ideología a la mano, se ha venido ofreciendo como alternativa política al resto de países latinoamericanos.

El modelo del *autoritarismo electoral* venezolano ha sido fuente de inspiración en un buen número de países latinoamericanos, particularmente allí donde la debilidad de los partidos y sistemas de partidos impide la práctica de una competencia democrática efectiva (casos de Bolivia, Ecuador y Nicaragua). La hipótesis según la cual las elecciones son insuficientes para garantizar la democratización de las formas políticas encuentra en el experimento bolivariano de los años recientes elementos significativos para su convalidación comparativa. Y en la medida en que este ejercicio de interpretación de las realidades autoritarias, no democráticas –de *feckless pluralism*, según Carothers– del espacio y tiempo latinoamericanos, se extiende más allá de la academia, el mismo resulta crucial para la determinación de alternativas democráticas viables en la ya larga etapa de la transición latinoamericana.



7 •

---

CHÁVEZ REELEGIDO  
Y SU FALLIDA BÚSQUEDA  
DEL PODER TOTAL



Desde el referendo revocatorio de 2004, Chávez y el chavismo en el poder adelantaron todo un conjunto de acciones, orientadas hacia la consolidación del liderazgo del presidente personal, por una parte, y a la desarticulación de toda oposición democrática, por otra. Hoy en día, el escenario de una tal empresa se extiende decididamente más allá de las fronteras de Venezuela y, si bien es cierto que en una primera etapa, la pretensión presidencial adoptó como señas de identidad un bolivarianismo retórico, el mismo ha ido poco a poco dando paso, en el discurso presidencial, a un indefinido “socialismo del siglo XXI”, con pretensiones latinoamericanistas y extracontinentales.

Las bases sociológicas y políticas de este relanzamiento deben advertirse dentro del contexto de una nueva relación de fuerzas, la misma que se establece a partir de los resultados de las elecciones presidenciales de diciembre de 2006, cuando el presidente Chávez resulta reelegido. Y es que, como lo hemos destacado más arriba, la naturaleza *semicompetitiva* de tales elecciones, como en el pasado reciente, no tenía otro propósito que el de reafirmar la apariencia democrática de la elite gobernante ante la opinión pública internacional, estabilizando de paso a un régimen autoritario,

significativamente bajo la dirección y control de un liderazgo plebiscitario<sup>1</sup>.

Ahora bien, todo parecía indicar en los primeros meses del nuevo año 2007 que el “proyecto político del presidente” contenía elementos e indicios claros de una neta orientación del gobierno hacia metas más personales que colectivas, las mismas que provocaron un progresivo alejamiento de los estándares “normales” de la democracia representativa en nuestros países, confirmando de paso la vocación autoritaria y militarista del presidente, todo dentro de la práctica de relaciones clientelares –de carácter neopopulista– con el electorado cautivo, por una parte, y de la intensificación de relaciones de exclusión hacia la oposición política democrática, por otra.

Lejos de reconocer la legitimidad de una apreciable oposición democrática, que nada tenía que ver con las intenciones desestabilizadoras del pasado, las primeras medidas oficiales, de carácter estratégico, llegaron cargadas de contenidos autocráticos, no dejando lugar a dudas sobre las intenciones hegemónicas del presidente y su equipo gubernamental. De modo tal que el pretendido triunfo democrático de la oposición sobre las fuerzas de la abstención en las presidenciales de diciembre 2006, en poco tiempo fue reducido a posiciones marginales dentro de la nueva relación de poder. Ello está en el origen de un peligroso distanciamiento de las fuerzas del gobierno y de la oposición, hecho que terminó por reafirmar el control presidencial sobre el entramado institucional del sistema político.<sup>2</sup>

---

1 En la historia electoral de La Venezuela de Chávez, las elecciones y referendos que se realizan a partir de Agosto 2004, estuvieron siempre acompañados de un número apreciable de obstáculos y restricciones, difíciles de sortear para los candidatos y fuerzas de la oposición.

2 La bipolaridad electoral que se desprende de los resultados de las presidenciales de 2006 (46% para Chávez, 29% para la oposición y 25% para la abstención) no debería dejar lugar a la implementación de proyecto hegemónico alguno, si no fuera por la inclinación voluntarista del presidente a desconocer toda oposición, democrática o no. Ello explica en buena parte el clima de tensión e incertidumbre dominante, en los meses que siguieron a tales comicios, caracterizado por una

Si bien es cierto que el “presidente-candidato” de los pasados nueve años ha reorientado hoy en día sus actividades hacia la conquista definitiva del espacio político interno, en su intento por hacerse con todo el poder le han sido de gran ayuda, tanto el carácter monocolor de la Asamblea Nacional, como la evidente erosión del espacio de una desarticulada oposición política. De aquí que, una vez reconocido su triunfo del 3 de diciembre de 2006 por el candidato de la coalición opositora, la acción gubernamental se encaminó hacia la concentración del poder en la persona del presidente, dejando en el camino las fuerzas de una resistencia en ciernes, que ya se había alejado de las posiciones desmovilizadoras del candidato opositor derrotado.<sup>3</sup>

La propuesta de una reforma constitucional, que incluye una suerte de reelección indefinida del presidente, por una parte, y la

---

actitud presidencial permanente de confrontación activa con el “enemigo” de turno (la oligarquía, el imperialismo, el golpismo, el fascismo, el neoliberalismo salvaje, etc.), por una parte, y de intimidación hacia toda oposición, interesadamente identificada con valores “antinacionales” y “antipopulares”, por otra.

- 3 Con la adopción de una estrategia discutible, la coalición opositora reconoció rápidamente los resultados en la misma noche del 3 de diciembre. Si bien es cierto que el hecho de haber reunido un poco más de 4 millones de votos, de un universo de electores que sobrepasa los 16 millones, debía servir de apoyo a la nueva estrategia de la oposición, la necesidad de reconocer la tesis de “un triunfo político en medio de un revés electoral”, como lo hemos visto más arriba, no convenció en modo alguno al grueso de la oposición antichavista. De aquí que la política de relanzamiento de una autodenominada “renovada oposición democrática”, sustentada en la acción de los principales partidos, resultó insuficiente ante las pretensiones totalitarias del reelegido gobierno de Chávez. Y en la medida en que la oposición variopinta confrontó grandes dificultades para aceptar como válidos los resultados presentados por un órgano electoral abiertamente parcializado, la invocada “transparencia” del proceso electoral se mantuvo en entredicho. En tal sentido, el pronunciado bajón en la popularidad del candidato perdedor —autoproclamado líder de la masa opositora— en las primeras encuestas del año 2007, reveló a las claras la imposibilidad de alcanzar en el corto plazo la formación de una “oposición creíble y viable”, ante la arrogancia y autosuficiencia del chavismo en el poder. Ello explica en parte la vigencia de una actitud extendida en los campos de la oposición, que comenzó por apostar en el corto plazo a una eventual implosión de las fuerzas del chavismo.

aprobación de una ley habilitante que, neutralizando el aparato legislativo, permitió al presidente gobernar por decreto, por otra, expresan hasta que punto el reelegido presidente Chávez se consideró en adelante “sólo en el ring” y sin contendores a la vista. Ello aporta elementos de explicación a la cuestión de saber si la lectura chavista del momento electoral que, como hemos visto, se ha extendido por alrededor de diez años, era la correcta para permitirle al presidente el establecimiento de una línea política estratégica, de corte totalitario ciertamente, en los próximos años. En este sentido, deben inscribirse las acciones y decisiones presidenciales, orientadas hacia el control hegemónico del poder interno y su proyección exterior, hacia la conquista de un liderazgo continental significativo.

Asimismo, en la medida en que la propuesta de refundación y unificación de los partidos de la coalición gubernamental en un “partido único” socialista (14 de diciembre de 2007) estuvo orientada hacia la concentración de las fuerzas oficialistas en torno de la figura presidencial, Chávez dejó claramente establecido, como lo hemos visto más arriba, el hecho de que los votos obtenidos en la reelección presidencial “no eran de los partidos, sino del pueblo para él”, aclarando que el “partido de la revolución” no sería una “partido único” sino un “partido unido”.<sup>4</sup>

---

4 El proceso para registrar la militancia del nuevo “Partido Socialista Unido de Venezuela” (PSUV) comenzó en la segunda quincena de 2007. La comisión promotora del nuevo partido, llamado a dejar atrás al MVR, reunió en su seno a los mismos dirigentes del partido oficial, destacando el hecho de que se trataba de una mayoría de militares activos y retirados, todos cumpliendo funciones de gobierno. Resulta significativo que el llamado del presidente a la dirigencia de los tres principales partidos aliados: Patria para Todos (PPT), Partidos Comunista de Venezuela (PCV) y Podemos, para disolverse y fusionarse al nuevo partido haya sido rechazada, dejando entrever la existencia de una fractura crucial en el chavismo en el poder.

Si tomamos en cuenta la exigencia de un “todopoderoso” y reelegido presidente, para quien: “Los partidos deben olvidarse de los colores, de las siglas. Eso es intrascendente. Lo importante es un partido de la patria. Aquellos que no quieran formar parte pueden seguir su camino, no cuenten con seguir en el gobierno”, anunciando de paso que el MVR “ya había cumplido su etapa”, las dificultades en el camino de la “unificación” resultaron formidables. Cf. Sara Carolina Díaz,

## ¿SOBREESTIMACIÓN DEL LIDERAZGO PRESIDENCIAL?

La holgada victoria electoral del chavismo en las presidenciales de 2006, impuso también una dinámica tan particular como precipitada en el ejercicio del gobierno. El momento electoral, al parecer superado en el tiempo, pronto habría de desencadenar las ambiciones hegemónicas del chavismo y su líder, empeñado éste en consolidar su poder y proyecto personales.

Es en este contexto donde deben inscribirse las líneas de acción de un ejecutivo prepotente en el escenario post-electoral. Medidas gubernamentales tendientes a acallar las manifestaciones críticas de una oposición acorralada, por una parte, y la concentración de la decisión en la persona del presidente —Ley Habilitante, aprobada por la Asamblea Nacional, de por medio—, por otra, deben destacarse como las acciones desencadenantes de una estrategia presidencial, decididamente orientada hacia la acumulación del *poder total*.

En un primer momento, todo parecía seguir el curso “normal” dentro de las aspiraciones de un presidente que, contando con “el apoyo mayoritario de su pueblo”, identificó al mandato popular como la autorización a seguir los dictados de su concepción personal del poder. Cuando, el viernes 25 de mayo de 2007, la Fuerza Armada Nacional recibió la orden del colonizado Tribunal Supremo de Justicia (TSJ) de tomar la sede, instalaciones y equipos de Radio Caracas Televisión (RCTV), la planta televisora más popular y antigua del país, el hecho despertó las alarmas más allá de la oposición.<sup>5</sup>

---

“La revolución bolivariana en busca de un partido”, *El Universal*, 06-02-2008.

El nuevo partido unido no estuvo presente en la plataforma político-electoral del referendo constitucional de diciembre 2007, replanteándose la tarea de creación del nuevo partido, ahora sin la presión a las fuerzas aliadas, con miras a las elecciones regionales previstas para noviembre de 2008. Ello revela claramente el carácter electoralista de las fuerzas del chavismo. Cf. Jaime Granda, “PSUV surrealista”, *Zeta*, n° 1647, 22 al 28 de febrero de 2008, p. 16-17.

5 Si la ocupación de la sede de RCTV el 27 de mayo de 2007 y, por consiguiente, el cese de transmisiones del canal, considerado como el “canal favorito de los

El extendido rechazo a tal medida presidencial provocó de inmediato la formación de un nuevo polo de oposición, desconocido hasta entonces, a partir de un renovado y creciente movimiento estudiantil en defensa de la libertad de expresión: “El rechazo que hoy ha unido a tirios y troyanos tiene por tanto orígenes combinados. Para una parte de los ciudadanos, RCTV representa un problema puro de libertad de expresión y pluralismo. Para la otra es el entretenimiento lo que está en juego, aunque a éste jamás pueda versele desvinculado del primero”.<sup>6</sup> Poco a poco, la protesta estudiantil fue alimentando en todas las ciudades el rechazo a lo que desde entonces comenzó a ser interpretado como un peligroso arbitrio presidencial, que a la larga desembocó en el detonante de una nueva oposición, menos centrada en los partidos y más anclada en un vigoroso movimiento de jóvenes, hasta entonces ganado para las posiciones de la antipolítica predominante.

---

venezolanos”, representaba para el TSJ una forma de garantizar una plácida transición hacia “el canal oficial que lo va a reemplazar”, la misma fue identificada desde el principio como parte de lo que el diario francés *Le Monde* editorializó como una “censura a lo Chávez”, dejando entrever la voluntad de retaliación personal del presidente hacia el empresario Marcel Granier, radical opositor al proyecto del chavismo en el poder, acusado de haber participado en la conspiración y golpe de Abril de 2002. Cf. *El Universal*, 27-05-2007.

Tratándose de un canal privado, fundado hace 53 años, muy enraizado en la población por sus telenovelas, entretenimiento y programas de concursos, pronto se impuso la medida presidencial como una decisión impopular que, por lo demás, venía a consolidar la concentración del espectro audiovisual en manos del gobierno. Y si bien es cierto que el presidente y sus seguidores hablaron siempre de una “democratización de los medios”, no lo es menos el hecho de que el gobierno ya controlaba alrededor del 80% de los medios masivos de comunicación.

- 6 Argelia Ríos, “RCTV: una clausura con doble filo”, *El Universal*, 10-06-2007. Una encuesta de Interlaces destacó para entonces una baja de 9 puntos en la popularidad del presidente, señalando de paso el hecho de que el 79% de los encuestados consideraba que la salida del aire del Canal 2 fue “un capricho antidemocrático” del presidente: “Las últimas decisiones del gobierno, como el cese de operaciones de Radio Caracas Televisión, la Ley Habilitante, la amenaza de reelección indefinida, han elevado la percepción de los ciudadanos de que el primer mandatario es autoritario”. *El Universal*, 10-06-2007



Ahora bien, si la dinámica autoritaria impulsada desde el gobierno venía estrechamente vinculada con una evidente sobreestimación del liderazgo presidencial, pasando por encima de al menos la mitad de la población, no identificada en modo alguno con la pretensión “revolucionaria” del reelegido presidente, una tal dinámica terminó precipitando los tiempos y el espacio de la nueva relación entre gobierno y oposición. En tal sentido, una oposición paralizada y a la expectativa, comenzó a tomar vuelo, apoyándose significativamente en la extendida reivindicación estudiantil. Ello está en el origen del hecho de que, en unos pocos meses, Chávez y el chavismo en el poder comenzaron a perder los terrenos conquistados en las presidenciales del año precedente.

## EL PROYECTO DE REFORMA CONSTITUCIONAL

La lectura chavista de los resultados de las elecciones presidenciales y, particularmente, su negativa a reconocer la presencia de más de cuatro millones de votos de la oposición, estuvo siempre acompañada de las pretensiones autocráticas de su líder. Ello resultó determinante en la adelantada presentación de la propuesta presidencial de Reforma Constitucional, que ya era conocida anticipadamente, en sus líneas generales, por los principales actores de la oposición.<sup>7</sup>

---

7 En los medios del gobierno se preparó la “reforma de la Constitución” para el año 2008, sin embargo, un cauteloso presidente adelantó su proyecto en previsión de los efectos de las dificultades económicas derivadas de la implementación de una precipitada reconversión monetaria para el nuevo año. Así, el 15 de agosto de 2007, último día de sus sesiones ordinarias, la Asamblea Nacional recibió para su discusión el proyecto de reforma constitucional, el cual, una vez aprobado, fue enviado al Consejo Nacional Electoral (CNE), instancia que tendría 30 días continuos para organizar el referendo correspondiente.

No deja de ser relevante el hecho de que en la presentación del proyecto de reforma constitucional, el presidente haya hecho referencia a la reciente elección de un alcalde, decidida por menos del 30% de los electores: “Desde el punto de vista estrictamente político eso no tiene legitimidad, compadre, no tiene legitimidad”. Si extendemos esta reflexión presidencial al hecho de que los miembros de la

Incluyendo aspectos tales como la adopción del así denominado “socialismo del siglo XXI”, la conformación de un indefinido *poder popular*, la creación de nuevas estructuras político-territoriales, eliminación de la autonomía del Banco Central y, en fin, la reelección presidencial continua, la propuesta de reforma constitucional, que según el presidente debía modificar “menos del 10% de la actual Constitución”, iba ciertamente más allá de una genuina reforma hasta alcanzar las características de un cambio fundamental de la misma. En otras palabras, el conjunto de reformas propuestas (modificación de 33 artículos) sólo podía ser refrendado por una nueva Asamblea Nacional Constituyente, de acuerdo con lo dispuesto en la Parte fundamental de la Constitución Bolivariana de 1999.

Una vez en el Parlamento, el proyecto presidencial de reforma constitucional debía ser votado, según el presidente, en un solo bloque. Así, dirigiéndose a los primeros “comités de defensa de la reforma constitucional”, el presidente advirtió: “Esto está muy claro: el que tiene la iniciativa de reforma es el que puede solicitar que sea votada por partes o no. En este caso, la iniciativa es mía y yo pido que se vote en un solo bloque”.<sup>8</sup> Lo que no impidió que, poco tiempo después, el Parlamento agregue 37 nuevos artículos al proyecto original del presidente.

---

Asamblea Nacional fueron elegidos con menos del 25% del electorado en las parlamentarias de Diciembre 2005, para Chávez esta asamblea estaba ciertamente deslegitimada. Cf. “Reforma está en manos de AN ilegítima, según análisis de Chávez”, *El Universal*, 18-08-2007. La presidenta del Parlamento, bajo estricto control oficial, manifestó su intención de llevar a cabo la consulta en el mes de diciembre, todo de espaldas a cualquiera oposición política. Y, por su parte, el presidente invitó a la realización de un “gran debate nacional” sobre la necesaria validación constitucional de lo que según él representaba “la vía venezolana hacia el socialismo, que nos permitirá una democracia verdadera y no esa pantomima que aquí había”. En suma, el presidente (una comisión *ad-hoc*) se tomó 6 meses para la preparación del proyecto de reforma, la Asamblea Nacional otros 3 meses (hasta fines de septiembre), dejando para el citado debate, los 2 meses restantes. Cf. *El Universal*, 02-08-2007 y 16-08-2007.

8 Cf. “Chávez solicita que su proyecto sea votado en un solo bloque”, *El Universal*, 02-09-2007.

La campaña oficial por el SI estuvo en todo momento centrada en la figura presidencial. De aquí que desde el principio, la Asamblea Nacional la asumió como un nuevo plebiscito: aceptar o rechazar a Chávez. “La gente no va a votar SÍ porque le guste la reforma sino porque le gusta el presidente Chávez –observa Andrés Stambouli– Una buena cantidad de gente votará por la reforma porque Chávez la plantea y otros van a votar en contra por la misma razón”.<sup>9</sup> Además, en palabras del presidente: “el que diga que va a apoyar a Chávez pero va a votar por el NO es un verdadero traidor. El que está conmigo de verdad vote por el SÍ, el que vota por el NO vota contra mí, contra la revolución y contra el pueblo.”<sup>10</sup>

La posibilidad de un revés electoral para el presidente –últimas encuestas de por medio– se dejó entrever particularmente en sus declaraciones de cierre de campaña. “Si no se aprueba la reforma habría que pensar en mi relevo” adelantó en los momentos más altos de la campaña, ante un electorado que el presidente consideraba cautivo.

Ahora bien, en la medida en que la propuesta de reforma se orientaba a un cambio de la estructura del Estado, la oposición afincó parte de la campaña, en un primer momento, en la tesis de “usurpación del poder constituyente” o de “fraude a la Constitución” por

---

9 Citado en Sara Carolina Díaz, “La reforma se diluye en la campaña electoral por el SÍ”, *El Universal*, 25-11-2007. Con amenazas al presidente de Estados Unidos, al presidente de Colombia, al rey de España y a los canales de televisión nacionales e internacionales, Chávez cerró la campaña con una gran concentración: “A la oligarquía venezolana y al imperio norteamericano desde aquí les advierto que no podrán detener el carro de la revolución bolivariana porque el día domingo aprobaremos la reforma constitucional”. *El Universal*, 01-12-2007.

10 *El Universal*, 24-11-2007. En la medida en que el mesianismo presidencial se presenta como una seña de identidad de la experiencia bolivariana, el referendo constitucional pasó a constituirse en el punto de partida del relanzamiento radical del presidente personal. En declaración desde Brasil, el presidente Lula Da Silva advirtió: “No creo en la palabra insustituible. No existe nadie que no sea sustituible o que sea imprescindible. Cuando un dirigente político comienza a pensar que es imprescindible, que es insustituible, comienza a nacer un *dictador-ziiño*.” *El Universal*, 27-08-2007.

parte del presidente y la Asamblea Nacional.<sup>11</sup> Sólo después de la publicación de encuestas desfavorables a la posición presidencial, la oposición fortalecida decidió enfrentar a un enemigo doble: el partido del SÍ, por una parte y el de la abstención, por otra.<sup>12</sup>

---

11 El general Isaías Baduel, ex ministro y estrecho colaborador del gobierno chavista, tomó distancias del proyecto presidencial, llamando particularmente a sus compañeros de armas a analizar profundamente el texto de la reforma: “Alerto a la Nación, al pueblo venezolano, para defender nuestra constitución y les llamo a no ser indiferentes ante este asunto tan grave que cambiará la vida de todos los que habitamos este país. A las autoridades e instituciones competentes a no ser cómplices de este ilícito. La única arma democrática y legal que nos queda es votar NO ante la pretensión de consumir rápidamente esta imposición no democrática que nos conduce a un nefasto retroceso”. María Daniela Espinoza, “Baduel llama a votar No ante la reforma ‘fraudulenta’”, *El Universal*, 06-11-2007.

12 Entre los aspectos más relevantes de la reforma constitucional, aquellos que la opinión pública –incluido un vasto sector del chavismo– consideró más significativos, destacan:

#### 1. Política

- Reelección indefinida del presidente y extensión del período presidencial a siete años;
- Reducción de la edad para votar (16 años);
- Mayores requisitos para los referendos. 20% del REP para la enmienda constitucional y 30% para los revocatorios de cargos de elección popular
- Nuevas formas de participación para la “construcción del socialismo”
- Antiimperialismo

#### 2. Economía

- Reducción de la jornada laboral (de 8 a 6 horas de la jornada diaria, o 36 horas semanales);
- Nuevas formas de propiedad: propiedad social (directa e indirecta), colectiva, mixta y privada sobre bienes de uso y consumo y medios de producción;
- Eliminación de la autonomía del Banco Central de Venezuela. Potestad del presidente de la República para el manejo de la política monetaria y las reservas internacionales;
- Primacía de los intereses comunes sobre los individuales. El Estado creará condiciones para la construcción de una “economía socialista” ;
- Sustitución del régimen socioeconómico actual de justicia social, democracia, libre competencia y productividad, por principios “socialistas, antiimperialistas, humanistas y de cooperación” (El Estado, las iniciativas comunitaria, social y personal);
- Seguridad social incluyente de los trabajadores por cuenta propia, amas de casa y conductores de transporte público;

Violentando lo dispuesto en la Ley Orgánica del Sufragio y Participación Política (LOSPP), el CNE procedió a improvisar un cronograma de actividades, de modo tal que, en algo menos de dos

- 
- Eliminación de la protección de la propiedad intelectual sobre obras científicas, literarias y artísticas.

### 3. Educación

- Acceso a la educación “sin más limitaciones que las derivadas de sus aptitudes, vocación y aspiraciones”. Se elimina toda clase de evaluación para el ingreso a las universidades;
- Establecimiento del *voto paritario* de estudiantes, profesores y trabajadores para elegir a sus autoridades. Se elimina el concepto de claustro universitario.

### 4. Ordenación territorial

- Atribución del presidente para crear o suprimir por decreto ciudades comunales, provincias federales, ciudades y municipios federales, distritos funcionales y designar a sus autoridades;
- Eliminación de la descentralización. “La AN, por la mayoría de sus integrantes, podrá atribuir a los órganos del Poder Popular, a los municipios y a los Estados determinadas materias de competencia nacional”.
- El presidente podrá designar al primer vicepresidente y los vicepresidentes que considere necesarios.

### 5. Área militar

- La Fuerza Armada Nacional cambia de nombre. Se le agrega “bolivariana” y pasa a constituirse en “un cuerpo esencialmente patriótico, popular, antiimperialista, profesional y sin militancia partidista”;
- Estudio y ejecución de la doctrina militar bolivariana (aplicación de principios de de defensa integral y la guerra popular de resistencia, cooperación en las tareas de mantenimiento de la seguridad ciudadana y del orden interno, así como la participación en los planes sociales, económicos, científicos y tecnológicos;
- Creación de la Milicia Nacional Bolivariana, como nuevo componente de la FAB;
- Eliminación del texto constitucional vigente que establece que la FAN está “al servicio de la Nación y en ningún caso al de persona o parcialidad política alguna”.

### 6. Derechos humanos

- Restricción del derecho a la información durante los estados de excepción y suspensión de algunos aspectos relacionados con el debido proceso;
- Supresión de la temporalidad de los estados de excepción, los cuales durarán “mientras se mantengan las causas que los motivaron”;
- Eliminación del requisito de que el decreto de estado de excepción sea revisado por el Tribunal Supremo de Justicia y que cumpla con “las exigencias, principios y garantías establecidos en el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos y en la Convención Americana de Derechos Humanos”.

meses (domingo 2 de diciembre de 2007), los venezolanos debieron pronunciarse sobre el contenido de la reforma constitucional presentada por el presidente y la Asamblea Nacional. Paradójicamente, la viabilidad del proyecto de referendo, incluyendo la falta de depuración de un Registro Electoral Permanente (REP), largamente denunciado como la principal fuente de un “fraude masivo” en las presidenciales de 2006, fue aceptada sin mayor resistencia por unos debilitados partidos de la oposición.<sup>13</sup>

---

13 Entre los años 2006 y 2007, el Consejo Nacional Electoral modificó 1.185.458 registros del REP, eliminando nombres coincidentes, cédulas sospechosas y fechas de nacimiento extrañas. En un estudio realizado después del referendo constitucional y en previsión de las próximas elecciones regionales de Noviembre 2008, por un grupo de investigadores de la Universidad Simón Bolívar, Universidad Central de Venezuela y Universidad Metropolitana, reunidos en un colectivo conocido como “Venezolanos por la Transparencia Electoral” (portal [www.esdata.info](http://www.esdata.info)) se llegó a determinar el hecho de que al menos un tercio de los municipios registra más electores que habitantes adultos y “cada vez hay nuevas pistas sobre comportamientos extraños de los nuevos votantes”, “En Caracas, por ejemplo, 13 parroquias del municipio Libertador registran sobrecobertura: las más críticas son Catedral (donde viven 3.807 adultos y hay 13.158 electores) y San Bernardino (con 18.418 adultos y 24.699 electores)”. Debe destacarse de paso el hecho de que los casos de sobrecobertura estaban ubicados principalmente en zonas rurales, allí donde los alcaldes habían sido elegidos con menos de 1000 votos. Cf. Javier Pereira, “La caja negra del Registro Electoral”, *El Nacional*, 10-02-2008.

Cuando el grupo de investigadores se detuvo en el estudio de los “nuevos electores y migrados electorales”, correspondientes a más de la mitad del Registro Electoral (8,2 millones de votantes), encontró que sólo 7,3 millones de electores mantenían intacto su status electoral desde 1998, estableciendo curiosamente “una relación directa entre los electores nuevos o migrados y los votos a favor del chavismo”. De este modo, los investigadores dividieron las 32.114 mesas de votación del país en tres grupos: 1. las que tenían menos de 30% de votantes nuevos o migrados; 2. las que mantenían una proporción similar entre nuevos y viejos votantes; y 3. las que tenían más de 70% de votantes nuevos o migrados. Aislado para cada uno de estos grupos los resultados electorales de las presidenciales de 2006, descubrieron “en el primer grupo, la diferencia entre Hugo Chávez y Manuel Rosales era sólo de 4%, en el segundo grupo se amplió a 25% y en el tercero, con mayor cantidad de votantes nuevos o migrados, la diferencia entre los dos candidatos llegó a un promedio de 42%”, Concluyendo que “el grupo de electores nuevos tiene un comportamiento que no se corresponde con el promedio”. Cf. Javier Pereira, *Ibidem*.

Después de una larga espera cargada de incertidumbre, en la madrugada del lunes 3 de diciembre, la presidenta del CNE presentó los primeros resultados: con el 88% de los votos escrutados (14.299.478 de un total de 16.109.664 personas inscritas en el REP), 50,7% (en su primer bloque) y 51,05% (en el segundo bloque) correspondían al “No” del rechazo de la reforma, en tanto que el 49,29% (primer bloque) y 48,24% (segundo bloque) correspondían al “Sí”. De acuerdo con las cifras presentadas y faltando 1.810.186 electores inscritos en el REP, se procedió a la proclamación del triunfo del “No”, como “definitivo e irreversible”, ubicando la abstención en el 41,11% (4 de cada 10 venezolanos no fueron a votar).<sup>14</sup>

Siendo la diferencia muy estrecha, rápidamente el carácter “irreversible” de los resultados, asumido por el CNE, resultó cuestionado en más de un sentido, si tomamos en cuenta que las 4.092 mesas, que quedaron por fuera del primer boletín, correspondientes

---

14 La participación electoral en los procesos vinculados con la materia constitucional ha sido tradicionalmente reducida en la última década. Los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente de 1999 fueron elegidos con una abstención de 62%. Esta situación se repite en el referendo para aprobar la Constitución en Diciembre del mismo año: la carta magna fue aprobada por apenas 3 millones de personas (6.850.747 de electores se abstuvieron, equivalente al 55,5% del REP). Asimismo, no deja de ser relevante el hecho de que los diputados que aprobaron someter a referendo la reforma constitucional, fueron elegidos por el 20% de los electores en las parlamentarias de Diciembre de 2005. Cf. Eugenio Martínez, “Venezolanos dijeron ‘no’ a la reforma”, *El Universal*, 02-12-2007. Dejando sentado el hecho de que el proceso referendario no fue limpio ni transparente, y debido al retraso del CNE en la presentación de los resultados definitivos, la Asociación Civil Súmate ubicó la diferencia entre los votos obtenidos por el “No” y los alcanzados por el “Sí” en 8,61 puntos porcentuales, abriendo nuevamente las puertas a la sospecha generalizada en los campos de la oposición. Casi dos meses después y en ausencia de datos definitivos del CNE, la misma asociación estableció la abstención en 37,04%, puesto que el error de cálculo del CNE radicó en el hecho de haber comparado la participación de los electores en el primer boletín con el universo total de electores inscritos en el REP, cuando debió hacerlo únicamente con el número de electores asociado con las actas de votación, incluido en ese primer boletín (88% del REP). Cf. Juan Pablo Arocha, “Súmate revela ‘incongruencias’ del 2D”, *Tal Cual*, 22-01-2008.

a 1.810.186 electores, representaban una cantidad suficiente para revertir los resultados (la diferencia de la votación entre el “Sí” y el “No” fue alrededor del 1%, es decir, no mayor a los 200.000 votos). Este dato se manejó desde entonces como el más grande misterio del así llamado 2D. Y es que, la aceptación de esta “irreversibilidad” de los resultados, presentados en el primer boletín, pasó por encima de un hecho por demás relevante: del número de electores no contabilizados, 1.193.191 votaron en las presidenciales de 2006. De los cuales, 368.985 habían votado por Manuel Rosales y 824.206 lo hicieron por Hugo Chávez.

En tal sentido, mientras el CNE no publique los resultados definitivos con el 100% de las actas al detalle –no lo ha hecho hasta hoy y muy probablemente nunca lo hará, contraviniendo lo dispuesto en la Ley orgánica electoral– los venezolanos se seguirán planteando la misma pregunta: ¿la diferencia a favor del “No” en el referendo del 2 de diciembre fue, de verdad, tan pequeña?<sup>15</sup>

Por otra parte, en los resultados presentados en un segundo boletín del CNE, cinco días después del primero, con el 94% de las actas de cierre, la diferencia entre las dos opciones era aún menor: en el bloque A, la opción del “No” capitalizó 4.521.494 votos válidos (50,65%), mientras el “Sí”, recibió el apoyo de 4.404.626 electores (49,34%). En cuanto al bloque B, el “No” fue apoyado por 4.539.707 votantes (51,01%) y el “Sí” por 4.260.014 electores (49,99%). Faltando 6% de las actas (alrededor de 2.000 actas), correspondiente a cerca de 200.000 electores y si la diferencia entre las dos opciones es de sólo 116.868 votos, la tesis de la “irreversibilidad” de los resultados resulta aún menos convincente. Pronto se instaló en el terreno de la oposición, como en el pasado reciente, una duda razonable sobre la posibilidad de que los resultados fueron maquillados por un CNE que conocía el resultado final de los mismos, con una diferencia mayor.<sup>16</sup>

---

15 Cf. Javier Pereira, *loc.cit.*

16 De acuerdo con el informe técnico elaborado por la asociación Súmate, en medio de unas cuantas “incongruencias del 2D”, se señala el hecho de que el CNE en su



“Por ahora no pudimos, pero no retiro ni una coma de la reforma”, afirmó un presidente derrotado, con dificultades para aceptar la primera derrota electoral en nueve años. Recordando la pérdida de 3 millones de votos, en relación con los 7,3 millones de su reelección en 2006, la primera reacción fue la de dejar en claro a la renovada oposición el hecho de que su victoria sería aceptada sólo “por ahora”: “Sepan administrar su victoria –afirmó visiblemente afectado–, no se desboquen ahora. Midan matemáticamente la victoria. Yo no la hubiera querido, más bien no es que se la doy, ustedes se la ganaron y es de ustedes, pero yo esa victoria pírrica no la hubiera querido y menos en estas condiciones”.<sup>17</sup>

---

segundo boletín sólo registró la votación de 42.836 electores adicionales respecto al primer boletín. Si, según el anuncio de la presidenta del CNE, “sólo faltaban por escrutarse 200.000 electores para completar los resultados electorales”, una tal cifra sólo sería posible si en el segundo boletín se hubiese presentado el escrutinio de 1.567.350 votos. Cf. Juan Pablo Arocha, loc.cit.

- 17 Cf. María Lilibeth Da Corte, “Por ahora no pudimos, pero no retiro ni una coma de la reforma”, *El Universal*, 03-12-2007. “Me equivoqué en la selección del momento estratégico” agregó un presidente ostensiblemente derrotado, sentenciando, como de costumbre, que “Venezuela no está preparada para el socialismo”: “Nos ha faltado intensidad en la explicación, en el convencer a los demás de cuál es el camino al socialismo. Sigamos ahora demostrando en los hechos en qué consiste la propuesta socialista”. *El Universal*, 04-12-2007.

En los días siguientes al referendo constitucional se reveló ampliamente en los medios el hecho de que en la aceptación presidencial de los resultados del referendo estuvo presente la opinión del Alto Mando Militar, lo que en pocos días fue públicamente desmentido por los principales actores del proceso. En un trabajo periodístico de investigación, Hernán Lugo Galicia reveló una actitud fraudulenta del presidente en las horas que siguieron al referendo: “El Alto Mando Militar pidió una reunión a solas con el presidente de la República y le hizo ver a éste lo inconveniente de su actitud, le alertó sobre el repudio de la FAN frente a un fraude y le exigió aceptar los resultados o atenerse a las consecuencias. Yo no puedo aceptar esa diferencia de votos tan grande entre la oposición y el Gobierno –les dijo el presidente. Pierdo piso político y quedo muy débil ante la opinión pública, a merced de mis enemigos. Soy el comandante de la FAN y ustedes no pueden debilitarme de esa manera, tanto nacional como internacionalmente. Piensen no sólo en mí sino en la soberanía del país– gimoteó, como es común en él.” La respuesta del Alto Mando no se hizo esperar: “Presidente ponga las

La desmovilización del electorado chavista —ausente en el referendo— obedeció a causas que se inscriben dentro del desgaste normal de un gobierno que había invertido todo su capital político en el despliegue interno y externo del proyecto personal del presidente. Y es que, a pesar de contar con grandes recursos, financieros y mediáticos, el “proyecto de socialismo” presidencial fue concebido por la mayor parte del electorado —partidarios y adversarios del presidente— como un proyecto autocrático, si no totalitario, que ponía en peligro los avances de la nueva “clase política” (identificada como “boliburguesía”, por algunos, y “boligarquía”, por otros), a la que habría que agregar la presencia de una nueva “clase media”, desarrollada a la sombra del chavismo en el poder.

Por otra parte, todo parece indicar el hecho de que la campaña opositora por el “No” logró convencer a un electorado que iba más allá de sus propias fuerzas. Y si bien es cierto que los resultados de

---

cifras que quiera, siempre y cuando gane el NO, como es lo justo, lo preciso y lo verdadero: no queremos engaños. Y otra cosa, no es que mañana usted va a decir que ganó por unos escrutinios que llegaron de Amazonas o Delta Amacuro. Debe dejar muy claro que las tendencias del voto no van a cambiar. Óigalo bien, no van a cambiar ni hoy ni mañana. Queremos que llame al CNE y le diga eso en su nombre y con nuestro respaldo. Otra cosa: que lo hagan rápido para que usted pueda decir sin demora que perdió”. (Hernán Lugo Galicia, “Un Chávez iracundo se negaba a admitir la derrota”. *El Nacional*, 03-12-2007 y “Las horas amargas del comandante” *El Nacional*, 04-12-2007). Después de una revelación tan grave, el presidente no atinó a desmentirla sino con el recurso a la descalificación personal del periodista, a quien llamó —como de costumbre lo hace con sus adversarios— “tarifado” y “lacayo del imperio”. Nadie llevó este asunto a la Fiscalía para la acusación de rigor.

De modo tal que, anunciando una “segunda ofensiva para aprobar la reforma”, tres días después de los comicios, el presidente pretendió volver por sus fueros: “Prepárense porque vendrá una nueva ofensiva con la propuesta de reforma esa, transformada o simplificada, pero yo estoy seguro. Ya me han llegado cartas de dirigentes populares, porque el pueblo sabe que si recoge firmas esa reforma se puede someter a referendo de nuevo en otras condiciones, en otro momento, en este mismo lugar que se llama Venezuela. Así que yo no cantaré victoria señores de la oposición”. Cf. María Lilibeth Da Corte, “Chávez anuncia <segunda ofensiva> para aprobar reforma”, *El Universal*, 06-12-2007.

la oposición repetían los números del candidato Rosales en las presidenciales de 2006, no es menos cierto que la cantidad de los votos faltantes del “Sí” oficial se acercaba a los 3 millones. La pregunta que hoy en día se plantean los venezolanos radica en la cuestión de saber si esa cantidad corresponde, sea al amplio sector del chavismo volcado hacia las posiciones de la resistencia opositora —aquel que se abstuvo o terminó inclinándose por el “No”—, o bien el voto chavista de las presidenciales de 2006 estaba artificialmente sobredimensionado, hipótesis que se maneja en el campo del electorado ganado para la causa abstencionista.

Nuevos elementos de convicción sobre las causas de la derrota presidencial y, por consiguiente, de la victoria de la oposición deben investigarse en la evidente y notable regresión de las fuerzas del chavismo en el poder. Si el desgaste de la tesis del “socialismo del siglo XXI” presidencial le restó el apoyo del chavismo moderado, perdido definitivamente para tales posiciones radicales o “revolucionarias”, por una parte, el discurso post-referendo del presidente terminó por inclinarse hacia la radicalización de su rechazado proyecto, por otra.<sup>18</sup>

---

18 Si el ex-vicepresidente José Vicente Rangel encontró una explicación apaciguadora de la tormenta en el seno del chavismo, la misma contribuyó a desencadenar las voces de una disidencia interna, inclinada hacia las posiciones extremas: “Que casi 50% —afirmó Rangel— en una elección tan difícil, con tantos ataques mediáticos, con tanta desinformación, que casi la mitad del país se pronuncie por un proyecto socialista no ha ocurrido en ninguna parte del mundo”, señalando de paso, como un error la descalificación oficial del “movimiento estudiantil”, motor indiscutible de las fuerzas de la oposición. Cf. *El Universal*, 07-12-2007. Asimismo, en un extenso análisis de las causas de la “derrota del presidente Hugo Chávez”, Heinz Dieterich, hasta hace poco asesor de la “revolución bolivariana” y propulsor calificado del “socialismo del siglo XXI”, como lo hemos visto más arriba, identificó como la causa principal del revés referendario a la excesiva concentración del poder en el presidente: “el sistema vertical de conducción del proceso bolivariano. Esto es evidente en sus tres instancias formales, en las cuales el Presidente no tiene contrapeso alguno: el Parlamento, el gabinete y el partido (...) El precio político que pagó el presidente por ese sistema de conducción fue la falta de información sobre la realidad, y el relleno del gabinete y de su entorno en Miraflores, de oportunistas de la NCP (nueva clase política) que, aunque muchas

Ahora bien, si los resultados del referendo constitucional han servido de freno para una cuantas decisiones y acciones del gobierno chavista en el año siguiente (2008), no se encontraron indicios de revisión o rectificación en la práctica excluyente de la política pública, estrechamente conducida y controlada por el presidente. Ello a punto tal que el regreso de la oposición a los primeros planos de la competición política la inclinaron desde entonces hacia la preparación de un nuevo triunfo en las elecciones regionales de Noviembre 2008. Y ello, sin que hasta el día de hoy se conozcan los resultados definitivos del referendo constitucional, hecho que al parecer ha dejado tranquilos, tanto al liderazgo partidista de la oposición –en su lucha contra las fuerzas del “partido de la abstención”– como al del oficialismo, sin capacidad aparente para asimilar su primera y contundente derrota electoral.

En conclusión, la cuestión que se plantea actualmente no es otra que la de saber si la frenética búsqueda del “poder total” se frustró definitivamente con los resultados del referendo. Los hechos más destacados de la intervención presidencial en la política interna e internacional del último año están allí para demostrar los extravíos de un “nuevo régimen”, que ha perdido definitivamente el apoyo mayoritario requerido para adelantar en su proyecto de poder personal.<sup>19</sup>

---

veces ineptos para los cargos escogidos, garantizaban el control burocrático del proceso, mas no la cercanía al pueblo (...). El producto que se le pretendía vender a la ciudadanía, la reforma constitucional, era deficiente; de hecho, tan deficiente que sólo se logró convencer a una cuarta parte del electorado. Había cláusulas tácticas absurdas como la ampliación del período presidencial de seis a siete años; elementos económicamente inviables como la jornada de seis horas y propuestas estructurales, como la refundación del Estado sobre consejos comunales, cuya implementación presuponia la existencia de una dictadura revolucionaria en Venezuela, para la cual no hay condición alguna.” *El Universal*, 05-12-2007.

- 19 En reciente escrito, Armando Durán observa: “Chávez no ha logrado sacar al país del mundo de sus amenazas ni del desmesurado universo retórico de su fantasía, ni lo ha llevado ni parece estar en condiciones de llevarlo a una ruptura definitiva con el pasado. Mucho menos ha puesto a Venezuela en el sendero de una revolución verdaderamente socialista. Lo cierto es que en medio de un clima po-

---

lítico cada día más inestable, de crispación extrema, desacreditado internamente por el rechazo creciente de la población, cada día más aislado de la comunidad internacional, con la economía y las finanzas en crisis a pesar de los inconmensurables ingresos petroleros, extraviado en el laberinto de una contradicción al parecer insuperable entre la realidad y el *pastiche* ideológico al que recurre para disimular sus intenciones políticas y sus insuficiencias de gobernante, Chávez no ha sido capaz de impedir que la incapacidad, la corrupción, el despilfarro, la insatisfacción popular, las protestas y, por supuesto, su deformación profesional de teniente coronel paracaidista, en lugar de implantar un régimen socialista en Venezuela, la conduzcan hacia el espacio opaco y muy poco revolucionario de un gobierno militar y autocrático.” (2007: 12).



8 •

---

DEL PROYECTO  
DE "SOCIALISMO  
DEL SIGLO XXI"  
AL POPULISMO  
REALMENTE EXISTENTE





El intento persistente por identificar el proyecto bolivariano del presidente Chávez con una versión renovada del socialismo, impulsado en el discurso presidencial y adelantado por unos cuantos ideólogos del movimiento, se presenta lleno de inconsistencias teóricas y prácticas hasta hoy no superadas.

En la medida en que el propuesto e indeterminado "socialismo del siglo XXI" ha venido constituyéndose en una consigna ideológica un tanto movilizadora, más abstracta que real, destinada en un primer momento hacia la superación del "bolivarianismo" de los orígenes del chavismo, el mismo representa en nuestros días la única referencia ideológica del proyecto personal de Chávez, significativamente orientado más allá de las fronteras de América Latina, identificado rápidamente por algunos como "socialismo bolivariano" y "populismo revolucionario", por otros.

La cuestión de saber si este "socialismo del siglo XXI" hunde sus raíces en las conocidas tesis del marxismo-leninismo o, si es el caso, en algunas de sus variantes latinoamericanas, sea del indoamericanismo del peruano Haya de la Torre, o bien del así identificado *populismo revolucionario*, forma parte desde ya de un debate que apenas comienza en nuestro país<sup>1</sup>.

---

1 Dentro de la amplia literatura sobre la cuestión populista, corresponde a Ernesto Laclau un lugar destacado. Como lo veremos más abajo, para Laclau, el fenómeno populista no debe ser asumido como una anomalía o desviación

Si bien es cierto que la agencia política del chavismo en el poder, en sus manifestaciones más relevantes, reproduce unas cuantas características del tradicional populismo latinoamericano, particularmente en lo que se refiere al voluntarismo extremo del líder carismático, por una parte, y a la manipulación paternalista, afectiva o simbólica, de amplias expectativas populares, por otra, no lo es menos el hecho de que el discurso chavista repita otras tantas fórmulas recurrentes de la retórica anticapitalista y antiimperialista, que ha venido identificando desde el siglo pasado a los partidos y movimientos de la izquierda en nuestros países.<sup>2</sup>

## DEL POPULISMO TRADICIONAL AL “POPULISMO DEL SIGLO XXI”

Desde su aparición en la década de los cuarenta, el populismo latinoamericano, en sus diversas versiones (cardenismo, peronismo, getulismo, velasquismo, etc.), siempre fue considerado el enemigo “natural” de la izquierda, inclinada esta última hacia las posiciones progresistas. Los primeros intelectuales socialistas y comunistas se dieron modos, en uno u otro país, para enfrentar un movimiento popular que los iba desplazando en la ardua tarea de hacerse con el control y dirección de la masa de excluidos de la política oligárquica.

---

de la política —como ha sido tratado en la vasta literatura sociológica y política en nuestros países—, sino más bien como “una posibilidad distintiva y siempre presente de estructuración de la vida política (...) una dimensión constante de la acción política, que surge necesariamente (en diferentes grados) en todos los discursos políticos, subvirtiendo y complicando las operaciones de las ideologías presuntamente “más maduras” (Cf. Laclau, 2005: 27-28 y 33). Sobre el *populismo revolucionario*, véase Benavente Urbina y Cirino, 2005.

- 2 Los estudios sociológicos y politológicos sobre el liderazgo no han retenido hasta aquí la atención de los investigadores en nuestros países. Por nuestra parte hemos adelantado algunas hipótesis en trabajos recientes. Véase capítulos 2 y 3, en este volumen.

En un principio, la izquierda socialista concentró su acción y reflexión en la condena de líderes carismáticos, decididamente anticomunistas, bien provistos de ideas seductoras y promesas sobredimensionadas, con capacidad para la manipulación de las expectativas y aspiraciones de una amplia masa de la población disponible, compuesta básicamente por los recién llegados a las grandes ciudades latinoamericanas.<sup>3</sup> Y es que las lecturas de Marx, realizadas por los fundadores de los primeros partidos de la "familia socialista" –las más accesibles, ciertamente– aportaban una base firme para condenar el fenómeno en desarrollo, identificándolo con el bonapartismo y, en consecuencia, como una desviación popular cargada de peligros para la causa del socialismo (Ramos Jiménez, 2001: 211-236)<sup>4</sup>.

En la medida en que el fenómeno populista fue tomando cuerpo en la más o menos larga etapa de transición de las sociedades latinoamericanas hacia la modernidad, se dio por descontado su carácter transitorio o provisional: la personalización del liderazgo, conjuntamente con la implantación de nuevos sistemas de lealtades políticas, basados en una creciente movilización anti-oligárquica, está en el origen de sus pretensiones populares o "revolucionarias", presentes en el discurso y movilización de amplios sectores de la población.

---

3 Los primeros estudios y análisis del fenómeno populista latinoamericano fueron planteados a partir de diversas fuentes teórico-políticas, no siempre convergentes. Véase los trabajos de los argentinos Gino Germani y Torcuato DiTella, por una parte y los del brasileño Francisco Weffort y el ecuatoriano Agustín Cueva, entre los más representativos de las orientaciones de la investigación que arranca en los años 60 (Véase Gino Germani, 2003; Cf. Quattrocchi-Woison, 2007: 269-300. Véase Alvarez Junco, 1987 y Conniff, 1999).

4 No deja de ser paradójico el hecho de que un invitado "de marca" del presidente Chávez, en plena campaña por la reforma constitucional de 2007, Antonio Negri, se haya presentado en Caracas –un año después de haber presentado a América Latina como un "caso ejemplar" para la revolución del *biopoderen* camino- portando bajo el brazo su libro más reciente, en el que, entre otras cosas, advierte sobre la caducidad de la idea socialista original en los tiempos de la globalidad (Véase Negri, 2006).

Como estrategia de ruptura del poder oligárquico, el populismo latinoamericano de los orígenes entró en competencia abierta con los diversos militarismos, aquellos que se fueron formando en la primera mitad del siglo XX. Y es que en la historia latinoamericana, populismo y militarismo constituyen dos especies del mismo género: el autoritarismo. Un autoritarismo que surgió en nuestros países como la alternativa política viable, popular, ante los gobiernos oligárquicos o de “democracia restringida”: populismo y militarismo se alternan en el poder, como el *nouveau régime* de una Latinoamérica inestable, en tránsito hacia la modernidad (Cf. Ramos Jiménez 1997: 91-92).

De hecho, la alternancia en el poder de militares y líderes populistas resulta manifiesta en los diversos ensayos de estabilización posoligárquica. De acuerdo con Ernesto Laclau “cierto grado de crisis de la antigua estructura es necesaria como precondition del populismo, ya que, como hemos visto, las identidades populares requieren cadenas equivalenciales de demandas insatisfechas” (2005: 222). Ello encaja ciertamente en la tesis según la cual el liderazgo populista encarnó en todas partes la esperanza redencionista de vastas masas populares. Su fracaso eventual en casi todos nuestros países, dejó abierto el paso, por consiguiente, a las aventuras militaristas, unas más represivas (Cono Sur) que otras (países andinos).

En efecto, no deja de ser relevante el hecho de que en la caída de los diversos populismos, siempre estuvieron presentes los pronunciamientos y golpes militaristas, a punto tal que, promediando el pasado siglo, los golpes militares se constituyeron en la vía predominante para acabar con los extravíos y vicisitudes de los regímenes populistas –las intervenciones militaristas se justificaban entonces como respuestas “normales” a una extendida demanda democrática–, que se revelaron incapaces de sostener las movilizaciones populares anti-oligárquicas. Pensemos en las caídas de Perón y el peronismo en Argentina; de Getulio Vargas y su *Estado Novo* en Brasil; de Velasco Ibarra en Ecuador; de Velasco Alvarado y Belaúnde Terry en Perú y, en fin, de Arnulfo Arias y el panameñismo en Panamá.

Ahora bien, la definición del populismo de nuestros días –destacado por algunos como “un fenómeno siempre actual”– sigue siendo un reto para la sociología y politología latinoamericanas (Burbano de Lara, 1998: 9-24; Moira Mackinnon y Petrone, 1998: 13-17).<sup>5</sup> “Dado que el liderazgo populista descansa –ha observado Kurt Weyland– en el apoyo masivo, el populismo tiene dos versiones, dependiendo de si sus seguidores tienen un nivel muy rudimentario de organización o están completamente desorganizados. Estas variantes corresponden más o menos –pero de ninguna manera perfecta– al populismo clásico de los años 30 hasta los 60 y al neopopulismo de los años 80 y 90. La variante que emerge depende de dos factores principalmente, de la saturación organizativa del sistema político y de los instrumentos principales del líder para movilizar a sus seguidores y demostrar su apoyo masivo” (2004: 36. Véase Roberts, 1995).

Dentro de esta perspectiva de análisis en los años recientes –años de la democratización latinoamericana–, el estudio del fenómeno ha sido relanzado en contextos tan diversos –académicos y políticos, principalmente– que algunos autores se han apresurado en advertir sobre el advenimiento de una suerte de “postpopulismo”. En este sentido, no faltan razones para fundar el hecho de que tanto el fujimorismo peruano, como el chavismo en nuestro país, deben considerarse –hasta nuevo aviso– como las dos versiones actualizadas, renovadas, del populismo latinoamericano tradicional o clásico.

---

5 La indefinición del término ha sido acompañada por marcados acentos peyorativos. Y es que el populismo nunca tuvo buena prensa en nuestros países: “Denostado por científicos sociales, condenado por políticos de izquierda y de derecha, portador de una fuerte carga peyorativa, no reivindicado por ningún movimiento o partido político de América Latina para autodefinirse, el populismo –esa Cenicienta de las ciencias sociales– es, en resumidas cuentas, un problema.” (Moira Mackinnon y Petrone, 1998: 14).

## NEOPOPULISMO Y ANTIPOLÍTICA

La vinculación entre *neopopulismo* y autoritarismo se ha realizado en América Latina dentro de un contexto dominado por la *antipolítica*. “Pienso que el neopopulismo –ha observado René Mayorga– es una forma elevada de decisionismo y voluntarismo político que se ha desarrollado en un marco de debilitamiento institucional y decadencia política que tiene sus raíces en una profunda crisis de las instituciones democráticas (partidos, ejecutivos, parlamentos, etc.)” (Mayorga, 1995: 27; Cf. Weyland, 1996: 3-31 y De la Torre, 2004: 53-78).

De modo tal que la crítica del “populismo realmente existente”, particularmente en los años 90, se planteó siempre desde posiciones democráticas, un tanto a la defensiva, excluyendo por principio el muy conocido léxico de la izquierda marxista, más inclinada esta última hacia las conocidas fórmulas integristas o “revolucionarias”.

En la teoría y en la práctica, el populismo de los 90, también identificado como neopopulismo, ha representado para no pocos observadores la respuesta “natural” del liderazgo político regional a la exacerbación de las demandas de carácter popular en la segunda década de una democratización inconclusa de la política latinoamericana. De aquí que, en el caso de los países andinos, caracterizados por la presencia de electorados fuertemente volátiles, los líderes neopopulistas se fueron imponiendo como los campeones de la *antipolítica* y, en cuanto tales, pasaron a convertirse en los primeros portadores de una suerte de *superoferta* electoral que, en la oposición y en el gobierno, se tradujo en el bloqueo de instituciones claves para el funcionamiento del Estado democrático, por una parte, y en la promoción hacia los puestos de dirección política de un personal improvisado, si no esotérico y extravagante, por otra.<sup>6</sup>

---

6 La política desplegada por Chávez y el chavismo en el poder, se movió en los años que precedieron al referendo revocatorio presidencial de agosto 2004 en la arena movieda del desgobierno. De modo tal que la propensión chavista hacia una suerte de *legitimación de la ilegalidad*, con el líder plebiscitario ocupado en una

En la medida en que el nuevo clivaje “política democrática/antipolítica”, que identifica a las nuevas relaciones de fuerzas en nuestros días, el mismo ha ido dejando atrás al tradicional clivaje “oligarquía/masa popular” de los orígenes del populismo latinoamericano –el enemigo principal ya no es sólo lo que queda de oligarquía– asumiendo las líneas de ruptura entre los intereses del “pueblo soberano”, por una parte, frente a los privilegios de aquellos sectores sociales no identificados con el movimiento antipolítico, por otra.<sup>7</sup> De aquí la convergencia de las fuerzas populares hacia el “gran rechazo” de todas aquellas instituciones identificadas con el “orden” anterior: a su turno, los partidos, la fuerza armada, los medios de comunicación, la universidad. Todo con una no muy velada tendencia a la personalización de la representación política, la misma que fue a desembocar necesariamente en la concentración de los poderes en la persona del líder plebiscitario.

## NEOPOPULISMO Y VIDEOPOLÍTICA

Al descrédito de la clase política y a la degradación del partidismo –fines del siglo XX– se siguió la emergencia de líderes carismáticos y plebiscitarios, con alta aceptación en los sectores populares deprimidos y abandonados, del campo y de la ciudad. Al comienzo, en las luchas de oposición –época de lucha electoral radicalizada– los nuevos líderes se presentan como los portadores de la reivindicación contra las elites. Ya en el gobierno, evitan regresar al barrio marginal de las grandes ciudades, puesto que les resulta suficiente presentarse frecuentemente, sea en la televisión (cadenas nacionales de radio y

---

campaña electoral permanente y en la promoción de políticas de resentimiento en los sectores populares excluidos, están en el origen de una inestabilidad política que ha provocado altos niveles de conflictividad y polarización. Véase capítulo 4, en este volumen.

7 Véase mi trabajo sobre el origen de los partidos políticos latinoamericanos desde la perspectiva de los clivajes sociales y las correspondientes familias políticas (Ramos Jiménez, 2001: 31-51).

televisión) o marcando las distancias (desde altas tarimas o vehículos inabordables) en las grandes concentraciones de apoyo a la retórica encendida, en la que se resumen sus políticas radicales.

En efecto, el liderazgo neopopulista en nuestros países ha desplegado en los años recientes una política de sobreutilización de los medios, específicamente la televisión, para llegar con su imagen y discurso hasta “donde nadie podía llegar”, dando vida y canalizando aquello que recientemente ha sido abordado, sea como la forma privilegiada de la *videopolítica* o política-espectáculo (Taguieff, 2002: 117-121), o bien como una forma de movilización popular que se resume en la expresión *cyberpopulismo* (Hermet, 2001: 406-408).<sup>8</sup>

El liderazgo populista de nuestros días –entiéndase bien, tanto en Europa como en nuestros países– se presenta a partir de los dichos y hechos del jefe político, convertido en el “gran comunicador”, el “hábil manipulador”, real y simbólico, de las aspiraciones y expectativas del pueblo movilizado por una causa común. En este sentido, debe asumirse el hecho de que, en la experiencia latinoamericana, los líderes populistas son “los líderes que explotan, con éxito o no, el imaginario popular nutrido por ideales democráticos, en quienes domina el deseo de abolir la barrera o distancia, incluso toda diferencia, entre gobernados y gobernantes, entre los de arriba y los de abajo” (Taguieff, 2007: 285. *Cf.* Capriles, 2006: 76-77).

Y en la medida en que el modelo de una *democracia de opinión* se va sobreponiendo al de la frágil *democracia de partidos*, el líder neopopulista se presenta “actualizado”, ahora preocupado por “dejarse ver más que entender” por un público que el mismo considera cautivo. Con el declive profundo de los partidos políticos,

---

8 La expresión ha sido utilizada por Guy Hermet para dar cuenta de una experiencia latinoamericana tan actual como original, establecida a partir de una “red mundial de internautas”, admiradores del autoproclamado subcomandante Marcos en México: “Los indios del Estado mexicano de Chiapas –observa Hermet– no pertenecen al primer mundo, sus calificados defensores del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) lo tienen en cuenta. Estos practican hacia ellos un populismo trivial, a la vez subversivo, despótico y evangélico conforme a su miserable condición” (Hermet, 2001: 406).



los medios de comunicación toman el relevo, particularmente en lo que corresponde a su función pedagógica y de intermediación de los intereses. “Los canales de comunicación política –ha observado Bernard Manin– afectan a la naturaleza de la relación representativa: mediante la radio y la televisión, los candidatos pueden de nuevo, volverse a comunicar directamente con sus circunscripciones sin la mediación de la red del partido”. Por consiguiente, “el creciente papel de las personalidades a costa de los programas es una respuesta a las nuevas condiciones en las que los cargos electos ejercen su poder” (Manin: 1997: 268-269).

Fujimori en Perú y Chávez en Venezuela –el parecido es innegablemente de familia– contaron, desde sus primeras incursiones en la política electoral, con el apoyo sostenido de los medios para “conquistar” electorados abandonados por un partidismo degradado en los dos países y, si bien es cierto que se apoyaron en sus “partidos”, rápidamente constituidos para la ocasión (Cambio 90 y MVR, respectivamente), los mismos sólo sirvieron para alimentar la demagogia del líder mesiánico, asegurándole una necesaria apariencia democrática, escondiendo el virus autoritario del que siempre han sido portadores. Los dos presidentes neopopulistas –adelantándose a las experiencias posteriores de Evo Morales y Correa– cada uno a su manera, lograron en poco tiempo hacerse con el control de instituciones claves (electoral y parlamentaria) para neutralizar cualquier respuesta del derrotado y desmovilizado partidismo.<sup>9</sup>

---

9 El advenimiento de una “política sin partidos”, hacia finales del siglo pasado, fue estrechamente acariciado por aquellos sectores del partidismo desencantado con la promesa democrática. El extremista neonazi argentino Norberto Ceresole, asesor de la primera hora chavista (1994), se refiere a esta etapa de la historia política latinoamericana como la época que en nuestros países anuncia lo que él denominó “posdemocracia”, en la cual “el caudillo no tiene otra ley que su propia voluntad” (Garrido, 2001: 9). Ceresole se había presentado ante Chávez y sus seguidores como “asesor del General Juan Velasco Alvarado, en el Perú”, e “interlocutor de Juan Domingo Perón, de Salvador Allende y del ex jefe de la inteligencia cubana, comandante Piñero, entre otros” (*Ibidem*, 18).

No nos extrañe entonces el hecho de que tanto el peruano como el venezolano hayan apelado, cada uno a su tiempo, a la conocida fórmula de la *democracia participativa* –y protagónica, según el texto de la Constitución Bolivariana de 1999– como la fórmula política llamada a sustituir a la *democracia representativa*. Fórmula que paradójicamente han esgrimido unos cuantos dictadores, en una larga lista que incluye a Pinochet. Hoy en día, la misma ha sido recogida y popularizada por Evo Morales en Bolivia, Ollanta Humala en Perú y Rafael Correa en Ecuador, en sus respectivas campañas electorales (Véase Arenas y Gómez Calcaño, 2006).

El fervor populista de ciertas corrientes de la así llamada “izquierda reaccionaria”, que ha llegado con retraso a la política democrática en nuestro país, está en el origen de un conjunto de propuestas radicales, “innovadoras” y “progresistas” según sus portadores. Ello no sería importante si no fuera por el hecho de que en una buena parte de la literatura populista, el fenómeno ya había sido descrito e interpretado, sea como “el socialismo de los países pobres” (Cf. Canovan, 2005: 78-79), o bien como una variante del así llamado “socialismo del Tercer Mundo”.<sup>10</sup>

No deja de ser paradójico, por consiguiente –si no sintomático de una patología social–, el hecho de que asistamos hoy en día en nuestro país a una suerte de recuperación del populismo tradicional desde posiciones que se autoproclaman de izquierda. Así, envuelto en el ropaje de un indefinido “nuevo socialismo”, se ha pretendido cobijar la ilusión populista bajo la muy vaga promesa de una nueva

---

10 “La verdadera importancia del Tercer Mundo –ha observado Fernando Mires– fue alcanzada cuando en el contexto de la confrontación de bloques, el concepto pasó a tener uso político. (...) El Tercer Mundo comenzó a ser imaginado políticamente cuando fue evidente que el estallido revolucionario ruso no se multiplicó en el continente europeo, como creían los bolcheviques. (...) Amílcar Cabral, Che Guevara y Fidel Castro fueron socios cofundadores de la ideología del Tercer Mundo, de acuerdo con la cual la “periferia” se levantaba contra el “centro”, inaugurándose una realidad que a Marx nunca se le había pasado por la cabeza: la del socialismo del Tercer Mundo, *en donde la idea de revolución y la del desarrollo se entrelazaban «dialécticamente»*” (Mires, 2005: 229-230. La cursiva es mía).

sociedad, que portaría en su seno los fundamentos de un “hombre nuevo” socialista. De aquí que, ante la ausencia de un ideólogo o teórico de peso en nuestro país, han comenzado a llegar desde fuera unos cuantos “pensadores” espontáneos, convertidos en los portadores de la “buena nueva”, todo bajo la fórmula de un prometededor “socialismo del siglo XXI”.<sup>11</sup>

## EL PROYECTO DE “SOCIALISMO DEL SIGLO XXI” COMO “NUEVO PROYECTO HISTÓRICO DE HUGO CHÁVEZ”

Para el pensamiento marxista, el socialismo —es bien conocido que la expresión es anterior al planteamiento de los fundadores del materialismo histórico— ha sido siempre considerado como una “etapa de transición” hacia el comunismo. La cuestión resultó problemática cuando en la experiencia de las sociedades del “socialismo real” no se encontró demostración histórica alguna de que tales sociedades se movían en ese sentido. Por el contrario, todos los indicios apuntan hacia la presencia permanente de un aparato

---

11 En su conclusión provisional sobre las posibilidades de pervivencia de la revolución cubana, Heinz Dieterich se atribuye a sí mismo una tarea enorme, nada menos que la de trascender lo que según él, son las carencias científico-sociales de la experiencia cubana, puesto que, en sus palabras, en nuestro continente “nadie sabe como construir el socialismo” puesto que, “la mediocridad de las ciencias sociales y de la filosofía en los países del socialismo histórico está íntimamente vinculada al actual problema de la transición cubana. De hecho constituye, junto con el problema cibernético del Partido-Estado, una de sus dos raíces más profundas. La razón de esta mediocridad la comparte con la filosofía latinoamericana. Ambas nacen de la mistificación de la verdad histórica. Son, en el sentido de Marx, ideología, es decir conciencia objetivamente falsa” (2006: 141-142). No faltan elementos para ubicar al ideólogo alemán del chavismo dentro de lo que se ha dado en llamar “marxismo residual”, que consiste en aquello que Fernando Mires, en texto reciente, ha denominado “restos del conservadurismo marxista de nuestro tiempo”. Se trata de un conjunto de ideas que han ido reformulándose en el seno de una izquierda nostálgica del “socialismo en un solo país”, todo dentro del contexto del fin del comunismo en los países del Tercer Mundo (2005: 15).

burocrático estatal –monopolio del poder político por el partido oficial– que ha ido creando nuevos privilegios de clase, por una parte, y el control estatal de los medios esenciales de producción –planificación económica centralizada– que reserva la iniciativa a la estructura del poder estatal, por otra. Ello está en el origen de un extendido cuestionamiento, en los medios académicos y políticos, de la naturaleza socialista del así llamado “socialismo real”.

La intención de renovar la experiencia en los países del “Tercer Mundo” no es nueva y ha venido identificando hasta nuestros días, tanto al proyecto político de los partidos comunistas latinoamericanos, desde los años 30, como el de los diversos Movimientos de Liberación Nacional en un buen número de países, desde los 60. Ahora bien, el hecho de que en nuestro país, el presidente Chávez haya desplegado la idea de construcción de un “nuevo socialismo” no sería relevante si no fuera por el hecho de que la idea ha sido adoptada como bandera ideológica por gobiernos –Bolivia, Ecuador y Nicaragua– y movimientos identificados con una cierta “izquierda” radical, constituida en la alternativa política de aquellas democracias representativas que han entrado en situación de descomposición o crisis.<sup>12</sup>

Corresponde al sociólogo chileno Tomás Moulián la proposición original de la expresión “socialismo del siglo XXI”, orientada hacia la superación teórico y práctica de la tradicional discusión sobre reforma o revolución, en el contexto económico y político cambiante del fin de siglo latinoamericano. La idea crucial de Moulián consiste en la determinación del nuevo socialismo, no como desarrollo histórico sino como posibilidad social (2000).

En textos recientemente publicados, para consumo interno de la militancia chavista, Heinz Dieterich y la psicóloga chilena Martha Harnecker se han propuesto, al parecer sin beneficio de inventario, vender al mundo una original interpretación, basada en una lectura

---

12 Sobre la base social, desarrollo y proyecto de la “familia socialista” en nuestros países me he detenido en mi estudio comparativo de los partidos políticos latinoamericanos (*Cf.* Ramos Jiménez, 2001: 211-236).

“marxista” del así llamado “fenómeno Chávez”, dentro del contexto de la globalización capitalista. Inicialmente, su propuesta llenaba ciertamente una laguna en la pobreza intelectual del chavismo, pasando a constituirse en la fundamentación teórica del proyecto personal de Chávez, presentado como la alternativa bolivariana a una fracasada democracia representativa en el resto de países latinoamericanos (Dieterich, 2004 y 2005; Harnecker, 2003).<sup>13</sup>

En sus escritos, Dieterich, vinculado estrechamente con el Partido Comunista Cubano, asume su trabajo con la intención explícita de alcanzar una formulación “racional-crítica o científica, estética, ética y cotidiana” (*sic*) de lo que, según él, constituye la convergencia actual de “los dos socialismos, cristiano y científico”, incorporando la “nueva” doctrina en la interpretación del desarrollo y funcionamiento de la “sociedad postcapitalista” (Dieterich, 2005: 17). En todo caso, el profesor alemán orientó su trabajo, según sus palabras, a “responder a la convocatoria del presidente Hugo Chávez de «inventar el socialismo del siglo XXI» o «socialismo de la nueva era», y ayudar, en tal sentido, con una propuesta constructiva que va más allá de la crítica al capitalismo global o a las interpretaciones históricas (hermenéuticas) de lo que Marx, Engels y Lenin, «realmente querían decir»” (*Ibid.*: 9).

Sin detenerse a enunciar y discutir la vía que llevará al movimiento socialista revolucionario al poder ni, menos aún, los lineamientos básicos del ejercicio del nuevo poder socialista, presentes en toda teoría revolucionaria que se asuma como tal, Dieterich considera que ello no hace falta en la experiencia venezolana del chavismo: “El comandante Hugo Chávez –advierte– puede ser optimista ante su peripecia deseada. Una parte considerable del camino ya ha

---

13 Hoy en día y en nuestro país, se desconoce –si alguien lo puede saber– hasta qué punto la profesora Harnecker sigue o aplica las lecciones de su muy conocido manual, desautorizado hace cierto tiempo por su maestro francés, Louis Althusser. Freddy Muñoz afirma que el *invento* del “socialismo del siglo XXI” de Dieterich se remonta, según este último, a 1996, aunque su publicación como libro se realiza en 2000, para su distribución en México, Ecuador, Argentina, Centroamérica, Brasil y Venezuela (*Cf.* Martín y Muñoz, 2007: 13).

sido recorrido, tanto en el campo de la ética material como en la construcción del núcleo científico de la teoría revolucionaria contemporánea. En este sentido, más que de una tarea de “inventar” la teoría, se trata ahora de divulgarla y construir sobre ella”.<sup>14</sup>

Si bien es cierto que, en su búsqueda de una base filosófica para el proyecto “revolucionario” de Chávez, el profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana de México procedió, rápida y acriticamente, a desentrañar el significado y naturaleza de aquello que, según él, constituía el “nuevo proyecto histórico de Hugo Chávez”, no lo es menos el hecho de que Dieterich haya sido el primero en trazar los alcances de dicho proyecto. En tal sentido, según el profesor, “*la larga noche de la teoría revolucionaria antiburguesa* –se lee en su texto– *duró tres lustros hasta que el revolucionario Hugo Chávez la rehabilitó públicamente y le devolvió su status emancipador, no solo en defensa de la humanidad, sino en pro de su liberación definitiva. Es en este sentido que se justifica la frase, «la Revolución Mundial pasa por Hugo Chávez»*” (2005: 29. La cursiva es mía). Como pocos años antes lo hiciera con Fidel Castro, Dieterich aporta unos cuantos elementos para reafirmar la intención manifiesta de propagar una suerte de “culto a la personalidad” del presidente Chávez, considerado ligeramente como el legítimo heredero de la causa revolucionaria castrista, pasando por alto la vocación militarista del presidente venezolano<sup>15</sup>.

---

14 Citado en Martín y Muñoz, *op.cit.*, p. 28. Debe anotarse el hecho de que ya avanzado el año 2007, después del triunfo electoral arrollador de Chávez en las presidenciales de 2006, y cuando comienzan a tomarse las primeras medidas de corte totalitario, el profesor alemán, al parecer ya en desgracia, procedió a incluir unas cuantas rectificaciones en sus muy publicitados diagnósticos, dejando a los divulgadores de su “socialismo del siglo XXI” sin armas para la lucha ideológica, necesaria para la aprobación de una radical “reforma constitucional”, en diciembre de 2007, orientada hacia la instauración del mismo en Venezuela.

15 Como hemos visto más arriba, la ausencia de referentes ideológicos locales dejó abierto el espacio para unos cuantos ensayos de justificación de la “revolución bolivariana” desde perspectivas que se reclaman de la izquierda marxista latinoamericana, en los que no falta la recurrente exaltación del líder del “proceso revolucionario”. Aunque, como lo ha observado Héctor Silva

Este ejercicio de exaltación y promoción de un nuevo liderazgo revolucionario en América Latina constituye, en buena parte, el resultado de una recepción tardía del romanticismo y nostalgia de la vieja izquierda europea, que se niega a aceptar la realidad de la caída del Muro de Berlín. El carácter personalista, si no voluntarista, de un tal ejercicio intelectual resulta innegable: "La concepción que Dieterich exhibe —observa Muñoz—, sin intentar siquiera una matización, es extremadamente *individuo-céntrica*. El pueblo o las clases revolucionarias —éstas no existen para él, según nos indica la total omisión acerca de ellas— no cuentan en los procesos de cambio: cuentan el líder, el jefe, o el que manda. Por supuesto, esto es para Chávez miel sobre hojuelas" (2007: 19).

Ahora bien, el estudio y examen de las fuentes político-ideológicas del liderazgo personalista de Chávez ubica a este último en el vértice de una combinación probable entre la herencia de Perón y la del Che Guevara y, por lo mismo, corresponde a un imaginario social y político que nada tiene que ver con el socialismo. En todo caso, trátase de una amalgama específica, que confunde en el mismo espacio el ingrediente fascistoide del militarismo de Perón, particularmente su propensión a la arbitrariedad o a lo que en nuestros días se presenta como una neta *legitimación de la ilegalidad*, por una parte, y el voluntarismo guevarista —con innegables connotaciones

---

Michelena, la cuestión va más allá del ámbito intelectual: "De tanta adulación y ciega inclinación ante su autoridad, se ha desarrollado, en la mayoría del pueblo, un gran *Culto a la Personalidad* del líder, una ponderación excesiva de sus méritos reales, la conversión de la personalidad del hombre en un fetiche adorable. Chávez lo retroalimenta a través de un formidable aparato propagandístico de sus realizaciones y proyectos, y sus destempladas imprecaciones contra el imperialismo y denuncias sobre supuestos magnicidios" (2007: 45. Véase Hernández, 2001: 87-94).

El despliegue de ese *culto a la personalidad* resulta decisivo las dos elecciones plebiscitarias recientes. Así, luego de imponerse en la elección de gobernador de Mérida, el candidato agradecido, en presencia de su líder, no encontró otras palabras para expresar su sentimiento: "El líder es Chávez. Ninguno tiene aspiraciones. Es absurdo. Tenemos un líder y por él daremos la vida. No somos importantes. Sólo Chávez". *El Nacional*, 9/12/2008.

mágico-religiosas—, el mismo que, en los 60, se propuso originalmente como la fórmula política que habría de viabilizar un proyecto revolucionario continental decididamente anti-capitalista y antiimperialista, por otra.<sup>16</sup>

En su demarcación de las “dos izquierdas” en la política latinoamericana de fin de siglo, Teodoro Petkoff ha observado: “no es

---

16 Promediando el año 2003, cuando la quiebra del gobierno chavista era más que evidente, el presidente encontró el momento y el lugar para reafirmar la originalidad de su proyecto, alejado, según él de la identificación comunista: “¡No hombre! Yo no soy comunista. Es más, yo ni siquiera he estudiado el comunismo. Y aun siendo comunista, si lo fuera, en este momento en Venezuela el proyecto no puede ser comunista. Y tengo amigos comunistas (...) Fidel, mi amigo y hermano, es comunista, pero el proyecto de Venezuela no es comunista.” (*El Nacional*, 09-06-2003. Citado en Arenas y Gómez Calcaño, 2006: 138). Y, un tanto vacilante, en declaraciones a Blanco Muñoz: “No estamos diciendo que (el marxismo) no sirva para nada. Pero estamos convencidos de que no es la ideología a través de la cual se va a conducir el futuro venezolano. Hablo del marxismo puro” (citado en Hernández, 2001: 90).

Los trabajos que se inscriben dentro de la promoción del “socialismo del siglo XXI”, por lo general se detienen en la condena abstracta del capitalismo, imperialismo y neoliberalismo, si no de la globalización. Nunca se detienen en la “normativa” que debería identificar al proyecto de construcción del socialismo en Venezuela. “Esa construcción socialista, que no es proceso de un día, —se lee en la contribución al debate de un profesor identificado con el proyecto chavista— se irá forjando a un tiempo sobre la base de experiencias anteriores, sobre la base de lo que se vaya demostrando como válido a partir de la experiencia directa y de las críticas que hay que hacer a lo que se hace y a lo que está pasando. Es sobre esa base que puede confiarse en que de verdad este movimiento, o estos movimientos diversos de oposición al capitalismo no sólo crezcan sino que puedan conformar espacios teóricos que sirvan para darle un sentido, un alcance y una proyección definida a esta hermosa lucha y a este combate revolucionario y democrático lleno de pueblo y cargado de esperanza” (Acosta, 2007: 68). Queda claro que con este tipo de propuestas, vagas y generales, no se podía fundar en modo alguno un proyecto político viable para el chavismo en el poder. Por el contrario, el discurso y la propuesta del liderazgo chavista y de sus pocos intelectuales se han quedado a medio camino, entre la voluntad de avanzar y la necesidad de realizar, de lo que resulta un neopopulismo que, para servir a la causa del movimiento, se autodefine revolucionario. Sobre las carencias intelectuales del chavismo me he detenido en un trabajo anterior (*Cf.* Ramos Jiménez, 2003: 107-125).



el de Chávez un gobierno dictatorial y mucho menos totalitario a la cubana, pero tampoco es una democracia. Autoritario, militarista, con fuerte propensión autocrática, la afirmación de su poder personal es el alfa y omega del comportamiento de Hugo Chávez, quien ha hecho de la lealtad al jefe la piedra de toque de su política (...) De modo que si de «inventar el socialismo» se trata, lo actuado hasta ahora quizás permite concluir que lo que va surgiendo de ese propósito se orienta más hacia los modelos fracasados que hacia una versión democrática del socialismo.” (2005: 37).

Si nos detenemos a observar la orientación monopolista del chavismo, una vez superado el *momento electoral*, particularmente a partir de la invitación presidencial a la constitución de un “partido único de la revolución”, todo bajo la dirección y control del “jefe máximo”, ello revela el hecho de que el chavismo en el poder comenzó por tomar distancias de las tesis del marxismo-leninismo, acercándose decididamente —muy probablemente sin advertirlo— a las tesis antiliberales de Karl Schmit, el teórico filonazi del *poder total*. Así, la contraposición de una idílica “democracia participativa y protagónica” con la democracia representativa de cuño liberal, identifica a la ideología chavista con conocidas posiciones totalitarias que, en su tiempo, esgrimieran los teóricos del nazismo en la época de la república alemana de Weimar y los ideólogos del fascismo italiano de los años treinta.

En tal sentido, encontramos con mayor frecuencia de la que se podría pensar, en la retórica chavista, unos cuantos acentos relevantes del *romanticismo político* schmittiano, el mismo que se expresa con el recurso a fórmulas antirracionalistas y metapolíticas. Y es que, según el jurista alemán, la “democracia real o auténtica” no podía ser representativa, en el sentido de delegación de intereses. Aquella debe ser la “expresión de la igualdad entre pueblo y gobierno”, y debe realizarse en “*la identificación del pueblo con un líder popular y carismático, en una forma más perfecta que en el estado de derecho*” (Schmitt, 1990: 22).

Si como hemos visto más arriba, el ideal socialista, presente en la retórica del chavismo en el poder, encuentra límites decisivos y

significativos en la naturaleza populista de la acción gubernamental del líder plebiscitario, en la construcción compulsiva de un “partido unido socialista”, en base a lealtades oportunistas y provisionales y, por lo mismo, sin capacidad para asegurar la viabilidad de un proyecto personal con pretensiones continentales, en la práctica gubernamental, el “socialismo del siglo XXI”, “socialismo bolivariano” en la experiencia venezolana de los años recientes, representa el ropaje ideológico de un genuino “populismo del siglo XXI”, con fuertes connotaciones militaristas.

### ¿CONSTITUYE EL CHAVISMO UN POPULISMO REVOLUCIONARIO?

El intento presente por inscribir la propuesta ideológica de Chávez y del chavismo en el poder dentro del viraje de la política latinoamericana de fin de siglo hacia los terrenos de la izquierda ha encontrado hasta aquí obstáculos reales insuperables, particularmente vinculados con la concepción y ambición personal del líder del proceso y con una notable ausencia de convicciones socialistas o revolucionarias firmes en sus cercanos colaboradores.<sup>17</sup>

La tendencia a incluir la experiencia de Chávez y del chavismo en el poder en línea directa con una cierta tradición revolucionaria en América Latina, como lo hemos visto más arriba, parece hoy en día en franco retroceso. Y es que la experiencia chavista no se inscribe en modo alguno en el conjunto de experiencias revolucionarias más destacadas de la historia latinoamericana: las revoluciones mexicana, en las dos primeras décadas del siglo XX, boliviana y cubana en los años 50. Más bien se inscribe dentro de las diversas tentativas de corte voluntarista orientadas hacia una “reconstrucción de la

---

17 Sobre el dilema chavista, planteado en torno de la idea revolucionaria –¿violenta o pacífica?–, me he detenido en un primer análisis sobre el “fenómeno Chávez”, incluyéndolo dentro de lo que considero los *límites del liderazgo plebiscitario* en nuestro país. Véase capítulo 3, en este volumen.

democracia" bajo liderazgo carismático. "El gobierno de Chávez en Venezuela –se afirma en reciente escrito– es la más consistente y prolongada expresión de un populismo revolucionario gobernante, que se manifiesta en el discurso y la acción, además de la pretensión de ejercer influencia en la región latinoamericana" (Benavente Urbina y Cirino, 2005: 68). De aquí que se pueda afirmar el hecho de que una tal experiencia encaja perfectamente en una tradición política continuista que, arrancando con los diversos caudillismos del siglo XIX se extiende con los primeros populismos en la primera mitad del XX. La versión neopopulista constituye, por consiguiente, una adaptación del liderazgo político a las realidades críticas y cambiantes del fin de siglo.

En su estudio, pleno de sugerencias para la investigación, sobre el liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios de América Latina, la profesora Diane Raby ha observado cómo "para entender tanto a Fidel como a Chávez es necesario reconocer que sus raíces históricas e ideológicas no se encuentran en la ortodoxia de la izquierda sino en la tradición populista latinoamericana. Esto se refleja claramente en el discurso de ambos líderes, tanto en el estilo como en el contenido" (2006: 62).

Ahora bien, Raby considera que en la experiencia latinoamericana se puede ser simultáneamente populista y revolucionario, todo depende de la capacidad del líder carismático para identificarse con las esperanzas del pueblo y con la causa de la izquierda revolucionaria (*Ibid.*: 64). Ello no deja de despertar unas cuantas interrogantes, que la autora despacha apoyándose en los tan conocidos como discutibles planteamientos de Ernesto Laclau, expuestos originalmente en sus escritos de la década de los 70, sobre la posibilidad histórica y política del surgimiento de un "populismo socialista", como la ideología de la clase obrera latinoamericana.

El populismo, observa la profesora inglesa: "puede ser de derecha, de izquierda o de centro según la coyuntura y el balance de las fuerzas clasistas en un país específico en cierto momento. Se trata entonces de un fenómeno o de una *técnica* política, de discurso y de movilización de masas, que se puede manifestar en diferentes países

y situaciones en movimientos de ideología y significado político totalmente contrarios” (*Ibid.*, 66).

En sus observaciones críticas sobre el liderazgo carismático, Raby deja abierta la posibilidad de que Chávez y el chavismo en el poder sean simultáneamente populistas y revolucionarios, puesto que en la medida en que se configura un “populismo de las clases oprimidas”, el mismo será siempre “potencialmente revolucionario” (*Ibid.*: 64). Ahora bien, en la medida en que ese “potencialmente” entra en el plano de las posibilidades, se deja de lado rápidamente aquello que Guy Hermet en un conocido texto definió como “el azar y la necesidad” de la construcción democrática, que con frecuencia conducen a situaciones en las que los actores deben confrontar toda una gama de situaciones y desafíos, que terminan desnaturalizando las “nobles intenciones” y los “sanos propósitos”, presentes en el discurso identificador del liderazgo plebiscitario (1989: 9).

En el caso venezolano, Chávez utiliza la movilización popular (grandes concentraciones de seguidores uniformados de rojo) como el elemento simbólico incluyente del pueblo movilizado para la causa y, por lo mismo, excluyente de quienes no compartan esa identificación autoproclamada popular, de lo cual resulta una polarización de la sociedad que eleva los niveles de la conflictividad, negando toda posibilidad de deliberación y negociación democrática. Y, si de potencialidades revolucionarias se trata, las mismas están ausentes en el énfasis personalista y voluntarista de la convocatoria popular del líder plebiscitario, por una parte, y en la manipulación de las expectativas ciudadanas desde las cimas del poder neopopulista, por otra. Y es que Chávez ha sabido manejar los legítimos temores de una clase media amenazada por todas partes: desde la inseguridad ambiente hasta los elevados niveles de desempleo, que fomentan el crecimiento de una economía informal.

Desde el ámbito político y académico europeo, con mayor frecuencia de la que se podría pensar, resulta de buen tono referirse al “anatema” populista, producto, según algunos, de “una poderosa arma de descalificación” (Do Alto, 2008: 54-66). Al hacerlo, se pasa por encima de la naturaleza específica de la movilización popular

que, en uno u otro país, obedece a relaciones de fuerzas particulares orientadas hacia un necesario *cambio de régimen*. De este modo, el liderazgo plebiscitario y carismático de los Chávez, Morales y Correa, fácilmente es encasillado dentro de lo que se considera una legítima respuesta popular frente a los excesos del neoliberalismo.

Ahora bien, en la medida en que el parentesco con las experiencias de la extrema derecha europea, en las dos últimas décadas del pasado siglo es innegable, la identificación popular con los campeones de la *antipolítica* en nuestros países configura un fenómeno, que debe ser señalado como la causa de unos cuantos traumas y fracasos en la empresa común de la democratización latinoamericana. De aquí que sea incorrecto incluir las experiencias neopopulistas dentro de una "política de lo posible", que canalizaría en nuestro continente todo proyecto de transformación social. Porque el personalismo y el voluntarismo en las relaciones entre gobernantes y gobernados constituye una regresión en nuestros países y en modo alguno un avance o progreso.<sup>18</sup>

La discusión sobre la naturaleza del liderazgo de Chávez resulta, por consiguiente, un asunto que va más allá de la crónica periodística y debe inscribirse significativamente en el estudio más amplio del proceso de democratización latinoamericana en el nuevo siglo. De modo tal que las posibilidades reales del esfuerzo colectivo, encaminado hacia la democratización de los sistemas políticos en todos y cada uno de nuestros países, deben asumirse como ele-

---

18 Afirmar que las políticas asistencialistas del gobierno de Chávez, incluidas en su malogrado proyecto de reforma constitucional, apuntaban hacia la creación de nuevos derechos para la población es una forma de desconocer la profunda aspiración del líder plebiscitario por mantenerse en el poder por largo tiempo, apoyándose en una relación de clientela, gracias a la amplia disponibilidad de la creciente renta del petróleo. La experiencia de Chávez en el poder resulta inviable en Bolivia y Ecuador o en cualquier otro país, que no cuente con recursos abundantes para su distribución entre los más pobres (Véase Ellner, 2006: 83-86). "El chavismo real —observa Arturo Sosa— luce, por tanto como un régimen político personalista en el cual el líder carismático juega un papel imprescindible en la conducción del proceso y en la dirección de las organizaciones sociales y políticas" (2007: 55).

mentos decisivos en la reflexión sobre los avances y retrocesos de las diversas experiencias, que se han venido presentando en los años recientes bajo la forma de alternativas válidas a una difícil construcción democrática.<sup>19</sup>

Se impone, asimismo, un estudio comparativo de las diversas experiencias latinoamericanas del así llamado “liderazgo en transición”, que ha marcado significativamente unas cuantas tentativas de “reconstrucción” de la democracia en nuestros países en la época reciente. Porque la búsqueda de una ideología que identifique proyectos personales de toma y mantenimiento en el poder, independientemente de su adscripción política subjetiva, no debe tomarse ligeramente con la referencia unilateral a las propuestas explícitas de sus proponentes. En ello cabe recordar la conocida advertencia de Marx, en su *18 Brumario de Luis Bonaparte* (1853):

*Así como en la vida privada se distingue entre lo que un hombre dice o piensa de sí mismo y lo que realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre la fraseología y las pretensiones de los partidos y su constitución efectiva y verdaderos intereses, entre lo que se imaginan ser y lo que son en la realidad.*

---

19 Sobre las experiencias de la democratización en América Latina, incluyendo un estudio sobre el modelo de la “democracia de partidos” y sus alternativas, me he detenido en un trabajo actualmente reeditado (Véase Ramos Jiménez, 2008).

## BIBLIOGRAFÍA

- Abal Medina, J. (Comp.) (2006), *Los senderos de la nueva izquierda partidaria*, Buenos Aires, Prometeo.
- \_\_\_\_\_. (2004), *La muerte y resurrección de la representación política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Académica.
- Abellán, J. (2004), *Poder y política en Max Weber*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Ackerman, B. (1999), *La política del diálogo liberal*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- \_\_\_\_\_. (1995), *El futuro de la revolución liberal*, Barcelona, Ariel.
- Acosta, V. (2007), “Siglo XXI: Capitalismo y socialismo”, en G. Castro (Ed.) *Debate por Venezuela*, Caracas, Editorial Alfa, p. 47-69.
- Adler F. Fleming, T. et al. (1996), *Populismo posmoderno*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Ai Camp, Roderic (comp.) (1997), *La democracia en América Latina. Modelos y ciclos*, México, Siglo XXI.
- Alcántara Sáez, M. (Ed.) (2006), *Políticos y política en América Latina*, Madrid, Fundación Carolina-Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_. (2004), *¿Instituciones o máquinas ideológicas? Origen, programa y organización de los partidos latinoamericanos*, Barcelona, ICPS.
- Álvarez, A. E. (2006), “Social Cleavages, Political Polarization and Democratic Breackdown in Venezuela”, en R. Lalander Ed.), *Política y sociedad den la Venezuela del Chavismo*, Stockholm, Institute of Latin American Studies, p. 19-29.
- Álvarez Junco, J. (comp.) (1987), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, CIS.
- Anderson, L. (1999), (Ed.), *Transitions to Democracy*, New York, Columbia University Press.
- Andrade, P. (Ed.) (2005), *Constitucionalismo autoritario. Los regímenes contemporáneos en la Región Andina*, Quito, CAEI-Universidad Andina Simón Bolívar.

- Arato, Andrew, (1998), "Formas de diseño constitucional y teoría de la democracia", *La Política. Revista de Estudios sobre el Estado y la Sociedad*, n° 4, p. 59-98.
- Arenas, N. (2007), "Poder reconcentrado: el populismo autoritario de Hugo Chávez", *Politeia. Revista de Ciencias Políticas*, n° 39, p. 23-63.
- Arenas, N. y L. Gómez Calcaño, (2006), *Populismo autoritario: Venezuela 1999-2005*, Caracas, CENDES.
- Arraiz Lucca, R. (2007), *Venezuela: 1830 a nuestros días*, Caracas, Editorial Alfa.
- \_\_\_\_\_. (2003), *Venezuela en terapia intensiva. Conversaciones con medio país*, Caracas, Alfadil.
- Arvelo Ramos, A. (1998), *El dilema del chavismo. Una incógnita en el poder*, Caracas, Centauro.
- Auyero, J. (Comp.) (1997), *¿Favores por votos? Estudios sobre el clientelismo contemporáneo*, Buenos Aires, Losada.
- Aveledo, R. G. (2007), *La 4ª. República. La virtud y el pecado. Una interpretación de los aciertos y los errores de los años en que los civiles estuvieron en el poder en Venezuela*, Caracas, Libros Marcados.
- Baloyra, E.A. (1998), "Deepening Democracy with Dominant Parties and Presidentialism: The Venezuelan Regime in a Period of Turbulence", en K. v. Mettenheim y J. Malloy, *op.cit.*, p.38-54.
- Baquero, M. (1998), "A desconfiança como fator de instabilidade política na América Latina", en Marcelo Baquero *et al.*, (Org.), *A construção da democracia na América Latina*, Rio Grande do Sul, UFRGS-La Salle, p. 13-29.
- Barrios Ferrer, G. (1987), "Notas sobre el sistema político venezolano. Desarrollo, balance y perspectivas", *Mundo Nuevo. Revista de Estudios Latinoamericanos*, Caracas, año X, n° 36-37, p. 165-202.
- Bauman, Z. (1999), *In Search of Politics*, Londres, Polity Press.
- Beck, U. (1999), *La invención de lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1997), *The Reinvention of Politics, Rethinking Modernity in the Global Social Order*, Londres, Polity Press.
- Beck, U., A. Giddens y S. Lash (1997), *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza.
- Benavente Urbina, A. y J. A. Cirino (2005), *La democracia defraudada. Populismo revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, GSE.
- Betancourt, R. (1956), *Venezuela, política y petróleo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Beyme, K. von (1995), *La clase política en el Estado de partidos*, Madrid, Alianza.
- Blanco Muñoz, A. (2006), *Del proyecto al proceso. Habla Joel Acosta Chirinos*, Caracas, Cátedra Pío Tamayo/FACES/UCV.
- \_\_\_\_\_. (1998), *Habla el comandante Hugo Chávez Frías*, IIES-FACES-UCV, 1998.



- Blanco, C. (2006), "Tiempo de Palabra", *El Universal*, 25 de junio de 2006.
- . (2002), *Revolución y desilusión. La Venezuela de Hugo Chávez*, Madrid, Catarata.
- . (2001), "Venezuela: del bipartidismo al neautoritarismo", *Quórum. Revista de Pensamiento Iberoamericano*, nº 2, p. 87-95.
- . (1991), "Una oportunidad para reformar y modernizar los partidos", en Comisión Presidencial para la Reforma del Estado, en COPRE, *Venezuela, democracia y futuro. Los partidos políticos en la década de los 90. Reflexiones para un cambio necesario*, Caracas, COPRE, p. 19-22.
- Blondel, J. (1990), *Comparative Government. An Introduction*, Londres, Philip Allan.
- . (1987), *Political Leadership: Towards a General Analysis*, Londres, Sage.
- . (1972), *Introducción al estudio comparativo de los gobiernos*, Madrid, Revista de Occidente.
- Blondel, J. y C. Cansino (Eds.) (1998), *Political Leadership in Changing Societies*, México, Centro de Estudios de Política Comparada.
- Bobbio, N. (1998), *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Paidós.
- . (1986), *El futuro de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Boudon, R. (2005), *Tocqueville aujourd'hui*, Paris, Odile Jacob.
- Bourdieu, P. (1999), *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba.
- Breton, P. (2006), *L'incompétence démocratique. La crise de la parole aux sources du malaise (dans la) politique*, Paris, La Découverte.
- Breuer, S. (1996), *Burocracia y carisma. La sociología política de Max Weber*, Valencia, Alfons el Magnanim.
- Brewer-Carías, A.R. (2002), *Golpe de Estado y proceso constituyente en Venezuela*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Burbano de Lara, F. (ed.) (1998), *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Burchardt, H. J. (2008), "Desigualdad y democracia", *Nueva Sociedad*, nº 215, mayo-junio, p. 79-94.
- Burgos, E. (2006), "Paralelismos cubanos en la revolución bolivariana", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, nº 29, enero-junio, p. 39-71.
- Caballero, M. (2007), *La peste militar. Escritos polémicos (1992-2007)*, Caracas, Alfa.
- . (2003), *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*, Caracas, Alfadil.
- . (2002), *Revolución, reacción y falsificación*, Caracas, Alfadil.
- . (2000), *La gestación de Hugo Chávez. 40 años de luces y sombras en la democracia venezolana*, Madrid, Catarata.

- Cadenas, J. M. (Ed.) (2006), *Debate sobre la democracia en América*, Caracas, CEA-Universidad Central de Venezuela.
- Canovan, M. (2005), *The People*, London, Polity Press.
- Cansino, C. (1998), "The «Centrality» of Leadership in Processes of Political Change: A Theoretical Exploration", en G. Blondel y C. Cansino (Eds.), *Political Leadership in Changing Societies*, México, CEPCOM, p. 25-41.
- Capriles, C. (2006), "La enciclopedia del chavismo o hacia una teología del populismo", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, n° 29, p. 73-92.
- \_\_\_\_\_. (2004), *La revolución como espectáculo*, Caracas, Random House/Debate.
- Carothers, T. (2002), "The End of the Transition Paradigm", *Journal of Democracy*, vol.13, n° 1, p. 5-21.
- Carrasquero, J. V. (2006), "Democracia participativa y exclusión en Venezuela", en R. Lalander (Ed.), *Política y sociedad en la Venezuela del Chavismo*, Stockholm, Institute of Latin American Studies, p. 45-50.
- Carrasquero, J. V. y F. Welsch (2001), "Revolución en democracia o retorno al caudillismo", en J. V. Carrasquero et al. (Eds.), *Venezuela en transición: elecciones y democracia. 1998-2000*, Caracas, Redpol-CDB Publicaciones, p. 69-86.
- Carrera Damas, G. (2003), *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas*, Caracas, Alfadil.
- Castañeda, J. (1999), "Chávez no es Perón", *El País*, 5 de agosto 1999.
- Cavarozzi, M. y J. Abal Medina (h.) (comps.) (2002), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario (Argentina), Fundación Konrad Adenauer-HomoSapiens.
- Cheresky, I. (1999), *La innovación política*, Buenos Aires, Eudeba.
- Cheresky, I. e I. Pousadela (comps.) (2001), *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós Latinoamericana.
- Coicaud, J. M. (2000), *Legitimidad y política. Contribución al estudio del derecho y de la responsabilidad política*, Rosario, Homo Sapiens.
- Colliot-Thélène, C. (2003), "Préface" a M. Weber, *Le savant et le politique. Une nouvelle traduction*, Paris, La Decouverte.
- Colomer, J. M. (2004), *Cómo votamos. Los sistemas electorales del mundo: pasado, presente y futuro*, Barcelona, Gedisa.
- Combellas, R. (2002), "La Constitución de 1999 y la Reforma Política. Implicaciones para la gobernabilidad democrática", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, n° 22, p. 9-30.
- \_\_\_\_\_. (1985), *COPEI. Ideología y liderazgo*, Caracas, Ariel.
- Conniff, M. L. (Ed.) (1999), *Populism in Latin America*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.
- Coppedge, M. (2005), "Explaining Democratic Deterioration in Venezuela through Nested Inference", en F. Hagopian y S. Mainwaring (Eds.), *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks*, Cambridge, Cambridge University Press, p. 289-316.

- \_\_\_\_\_. (1994), *Strong Parties and Lame Ducks. Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela*, Stanford, University Press.
- \_\_\_\_\_. (1993), “Partidocracia y reforma en una perspectiva comparada”, en A. Serbin *et al.* (Eds.), *Venezuela. La democracia bajo presión*, Caracas, INVESP-Universidad de Miami- Nueva Sociedad, 139-160.
- Coronil, F. (1997), Fernando, *The Magical State. Nature, Money and Modernity in Venezuela*, Chicago, University of Chicago Press.
- Couffignal, G. (Ed.) (2007), *Amérique latine. Les surprises de la démocratie*, Paris, La Documentation Française.
- \_\_\_\_\_. (Ed.) (1994), *Democracias posibles*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1992), “A quoi sert de voter en Amérique latine?”, en G. Couffignal (Dir.), *Réinventer la démocratie. Le défi latino-américain*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, p. 19-45.
- Cova Maduro, A. (2005), “La Revolución Bolivariana y sus anomalías”, en Varios Autores, *Lectura sociológica de la Venezuela actual*, Caracas, F. Konrad Adenauer/UCAB, p. 5-38.
- Crick, B. (2004), “Politics as a Form of Rule: Politics, Citizenship and Democracy”, en A. Leftwich (Ed.), *What is Politics?*, Londres, Polity Press, p. 67-85.
- \_\_\_\_\_. (2001), *En defensa de la política*, Barcelona, Kriterion Tusquets.
- Crisp, B. F. (2000), *Democratical Institutional Design. The Powers and Incentives of Venezuelan Politicians and Interest Groups*, Stanford, University Press.
- Crispin, K. (1994), *Golpe de Estado en Venezuela 1945-1948*, Caracas, Panapo.
- Cueva, A., (1988), *Las democracias restringidas en América Latina. Elementos para una reflexión crítica*, Quito, Planeta.
- D’Elia, Y. *et al.* (Ed.) (2006), *Las misiones sociales en Venezuela. Una aproximación a su comprensión y análisis*, Caracas, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.
- Dabène, O. (1997), *Amérique latine. La démocratie dégradée*, Paris, Editions Complexe.
- Dahl, R., (1989), *La poliarquía. Participación y oposición*, Madrid, Tecnos.
- Dávila, L. R. y R. Cartay (comps) (2008), *Itinerario de una ilusión. El militarismo en Venezuela*, Caracas, Random House.
- Del Águila, R. *et al.* (2003), *Los intelectuales y la política*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias.
- De la Torre, C. (2006), “¿Es el populismo la forma constitutiva de la democracia en América Latina?”, en J. M. Cadenas (Ed.), *Debate sobre la democracia en América*, Caracas, CEA-UCV, p. 141-154.
- \_\_\_\_\_. (2004), “Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo”, en K. Weyland, *Releer los populismos. Diálogos*, Quito, Centro Andino de Acción Popular, p. 51-78.

- Díaz, S. C. (2008), “La revolución bolivariana en busca de un partido”, *El Universal*, 06/02/2008.
- Di Tella, T. S. (1993), *Historia de los partidos políticos en América Latina. Siglo XX*, Buenos Aires, FCE.
- Diamond, L. (2004), “Elecciones sin democracia. A propósito de los regímenes híbridos”, *Estudios Políticos*, Medellín (Colombia), n° 24, enero-junio, p. 117-134.
- Diamond, L. (1999), *Developing Democracy. Toward Consolidation*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- Diamond L. y M. F. Platner (Eds.) (1996), *El resurgimiento global de la democracia*, México, IIS-UNAM.
- Díaz Rangel, E. (2002), *Todo Chávez. De Sabaneta al golpe de Abril*, Caracas, Planeta.
- Dieterich, H. (2006), *Cuba y el socialismo del siglo XXI*, Caracas, Monte Ávila.
- \_\_\_\_\_. (2005), *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI*, Caracas, IMP.
- \_\_\_\_\_. (2004), *Hugo Chávez. El destino superior de los pueblos latinoamericanos. Conversaciones con Heinz Dieterich*, Caracas, Publicaciones de la Alcaldía de Caracas.
- \_\_\_\_\_. (2001), *La cuarta vía al poder. Venezuela, Colombia, Ecuador*, Guipúzcoa (España), Hiru.
- Do Alto, H. (2008), “Del entusiasmo al desconcierto. La mirada de la izquierda europea sobre América latina y el temor al populismo”, *Nueva Sociedad*, n° 214, marzo-abril, p. 54-66.
- Dorna, A. y P. Georget (Dir.) (2004), *La démocratie peut-elle survivre au XXIe. Siècle. Psychologie politique de la démocratie*, Paris, In Press.
- Drake, O. y E. Hershberg (2006), *State and Society in Conflict: Comparative Perspectives on Andean Crises*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press.
- Duarte Villa, R. (2005), “Os países andinos: tensoes entre realidades domésticas e exigencias externas”, en G. Dupas (Coord.), *América Latina no início do século XXI. Perspectivas econômicas, sociais e políticas*, Rio de Janeiro, Editora UNESP, p. 133-191.
- Duhamel, O. y M. J. Cepeda Ulloa (1997), *Las democracias. Entre el Derecho Constitucional y la Política*, Bogotá, Tercer Mundo.
- Durán, A. (2007), *Diario del año de la nada*, Caracas, El Nacional.
- \_\_\_\_\_. (2006), *Al filo de la noche roja*, Caracas, Random House/Debate.
- Durán, Armando (2004), *Venezuela en llamas*, Caracas, Random House/Debate.
- Eeuwen, D. v. (1994), *La transformation de l'État en Amérique latine. Légitimation et intégration*, Paris, Karthala-CREALC.
- Ellner, S. (2006), “Las estrategias «desde arriba» y «desde abajo» del movimiento de Hugo Chávez”, *Cuadernos del Cendes*, n° 62, p. 73-93.
- \_\_\_\_\_. (2004), “Hugo Chávez y Alberto Fujimori: análisis comparativo de dos variantes de populismo”, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 10, n° 1, p. 13-37.

- \_\_\_\_\_. (1999) "The Heyday of Radical Populism in Venezuela and Its Aftermath", en Michael Conniff (Ed.), *Populism in Latin America*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, p. 117-137.
- Ellner, S. y D. Hellinger (Eds.) (2003), *La política venezolana en la época de Chávez. Clases, polarización y conflicto*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Elster, J. y R. Slagstad (Eds.) (1999), *Constitucionalismo y democracia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Escovar Salom, R. (2006), *Los demonios de la democracia*, Caracas, Libros de El Nacional.
- Ferrero, M. (Ed.) (2002), *Chávez, la sociedad civil y el estamento militar*, Caracas, Alfadil.
- Filippi, A. y C. Lafer (2006), *El pensamiento de Bobbio en la cultura iberoamericana*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Flores d'Arcais, P. (2006), *El soberano y el disidente. La democracia tomada en serio*, Madrid, Ediciones de Intervención Cultural.
- \_\_\_\_\_. (1995), "El desencantamiento traicionado", en P. Flores d'Arcais et al., *Modernidad y política. Izquierda, individuo y democracia*, Caracas, Nueva Sociedad, p. 13-115.
- Freidenberg, F. (2007), *La tentación populista: una vía de acceso al poder en América Latina*, Madrid, Síntesis.
- Gabaldón, A. (1992), "Sociedad, Estado y partidos en la Venezuela de hoy", en H. Jaguaribe (comp.), *La sociedad, el Estado y los partidos en la actualidad brasileña*, vol.II, México, Fondo de Cultura Económica, p. 61-97.
- Garretón, M. A. (2000), *Política y sociedad entre dos épocas. América Latina en el cambio de siglo*, Rosario, Homo Sapiens.
- \_\_\_\_\_. (1997), "Reexaminando las transiciones democráticas en América Latina", en A. Martínez (coord.), *Cultura política, partidos y transformaciones en América Latina*, Caracas, Tropykos-CLACSO, p. 55-72.
- \_\_\_\_\_. (1995), *Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones*, Santiago, Fondo de Cultura Económica.
- Garrido, A. (2007), *Chávez con uniforme. Antibiografía (únicamente para chavólogos)*, Mérida, Ediciones del Autor.
- \_\_\_\_\_. (2007), *Guerrilla y conspiración militar en Venezuela (De Bravo a Chávez)*, Mérida, Ediciones del autor.
- \_\_\_\_\_. (2003), *Notas sobre la Revolución Bolivariana*, Mérida, Ediciones del Autor.
- \_\_\_\_\_. (2002), *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, 2 vol., Caracas, Ediciones del Autor.
- \_\_\_\_\_. (2001), *Mi amigo Chávez. Conversaciones con Norberto Ceresole*, Mérida, Ediciones del Autor.
- \_\_\_\_\_. (2000), *La revolución bolivariana. De la guerrilla al militarismo*, Mérida, Ediciones del Autor.

- Germani, G. (2003), *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial.
- Giusti, R. (2006), *Con la frente en alto. Los años duros (2) 2005-2006*, Caracas, Libros marcados.
- Gómez, L. (2002), “Liderazgo político en transición: el caso de Venezuela”, en W. Hofmeister (comp.), *Dadme un balcón y el país es mío. Liderazgo político en América Latina*, Río de Janeiro, Fundación Konrad Adenauer.
- Gómez L. y N. Arenas (2001), “¿Modernización Autoritaria o actualización del populismo? La transición política en Venezuela”, *Cuestiones Políticas*, n° 26, Enero-Junio 2001, p. 85-126.
- Gott, R. (2000), *In the Shadow of the Liberator. Hugo Chávez and the Transformation of Venezuela*, Londres, Verso.
- Gott, R. y G. Bartoli (2005), *Hugo Chávez: The Bolivarian Revolution in Venezuela*, Londres, Verso.
- Granda, J. (2008), “PSUV surrealista”, *Revista Zeta*, n° 16-47, p. 16-17.
- Habermas, J. (2004), *Tiempo de transiciones*, Madrid, Trotta.
- Hagopian, F. (2000), “Democracia y representación política en América Latina en los años noventa: ¿Pausa, reorganización o declinación?”, en E. López y S. Mainwaring, *op.cit.*, p. 265-330.
- \_\_\_\_\_. (1998), “Democracy and Political Representation in Latin America in the 1990s: Pause, Reorganization, or Decline?”, en F. Aguero y J. Stark (Eds.), *Fault Lines of Democracy in Post-Transition Latin America*, Miami, North-South Center Press at the University of Miami, 1998, p. 99-143.
- Harnecker, M. (2003), *Hugo Chávez Frías. Un hombre, un pueblo*, Bogotá., Ediciones desde abajo.
- Hellinger, D. (2006), “Tercermundismo and Chavismo”, en R. Lalander (Ed.), *Política y sociedad en la Venezuela del chavismo*, Stockholm, Institute of Latin American Studies, p. 5-18.
- Herlinghaus, H. y R. Lanz (1999), “América Latina ¿una posmodernidad periférica?”, *Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados*, n° 8.
- Hermet, G. (2001), *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique XIX-XX siècle*, Paris, Fayard.
- \_\_\_\_\_. (2000), *Culture et développement*, Paris, Presses de Sciences Po.
- \_\_\_\_\_. (1989), *En las fronteras de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1982), “Las elecciones en los regímenes autoritarios: bosquejo de un marco de análisis”, en G. Hermet *et al.*, *¿Para qué sirven las elecciones?*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 18-53.
- Hernández, C. R. (2001), “La primera revolución postcomunista en América Latina”, en H. Castillo *et al.* (Comps.), *Militares y civiles. Balance y perspectivas de las relaciones civiles-militares venezolanas en la segunda mitad del siglo XX*, Caracas, USB-UCAB-UPEL, p. 81-118.

- Hernández, C. R. y L. E. Rondón (2005), *La democracia traicionada. Grandeza y miseria del Pacto de Punto Fijo (1958-2003)*, Caracas, Rayuela Taller de Ediciones.
- Hernández, T. (2005), “Venezuela 1989-2004: la polarización política como conflicto cultural”, en Varios Autores, *Una lectura sociológica de la Venezuela actual*, Caracas, F. Konrad Adenauer/UCAB, p. 121-163.
- Hidalgo Trenado M. (2002), “Liderazgo, reforma económica y cambio político en Venezuela, 1989-1998” en A. Ramos Jiménez (Ed.), *La Transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Mérida, CIPCOM-ULA, p.77-129.
- \_\_\_\_\_. (2002), “¿Empeorar para mejorar? Cambio político y desgobierno en Venezuela”, *Revista Venezolana de Ciencia Política*, nº 21, enero-junio, p. 35-64.
- \_\_\_\_\_. (1998), “Consolidación, crisis y cambio del sistema venezolano de partidos”, *Politeia*, nº 21, p. 63-100.
- Hirschman, A. O. (1977), *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Hofmeister, W. y H.C.F. Mansilla (eds.) (2003), *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario (Argentina), Fundación Konrad Adenauer-HomoSapiens.
- Huntington, S. P. (1994), *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós.
- Innerarity, D. (2002), *La transformación de la política*, Barcelona, Península.
- Irwing G. D. (2000), *Relaciones civiles-militares en el siglo XX*, Caracas, Centauro.
- Irwing G., D. et al. (2003), *Militares y sociedad en Venezuela*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- Jatar, A. J. (2006), *Apartheid del siglo XXI. La informática al servicio de la discriminación política en Venezuela*, Caracas, A.C. Súmate.
- Joffrin, L. (2001), *Le gouvernement invisible. Naissance d'une démocratie sans le peuple*, Paris, Arléa.
- Katz, R. y P. Mair (2004), “El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos”, *Zona Abierta*, nº 108/109, p. 9-42.
- Kelsen, H. (2006), *¿Una nueva ciencia de la política? Réplica a Eric Voegelin*, Buenos Aires, Katz Editores.
- Keman, H. (2002), “The Comparative Approach to Democracy”, en H. Keman (Ed.), *Comparative Democratic Politics*, London, Sage Publications.
- Koeneke, H. (2001), “Valores y actitudes del venezolano hacia la democracia y el autoritarismo”, en H. Castillo et al., *Militares y civiles. Balance y perspectivas de las relaciones civiles-militares venezolanas en la segunda mitad del siglo XIX*. Caracas, USB-UCAB-UPEL, p. 195-207.

- Kornblith, M. (Ed.) (2007), "Elecciones y referendos en Venezuela ¿Quién le teme al soberano", en Mainhold, G. (Ed.), *Venezuela en retrospectiva. Los pasos hacia el régimen chavista*, Frankfurt, Vervuert Verlag-Iberoamericana, p. 241-274.
- \_\_\_\_\_. (2004), "Situación y perspectivas de los partidos políticos en la región andina", en S. Pachano (Ed.), *Partidos políticos en la región andina: entre la crisis y el cambio*, Lima, Agora Democrática-Idea Internacional, p. 113-139.
- \_\_\_\_\_. (2003), "La tortuosa designación de los miembros del CNE", *Debates IESA*, vol. 8, n° 4, p.49-56.
- \_\_\_\_\_. (2001), "Confiabilidad y transparencia de las elecciones en Venezuela", en Carrasquero, J.V, T. Maingon y F. Welsh (Eds), *Venezuela en transición: elecciones y democracia 1998-2000*, Caracas, CDB Publicaciones-RedPol, p. 133-163.
- \_\_\_\_\_. (1998), *Venezuela en los noventa: las crisis de la democracia*, Caracas, Ediciones IESA.
- Krauze, E. (2008), *El poder y el delirio*, Caracas, Alfa.
- Laclau, E. (2006), "La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana", *Nueva Sociedad*, n° 205, p. 56-61.
- \_\_\_\_\_. (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lago Carballo, A. (1982), "Los regímenes políticos latinoamericanos", en M. Duverger, *Instituciones políticas y Derecho Constitucional*, Barcelona, Ariel, p. 591-635.
- Lagos, M. (2006), "A aparse de la fantasía. Hugo Chávez y los liderazgos en América Latina", *Nueva Sociedad*, n° 205, p. 92-101.
- Lalander, R. (Ed.) (2006), *Política y sociedad en la Venezuela del Chavismo*, Stockholm, Institute of Latin American Studies.
- \_\_\_\_\_. (2004), "La descentralización venezolana y el chavismo. Transformaciones del sistema político partidista", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, n° 26, julio-diciembre, p. 29-74.
- \_\_\_\_\_. (2004), *Suicide of the Elephants? Venezuelan Decentralization between Patriarchy and Chavismo*, Stockholm, Institute of Latin American Studies.
- Lander, L.E. y M. López Maya (2000), "Venezuela. La hegemonía amenazada", *Nueva Sociedad*, Caracas, n°167, p. 15-25.
- Langue, F. (2002), *Hugo Chávez et le Venezuela. Une action politique au pays de Bolivar*, Paris, L'Harmattan.
- Lanz, R. (Ed.) (1994), *El malestar de la política*, Mérida, Universidad de Los Andes.
- Lasswell, H. (1960), *Psychopathology and Politics*, New York, Viking Press.
- Lazo Cividanes, J. (2002), "Una vuelta al populismo «clásico»: el caso de Hugo Chávez", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, n° 23, p. 65-82.



- Lechner, N. (2003), "Los desafíos políticos del cambio cultural", *Nueva Sociedad*, n° 184, p. 46-65.
- Leftwich, A. (2006), "Thinking Politically: On the politics of Politics", en A. Leftwich (Ed.), *What is Politics?*, Londres, Polity Press, p. 1-22.
- Leiras, S. C. (2008), "Liderazgo político: estilo (neo)populista, estrategia (neo) decisionista. Hacia un modelo de interpretación en contexto democrático", *Ecuador Debate*, n° 73, p. 47-61.
- Levine, D. H. (2003), "Democratic Consensus in two timeframes: 1972-2002", *Politeia*, n° 30, Primer Semestre, p. 21-40.
- \_\_\_\_\_. (1994), "Goodbye to Venezuelan Exceptionalism", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, n° 36:4, p. 145-182.
- Levine, D. H. y C. Romero (2004), "Movimientos urbanos y desempoderamiento en Perú y Venezuela", *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 36, abril, p. 47-77.
- Levitsky, S. y L.A. Way (2004), "Elecciones sin democracia. El surgimiento del autoritarismo competitivo", *Estudios Políticos*, n° 24, enero-junio, p. 159-176.
- Lijphart, A. (2000), *Modelos de democracia. Formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*, Barcelona, Ariel.
- Linz, J. J. (2000), *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, Boulder, Lynne Rienner.
- \_\_\_\_\_. (1998), "Los problemas de las democracias y la diversidad de democracias", en R. del Águila, F. Vallespín et al. (Eds.), *La democracia en sus textos*, Madrid, Alianza, p. 225-266.
- \_\_\_\_\_. (1987), *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza Universidad.
- \_\_\_\_\_. (1982), "Funciones y disfunciones de las elecciones no competitivas: Los sistemas autoritarios y totalitarios", en G. Hermet et al. *¿Para qué sirven las elecciones?*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 90-146.
- Linz, J. J. y A. Valenzuela (comps.) (1997), *La crisis del presidencialismo*, 2 vol., Madrid, Alianza.
- López Maya, M. (Ed.) (2007), *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*, Caracas, Alfa.
- López, E. y S. Mainwaring (comps.) (2000), *Democracia: Discusiones y nuevas aproximaciones*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Lowi, T. J. (1993), *El presidente personal. Facultad otorgada, promesa no cumplida*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Madueño, L. E. (2007), "Legitimidad, descontento y desafección política en Venezuela: la reserva de un "good will" con respecto al sistema", *Ciencias Sociais em Perspectiva*, Cascavel (Brasil), vol. 06, n° 10, Primer Semestre, p. 49-74.
- \_\_\_\_\_. (2002), "El populismo quiliástico en Venezuela. La satisfacción de los deseos y la mentalidad orgiástica", en A. Ramos Jiménez (Ed.), *La transición*

- venezolana. *Aproximación del fenómeno Chávez*, Mérida, CIPCOM-ULA, p. 47-76.
- \_\_\_\_\_. (1999), *Sociología política de la cultura. Una introducción*, Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada.
- Maestre, A. (2000), *La escritura de la política*, México, CEPACOM.
- \_\_\_\_\_. (1994), *El poder en vilo. En favor de la política*, Madrid, Tecnos.
- Magallón Anaya, M. (2003), *La democracia en América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Magdaleno, J. (2007), “¿Cuál mediación?: Viejos y nuevos desafíos de los partidos políticos venezolanos”, en G. Castro (Comp.), *Debate por Venezuela*, Caracas, Alfa, p. 171-193.
- Maihold, G. (Ed.) (2007), *Venezuela en retrospectiva. Los pasos hacia el régimen chavista*, Frankfurt, Vervuert Verlag-Iberoamericana.
- Maingon, T. (2007), “Síntomas de la crisis y la deslegitimación del sistema de partidos en Venezuela”, en G. Maihold (Ed.), *Venezuela en retrospectiva. Los pasos hacia el régimen chavista*, Frankfurt, Vervuert Verlag-Iberoamericana, p. 77-111.
- \_\_\_\_\_. (2007), “Consejos comunales, ciudadanía, Estado y poder popular”, en G. Castro (Ed.), *Debate por Venezuela*, Caracas, Alfa, p. 125-145.
- \_\_\_\_\_. (Coord.) (2000), *La cuestión social en la Constitución Bolivariana de Venezuela*, Caracas, CENDES-UCV.
- Mainwaring, S., A. M. Bejarano y E. Pizarro Leóngomez (Eds.) (2006), *The Crisis of Democratic Representation in The Andes*, Stanford, University Press.
- Mainwaring, S. (2000), “La capacidad de supervivencia democrática en América Latina”, en E. López y S. Mainwaring, *op.cit.*, p. 137-209.
- Mair, P. (1997), *Party System Change. Approaches and Interpretations*, Oxford, Clarendon Press.
- Manin, B. (1998), *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza.
- Manin, B., A. Przeworski, y S. Stokes (Eds.) (1999), *Democracy, Accountability, and Representation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Mansilla, H.C.F. (1997), *Tradición autoritaria y modernización imitativa. Dilemas de la identidad colectiva en América Latina*, La Paz, Plural Editores.
- Marcano, C. y A. Barrera Tyszka (2006), *Hugo Chávez sin uniforme. Una historia personal*, Caracas, Mondadori/Debate.
- Marta Sosa, J. (1994), *Patios cerrados/puertas abiertas. Cambios, democracia y partidos en Venezuela 1988-1993*, Caracas, Monte Ávila.
- Martín, A. (2005), *La pesada planta del paquidermo. Cinco ensayos sobre el militarismo*, Caracas, Rayuela Taller de Ediciones.
- Martín, A. y F. Muñoz (2007), *Socialismo del siglo XXI. ¿Huida en el laberinto?*, Caracas, Editorial Alfa.
- Martínez Barahona, E. (2002), “La formación de una nueva clase política en Venezuela ¿un cambio para seguir igual?”, en A. Ramos Jiménez (Ed.),

- La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Mérida, CIP-COM, p. 131-162.
- Martínez Dalmau, R. (2004), “El proceso constituyente venezolano de 1999: Un ejemplo de activación democrática del poder constituyente”, en Salamanca, L. y R. Viciano Pastor (Coords.), *El sistema político en la Constitución Bolivariana de Venezuela*, Caracas, Vadel Hnos-IEP-UCV, p. 25-40.
- Martínez, A. (coord.) (1997), *Cultura política, partidos y transformaciones en América Latina*, Caracas, CIPOST-UCV/CLACSO/Trópikos.
- Martínez Oliveros, X. (Comp.) (2000), *Paradojas de la política en tiempos posmodernos*, Caracas, CIPOST/Editorial Sentido.
- Masó, F. (2007), *El día que Chávez se vaya*, Caracas, Libros Marcados.
- \_\_\_\_\_. (2004), *Los amantes del tango*, Caracas, Random House.
- Mayorga, R. A. (1995), *Antipolítica y neopopulismo*, La Paz, CEBEM.
- McCoy, J. L. y D. J. Myers (2007), *Venezuela: del Pacto de Punto Fijo al chavismo*, Caracas, El Nacional.
- Medina Gutiérrez, D. (2004), “La abstención en las elecciones venezolanas de 1998: recursos y compromiso político”, *Politeia. Revista de Ciencias Políticas*, n° 32-33, p. 61-94.
- Medina, M. (2001), *El elegido presidente Chávez. Un nuevo sistema político*, Bogotá, Aurora.
- Mendoza Angulo, J. (2006), *Venezuela 2006: La encrucijada*, Mérida, Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes.
- Mellizo, C. (2001), “Prólogo” a J. S. Mill, *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, Madrid, Alianza, p. 7-23.
- Meny, Y. (1991), *Politique comparée. Les démocraties: Allemagne, Etat-Unis, France, Grande-Bretagne, Italie*, Paris, Montchrestien.
- Meny, Y. & Y. Surel (2000), *Par le peuple, pour le peuple. Le populisme et les démocraties*, Paris, Fayard.
- Meza, A. y S. La Fuente P. (2003), *El acertijo de Abril*, Caracas, Debate.
- Mettenheim, K. von y J. Malloy (Eds.) (1998), *Deepening Democracy in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Michels, R. (1979), *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Buenos Aires, Amorrortu, 2 vol.
- Mill, J. S. (2001), *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, Madrid, Alianza.
- Minogue, K. (2000), *Politics. A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.
- Mires, F. (2007), *Al borde del abismo. El chavismo y la contrarrevolución antidemocrática de nuestro tiempo*, Caracas, Random House.
- \_\_\_\_\_. (2005), *El orden del caos. Historia del fin del comunismo*, Buenos Aires, Libros de la Araucaria.
- \_\_\_\_\_. (2001), *Teoría de la profesión política. Corruptos, “milicos” y demagogos*, Caracas, FACES-UCV.

- Moira Mackinnon, M. y M. A. Petrone (Comps.) (1998), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*, Buenos Aires, Eudeba.
- Moleiro, A. (2006), *Sólo los estúpidos no cambian de opinión. Conversaciones con Teodoro Petkoff*, Caracas, Libros marcados.
- Molina Vega, J. E. (2003), "Izquierda y estabilidad de la democracia en América Latina: la ideología de la Revolución Bolivariana y su repercusión sobre el proceso político en Venezuela y América Latina", *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 35, Diciembre, p. 169-198.
- \_\_\_\_\_. (2001), "Comportamiento electoral en Venezuela", en Carrasquero, J. V., T. Maingon y F. Welsh (Eds.), *Venezuela en transición: elecciones y democracia 1998-2000*, Caracas, CDB Publicaciones-RedPol, p. 188-213.
- Molina Vega, J. E. y A. Álvarez Díaz (Coords.) (2004), *Los partidos políticos venezolanos en el siglo XXI*, Caracas, Vadell Hermanos.
- Molina Vega, J. E. y C. Pérez Baralt (1996), "Los procesos electorales y la evolución del sistema de Partidos", en A. Álvarez (Coord.), *El sistema político venezolano. Crisis y transformaciones*, Caracas, UCV-IEP, p. 193-238.
- Montilla, L. E. (2001), "La abstención electoral en Venezuela y su explicación como factor político", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, nº 20, julio-diciembre, p. 67-96.
- Mouffe, C. (2007), *En torno a lo político*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Moulián, T. (2004), "La política y los claroscuros de la democracia en Iberoamérica", *El Debate Político. Revista Iberoamericana de Análisis Político*, Año 1, nº 1, p. 61-67.
- \_\_\_\_\_. (2000), *Socialismo del siglo XXI. La quinta vía*, Santiago, LOM.
- Mulgan, G. (1994), *Politics in an Antipolitical Age*, London, Polity Press.
- Myers, D.J y J. McCoy (2003), "Venezuela in the gray zone: From feckless pluralism to dominant power system", *Politeia. Revista de Ciencias Políticas*, nº 30, p. 41-74.
- Munck, G. (Ed.) (2007), *Regimes and Democracy in Latin America. Theories and Methods*, New York, Oxford University Press.
- \_\_\_\_\_. (2006), "Drawing Boundaries: How to Craft Intermediate Regime Categories", en A. Schedler, *Electoral Authoritarianism. The Dynamics of Unfree Competition*, Boulder, Lynne Rienner, p. 27-40.
- Nahón, C. (2006), "Hugo Chávez Frías entre los Círculos Bolivarianos y la Quinta República", en J. Abal Medina (Comp.), *Los senderos de la nueva izquierda partidaria*, Buenos Aires, Prometeo, p. 95-138.
- Naim, M (1993), *Paper Tigers and Minotaurs: The Politics of Venezuela's Economic Reform*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace.
- Naim, M. y R. Piñango (Comps.) (1985), *El caso Venezuela. Una ilusión de armonía*, Caracas, IESA.
- Natera Peral, A. (2001), *El liderazgo político en la sociedad democrática*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

- Navarro, J. C. (1992), "En busca del pacto perdido. La fallida búsqueda del consenso en la Venezuela de los 80 y los 90", en A. Serbin *et al.*, *op.cit.*, p. 69-86.
- Negri, A. (2006), *Goodbye Mr. Socialism. La crisis de la izquierda y los nuevos movimientos revolucionarios*, Barcelona, Paidós.
- Neira Fernández, E. (2006), *Venezuela: IVa. y Va. Repúblicas. 1958-2006*. Mérida, Vicerrectorado Académico y CDCHT de la Universidad de Los Andes.
- Njaim, H. (1996), "Clientelismo, mercado y liderazgo partidista en América Latina", *Nueva Sociedad*, n° 145, p. 138-145.
- \_\_\_\_\_. (1981), "El financiamiento de la maquinaria partidista en Venezuela", en J. C. Rey *et al.*, *El financiamiento de los partidos políticos y la democracia en Venezuela*, Caracas, Ateneo-Jurídica Venezolana, p. 25-74.
- Nohlen, D. (2004), *Sistemas electorales y partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Nohlen, D. y M. Fernández B. (Eds.) (1998), *El presidencialismo renovado. Instituciones y cambio político en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Novaro, M. (2000), *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Rosario, Homo Sapiens.
- Nudelman, R. (2001), *Diccionario de política latinoamericana del siglo XX*, México, Océano.
- Nun, J. (2000), *Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1998), "Populismo, representación y menemismo", en F. Burbano de Lara (Ed.), *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*, Quito, ILDIS-FLACSO-Nueva Sociedad, p. 49-79.
- O'Donnell, G. (2007), *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*, Buenos Aires, Prometeo.
- \_\_\_\_\_. (1997), *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós Latinoamericana.
- \_\_\_\_\_. (1992), "Transitions, Continuities, and Paradoxes", en S. Mainwaring *et al.*, *Issues in Democratic Consolidation. The New South American Democracies in Comparative Perspective*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- \_\_\_\_\_. (1992), "¿Democracia delegativa?", *Cuadernos del CLAEH*, 2° serie, n° 61, 1992, p. 5-19.
- Oakeshott, M. (1998), *La política de la fe y la política del escepticismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Offerlé, M. (1999), "Profession et profession politique", en M. Offerlé (Dir.), *La profession politique XIXe-XXe siècle*, Paris, Belin, p. 7-35.
- Olivares, Francisco, "A lo Chávez. El renacer de la izquierda latinoamericana", *El Universal*, 03-10-2004, p. 2.
- Ortiz, A. (2008), "Populismo y transnacionalidad. Una hipótesis sobre el liderazgo de Chávez y Correa", *Ecuador Debate*, n° 73, p. 63-75.

- \_\_\_\_\_. (2004), *Taquigrafiando lo social*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Osío Cabrices, R. (2006), *El horizonte encendido. Viaje por la crisis de la democracia latinoamericana*, Caracas, Random House/Debate.
- Osorio, J. (1997), *Despolitización de la ciudadanía y gobernabilidad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Ottaway, M. (2003), *Democracy Challenged. The Rise of Semi-Authoritarianism*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace.
- Pachano, S. (2007), *La trama de Penélope. Procesos políticos e instituciones en el Ecuador*, Quito, FLACSO.
- Panebianco, A. (1990), *Modelos de partido*, Madrid, Alianza.
- Paramio, L. (2006), "Giro a la izquierda y regreso del populismo", *Nueva Sociedad*, nº 205, p. 62-74.
- Patruyo, T. (2007), "¿Una nueva cartografía de las mediaciones políticas? El PSUV y la relegitimación de los partidos políticos en la experiencia venezolana", en G. Castro (Ed.), *Debate por Venezuela*, Caracas, Alfa, p. 207-221.
- Peeler, J. (1998), *Building Democracy in Latin America*, Boulder, Lynne Rienner.
- Penfold Becerra, M. (2001), "El colapso del sistema de partidos en Venezuela: explicación de una muerte anunciada", en J.V. Carrasquero, T. Maingon y F. Welsch (Eds.), *Venezuela en transición: elecciones y democracia 1998-2000*, Caracas, RedPol, p. 36-51.
- Peñalosa, P. P. (2007), "A un año de la orden de Chávez, el PSUV no termina de nacer", *El Universal*, 16/12/2007.
- Pereira Almao, V. (2003), "Movimiento V República", en M. Alcántara y F. Freidenberg (Coords.), *Partidos políticos de América Latina. Países Andinos*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 585-599.
- Pereira, J. (2005), "Las elecciones más auditadas y observadas de Venezuela", *El Nacional*, 2/12/2005, p. A4.
- Perelli, C. (1995), "La personalización de la política. Nuevos caudillos, outsiders y política informal" en C. Perelli, Z. Picado y D. Zovatto (Comps.), *Partidos y clase política en América Latina en los 90*, San José de Costa Rica, IIDH-CAPEL, p. 163-204.
- Pérez Baralt, C., (2001), "Cambios en la participación electoral", en Carrasquero, J.V, T. Maingon y F. Welsh (Eds.), *Venezuela en transición: Elecciones y democracia 1998-2000*, Caracas, CDB Publicaciones-RedPol, p. 123-163.
- Pérez, S. (1996), *Los partidos políticos en Venezuela*, 2 vol., Caracas, Centro Gu-milla.
- Peruzzotti, E. y C. Smulovitz (Eds.) (2001), *Controlando la política. Ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Temas.
- Petkoff, T. (2006), *Sólo los estúpidos no cambian de opinión. Conversaciones con Alonso Moleiro*, Caracas, Libros marcados.
- \_\_\_\_\_. (2005), *Dos izquierdas*, Caracas, Alfadil.

- \_\_\_\_\_. (2000), *La Venezuela de Chávez. Una segunda opinión*, Caracas, Grijalbo.
- Petzold P., H. (2001), “Estudio comparativo entre la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela y los proyectos constitucionales de Simón Bolívar de 1819 y 1826”, *Revista Venezolana de Ciencia Política*, nº19, p. 9-71.
- Pino Iturrieta, E. (2003), *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Catarata.
- Pinto, J. (1996), *Max Weber actual. Liberalismo ético y democracia*, Buenos Aires, Eudeba.
- PNUD (2004), *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos. Contribuciones para el debate*, Buenos Aires, Aguilar.
- Quattrocchi-Woison, D. (2007), “Les populismes latino-américains”, en J.-P. Rioux (dir.), *Les populismes*, Paris, Perrin.
- Quiroga, H. (2005), *La Argentina en emergencia permanente*, Buenos Aires, Edhasa.
- Quiroga Lavié, H. (1994), *Las constituciones latinoamericanas. Estudio preliminar*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Raby, D. (2006), “El liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios”, *Cuadernos del Cendes*, nº 62, p. 59-72.
- Ramonet, I. (1999), “Chávez”, *Le Monde Diplomatique*, Octubre.
- Ramos Jiménez, A. (2003), “Algunas hipótesis sobre la relación entre intelectuales y política en Venezuela”, en W. Hofmeister y H.C.F. Mansilla, *op.cit.*, p. 107-125.
- \_\_\_\_\_. (Ed.) (2002), *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada.
- \_\_\_\_\_. (2001), “Viejo y nuevo. Partidos y sistemas de partidos en las democracias andinas”, *Nueva Sociedad*, nº 173, mayo-junio, p. 65-75.
- \_\_\_\_\_. (2001), *Los partidos políticos latinoamericanos. Un estudio comparativo*. Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada.
- \_\_\_\_\_. (1999), “Venezuela. El ocaso de una democracia bipartidista”, *Nueva Sociedad*, nº 161, mayo-junio, p. 35-42.
- \_\_\_\_\_. (1999), *Comprender el Estado. Introducción a la politología*, Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada.
- \_\_\_\_\_. (1997), *Las formas modernas de la política, Estudio sobre la democratización de América Latina*, Mérida, CIPCOM-ULA (Segunda edición ampliada, 2008).
- \_\_\_\_\_. (1995), *Los partidos políticos en las democracias latinoamericanas*, Mérida, Universidad de Los Andes.
- \_\_\_\_\_. (Ed.) (1987), *Venezuela. Un sistema político en crisis*, Mérida, Kappa Editores.
- Ramos Rollón, M. (Ed.) (2002), *Venezuela: Rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*, Salamanca, Universidad de Salamanca.

- \_\_\_\_\_. (1997), "Creencias y valores de los parlamentarios en Venezuela", *Nueva Sociedad*, Caracas, n° 147, p. 44-50.
- Renwick Monroe, K. (ed.) (2005), *Perestroika! The Raucous Rebellion in Political Science*, New Haven and London, Yale University Press.
- Revault D'Allonnes, M. (1999), *Le dépérissement de la politique. Généalogie d'un lieu commun*, Paris, Aubier.
- Rey, J. C. (2005), "El ideario bolivariano y la democracia en la Venezuela del siglo XXI", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, n° 28, p. 167-191.
- \_\_\_\_\_. (2002), "Consideraciones políticas sobre un insólito golpe de Estado", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, n° 21, p. 9-34.
- \_\_\_\_\_. (1989), *El futuro de la democracia en Venezuela*, Caracas, Instituto de Estudios Avanzados.
- Reyes, O. (2006), "Sobre el socialismo del siglo XXI en Venezuela", en R. Lalander, (Comp.), *Política y sociedad en la Venezuela del chavismo*, Stockholm, Institute of Latin American Studies, p. 87-107.
- Ricci, D.M. (1984), *The Tragedy of Political Science*, New Haven, Yale University Press.
- Rioux, J.-P. (Dir.) (2007), *Les populismes*, Paris, Perrin.
- Rivas Leone, J. A. (2008), *Los desencuentros de la política venezolana. Nacimiento, consolidación y desinstitucionalización de los partidos políticos*, Caracas, Fundación para la Cultura Urbana.
- \_\_\_\_\_. (2006), "Crisis y desinstitucionalización de los partidos políticos en Venezuela", en R. Lalander (Comp.), *Política y sociedad en la Venezuela del Chavismo*, Stockholm, Institute of Latin American Studies, p. 51-60.
- \_\_\_\_\_. (2002), "Antipolítica y nuevos actores políticos en Venezuela", en A. Ramos Jiménez (Ed.), *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Mérida, CIPCOM, p. 241-268.
- \_\_\_\_\_. (2002), *Transformaciones y crisis de los partidos políticos. La nueva configuración del sistema de partidos en Venezuela*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials (Working Papers).
- \_\_\_\_\_. (2000), "La vulnerabilidad de la democracia y el rediseño institucional en Venezuela", *Foro Internacional*, México, N° 162, p. 718-742
- Roberts, K. (2003), "Polarización social y resurgimiento del populismo en Venezuela", en S. Ellner y D. Hellinger (Eds.), *La política venezolana en la época de Chávez. Clases, polarización y conflicto*, Caracas, Nueva Sociedad, 75-95.
- \_\_\_\_\_. (2001), "La descomposición del sistema de partidos en Venezuela vista desde un análisis comparativo", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, n° 2.
- Román, P. y J. Ferri (Eds.), *Los movimientos sociales. Conciencia y acción de una sociedad politizada*, Madrid, CJE.



- Romero, A. *et al.* (2002), *Chávez, la sociedad civil y el estamento militar*, Caracas, Alfadil.
- Romero, A. (1987), *La miseria del populismo. Mitos y realidades de la democracia en Venezuela*, Caracas, Centauro.
- Romero, C. (2006), *Jugando con el globo. La política exterior de Hugo Chávez*, Caracas, Ediciones B.
- Romero, J. E. (2004), "Hugo Chávez y la representación de la historia en Venezuela", *Reflexión Política*, Bucaramanga, n° 11, junio, p. 146-169.
- \_\_\_\_\_. (2001), "El discurso político de Hugo Chávez (1996-1999)", *Espacio Abierto*, vol. 10, n° 2, p. 229-245.
- Romero, J. E., C. Pinto y E. Ferrer (2005), "La consolidación hegemónica de la democracia radical en Venezuela (2002-2004)", *Ecuador Debate*, n° 64, abril, p. 115-119.
- Ron-Pedrique, M. L. (1997), *La nostalgia de la política*, Caracas, Tropykos.
- Rosanvallon, P. (2006), *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, Paris, Seuil.
- \_\_\_\_\_. (2002), *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Rouquié, A. (1984), *El Estado militar en América Latina*, México, Siglo XXI Editores.
- \_\_\_\_\_. (1982), "El análisis de las elecciones no competitivas: control clientelista y situaciones autoritarias", en G. Hermet *et al.*, *¿Para qué sirven las elecciones?* México, Fondo de Cultura Económica, p. 54-89.
- Salamanca, L. y R. V. Pastor (Coords.), *El sistema político en la Constitución Bolivariana de Venezuela*, Caracas, Vadell Hermanos.
- Salazar Ugarte, P. (2006), *La democracia constitucional. Una radiografía teórica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez García, A. (2008), *La izquierda real y la nueva izquierda en América Latina*, Caracas, Libros de El Nacional.
- Sánchez-Parga, J. (2003), "De la desconsolidación al autoritarismo democrático. O cómo dejar de gobernar para mantenerse en el gobierno", *Ecuador Debate*, n° 58, abril, p. 17-30.
- Sanoja Hernández, J. (2007), *Entre golpes y revoluciones*, 4 vol., Caracas, Random House.
- Santiso, J. (2005), *Amérique latine. Révolutionnaire, libérale, pragmatique*, Paris, Autrement.
- Sartori, G. (1994), *Ingeniería constitucional comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados*, México, Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1992), *Elementos de teoría política*, Madrid, Alianza Universidad.
- \_\_\_\_\_. (1988), *Teoría de la democracia. 1. El debate contemporáneo*, Madrid Alianza.

- Seiler, D. L. (2003), *Les partis politiques en Occident. Sociologie historique du phénomène partisan*, Paris, Ellipses Édition.
- Schamis, H. (2006), "A <Left Turn> in Latin America? Populism, Socialism, and Democratic Institutions", *Journal of Democracy*, vol. 17, n° 4, p. 20-34.
- Schram, S. F. & Caterino, B. (2006), *Making Political Science Matter. Debating Knowledge, Research, and Method*, New York, New York University Press.
- Schedler, A. (2001), "Comment observer la consolidation démocratique", *Revue Internationale de Politique Comparée*, vol. 8, n° 2, p. 225-244.
- Schedler, A. (2004), "Elecciones sin democracia. El menú de la manipulación electoral", *Estudios Políticos*, Medellín (Colombia), n° 24, p. 137-156.
- Schedler, A. (Ed.) (2006), *Electoral Authoritarianism. The Dynamics of Unfree Competition*, Boulder, Lynne Rienner.
- Schmitt, C. (1991), *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza.
- \_\_\_\_\_. (1990), *Sobre el parlamentarismo*, Madrid, Tecnos.
- \_\_\_\_\_. (1982), *Teoría de la Constitución*, Madrid, Alianza, 1982
- Schmitter, P. y T. Lynn Karl (1993), "Qué es... y qué no es la democracia", en L. Diamond y Marc Platner, *op.cit.*, p. 37-49.
- Sierra, M. F. (2004), "5 años con Chávez. Balance de un gobierno que dividió al país: Autocracia en vivo y directo", *El Nacional*, 2-02-2004, Edición Especial, p. 1-2.
- Silva Michelena, H. (2007), "¿Es viable el socialismo del siglo XXI?", en Gregorio Castro (Ed.), *Debate por Venezuela*, Caracas, Alfa, p. 37-46.
- Slagstad, R. (1999), "El constitucionalismo liberal y sus críticos: Carl Schmitt y Max Weber", en Jon Elster y Rune Slagstad, *Constitucionalismo y democracia*, p. 131-155.
- Sonntag, H. y T. Maingon (2001), «Cambio político y resultados de las elecciones de 1998», en Carrasquero, J. V., T. Maingon y F. Welsh (Eds.), *Venezuela en transición: elecciones y democracia 1998-2000*, Caracas, CDB Publicaciones-RedPol, p. 101-122.
- Sosa A., A. (2007), "Reflexiones sobre el poder comunal", en M. López Maya (Ed.), *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*, Caracas, Alfa, p. 41-58.
- Stambouli A. (2002), *La política extraviada. Una historia de Medina a Chávez*, Caracas, Fundación para la Cultura Urbana.
- Stokes, S. C. (2002), "Partidos políticos y democracia", *Zona Abierta*, n° 100/101, p. 99-136.
- Strasser, C. (2004), "La democracia del siglo XXI en América Latina. Apuntes sobre lo que es/no es y lo que será/no será", *El Debate Político. Revista Iberoamericana de Análisis Político*, año 1, n° 1, p. 23-35.
- Súmate, Asociación Civil (2005), "Informe Súmate. Evaluación de las elecciones municipales y de juntas parroquiales del 7 de agosto de 2005", septiembre (mimeo).

- Taguieff, P.-A. (2007a), *L'illusion populiste. Essai sur les démagogies de l'âge démocratique*, Paris, Flammarion.
- \_\_\_\_\_. (2007b), "Le populisme et la science politique", en J.-P. Rioux (Dir.), *Les populismes*, Paris, Perrin, p. 17-59.
- \_\_\_\_\_. (2002), *L'illusion populiste. De l'archaïque au médiatique*, Paris, Berg Internacional.
- \_\_\_\_\_. (1996), "Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real", en F. Adler *et al.*, *Populismo posmoderno*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, p. 47-48.
- Tenzer, N. (1991), *La sociedad despolitizada. Ensayo sobre los fundamentos de la política*, Buenos Aires, Paidós.
- Tilly, C. (2007), *Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Tocqueville, A. de y J. S. Mill (1985), *Correspondencia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, A. (2006), "Entre Bachelet y Morales, ¿existe una izquierda en América Latina?", *Nueva Sociedad*, n° 205, p. 46-55.
- Urbaneja, D. B. (1992), *Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo XX*, Caracas, CEPET.
- Varios Autores (2006), *Democracia siglo XXI*, Maracaibo, IZEPES.
- \_\_\_\_\_. (2006), "De qué hablamos cuando hablamos de socialismo", *Tal Cual* (suplemento), Caracas, 26 de abril.
- \_\_\_\_\_. (2002), *El 11-A. La huida de Chávez*, Caracas, s.e.
- \_\_\_\_\_. (2002), *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*, Washington, BID.
- \_\_\_\_\_. (1969), *Tableau des partis politiques en Amérique du Sud*, París, Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Viciano Pastor, R. y R. Martínez Dalmau (2001), *Cambio político y proceso constituyente en Venezuela*, Caracas, Vadel Hermanos.
- Villarroel, G. y N. Ledesma (2007), "Carisma y política. El liderazgo de Hugo Chávez desde la perspectiva de sus partidarios", *Politeia. Revista de Ciencias Políticas*, n° 39, p. 1-22.
- Vivas, L. (1999), *Chávez. La última revolución del siglo*, Caracas, Planeta.
- Voegelin, E. (2006), *La nueva ciencia de la política*, Buenos Aires, Katz Editores.
- Ware, A. (1996), *Political Parties and Party Systems*, Oxford, Oxford University Press.
- Weber, M. (2003), *Le savant et le politique. Une nouvelle traduction*, Paris, La Découverte.
- \_\_\_\_\_. (2001), *El político y el científico*, México, Ediciones Coyoacán.
- \_\_\_\_\_. (1964), *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Wefort, F. C., (1993), *¿Cuál democracia?*, San José, FLACSO.
- Welsch, F., "Populismo y cultura política en perspectiva comparada", en Goethe-Institut, *El Dorado. Sueños y realidades. Populismos en Latinoamérica y Europa*, Caracas, Instituto Alemán de Cultura, p. 98-104.

- Weyland, K. (2004), "Clarificando un concepto cuestionado: <el populismo> en el estudio de la política latinoamericana", en K. Weyland *et al.*, *Releer los populismos. Diálogos*, Quito, Centro Andino de Acción Popular, p. 9-50.
- \_\_\_\_\_. (1996), "Neo-populism and Neo-liberalism in Latin America: Unexpected Affinities", *Studies in Comparative International Development*, 31, p. 3-31.
- Whitehead, L. (2002), *Democratization. Theory and Experience*, New York, Oxford University Press.
- Zolo, D. (1994a), *Democracia y complejidad. Un enfoque realista*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- \_\_\_\_\_. (1994b), *La democracia difícil*, México, Alianza.



